INCOMPARABLE

50 días con JESÚS



NANCY DEMOSS
WOLGEMUTH

INCOMPARABLE

50 Días con JESUS



NANCY DEMOSS
WOLGEMUTH

MOODY PUBLISHERS
CHICAGO

© 2024 por

FUNDACIÓN CORAZONES REVIVIDOS

Todos los derechos reservados. No se puede reproducir ninguna parte de este libro en ninguna forma sin el permiso escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incluidas en artículos críticos o reseñas.

Este libro está basado en la serie de podcast Revive Our Hearts El Cristo incomparable, enseñado por Nancy DeMoss Wolgemuth.

Todas las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son de la Biblia cristiana estándar®, Copyright © 2017 por Holman Bible Publishers. Usada con permiso. La Biblia cristiana estándar® y CSB® son marcas registradas a nivel federal de Holman Bible Publishers.

Las citas bíblicas marcadas ESV provienen de la Biblia ESV® (La Santa Biblia, Versión Estándar en Inglés®), copyright © 2001 por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers. Usada con permiso. Todos los derechos reservados. El texto ESV no puede citarse en ninguna publicación puesta a disposición del público mediante una licencia Creative Commons. La ESV no puede traducirse total o parcialmente a ningún otro idioma.

Las citas bíblicas marcadas como NVI se han tomado de la versión New King James Version®. Copyright © 1982 por Thomas Nelson. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas KJV están tomadas de la versión King James de la Biblia.

Todo énfasis en las citas bíblicas ha sido añadido por el autor.

Publicado en asociación con la agencia literaria Wolgemuth & Wilson.

Editado por Anne Christian Buchanan

Diseño de portada: Brittany Schrock

Diseño de interiores: Erik M. Peterson

Crédito de la fotografía del autor: Claire Thomas

Datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso

Nombres: Wolgemuth, Nancy DeMoss, autor.

Título: Incomparable: cincuenta días con Jesús / Nancy DeMoss Wolgemuth.

Descripción: Chicago : Moody Publishers, [2024] | Incluye referencias bibliográficas. | Resumen: “Independientemente de lo que pienses sobre Jesús, Él es más. Incomparablemente más. Conoce a Jesús en este viaje de cincuenta días. En estas meditaciones, pasarás tiempo reflexionando sobre la persona de Cristo: su humanidad, divinidad, niñez, adultez y más. Un compañero devocional ideal para la temporada previa e inmediatamente posterior a la Pascua”. Proporcionado por el editor.

Identificadores: LCCN 2023016043 (versión impresa) | LCCN 2023016044 MVN (versión electrónica) | ISBN 9780802429537 | ISBN 9780802473554 (versión electrónica)

Temas: LCSH: Jesucristo--Meditaciones.

Clasificación: LCC BV4820 .W56 2024 (versión impresa) | LCC BV4820 MVN (versión electrónica) | DDC 232--dc23/esp/20230821

El registro LC está disponible en https://lccn.loc.gov/2023016043

El registro del libro electrónico de la LC está disponible en https://lccn.loc.gov/2023016044

Originalmente distribuidos por flotas de carros tirados por caballos, los libros de bolsillo asequibles de la editorial DL Moody's servían a la iglesia y a la gente común. Ahora, después de más de 125 años de publicación y ministerio, la misión de Moody Publishers sigue siendo la misma, incluso si nuestros sistemas de distribución han cambiado un poco. Para obtener más información sobre otros libros (y recursos) creados desde una perspectiva bíblica, visite www.moodypublishers.com o escriba a:

Editores Moody

820 N. LaSalle Boulevard

Chicago, Illinois 60610

Ningún mortal puede compararse con Él.

Entre los hijos de los hombres;

Él es más bello que todas las bellezas.

Que llenan el tren celestial.

—SAMUEL STENNETT (1727–1795)[1]

¡Te suplico que vengas y calientes tu corazón con este fuego bendito!

¡Oh, ven y huele los preciosos ungüentos de Jesucristo!

¡Oh, ven y siéntate bajo su sombra con gran deleite!

—ISAAC AMBROSIO (1604–1664)[2]

Y todos nosotros, con el rostro descubierto,

contemplando la gloria del Señor,

se están transformando en la misma imagen

de un grado de gloria a otro.

—2 CORINTIOS 3:18 NVI

Amigo,

Gracias por elegir leer este libro de Moody Publishers. Nuestra esperanza y oración es que este libro le ayude a conocer a Jesucristo más personalmente y a amarlo más profundamente.

Las ganancias de su compra ayudan a pagar la matrícula de los estudiantes que asisten al Instituto Bíblico Moody. Estos estudiantes provienen de todo el mundo y se gradúan mejor preparados para impactar nuestro mundo para Cristo.

Otros ministerios de Moody que pueden interesarle son Moody Radio y Moody Distance Learning. Para obtener más información, visite www.moodyradio.org y www.moody.edu/distance-learning.

Para mejorar tu experiencia de lectura, hemos facilitado la posibilidad de compartir pasajes inspiradores y citas que hagan reflexionar con tus amigos a través de Goodreads, Facebook, Twitter y otros sitios para compartir libros. Para ello, simplemente resalta y reenvía. Y no olvides poner este libro en tu Estante de lectura en el sitio de tu comunidad de libros.

Gracias de nuevo y que Dios te bendiga.

El equipo de Moody Publishers

Contenido

Introducción

PRIMERA PARTE: LA PERSONA DE CRISTO

Día 1: Alguien es perfecto: la perfección moral de Cristo

Día 2: Adelantándose al tiempo: La preexistencia de Cristo

Día 3: Obra completa: La encarnación de Cristo

Día 4: Creciendo con Jesús: La infancia de Cristo

Día 5: Cada vez más jóvenes: Cristo

Día 6: Un hombre trabajador: la ocupación terrenal de Cristo

Día 7: Todos para Uno: La Unicidad de Cristo

Día 8: Los cielos declaran: El bautismo de Cristo

Día 9: Victoria compartida: La tentación de Cristo

Día 10: Dios en carne: la deidad de Cristo

Día 11: Hechos como nosotros: la humanidad de Cristo

Día 12: El coraje bajo control: la hombría de Cristo

Día 13: Reflexionando sobre la paradoja: la doble naturaleza de Cristo

Día 14: Sin mancha: La impecabilidad de Cristo

Día 15: Peso de gloria: La transfiguración de Cristo

Día 16: Así dice el Señor: El ministerio profético de Cristo

Día 17: Palabras asombrosas: la enseñanza de Cristo

Día 18: La raíz de toda virtud: la humildad de Cristo

Día 19: Canto en la noche: La serenidad de Cristo

Día 20: Los hábitos de oración de Cristo son buenos para estar ocupados

Día 21: Fervientes y llenos de fe: las actitudes de oración de Cristo

SEGUNDA PARTE: LA OBRA SALVADORA DE CRISTO

Día 22: En apuros: la angustia del alma de Cristo

Día 23: El tribunal de la transgresión de la ley: el juicio religioso de Cristo

Día 24: Desarrollos planificados: El juicio romano contra Cristo

Día 25: Firme en Su Camino: El Majestuoso Silencio de Cristo

Día 26: Cubrir el costo: el sacrificio expiatorio de Cristo

Día 27: Grand Central: La obra expiatoria de Cristo

TERCERA PARTE: LAS SIETE ÚLTIMAS PALABRAS DE CRISTO

Día 28: Apertura y clausura en oración: La palabra del perdón, parte 1

Día 29: Intercediendo por los transgresores: La Palabra de Perdón, Parte 2

Día 30: El don de la fe: la palabra de seguridad, parte 1

Día 31: Sin dudas: La palabra de seguridad, parte 2

Día 32: Cobertura completa: La Palabra de Devoción, Parte 1

Día 33: Conexiones familiares: La palabra de devoción, parte 2

Día 34: ¿Por qué?—La palabra de abandono, parte 1

Día 35: Orando Su Palabra: La Palabra del Abandono, Parte 2

Día 36: Medios para alcanzar un fin: La Palabra de Agonía, Parte 1

Día 37: Sed de muerte, agua viva: La palabra de agonía, parte 2

Día 38: Llegando a la meta: la palabra del triunfo, parte 1

Día 39: Una actuación completa: La palabra de triunfo, parte 2

Día 40: En Sus Manos—La Palabra de Confianza, Parte 1

Día 41: Una cuestión de vida o muerte: La palabra de confianza, parte 2 (Viernes Santo)

CUARTA PARTE: AHORA Y SIEMPRE CON CRISTO

Día 42: Detrás del telón: Los milagros del Calvario, parte 1

Día 43: Pascua todos los días: La Resurrección de Cristo (Domingo de Resurrección)

Día 44: La resurrección revisitada: Los milagros del Calvario, parte 2

Día 45: ¿Por qué esperar? El ministerio de los cuarenta días

Día 46: Todo el camino a casa: la ascensión de Cristo

Día 47: Sentados con Él: La exaltación de Cristo

Día 48: Un sacerdocio inmutable: La obra continua de Cristo, parte 1

Día 49: El que necesitamos hoy: la obra continua de Cristo, parte 2

Día 50: Hasta que Él venga: La segunda venida de Cristo

Gratitud sincera

Otros libros de Nancy DeMoss Wolgemuth y Moody Publishers

Notas

Introducción

Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?»… «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

—MARCOS 8:27, 29

Todo el mundo tiene una opinión sobre Jesús. Esto quedó claro cuando Jesús mismo, estando aquí en la tierra, preguntó a sus seguidores más cercanos qué habían oído decir a las multitudes sobre él. Ellos dieron una variedad de respuestas, tal como lo hace la gente hoy. Muchos no creyentes admitirán que Jesús fue un buen hombre, un filósofo sabio, un ejemplo moral, un gran maestro. Otros, por supuesto, insisten en que fue un fraude, un fanático. Algunos creen que sus palabras e influencia son una amenaza para la sociedad moderna. La mayoría, al parecer, simplemente lo agrupa junto con varios personajes identificados por la historia y la tradición como fundadores de las religiones de nuestro mundo.

«Pero vosotros», dijo Jesús a sus discípulos, haciendo una pregunta aún más directa y personal, «¿Quién decís que soy yo?» Eso era lo que realmente quería oír.

Es una pregunta que todos debemos responder en algún momento: "¿Quién dices que es Jesús?". No hay escapatoria. Y cualquiera que sea tu respuesta, conlleva serias implicaciones para tu vida y tu futuro. Por eso, debe basarse en algo más que meras conjeturas o conocimientos comunes. Debe contener algo más que un simple vocabulario que suene cristiano.

Tu respuesta debe estar basada en la verdad. La verdad que nos ha sido revelada. La verdad que ha resistido la prueba del tiempo, el odio, la burla y todos los problemas que ha padecido la humanidad, pero que sigue apuntando a una única conclusión razonable: Jesús es incomparable.

No hay nadie como Él.

Sólo Él es Dios encarnado. Sólo Él murió por los pecados del mundo. Sólo Él resucitó de entre los muertos para no morir nunca más.

En un plano más personal, sólo Jesús es capaz de salvarnos de la sentencia de muerte que con justicia merecemos. Sólo Él es capaz de santificarnos, de cambiarnos, de hacernos santos e irreprensibles ante Dios. Sólo Él es capaz de saciar nuestras almas sedientas, de darnos descanso y de fortalecernos cuando nos cansamos de esforzarnos. Y sólo Él, lejos de dejarnos luchar con nuestra incapacidad de agradar al Padre, vive eternamente para ayudarnos, para darnos poder, para defendernos de los ataques y acusaciones que luchan contra nuestras almas, amenazan a nuestras familias, impiden nuestro progreso y confunden nuestras decisiones.

Jesús todavía está aquí. Y Jesús todavía es capaz.

Porque Jesús es incomparable.

"Nadie más posee sus cualidades", escribió el teólogo John Stott. "Podemos hablar de Alejandro Magno, Carlos el Grande y Napoleón el Grande, pero no de Jesús el Grande. Él no es el Grande, es el Único".

Con eso en mente, te invito a que me acompañes en un viaje para redescubrir (o descubrir por primera vez) el poder de esta verdad. Analizaremos juntos los acontecimientos de su vida terrenal: su nacimiento, su infancia, su bautismo, su tentación y más. Reflexionaremos sobre su deidad, su humanidad, su enseñanza, su humildad y su vida de oración, y por qué todo eso, todo lo relacionado con él, es tan importante para cada uno de nosotros. Y nos centraremos especialmente en las razones por las que fue sometido a juicio, el propósito de su crucifixión, el significado de sus siete últimas palabras desde la cruz y la diferencia que ha marcado para nosotros al resucitar de la tumba, regresar a su Padre y seguir ministrándonos desde el cielo mientras esperamos su segunda venida.

Quiero que cuando terminemos, puedas saber exactamente quién es Jesús, quién dices que es Jesús, debido a quién dice la Palabra que es Jesús.

* * *

Al igual que muchos otros creyentes, cada año aprovecho las semanas previas a la Pascua para prestar una atención aún más concentrada y deliberada a quién es Jesús y por qué vino a la tierra. Durante esta época, suelo elegir un libro diferente sobre la vida y la obra de Cristo para leer y meditar en mis momentos de tranquilidad diarios.

Uno de mis libros favoritos de todos los tiempos se llama El Cristo incomparable, escrito por un neozelandés del siglo XX, autor prolífico y estadista misionero llamado J. Oswald Sanders. La perspectiva que obtuve al leer su maravilloso libro inspiró una de mis series de enseñanzas hace algunos años y, en última instancia, el libro que usted está leyendo ahora. De hecho, el índice del libro que tiene en sus manos refleja la estructura del tesoro clásico de Sanders.[4]

No me disculpo por estas conexiones con la obra de otro autor. De hecho, espero que, al aprovechar la rica influencia que los escritos de Sanders han tenido en mi vida, pueda animarlos a contemplar la belleza eterna de Jesús.

Si lees este libro a principios de año, ¿puedo sugerirte que lo uses como guía de preparación para la Pascua? Está organizado en cincuenta lecturas (cincuenta días con Jesús), lo que significa que puedes usarlo como un compañero devocional durante las seis semanas previas al Domingo de Resurrección y luego en la semana posterior a la Pascua. (Esto funcionará si cuentas seis semanas hacia atrás desde el día de Pascua y comienzas ese domingo).

Pero este libro no se limita a ese uso ni a ese período de tiempo. Espero que te acerque más a Él en cualquier época del año y al ritmo que elijas para leerlo.

Porque si bien aprender más acerca de Jesús siempre es valioso e importante, tanto en Pascua como en todo tiempo, nuestra verdadera razón para necesitar conocerlo es amarlo, adorarlo, confiar en Él y obedecerlo, así como darlo a conocer a los demás, esparciendo “por todas partes el olor de su conocimiento” (2 Cor. 2:14 NVI).

Una cosa es segura: cuanto más lo conozcas, más descubrirás que Él es verdaderamente…

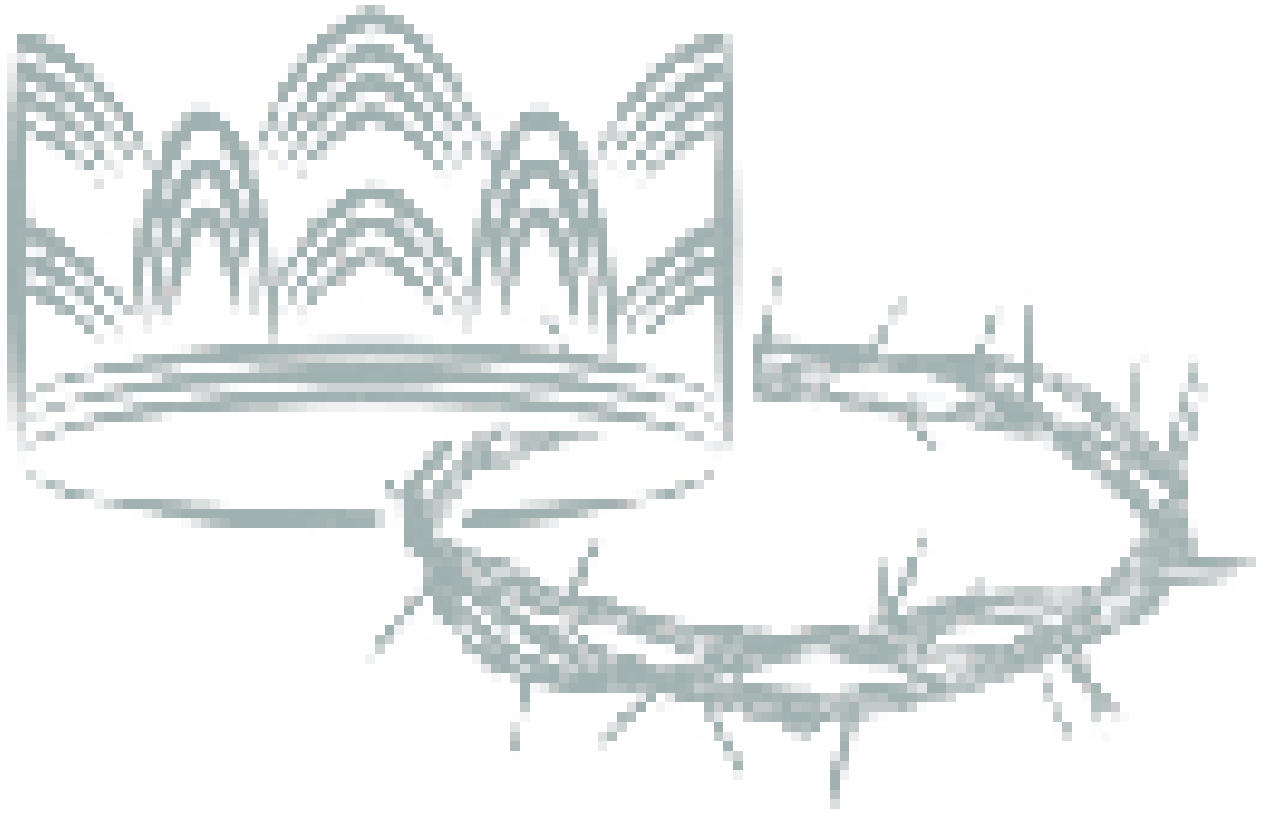
Incomparable.

Primera parte

LA PERSONA DE CRISTO

Me gustaría poder describírtelo, pero Él es indescriptible... Es incomprensible. Es invencible. Es irresistible. Lo que intento decirte es que los cielos no pueden contenerlo, y mucho menos un hombre puede explicarlo.

—SM LOCKRIDGE[5]



Día 1

Alguien es perfecto

La perfección moral de Cristo

"Todo lo ha hecho bien."

—MARCOS 7:37

¿Por dónde empezar? Al comenzar un libro sobre Jesús, las opciones son verdaderamente ilimitadas. Podríamos empezar antes del tiempo, donde Él ha existido por la eternidad, el Creador increado. Podríamos empezar en un pesebre en Belén, donde Aquel que creó el universo se dignó a habitar el planeta Tierra. Podríamos empezar con los acontecimientos que llevaron a lo que ahora conocemos como Pascua, donde Su propósito al venir aquí se cumplió plenamente y donde a los humanos se nos dio la esperanza inefable de vivir para siempre. Con Él.

Sin embargo, creo que lo mejor que podemos hacer desde el principio es dar un paso atrás y tratar de asimilar la realidad total de Jesús, su absoluta belleza, su verdadera perfección.

Él es completamente ideal.

Esta afirmación se nos hace más evidente cuando consideramos lo lejos que estamos de ser ideales. No estamos en condiciones físicas, ni espirituales, ni morales. Por más trabajadores y bien intencionados que seamos, seguimos siendo pecadores, reincidentes que necesitan desesperadamente un Salvador.

Quisiéramos que no fuera así. Intentamos que no sea así. Sentimos la necesidad interior de hacer más y ser más. De ser diferentes. De ser mejores. Sin embargo, siempre nos quedamos cortos, como todo el mundo. Las personas pueden ser fuertes en ciertas áreas, tal vez en varias. Incluso nosotros somos fuertes en algunas de ellas. Pero ninguno de nosotros es fuerte en todo. Todos tenemos nuestras áreas débiles.

Detente y maravíllate, entonces, porque Jesús no tiene puntos débiles. Él es perfecto en todo sentido.

Los escritores que profetizaron acerca de Él en el Antiguo Testamento lo vieron como “más hermoso que los hijos de los hombres” (Sal. 45:2 NVI). El Mesías de Israel, tal como lo imaginaban en sus mentes bajo la inspiración del Espíritu de Dios, iba a ser un hombre de perfección, superior a todos los demás seres humanos.

Pero luego, conocerlo realmente cuando vino, pasar tiempo con Él y darme cuenta de que verdaderamente era perfección en todo aspecto, que no podía encontrar nada en lo que Él no sobresaliera... qué experiencia incomparable.

Esto no quiere decir que Jesús impresionara a todos los que lo conocieron por su perfección física. No tenemos evidencia en el Nuevo Testamento de que Él fuera el equivalente de un modelo masculino en su época, aunque como carpintero sin duda era apto. El profeta Isaías incluso había declarado que el Mesías venidero

No tenía una forma impresionante

o majestad para que lo miremos,

No hay señales de que debamos desearlo. (Isaías 53:2)

Sin embargo, la gente deseaba a Jesús. Lo seguían sin dudarlo porque, sin importar cuál fuera su apariencia, su belleza era inconfundible. Poseía todas las gracias, todas las virtudes, en perfecta tensión y equilibrio. No faltaba ninguna de ellas. Piense en eso. Nunca hemos visto cómo se ve la perfección absoluta en una persona. La simetría perfecta entre lo interior y lo exterior. La perfecta alineación del corazón y el carácter. Es casi imposible imaginar tal perfección. Pero ahí está en Jesús.

Él no es solamente bueno; Él es perfecto.

Él no es solamente suficiente; Él es todo.

Jesús también cumplió la ley de Dios a la perfección. Y asegurémonos de que tenemos claro lo que esto significa. No sólo evitó cometer ni un solo pecado —un logro que para nosotros, conociendo nuestras luchas, es bastante notable— sino que la perfección de Jesús fue más allá de simplemente evitar el pecado. Vivió activamente toda la norma de la ley de Dios. Nada de eso fue para ostentación. Todo lo que dijo e hizo lo dijo y lo hizo con total pureza de motivación. Cumplió el mandato de la ley cada momento de cada día y fue más allá de eso para cumplir el espíritu detrás de la ley.

Pienso en ese versículo memorable de Miqueas 6:

Él te ha declarado, oh hombre, lo que es bueno;

¿Y qué exige el Señor de vosotros?

sino hacer justicia y amar la misericordia,

y andar humildemente con tu Dios? (v. 8 RVR1960)

Ese es un resumen sólido de lo que la ley de Dios requiere de nosotros: justicia perfecta y amor perfecto, entregados con humildad perfecta. Eso es precisamente lo que Jesús hizo cada segundo de su vida terrenal, y lo hizo a la perfección. Se podía escuchar a la gente decir: "Todo lo ha hecho bien" (Marcos 7:37). No podían evitar notarlo.

Detengámonos también nosotros a admirar la perfección de Jesús.

Él no es solamente bueno; Él es perfecto.

Él no es solamente suficiente; Él es todo.

Él no es simplemente nuestro Salvador y Señor; es nuestro único y inestimable tesoro.

Tenemos en Él lo más hermoso del mundo, la más deseable de todas las posesiones, la relación más maravillosa que un ser humano podría esperar tener con alguien.

Cuando tenemos a Jesús, tenemos todo lo que realmente necesitamos para el tiempo y la eternidad.

John Flavel, un pastor puritano del siglo XVII, en un sermón titulado "Cristo todo hermoso", pidió a sus oyentes que "recorrieran con la mirada todas las cosas creadas y examinaran el universo".

Observarás fuerza en uno, belleza en otro, fidelidad en otro, sabiduría en otro; pero no encontrarás a nadie que sobresalga en todas ellas como Cristo. El pan tiene una cualidad, el agua otra, la ropa otra, la medicina otra; pero nadie las tiene todas en sí como Cristo. Él es pan para el hambriento, agua para el sediento, vestidura para el desnudo, sanidad para el herido; y todo lo que un alma puede desear se encuentra en Él.

Si buscas la perfección en cualquier otro lugar, nunca la encontrarás. Si consideras a cualquier otra persona como modelo de belleza impecable, inevitablemente te decepcionarás. Si buscas algo o alguien (tu cónyuge, tu hogar, tu trabajo, tú mismo) que te proporcione una satisfacción absoluta, aunque es posible que veas en ellos una serie de cualidades impresionantes y deseables, también verás deficiencias que te recordarán que nunca podrán ser todo lo que necesitas.

Pero mira a Jesús, y Él superará tus más altas esperanzas.

Mira a Jesús y Él superará tus expectativas.

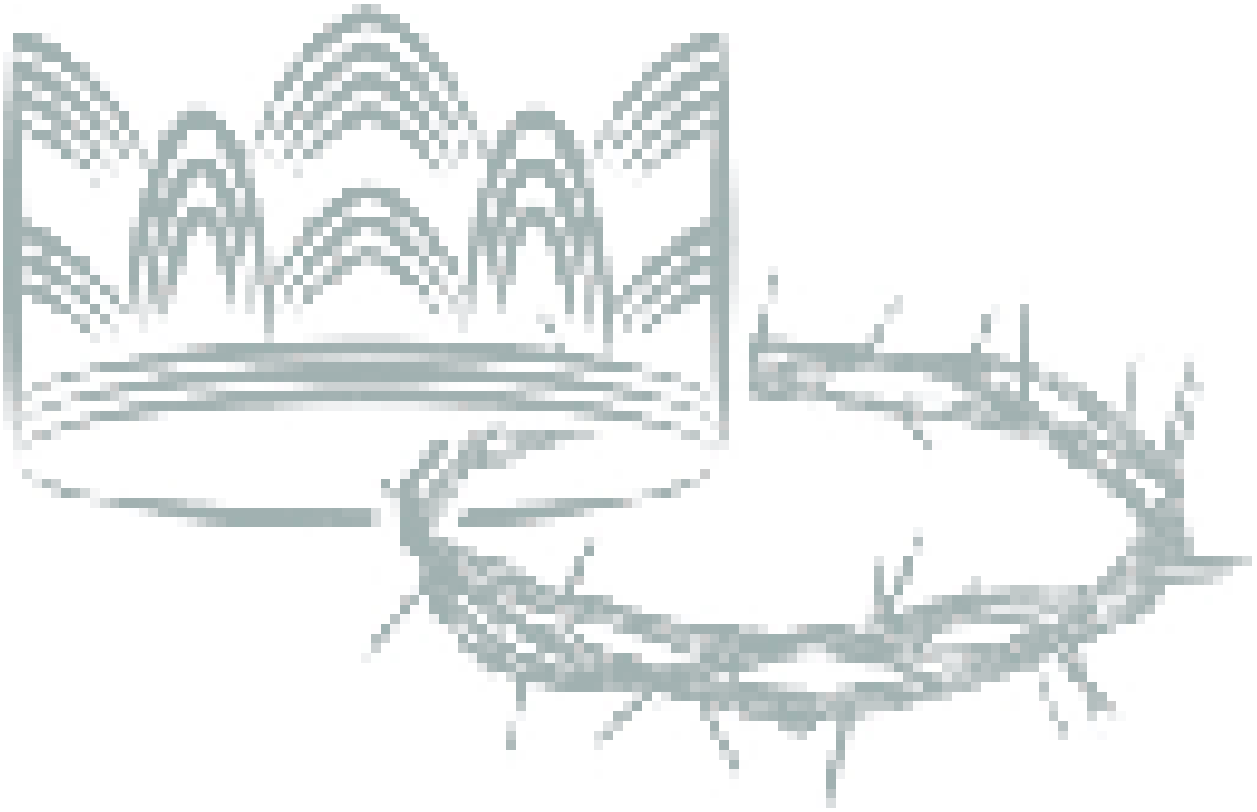
Mira a Jesús y te encontrarás en presencia de la perfección absoluta.

¿Es Cristo tu tesoro más preciado? ¿Cuáles son algunas de las cualidades que más valoras en Él?

¿Cómo podría un mayor enfoque en la perfección de Jesús moderar su decepción con los demás y con usted mismo?

Oh Padre, las palabras no alcanzan para expresar la maravilla de quién es Jesús. Él es hermoso, Él es bueno. Él es perfecto en todo sentido. No tengo que buscar en ningún otro lado, ni buscar otras cosas ni a otras personas, con la esperanza de sentirme satisfecho. En Él tengo todo lo que necesito. Que mi vida refleje Su belleza a un mundo que necesita desesperadamente ver Tu gloria y Tu gracia.

AMÉN.



Día 2

Antes de tiempo

La preexistencia de Cristo

Él es antes de todas las cosas y por él todas las cosas subsisten.

—COLOSENSES 1:17

Mi lista de lecturas casi siempre incluye al menos una biografía. Me encantan estas historias de vida desde que era niña y tengo una gran colección en mi biblioteca. La mayoría de las biografías que escojo presentan a una persona de la que ya sé algo, ya sea un misionero cristiano, una figura histórica, un servidor público o simplemente un individuo que ha logrado algo notable.

Pero la parte de la historia de la mayoría de las personas que normalmente me resulta menos familiar es su historia de fondo: de dónde vienen, su familia de origen, las circunstancias que rodearon su nacimiento y la influencia que todo eso tuvo en la dirección que tomaría su vida.

Sin embargo, Jesús rompe con el molde del modelo biográfico. A pesar de todo el alboroto que armamos todos los años en torno a su cumpleaños (¡y deberíamos hacerlo!), el acontecimiento navideño no es el punto de partida de su historia.

Jesús vivió antes de nacer.

Deténgase y reflexione sobre cómo esa declaración hace que Jesús sea incomparable. Su existencia no comenzó con su concepción milagrosa y su nacimiento en un establo. De hecho, la historia de Navidad en sí misma insinúa su existencia previa. Mucho antes de que alguien cantara "Oh, pequeña ciudad de Belén" en la víspera de Navidad, el profeta Miqueas predijo que de esta ciudad intrascendente vendría un "gobernante sobre Israel". Pero aunque este Gobernante nacería allí, no vendría de allí, porque

Su origen es desde la antigüedad,

Desde los tiempos antiguos. (Miqueas 5:2)

Para encontrar otra pista, retrocedamos un poco más en el Antiguo Testamento hasta Génesis 17, que describe el pacto que Dios hizo con Abraham. Luego avancemos rápidamente hasta el evangelio de Juan, donde Jesús indignó a sus

oponentes judíos del primer siglo al decir: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58).

Así es. No se trata de “yo era”, sino de “yo soy”. Jesús no solo desafía las restricciones de la cronología, sino también las restricciones de la gramática. Por eso Juan el Bautista, que nació de Isabel seis meses antes de que Jesús naciera de María (ver Lucas 1:36), pudo declarar que “el que viene después de mí es anterior a mí, porque existía primero que yo” (Juan 1:15). ¡Guau!

En realidad, Jesús existía antes de todo. Nunca hubo un momento en el que Él no existiera en toda su plenitud.

¿Qué sabemos entonces de su vida antes de venir a esta tierra? Aunque gran parte de esto es un misterio, sabemos que Él estaba “con Dios” y que “era Dios” (Juan 1:1). Tenía una relación personal y estrecha con Dios, pues vivía “al lado del Padre” (v. 18). Era eternamente uno e igual al Padre, y poseía toda la gloria del Padre (17:5).

¿Y qué estaba haciendo en la eternidad pasada? Una cosa que sí sabemos es que estaba trabajando activamente. Porque dentro del misterio que se nos revela como la Trinidad —Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo— Jesús era el Creador increado de todo lo que existe.

“Todas las cosas por medio de él fueron creadas”, afirma Juan 1:3, “y sin él nada de lo que ha sido creado fue creado”. En su carta a los Colosenses, el apóstol Pablo cuantifica aún más lo que significa “todas las cosas”:

Todo fue creado por él,

en el cielo y en la tierra,

lo visible y lo invisible,

ya sean tronos o dominios

o gobernantes o autoridades—

Todas las cosas fueron creadas por medio de él y para él. (Col. 1:16)

Pero Jesús es más que el Creador. No se limitó a lanzar el universo a la existencia con la esperanza de que sobreviviera al viaje. Él fue, es y sigue siendo el Sustentador de nuestro mundo. Él lo ha tenido todo bajo control desde el principio y lo mantiene todo unido hoy, "sustentando todas las cosas con la palabra de su poder" (Hebreos 1:3).

Proverbios 8 nos da otra visión de la vida preexistente de Jesús. Este pasaje es una descripción personificada de la sabiduría. Y Jesús, como nos dicen las Escrituras, es Él mismo "la sabiduría de Dios" (1 Corintios 1:24). Estos versículos adquieren un nuevo asombro cuando los leemos desde esa perspectiva:

"Yo estaba allí cuando él estableció los cielos,

Cuando trazó el horizonte sobre la superficie del océano,

Cuando colocó los cielos arriba,

cuando las fuentes del océano brotaban…

cuando puso los cimientos de la tierra.

Yo era un artesano experto a su lado" (Proverbios 8:27-30).

¿No te encanta esa imagen? Cuando Dios creó el mundo, Jesús estaba allí, no como un espectador pasivo, sino trabajando activamente con su Padre, tal como lo estuvo cuando Dios ideó y puso en marcha el plan de salvación. Y mientras trabajaban juntos, lo hacían con alegría:

"Yo era su deleite todos los días,

siempre regocijándose delante de él.

Me regocijaba en su mundo habitado,

deleitándose en los hijos de Adán" (vv. 30–31).

A lo largo de toda la eternidad, Jesús fue un Dios alegre. El Padre y el Hijo se deleitaban el uno en el otro. Y Jesús "siempre se regocijaba" no solo en el mundo creado, sino también en sus amados habitantes, "los hijos de Adán" (Proverbios 8:31), las personas que Él había creado para habitar su mundo creado.

Tú.

A mí.

A nosotros.

Nosotros somos su deleite.

Éste es nuestro Jesús, el que les dijo a sus discípulos que los amaba como el Padre lo amaba a él (Juan 15:9). ¿Por qué quería que lo supieran? "Para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido" (v. 11), el gozo que Él ha conocido con su Padre desde antes del comienzo del tiempo.

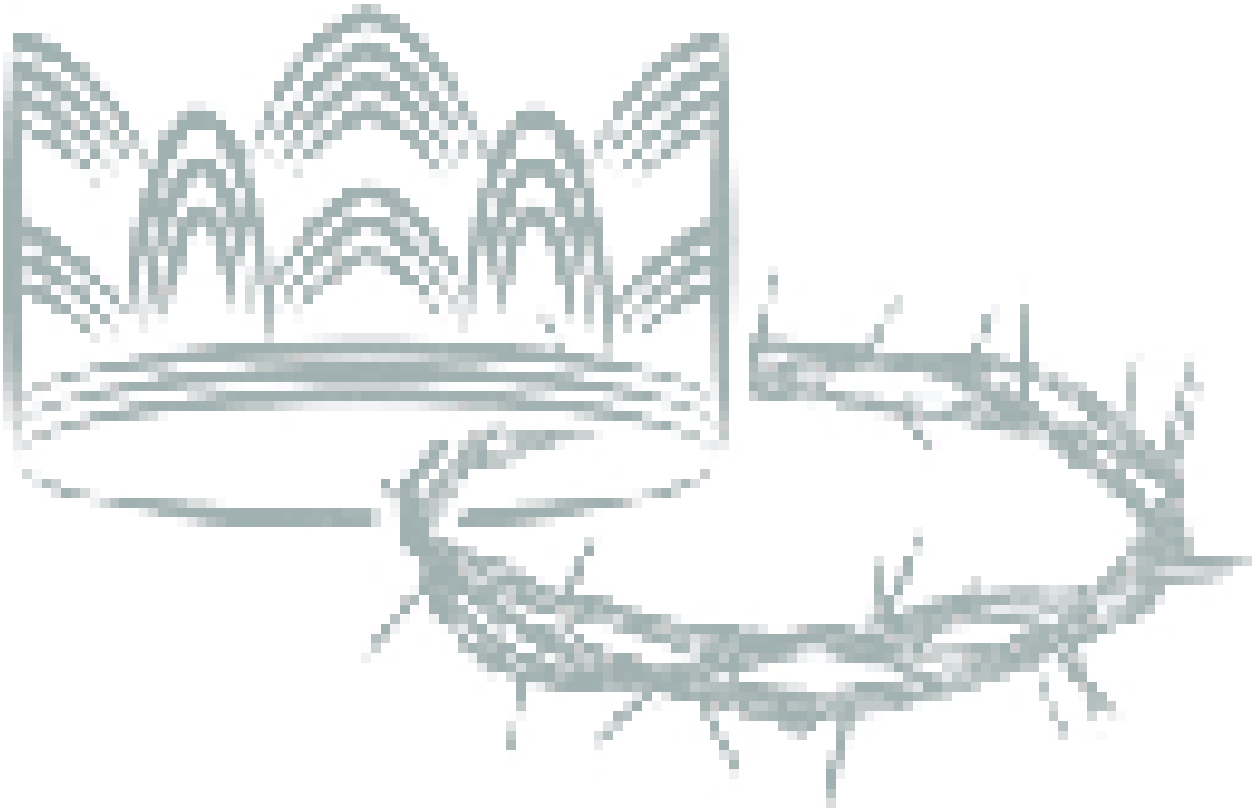
Y cuando el Hijo eternamente existente irrumpió en el tiempo, enviado por el Padre en una misión divina, vino para hacer posible que experimentáramos lo que Él había disfrutado por toda la eternidad.

¿Cómo puede el conocimiento acerca del deleite de Jesús en la tierra y la gente que Él creó ayudarle a lidiar con la tristeza que experimentamos en nuestro mundo roto?

¿Qué anticipo de cómo será la eternidad con Él para quienes creen en Él nos da la existencia de Cristo antes del comienzo del tiempo?

Señor Jesús, te adoro, Dios eternamente preexistente. Gracias por romper la barrera del tiempo y la eternidad al venir a nosotros, para que podamos experimentar contigo el amor y la alegría que Tú experimentas con Tu Padre. Tú eres eternamente incomparable.

AMÉN.



Día 3

Cuerpo completo de trabajo

La encarnación de Cristo

El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.

—JUAN 1:14

Nos sorprende hoy cuando volvemos a casa después de hacer la compra y nos damos cuenta de que no hemos olvidado nada de nuestra lista. Nos sorprende la remontada de último minuto que vimos en un partido del campeonato que estábamos viendo por televisión. Nos sorprende que un paquete que habíamos pedido por Internet llegara dos días antes de la fecha de entrega prevista.

Sin embargo, ya casi no nos sorprende que el Hijo de Dios haya sido concebido en un vientre humano y haya nacido en este mundo como un ser humano. La historia es tan familiar que es fácil olvidar lo asombrosa que es en realidad. Así que tal vez debamos echar una nueva mirada a lo que el teólogo Wayne Grudem llama "de lejos el milagro más asombroso de toda la Biblia", más asombroso que la creación, más asombroso incluso que la resurrección. De hecho, escribe Grudem, "seguirá siendo por la eternidad el milagro más profundo y el misterio más profundo de todo el universo". [7]

Es otra razón por la que Jesús es incomparable.

Así que dejémonos sorprender por ello una vez más.

Por supuesto, nunca llegaremos a entender del todo el pensamiento divino que se esconde detrás de este acontecimiento llamado encarnación (la palabra proviene de un término latino que significa "hacerse carne, hacerse carne"). ¿Por qué Jesús eligió asumir nuestras debilidades, fragilidades y limitaciones humanas? Imagínese ser omnipotente, todopoderoso, pero requerir el cuidado paternal de una madre y un padre. Imagínese ser omnisciente, omnisciente, pero necesitar aprender a caminar; ser la Palabra eterna de Dios, pero necesitar aprender a leer. Imagínese haber creado los océanos, pero tener sed de agua. Imagínese haber hablado para que las estrellas se pusieran en su lugar, pero acostarse por la noche debajo de ellas.

¿Por qué haría esto Jesús? Él había vivido en lugares celestiales, en palacios celestiales. ¿Por qué se sometería a nacer en un establo prestado? Él era el Hijo amado de Dios. ¿Por qué aceptaría convertirse en el Hijo del Hombre rechazado?

Estos son solo algunos de los muchos imponderables relacionados con la encarnación. El apóstol Juan lo describió de esta manera: "Y aquel Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1:14). La palabra griega traducida "habitó"

en ese versículo significa literalmente “habitó”. En otras palabras, Jesús “plantó su tienda” con nosotros.

• Lo infinito se hizo finito.

• El inmortal se hizo mortal.

• El Creador se hizo criatura.

Piensen en la humildad que implica este intercambio. Jesús, el Hijo de Dios,

se vació a sí mismo…

tomando la semejanza de la humanidad. (Fil. 2:7)

¿Por qué? Porque, ya sea que lo entendamos completamente o no (¡lo cual no podemos hacer!), solo al humillarse a sí mismo hasta ese grado podríamos ser salvos de nuestros pecados. No había otra manera. “Tenía que ser en todo semejante a sus hermanos” o, de lo contrario, no habría “expiación por los pecados del pueblo” (Hebreos 2:17).

Nos gustaría pensar que nuestra necesidad no es tan drástica. Nos hemos acostumbrado tanto a nuestros pecados (luchamos contra ellos, los excusamos, los confesamos, tratamos de no pensar en ellos) que, aunque los odiemos, hemos

encontrado una manera de seguir viviendo sin ellos. Pero esta familiaridad en nuestra relación con el pecado disfraza la profundidad con la que ha intoxicado nuestros corazones. Hemos incurrido en la santa ira de Dios a causa de nuestro pecado. No podemos limpiar la culpa de nuestro pecado. El resultado inevitable es que cada pecador debe morir y estar separado para siempre de Dios, de todo lo bueno, de cualquier otra cosa que no sea el castigo que merecemos con justicia.

Excepto la encarnación, que es lo único que cambia las reglas del juego.

Jesús se hizo carne y sangre, compartiendo nuestra experiencia humana, "para destruir por medio de su muerte al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo, y librar a todos los que durante toda la vida estaban sujetos a esclavitud por el temor de la muerte" (Hebreos 2:14-15). Es decir, a todos nosotros.

Y ese es el porqué de la encarnación, simple y llanamente. Maravilloso y sacrificial: "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores" (1 Tim. 1:15). Para decirlo en un lenguaje que se pueda recordar fácilmente, "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16). Necesitábamos lo que sólo este don podía darnos, y por eso Dios nos dio lo mejor que tenía:

- Jesús, viviendo nuestra vida sin pecar

- Jesús, obedeciendo perfectamente al Padre

- Jesús, muriendo nuestra muerte en nuestro lugar

- Jesús, pagando nuestra pena por el pecado

Y si eso no es asombroso, no sé qué es.

Es asombroso que, al escucharlo nuevamente, me sienta impulsado a preguntarte: ¿Sientes que Su Espíritu te conmueve hoy de una manera que quizás nunca antes habías sentido? ¿Te está dando desesperación por tu condición pecaminosa? ¿Te está dando la comprensión de que Jesús ha venido a rescatarte? ¿Te está acercando tu corazón a Su propio corazón amoroso y lleno de gracia? Entonces corre conmigo por fe hacia Su perdón. Crea que lo que Él ha dicho es verdad. Y reciba lo que Él ha dicho que es suyo.

No hay nadie más que venga a buscarnos. Tenemos a Jesús o no tenemos nada. Tenemos este mundo con sus constantes desilusiones y sus ocasionales estallidos de paz y felicidad temporales, o tenemos la esperanza eterna, la gracia salvadora de Dios y la promesa de vida eterna.

Todo porque Jesús vino y se hizo uno de nosotros.

Y, oh, no olvidemos que la encarnación de Jesús no es sólo un acontecimiento antiguo que ocurrió hace más de dos mil años y que celebramos cada año el veinticinco de diciembre. Esta maravilla de maravillas es en gran medida una realidad del tiempo presente. El Dios que se hizo carne, que vino a morar entre nosotros, que fue crucificado, sepultado, resucitó de entre los muertos y ascendió al cielo, está sentado hoy en su cuerpo humano glorificado a la diestra del Padre. Sigue siendo el Dios-hombre, nuestro Abogado, que vive para interceder por nosotros ante el trono de Dios.

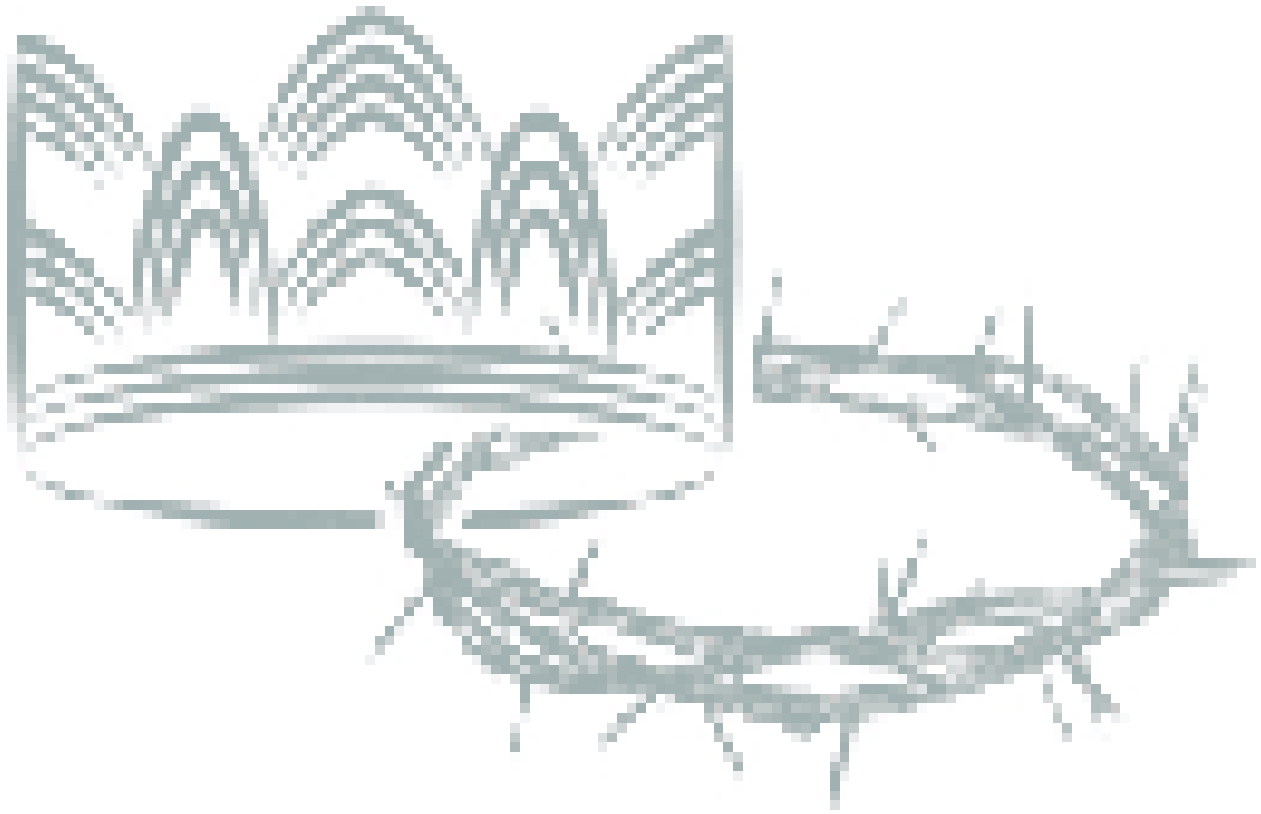
Quédate asombrado.

¿Qué sería diferente en tu vida si no hubiera habido encarnación, si Jesús no hubiera venido a la tierra en forma humana?

¿Cómo puedes evitar volverte complaciente con respecto a la obra salvadora que Cristo realizó en ti?

Padre, gracias por el misterio y el milagro de lo que hizo Jesús cuando se hizo hombre y vino a esta tierra para salvarnos de nuestros pecados. Su humildad y sacrificio confrontan mi orgullo. ¿Dónde estaríamos nosotros, dónde estaría yo, sin Él? ¡Estoy asombrado y te alabo!

AMÉN.



Día 4

Creciendo con Jesús

La infancia de Cristo

El niño creció y se fortaleció, se llenó de sabiduría y la gracia de Dios estaba sobre él.

—LUCAS 2:40

En el lapso de un siglo o dos desde que Jesús estuvo en la tierra, las especulaciones sobre lo que ocurrió durante sus años de infancia encontraron su lugar en relatos apócrifos como el Evangelio de la infancia de Tomás. Es posible que hayas oído o leído algunas de estas historias fantásticas sobre el joven Jesús haciendo pájaros de arcilla que realmente volaban, abriendo las aguas de un arroyo en el pueblo de su infancia o criticando a sus maestros de escuela por no saber de qué estaban hablando.[8]

Fascinante, ¿verdad? Excepto que ninguna de estas historias es cierta. Nuestra única fuente confiable sobre la actividad de la infancia de Jesús es lo que nos cuentan las Escrituras. Y quizás lo más revelador en este sentido, cuando escudriñamos la Biblia en busca de información, es que no se nos dice casi nada.

La infancia de Jesús, como la de cualquier persona, fue simplemente una infancia, rutinaria, sin nada de espectacular.

Pero quizá esto nos lo diga todo.

Porque si alguien más hubiera ideado una historia tan inconcebible como la encarnación —un dios que viene a la tierra— nunca habría incluido una infancia común y corriente, tan poco destacable que apenas se la hubiera mencionado en el relato histórico de sus hechos. A un dios en el sentido griego de la palabra no se le habría concedido una infancia en absoluto. Se suponía que los miembros de su panteón mitológico llegaban a la edad adulta plenamente formados. No era necesaria ni deseada una infancia. Diluir sus leyendas con imágenes de debilidad, necesidad, impotencia y dependencia infantiles no era una buena idea.

Sin embargo, Jesús no era ese tipo de dios. Su encarnación por nosotros requirió que nos identificáramos con nosotros, hasta el punto de convertirse en un niño. Parte de lo que hizo que todo este plan fuera tan ingeniosamente eficaz es que Él restringió por un tiempo el uso y la expresión plenos de Sus capacidades divinas para que Él, como nosotros, pudiera experimentar todas las etapas normales del desarrollo de la infancia: la parte física, la parte intelectual, la parte social, la parte psicológica. Todas las partes. No saltó de los tres a los diez años, por ejemplo, saltándose las etapas que no le gustaban, por la sencilla razón de que nosotros no podemos saltarnos las etapas que no nos gustan. En cambio, Él creció

lenta, gradualmente, diariamente, de manera incremental, de una estación a la siguiente. De la misma manera que nosotros lo hacemos.

Jesús creció como nosotros.

Hay en ello una importancia poderosa y un propósito.

Si bien la Biblia dice muy poco acerca de su niñez, las pistas que nos da sobre su familia y sus años de crecimiento indican un plan que lo preparó perfectamente cuando era niño para su incomparable misión y ministerio como adulto.

Por ejemplo, Jesús nació de padres devotos y piadosos, que vivían "conforme a la ley del Señor" (Lucas 2:39) y eran fieles en la adoración (vv. 41-42). ¿Qué mejor manera para que Jesús aprendiera las Escrituras y desarrollara reverencia hacia Dios y su Palabra que crecer en un hogar donde se vivían y se enseñaban los caminos de Dios?

Y sí, las cosas que aprendió cuando era niño eran cosas que había sabido por toda la eternidad como el Hijo de Dios. Pero el Jesús encarnado aprendió acerca de su Padre celestial de la misma manera que otros niños aprenden acerca de Él: poco a poco, construyendo el fundamento para toda la vida. Y lo hizo en el hogar de padres terrenales cuyas vidas giraban en torno al Dios viviente.

La infancia de Jesús no estuvo exenta de problemas. Su familia no se libró de los desafíos de la vida en un mundo caído. La madre de Jesús, por supuesto, había quedado embarazada de Él en circunstancias que no son fáciles de explicar, por lo que sin duda creció entre miradas y susurros, chismes y sospechas. Debido a un mandato del gobierno, su madre se había visto obligada a dar a luz a ciento veinte kilómetros de su casa en un entorno inhóspito. Antes de que cumpliera dos años, su vida fue amenazada por un rey celoso, y sus padres tuvieron que huir a cientos de kilómetros de distancia, a Egipto. Y una vez que pasó el peligro, la familia regresó a la pequeña ciudad de Nazaret, donde Jesús se crió. Nadie esperaba mucho de nadie que viniera de allí (Juan 1:46).

Pero incluso estas circunstancias adversas le dieron a Jesús las habilidades que necesitaría más adelante: cómo manejar la incomprensión, por ejemplo, cómo soportar la desaprobación de la gente. Todo esto fue parte del entrenamiento inicial que Dios le dio a Su Hijo en la Tierra.

Jesús también creció en la pobreza. Deducimos este hecho de la ofrenda que sus padres llevaron al templo para su dedicación cuando era un bebé y para el rito de

purificación de María después del parto. La elección de dos aves comunes por parte de la pareja (Lucas 2:24) revela que no tenían "suficientes recursos" para un regalo más costoso y presentable (Levítico 12:8).

Si no conociéramos la historia, naturalmente esperaríamos que un niño tan especial fuera criado en una familia de riqueza, renombre y posición. Sin embargo, cuánto más apropiado es que no fuera así. Qué apropiado es que "siendo rico, por amor a vosotros se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Cor. 8:9).

¡Qué humildad! Jesús era un ser humano como cualquier otro niño. Un hijo. Un hermano mayor. Creció, como todos debemos hacerlo, desde la infancia, pasando por la niñez, hasta la edad adulta. Pero la Biblia menciona otro detalle importante sobre su historia.

"El niño crecía", nos dice el evangelio de Lucas, "y la gracia de Dios estaba con él" (2:40). Jesús creció dependiendo del favor de Dios. Contrariamente al Evangelio de la infancia de Tomás, Jesús no usó su poder sobrenatural como Dios para crear pájaros o destruir a sus enemigos. Dejó de lado ese poder. Creció como nosotros tenemos que crecer. Y lo hizo confiando en la gracia de Dios.

De maneras que nunca comprenderemos del todo, Jesús necesitó esos años de descubrimiento infantil (la oscuridad de esos años de crecimiento lentos y simples) para aprender que lo que necesitaba más que cualquier otra cosa en la vida era la bendición que sólo su Padre podía darle.

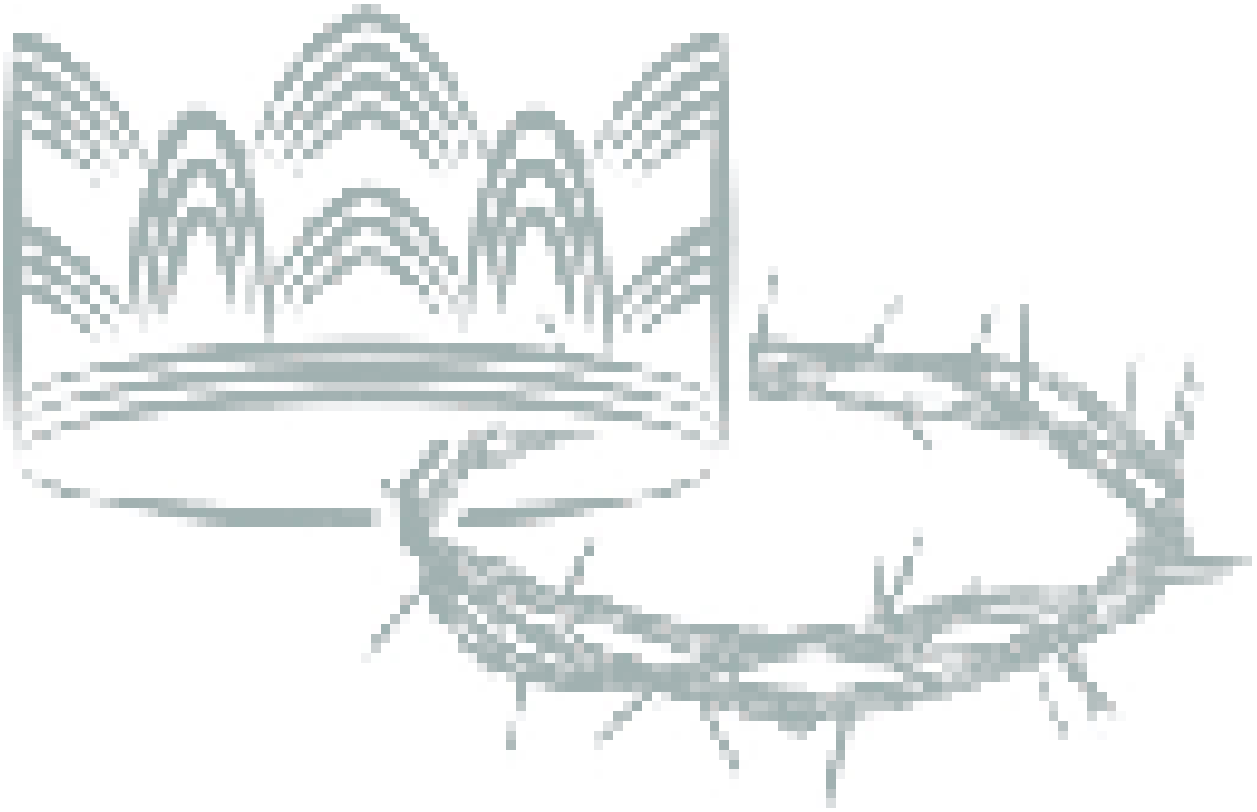
Nos demos cuenta o no, todos dependemos (y también nuestros hijos) del cuidado y la protección de la gracia de Dios. Sin importar nuestras circunstancias (buenas o malas), sin importar nuestro estilo de crianza (supervisor o permisivo), sin importar nuestro entorno familiar (fuerte o disfuncional), en última instancia estamos protegidos y guiados por la mano de Dios. Podemos pensar que somos autosuficientes, pero la verdad es que, a medida que crecemos en cada etapa de nuestra vida, dependemos totalmente de Él: de Sus planes, Su ayuda, Su trabajo tras bastidores y Su favor a nuestro favor.

¿Qué diferencia tiene para nosotros el hecho de que Jesús haya pasado por todas las etapas del desarrollo infantil normal?

¿Qué significa para usted depender de la gracia y el favor de Dios en su vida? ¿Cómo ha experimentado esa gracia?

Padre, gracias por enviar a Jesús como un bebé que creció en este mundo como un niño. Gracias por su disposición a humillarse, experimentar nuestras vidas y compartir nuestras luchas. Reconozco mi necesidad de tu favor y tu gracia. Gracias porque puedo confiar en ellos, como lo hizo Jesús, en cada etapa y temporada de la vida.

AMÉN.



Día 5

Cada vez mayor

La Juventud de Cristo

"¿No sabíais que me era necesario estar en la casa de mi Padre?"

—LUCAS 2:49

¿Cuándo se dio cuenta el niño Jesús de que era el Hijo de Dios? No lo sabemos con exactitud, pero sí lo supo en el momento de un acontecimiento específico registrado en Lucas 2. Me refiero al día —que duró dos días, luego tres— en que quedó tan cautivado por las discusiones que se desarrollaban entre los sacerdotes y maestros en el templo que no pudo apartarse de la "casa de su Padre", incluso después de que sus padres se marcharan a casa sin él.

A los doce años, Jesús sabía exactamente quién era.

Hoy, doce años es la edad escolar media. Hoy, doce años es, en general, el número de niños tontos que hacen cosas tontas. A veces, siguen actuando tontamente doce o veinte años después (¿cincuenta años después?). Pero para los niños judíos de la época de Jesús, el año anterior a su decimotercer cumpleaños era el momento en que se preparaban para convertirse oficialmente en miembros plenos de la comunidad religiosa del judaísmo: "hijos de la ley" responsables ante Dios de su propio crecimiento y desarrollo espiritual.

Y Jesús abrazó este paso a la edad adulta con todo el corazón.

Este momento en el templo de Jerusalén es el único retrato detallado que tenemos de Él antes de que emergiera en las orillas del Jordán como un hombre de treinta años, listo para embarcarse en Su ministerio público.

Hemos visto que cuando era niño Jesús "crecía" (Lucas 2:40). Ahora aprendemos que cuando era adolescente "crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia ante Dios y ante los hombres" (v. 52).

La palabra griega traducida como "crecer" transmite la idea de pioneros que se abrían paso a través del desierto, cortando los árboles que se encontraban frente a ellos y que les impedían llegar a su destino deseado. Significa "golpear", "cortar" y "abrirse paso" a machetazos, sin dejarse intimidar por la espesura de las viñas y los demás obstáculos que se interponen en el camino, haciendo un esfuerzo extenuante para seguir avanzando.[9]

¡Oh, que nunca dejemos de crecer, como creció Jesús! Creciendo intencionalmente, avanzando deliberadamente, negándonos a quedarnos de brazos cruzados o a conformarnos con lo que ya hemos aprendido y obtenido.

Crecimiento. Esa es la cualidad que Jesús ya nos estaba modelando cuando tenía doce años. Eso es lo que escuchamos en las primeras palabras que se le atribuyen en las Escrituras: "Me es necesario estar en la casa de mi Padre" (Lucas 2:49 NVI). O "Me es necesario estar en los negocios de mi Padre" (NVI).

¡Debe! Esa palabra implica un aumento de intensidad, de determinación de propósito, que continuó durante toda su vida:

• "Es necesario que anuncie el evangelio del reino de Dios" (Lucas 4:43 NVI).

• "Es necesario que el Hijo del Hombre padezca mucho y sea rechazado" (Lucas 9:22 NVI).

• "Es necesario que todo lo que está escrito acerca de mí… se cumpla" (Lucas 24:44).

Pero los "deberes" en la vida de Jesús comenzaron en el templo. A los doce años. O al menos florecieron allí, a partir del llamado que ya se había ido formando en Él desde niño. Desde ese momento en adelante, nada fue opcional para Él en Su búsqueda apasionada de la voluntad del Padre. Nada le importaba más que estar completamente entregado, completamente devoto, completamente obediente. Sin distracciones. Sin diversiones perezosas.

Y cuánto me encanta que podamos ver este fuego dentro de Él mientras era todavía un hombre joven. No es que estuviera desafiando a sus padres terrenales. De hecho, se mantuvo respetuoso y "obediente a ellos" mientras continuaba creciendo y madurando en su hogar (Lucas 2:51). Pero cuando era un joven adolescente, ya estaba dirigiendo Su atención hacia Su Padre celestial, creciendo

más allá de Su niñez, mirando hacia adelante hacia una madurez responsable y Su ministerio redentor.

Ese es Jesús a los doce años. Ese es el Jesús que sus padres encontraron después de haber regresado a Jerusalén a toda prisa desde un día entero de distancia. (No se dieron cuenta hasta el anochecer de que Él no estaba con el grupo de viaje.) Cuando finalmente lo encontraron allí en el templo, Él estaba "sentado entre los maestros". Y estaba haciendo dos cosas importantes, no solo para los niños de doce años, sino para cualquier niño de cualquier edad en cualquier momento de la vida. Estaba "escuchando… y haciendo preguntas" (Lucas 2:46).

Escuchar es una actividad que va en aumento. "Quien escucha el consejo es sabio", dice el escritor de Proverbios 12:15. No aprendemos ni discernimos la verdad escuchándonos a nosotros mismos hablar, sino escuchando y procesando lo que dicen los demás.

Hacer preguntas. También crecemos siendo enseñables, queriendo saber, teniendo un corazón y un hambre de crecer en nuestro entendimiento. Jesús interrogó a los eruditos que estaban allí y les respondió de maneras que los sorprendieron, no porque todavía no hubiera alcanzado la plenitud de su conocimiento (no a los doce), sino porque mostró un deseo poco común de aprender.

Ojalá que tú y yo estemos tan deseosos, a cualquier edad que tengamos, de profundizar en las Escrituras, estudiarlas con otros, comprender las verdades de Dios y estar en la casa y el servicio de nuestro Padre como Jesús demostró estar a los doce años. Y que podamos orar, desafiar e inspirar a los jóvenes de nuestra vida —ya sean nuestros propios hijos o los hijos de otros— para que encuentren su mayor fascinación no en las típicas actividades de la adolescencia, sino en desarrollar un patrón constante de llegar a conocer, realmente conocer, a su Padre celestial. Sí, incluso a los doce años.

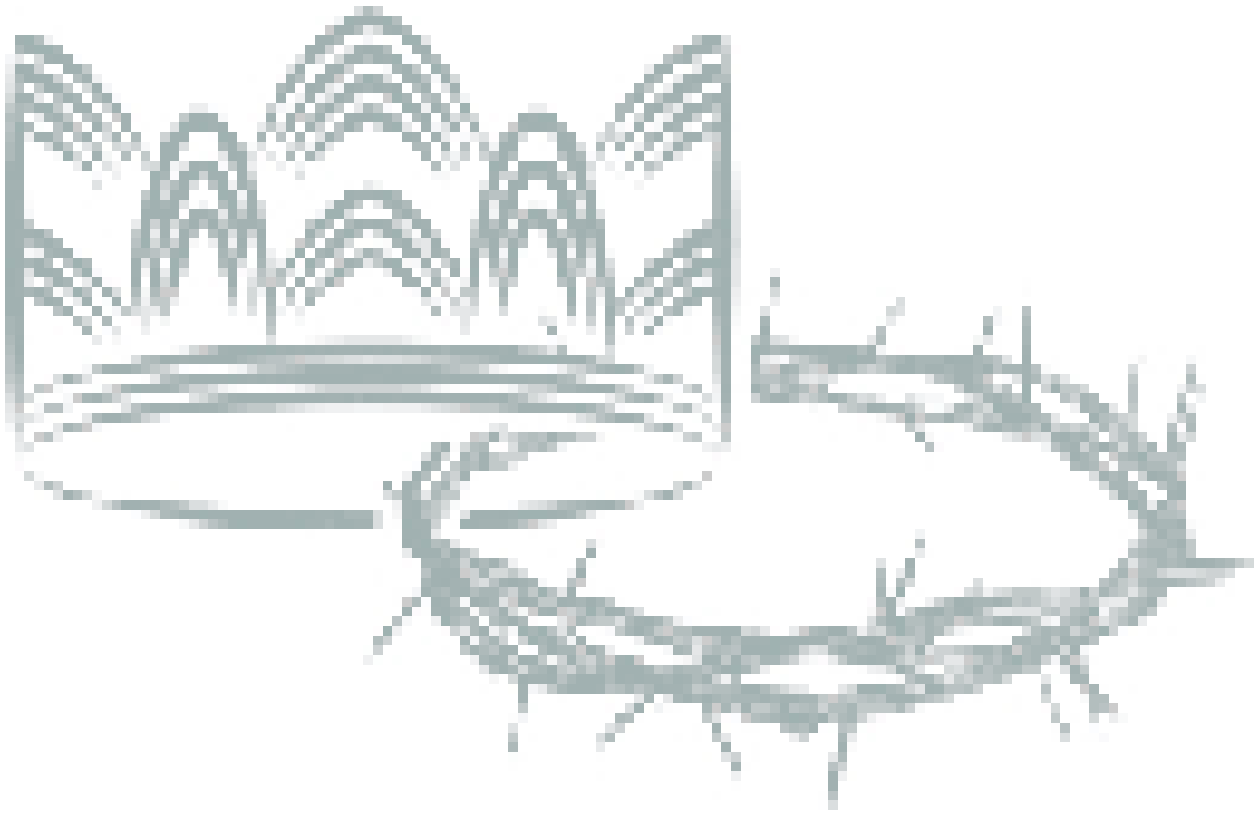
Como lo hizo Jesús.

¿De qué manera estás "aumentando" en tu comprensión de los caminos y la Palabra de Dios?

¿Cómo podría usted animar a los jóvenes que le rodean a buscar a Dios durante sus años de formación?

Padre, el ejemplo de Jesús cuando era joven me convence y me inspira. Te pido que pongas en mi corazón un hambre incesante de buscarte, aprender de ti y conocerte. Haz que esté alerta a las oportunidades de derramar mi gracia en las vidas de los creyentes más jóvenes, para que juntos crezcamos en tu gracia y alcancemos la madurez espiritual.

AMÉN.



Día 6

Un hombre trabajador

La ocupación terrenal de Cristo

"¿No es éste el carpintero, el hijo de María?"

—MARCOS 6:3

Dieciocho años es mucho tiempo. Una larga espera. ¿Y no es sorprendente, dada la enormidad de lo que Jesús vino a hacer, que el plan del Padre para la relativamente breve vida de Su Hijo en la tierra incluyera un intervalo de dieciocho años entre Su infancia y Su ministerio público?

Pensemos en eso por un momento. El Hijo de Dios vivió en este planeta durante treinta años completos (Lucas 3:23) antes de realizar alguna de las obras y maravillas que marcaron la llegada de su reino. Es natural preguntarse qué estaba esperando. ¿Era este un uso eficiente de su tiempo? ¿Por qué desperdiciaría dieciocho años en la oscuridad silenciosa, aparentemente dedicando la mayor parte de ese tiempo a trabajar en el negocio de construcción de su padre terrenal?

Respuesta:porque el trabajo no es una pérdida de tiempo.

Y porque Dios nunca desperdicia nada.

Puede que estés en casa con dos niños en edad preescolar. Puede que tengas un trabajo de oficina o que estés atendiendo mesas (o que hagas un trabajo después del otro). Tus planes para la tarde pueden incluir doblar la ropa, llevar a los niños en coche desde la escuela a las clases de natación y a las prácticas de teatro, o responder llamadas en un centro de distribución de pedidos. Pero no importa cuál sea tu descripción del trabajo, no importa lo insignificantes o serviles que parezcan tus tareas diarias, ese trabajo es noble y sagrado cuando se hace para la gloria de Dios.

Si eso no es verdad, ¿cómo se explica que Jesús trabajara dieciocho años como carpintero? ¿Lo habría hecho si no veía ningún propósito en ello? Jesús no estuvo menos comprometido con hacer la voluntad de su Padre —estando “en los negocios de [su] Padre” (Lucas 2:49 NVI)— durante los dieciocho años que van desde los doce hasta los treinta, que durante los tres años que llamamos sus años de ministerio.

“El carpintero”: así fue como Jesús fue conocido durante la mayor parte de su vida. Es posible que el término haya tenido la intención de ser más un desprecio que un elogio. En otras partes de las Escrituras, hay muchos títulos elevados para

Jesús: Hijo de Dios, Príncipe de paz, Señor de gloria. Pero durante esos años de juventud de su vida, se hacía referencia a Jesús simplemente como "el carpintero" o "el hijo del carpintero".

No tenía ninguna formación teológica formal ni credenciales profesionales en su currículum. Era un trabajador común. Alguien que trabajaba con sus manos. Alguien cuyo negocio era construir cosas. Alguien cuya ropa se llenaba de sudor y se ensuciaba al final del día. (¡Me pregunto qué habrán pensado los ángeles mientras miraban!)

Pero el ejemplo de humilde trabajo terrenal de Jesús sólo añade más valor a lo que lo hace incomparable.

Jesús no eligió quedarse de brazos cruzados hasta que llegara el momento de comenzar su ministerio público; no fue ocioso ni perezoso. Glorificó a su Padre celestial trabajando diligentemente con sus manos durante todos esos años, tal vez apoyando a su madre y a otros miembros de su familia después de la muerte de José.

El trabajo, contrariamente a lo que muchos suponen, no es una maldición de la caída. Cuando Dios colocó a Adán en el jardín del Edén —antes de que el pecado entrara en la ecuación—, el Señor le dio la tarea de "cultivarlo y velar por él" (Gén. 2:15).

Desde el principio, el trabajo ha sido considerado una bendición. El trabajo es bueno. El trabajo proviene de Dios, y no solo el trabajo de predicar y enseñar. También se incluye el trabajo servil. El trabajo rutinario. El trabajo duro. El trabajo pesado. El tipo de trabajo que todos hacemos, porque todos tenemos elementos de nuestras responsabilidades diarias que no son fáciles ni inherentemente gratificantes, pero que deben hacerse.

En nuestra cultura, tendemos a dar mayor importancia a los trabajos bien remunerados y de gran visibilidad. Medimos el valor de lo que hacemos en términos de alcance, impresionante e impacto. Pero el ejemplo de Jesús muestra que Dios recompensa la diligencia, la fidelidad y el servicio humilde.

J. Oswald Sanders señaló: "Si no era indigno del Hijo de Dios trabajar como artesano, entonces seguramente no es indigno de ninguno de Sus hijos". [10] Me encanta ver a Jesús desde esa perspectiva, demostrándonos que todo trabajo bien hecho y de manera productiva —y hecho para la gloria de Dios— es un trabajo

noble, un trabajo hermoso, un trabajo sagrado, un trabajo espiritual. Las Escrituras lo señalan explícitamente:

• "Y todo lo que hagáis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él" (Col. 3:17).

• "Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor" (Col. 3:23).

• "Y todo lo que hagáis, hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Cor. 10:31).

• "Todo lo que hagáis" —todo lo que hagáis— puede hacerse para "servir a Cristo el Señor" (Col. 3:24).

Jesús trabajó de esta manera durante dieciocho años de su vida, otra manera importante en que compartió nuestra humanidad. Porque si bien el trabajo era, de hecho, parte de la vida antes de la caída, ahora vivimos con ciertos aspectos del trabajo que duelen con sufrimiento como consecuencia directa de la caída. Génesis 3 predijo que, como resultado del pecado de los primeros humanos, el trabajo ahora sería tedioso y "doloroso" (v. 17), una lucha constante contra la oposición y los obstáculos, contra "espinos y cardos" (v. 18). El trabajo sería agotador y fatigoso, realizado con "el sudor de [nuestra] frente" (v. 19).

La mayoría de nosotros podemos identificarnos con un trabajo que se siente así: una labor agotadora y abrumadora. Y Jesús también lo hace. Al experimentar el tedio y el esfuerzo de un trabajo riguroso, Jesús cargó con las consecuencias del pecado impuesto a la raza humana.

Él podría haber pasado esos dieciocho años sin hacer nada, viviendo en el limbo, esperando que comenzara la verdadera obra del ministerio. En lugar de eso, se puso bajo la carga del trabajo duro —la misma carga que nuestro trabajo duro— y la transformó en una ofrenda diaria de obediencia. Trabajó para la gloria de Dios mientras trabajaba con sus manos, tal como más tarde trabajaría para la gloria de Dios mientras predicaba "la buena nueva a los pobres", proclamaba "libertad a los cautivos", daba "vista a los ciegos" y ponía en libertad a "los oprimidos" (Lucas 4:18).

Para Él, todo era un bloque de trabajo continuo. "Mi Padre todavía trabaja", dijo, "y yo también trabajo" (Juan 5:17).

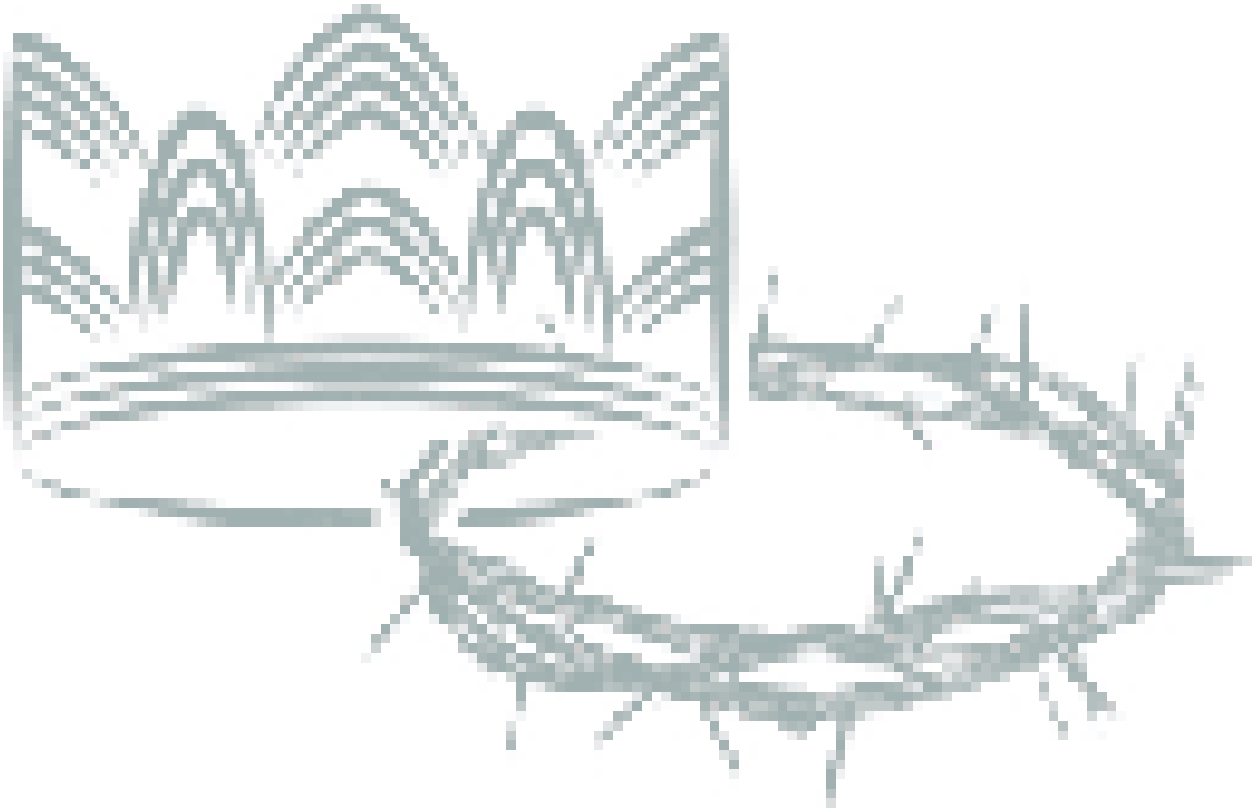
Y nosotros también estamos trabajando. Trabajando con y para nuestro Padre. Todos los días.

¿Qué tipos de trabajos te resultan difíciles de realizar con fidelidad y alegría?

¿De qué manera la reflexión sobre la vida laboral de Jesús moldea tu perspectiva sobre las tareas ordinarias, rutinarias u oscuras que requiere tu trabajo?

Padre, gracias por el trabajo que me has encomendado. Lo recibo como un regalo, una oportunidad de servirte a ti y a los demás y de cumplir tu propósito para mí en esta etapa de la vida. Cuando mi trabajo sea duro, cuando sea desagradable, cuando sienta que es más de lo que puedo hacer, recuérdame que entiendes mi dolor y mi impaciencia y que puedo hacer todas las cosas a través de ti.

AMÉN.



Día 7

Todos para uno

La soltería de Cristo

"Me deleito en hacer tu voluntad, Dios mío, y tu instrucción está en lo más profundo de mí."

—SALMO 40:8

¿Con qué frecuencia miramos a Jesús sólo a través de nuestros lentes de la escuela dominical? Lo vemos en los cuadros, en las vidrieras. Lo conocemos a través de los fragmentos de su vida que se relatan en los Evangelios. Pero verlo desde una distancia histórica tan grande es ignorar el hecho de que Él enfrentó los mismos ritmos y rigores de la vida que nosotros. Él no es simplemente la suma de sus momentos más memorables. Vivió aquí en la tierra como un hombre real.

Jesús vivió una vida diaria. Media mañana. Tarde. Noche. Todo.

Y vivió todo esto soltero.

Sí, Jesús era un hombre soltero. Tenía amigos, por supuesto, pero no la compañía de una esposa. Disfrutaba mucho de estar con sus hijos, pero no tenía hijos propios en casa a quienes amar, enseñar y con quienes pasar tiempo.

Por supuesto, siempre hemos sabido este hecho sobre Él, pero no solemos prestarle mucha atención. No solemos ahondar en cómo su soltería contribuyó a la vida que llevó. Simplemente pensamos que, bueno, Él era Dios, así que no necesitaba una esposa. Él era Dios, así que no necesitaba a sus propios hijos.

Pero Jesús también era un hombre, y como hombre sentía todos los deseos humanos normales que sentimos nosotros. Vivió sus primeros años de adulto experimentando los anhelos naturales de cualquier persona de su edad, y continuó experimentándolos cuando se acercaba a los treinta y más. Asistía a las bodas de sus amigos, a fiestas y cenas, interactuaba con otros hombres que eran esposos y padres. Solo podemos suponer que la idea de una vida familiar podría haberle atraído, aunque estaba aquí en una misión única.

Así que no debería sorprendernos que la Biblia nos diga que Jesús fue “tentado en todo según nuestra semejanza” (Hebreos 4:15). Ahora bien, cuando pensamos en ser “tentado”, podemos tener en mente la lucha interior que se lleva a cabo cuando luchamos contra el deseo de pecar. Sin embargo, a diferencia de nosotros, Jesús no tenía pecado en sí y, por lo tanto, no tenía deseos pecaminosos que tuviera que rechazar. Pero fue tentado en términos de experimentar debilidad humana (no pecaminosa) (que vemos resaltada en Hebreos 4:15). Pudo ser

tentado a través de deseos tan normales como el hambre, la sed, la amenaza del dolor y, como hombre soltero, a través de anhelos y sentimientos humanos naturales que no eran la voluntad del Padre que debía cumplirse.

Nuevamente, nuestras suaves imágenes de acuarela no nos ayudan mucho a ver este lado de Jesús, pero el panorama de las Escrituras nos da una imagen realista y sin adornos de su vida. Eso significa que Él tuvo que lidiar con los mismos tipos de deseos humanos normales en su época que pueden surgir al estar soltero en nuestros días.

Esta constatación debería darnos esperanza y aliento, porque todos tenemos anhelos. Todos tenemos cosas de las que carecemos, cosas que deseamos, incluso cosas que creemos necesitar legítimamente. Y estas cosas (incluidos el matrimonio y la familia) pueden consumir nuestra atención, especialmente cuando tenemos que vivir sin ellas. Es fácil para nosotros hacer ídolos de nuestros anhelos y usarlos para justificar todo tipo de pensamientos y acciones malsanos o incluso pecaminosos.

Pero Jesús nunca hizo eso. Nunca dio a los deseos naturales la autoridad para convertirse en exigencias. Nunca los usó como excusa para hacer concesiones morales o desobedecer al Padre de ninguna manera. Entonces, ¿qué hizo cuando fue bombardeado por anhelos insatisfechos?

Él no los reprimió. No negó que existieran. Simplemente confió sus necesidades a su Padre. Encontró satisfacción en la compañía de su Padre. En lugar de irritarse por estar soltero o por los sacrificios físicos, emocionales o relacionales que se le exigía que hiciera, abrazó y se deleitó en la voluntad de su Padre. Eso le bastó. Lo satisfizo.

Creo que la mayoría de nosotros sabemos que nuestra relación con el Padre debe ser así. Su compañía debe ser tan satisfactoria para nosotros como la encontró Jesús. Pero a veces nos sentimos solos y queremos que alguien esté ahí. Cuando sentimos que tenemos más de lo que podemos manejar por nuestra cuenta, queremos ir a casa con alguien que nos escuche, nos cuide y nos dé consejos sabios, como todo el mundo (al parecer) puede hacer.

Se puede ser soltero y sentirse así (como puedo dar fe, ya que no me he casado durante los primeros cincuenta y siete años de mi vida). Se puede ser viudo y sentirse así (como bien sabe mi madre de ochenta y cinco años, que es viuda desde los cuarenta). Y (como sabe cualquier persona que haya estado casada

durante más de una semana) se puede incluso estar casado y sentirse así, porque nadie, ni siquiera un cónyuge, puede llenar nuestros corazones cavernosos y satisfacer todas nuestras necesidades, reales o percibidas.

Pero darnos cuenta de que tenemos un Salvador que ha recorrido ese camino y comprende ese sentimiento puede hacer mucho para ayudarnos a manejarlo de maneras sanas y piadosas. Tenemos al incomparable Cristo como ejemplo viviente, que nos asegura que podemos someter nuestros anhelos insatisfechos al Padre. Podemos renunciar a los placeres que se les ofrecen a otros. Y podemos acceder a un gozo revitalizador que se encuentra ante nosotros (Hebreos 12:2), incluso si hemos esperado que nuestra copa se llene de otra manera. Porque la verdad es que nuestros corazones nunca podrán llenarse realmente con otro ser humano, con una situación de vida diferente, ni con ningún escenario alternativo que hayamos imaginado para nuestro futuro.

"Considerad" a Jesús, dice la Biblia, "para que no os canséis ni os desaniméis" (Hebreos 12:3). Considerad cómo vivió su vida de soltero. Considerad la mentalidad que trajo a su misión: "He venido para hacer tu voluntad" (Hebreos 10:9). Pídele ayuda para que esa mentalidad sea vuestra también. Y, sin importar lo que os digan vuestras circunstancias actuales, aferraos a la promesa de que al final encontraréis, como lo hizo Jesús, que

• en la voluntad de Dios está "el camino de la vida"

• en Su "presencia hay gozo abundante"

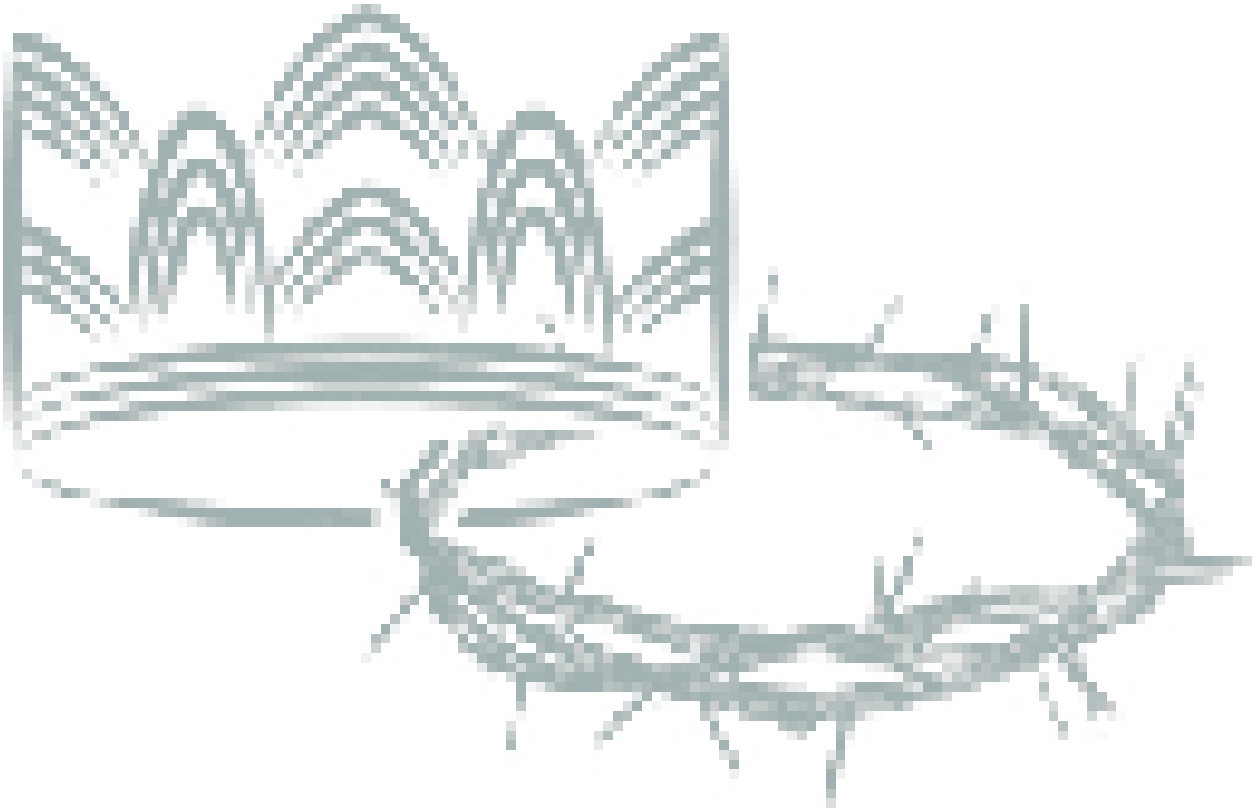
• En su "mano están los placeres eternos" (Sal. 16:11)

¿En qué área de tu vida estás sintiendo actualmente una sensación de carencia, pérdida o anhelo insatisfecho?

¿Cómo puede la consideración de Jesús brindar esperanza y gracia para satisfacer las necesidades más profundas de tu corazón?

Padre, mientras me siento aquí hoy, a solas contigo, te agradezco por recordarme que Jesús, de alguna manera, ha sentido todo lo que yo estoy sintiendo, todo lo que sentiré alguna vez. Gracias por rodearme y llenarme de tu amor. Permite que tu amor fluya a través de mí para ministrar gracia a otros que se sienten vacíos y necesitados.

AMÉN.



Día 8

Los cielos declaran

El bautismo de Cristo

"Esta es la manera de cumplir toda justicia."

—MATEO 3:15

El domingo de Pascua de 1964 marcó uno de mis primeros y más inolvidables recuerdos. Tenía cinco años cuando mi pastor de la infancia, Earl Connors, me bautizó ese día, casi un año después de que confié por primera vez en Cristo para salvarme. Antes de mi bautismo, los diáconos de nuestra pequeña iglesia bautista se habían reunido para escuchar mi testimonio personal y confirmar que estaba listo para dar ese paso trascendental.

Desde ese día he asistido a muchos servicios bautismales y nunca me canso de ellos. Pocas experiencias son tan puras, tan esperanzadoras, tan poderosas como oír y ver el primer suspiro de alguien que sale del agua; la mirada en su rostro, la frescura en su sonrisa mientras declara su lealtad a Cristo y expresa públicamente el cambio que Él ha producido en su corazón arrepentido. "Resucitados de entre los muertos", como Jesús de la tumba, resucitan ahora para "andar en novedad de vida" (Rom. 6:4).

Sin embargo, por más bella que sea esa imagen, por más significativo que sea presenciar cada una de esas ceremonias, nunca he visto un bautismo como el de Jesús. A excepción de los que estaban presentes en las orillas del río Jordán ese día, nadie lo ha visto. Porque ese bautismo, como el de Jesús mismo, fue verdaderamente incomparable.

Por un lado, a diferencia de nosotros, Jesús no tenía pecados que confesar, ninguna maldad de la que arrepentirse, ninguna necesidad de salvación de la ira de Dios. Cuando entró en las aguas bautismales, se identificó con nuestra necesidad de ser lavados de nuestros pecados. Cuando se unió a los que acudían al Jordán para ser bautizados por su primo Juan, también estaba cumpliendo la profecía al ser "contado entre los transgresores" (Isaías 53:12) —¡es decir, nosotros!— para que un día pudiéramos contar su justicia como nuestra justicia. Además, estaba recreando un poderoso rito ceremonial instituido mucho tiempo atrás bajo la ley del Antiguo Testamento.

No es casualidad que Jesús tuviera treinta años al momento de su bautismo. Según las instrucciones dadas a Moisés en Números 4, treinta era la edad a la que los sacerdotes se "capacitaban" (v. 3) para realizar los deberes de su cargo. Y antes de asumir esas responsabilidades, cada sacerdote se sometía a un ritual especial establecido por Dios para apartarlos simbólicamente para la obra que les esperaba.

Aarón, el hermano de Moisés, y los hijos de Aarón fueron los primeros en participar en esta ceremonia. Moisés los presentó al Señor ante la congregación reunida del pueblo de Dios y "los lavó con agua" (Levítico 8:6) para purificarlos y santificarlos. Para Aarón, que había sido designado como sumo sacerdote, las instrucciones de Dios fueron más allá. Después de vestir a su hermano con las vestiduras sacerdotales, Moisés tomó aceite y lo derramó sobre la cabeza de Aarón (v. 12).

Toda esa agua, todo ese derramamiento, hizo mucho más que mojar a esos hombres. Significó que estaban empapados en la santidad de Dios, consagrados y ungidos para el servicio. Y sentó un precedente para el momento, siglos después, cuando Jesús, el Sumo Sacerdote designado por Dios, entraría y se levantaría de las aguas del bautismo. Santo, obediente, humilde y rendido, Él también recibiría una unción, una unción como ninguna otra.

Ese momento, tal como se describe en los Evangelios, fue muy intenso. "De repente, los cielos se abrieron" (Mt 3,16). Entonces, "una figura como una paloma" surgió de los cielos y descendió sobre Jesús (Lc 3,22), acompañada por el sonido de una voz audible: "Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia" (Mc 1,11). Pedro describiría más tarde ese momento como el momento en que "Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder" (Hch 10,38).

No, nunca hemos visto un bautismo así.

Pero pensemos en lo que esto significa, esta apertura de los cielos en el bautismo de Jesús.

Viajemos conmigo al día en que Adán y Eva fueron expulsados del jardín del Edén, excluidos por su propio pecado. El acceso a la presencia de Dios que una vez tuvieron el privilegio de disfrutar ya no estaba a su alcance. Y esta restricción se aplicaba no solo a Adán y Eva, sino a toda persona que viviera en el futuro.

De hecho, la premisa subyacente detrás de todas las religiones del mundo es el intento incansable de la humanidad de recuperar el acceso a Dios. Toda búsqueda religiosa, aparte de la creencia en Cristo, equivale a nuestros mejores esfuerzos por lograr que se abra el cielo, con la esperanza de que todo nuestro trabajo y esfuerzo de alguna manera lo agraden lo suficiente como para que nos deje entrar en su presencia y nos dé una vida que continúe después de la muerte.

Pero cuando Jesús estuvo allí orando después de su bautismo, "se le abrieron los cielos" (Lucas 3:21). Ahora bien, el cielo nunca había estado cerrado para Él.

Debido a su naturaleza sin pecado y a su vida obediente, nunca había perdido la aceptación de Dios. Pero allí, en el Jordán, recibió de arriba la unción del Espíritu Santo y la bendición hablada de su Padre celestial. Este es el punto que lanzó a Jesús a su ministerio terrenal, una misión que abriría esos mismos cielos a los pecadores rebeldes en virtud de su justicia.

Por eso el primer mártir cristiano, Esteban, en los fugaces momentos antes de su muerte violenta, pudo decir: «Miren, veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios» (Hechos 7:56).

Es por eso que el apóstol Juan, al recibir su revelación en el exilio en la isla de Patmos, pudo mirar al cielo y ver "una puerta abierta", oír una voz que lo invitaba a "subir acá" y observar la gloria de un "trono en el cielo" con Dios mismo "sentado en él" (Apocalipsis 4:1-2).

Y, ¡aleluya!, es por eso que tú y yo no estamos atrapados aquí en la tierra sin nada más que ver que este mundo caído y sin nada más que esperar que la separación de Dios por toda la eternidad. Los cielos también están abiertos para nosotros, porque Jesús los ha abierto para nosotros.

"Subid acá", dice, donde el duro trabajo de la religión nunca podrá llevarnos, pero donde Su obra justa en nuestro favor ha "rasgado" los cielos (Marcos 1:10) y derribado toda barrera que restringe nuestro acceso al trono de Dios (15:38). Debido al ministerio de Jesús en nuestro favor, iniciado formalmente en Su bautismo, se nos ha concedido el don de Su Espíritu junto con la bendición del Padre, asegurándonos que somos hijos e hijas amados con quienes Él está muy complacido.

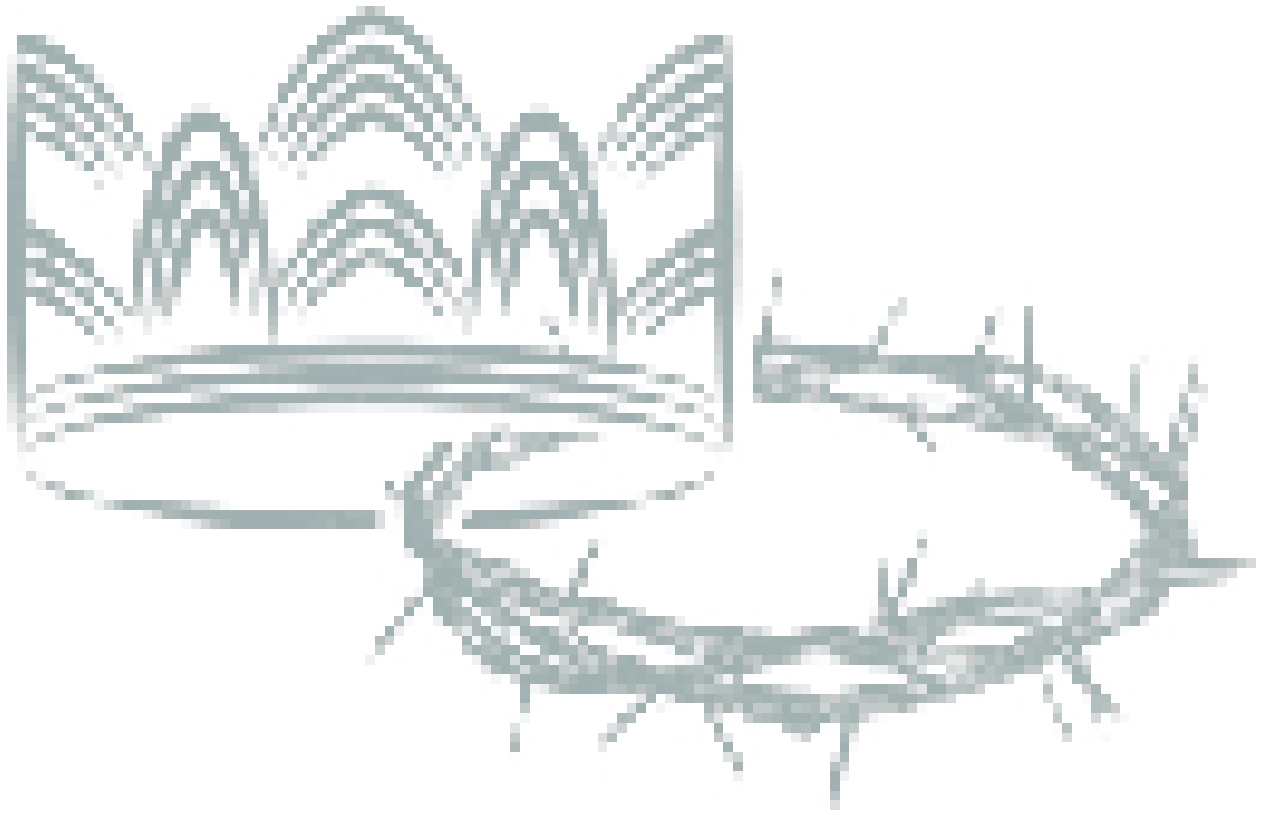
Veamos si eso no cambia la manera de adorar en el próximo bautismo que veamos.

¿Ha sido usted bautizado como seguidor de Jesús? Si es así, ¿de qué manera su bautismo aporta una nueva perspectiva y significado al suyo?

¿Cómo sería diferente tu vida y tu perspectiva hoy si el cielo permaneciera cerrado, si Cristo no te hubiera dado acceso al Padre?

Padre Santo, me conmueve la manera en que Jesús cumplió todos los requisitos de la justicia en cada paso, de principio a fin. Gracias porque Él ha abierto el camino hacia Ti para cada pecador que lo mira. Por Su justicia, no por la mía, vengo a Ti, y vivo hoy por fe en Él.

AMÉN.



Día 9

Victoria compartida

La tentación de Cristo

Puesto que él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

—HEBREOS 2:18

Probablemente nunca hayas intentado (o logrado) un ayuno de cuarenta días como lo hizo Jesús. Y es seguro que nunca has pasado esos cuarenta días en un desierto físico como lo hizo Él, con animales salvajes rodeando e invadiendo tu espacio de campamento (Marcos 1:13). Pero al considerar el relato de la tentación de Jesús en las Escrituras, es posible que te sorprendas al descubrir que tienes mucho más en común con Su experiencia de lo que pensabas.

En primer lugar, ¿ha notado usted con qué frecuencia algunas de sus temporadas más intensas de tentación han seguido directamente —"inmediatamente" (Marcos 1:12)— a un momento inusualmente emocionante? ¿Después de una gran victoria o logro? ¿Después de un giro satisfactorio de los acontecimientos, tal vez en el trabajo o en la vida de su familia? En lugar de ser una coincidencia extraña, bien podría tratarse de un plan diabólico. Satanás busca cualquier oportunidad en la que pueda sorprendernos desprevenidos o desprevenidos para enfrentarlo en la batalla. También sabe que rara vez somos más vulnerables a sus sugerencias, más atraídos hacia la comodidad, la complacencia o el orgullo, que cuando estamos disfrutando del resplandor de una batalla ganada con esfuerzo.

Vemos que esto se confirma en la experiencia de Jesús en el desierto. Fue allí con la bendición audible de su Padre todavía resonando en su corazón: la afirmación de que Dios estaba "muy complacido" con su "Hijo amado" (Mateo 3:17). A raíz de ese pronunciamiento público, Satanás debe haber asumido que Jesús era vulnerable a las transigencias. ¿Conoce esa sensación? El enemigo usa tácticas similares contra nosotros.

Pero observemos también cómo Jesús derrotó estos avances. Se podría esperar que Él librara la guerra utilizando las herramientas indestructibles que sólo están disponibles para el Hijo de Dios, venciendo al enemigo con la pura fuerza de Su divinidad. En cambio, los recursos que Jesús trajo a la lucha fueron los mismos que están disponibles para usted y para mí hoy, mientras lidiamos con las artimañas del diablo y sus tentaciones para pecar.

Cuando enfrentó la tentación en el desierto, Jesús se apoyó en:

• el Espíritu Santo, que lo había guiado hasta allí (Mateo 4:1)

• la oración, que ya tenía por costumbre emplear (Lucas 3:21)

• la gracia de Dios, concedida a Él en Su humilde reconocimiento de la necesidad

• la Palabra de Dios, aportando verdad a las mentiras del enemigo

¡Qué reconfortante es saber que todos tenemos esas armas en nuestro arsenal espiritual! Jesús venció la tentación de la misma manera que cualquiera de nosotros puede hacerlo: recurriendo a los recursos que todo creyente ya posee. Y al hacerlo, derrotó por completo al enemigo.

Cuando Satanás desafió a Jesús a que dijera "a estas piedras que se conviertan en pan" (Mateo 4:3), es decir, a que saciara su hambre a su manera en lugar de esperar pacientemente la provisión de su Padre, Jesús se abstuvo, lo que significa que ganó.

Cuando Satanás lo desafió a arrojarse desde una altura que desafiaba a la muerte (v. 6) para probar que las promesas de Dios eran reales (en lugar de creer en ellas de todos modos), Jesús dijo que no, y ganó nuevamente.

Incluso cuando le ofrecieron "todos los reinos del mundo y su gloria" (v. 8) sin el dolor ni el sufrimiento de morir en la cruz, Jesús se negó: otra victoria.

Tres arriba, tres abajo. Cuando se enfrentó a la tentación de Satanás, Jesús ganó cada vez. Y lo hizo aprovechando una línea de defensas que también se nos ofrece a nosotros.

Así que debemos tener ánimo cuando luchamos contra nuestro adversario. No estamos solos ni perdidos. Entramos al campo de batalla armados con las mismas armas que Jesús. La única diferencia es que no estamos solos tratando de ponerlas en práctica. Jesús mismo está allí para ayudarnos:

• "Puesto que él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (Heb. 2:18).

• "Por tanto, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (Hebreos 4:16).

Esta "ayuda" que nos fue provista, según el término usado en el texto griego original para estos versículos, funciona como una cuerda o cadena atada alrededor de un barco, un velero, para evitar que se desmorone. La forma nominal de este verbo aparece antes en el Nuevo Testamento para describir los esfuerzos que hicieron los marineros a bordo del barco de Pablo cuando su viaje a Roma fue interrumpido por fuertes vientos y tormenta: "Usaron cuerdas y aparejos y ceñeron la nave" (Hechos 27:17). Estas "ayudas" reforzaron la embarcación para que pudiera sobrevivir a las fuertes olas.

Con eso en mente, imagina a Jesús saliendo adonde estamos luchando, donde las tentaciones parecen golpearnos hasta la muerte, donde estamos seguros de que nos hundiremos en cualquier momento y perderemos otra batalla contra el maligno. Al vernos hundirnos, Él nos envuelve en Su poderoso poder sustentador. Nos mantiene unidos mientras los ataques contra nosotros se intensifican. Nunca estamos solos en nuestro sufrimiento porque Él está aquí para sostenernos, apoyarnos, para que podamos salir a salvo.

Él puede hacerlo porque ya lo ha hecho, porque Él mismo ha sido tentado y probado, "pero sin pecado" (Hebreos 4:15). Él confía en que saldremos victoriosos porque Él conoce todas las armas disponibles para luchar contra la tentación. Las ha puesto a prueba y las ha hallado capaces.

¿Qué mayor y mejor ayuda podríamos necesitar que la ayuda que da Jesús?

Cuando Jesús se negó a ceder a la tentación de Satanás en el desierto, dejó claro a todos los poderes del cielo y del infierno que Él era el Señor soberano y que no se doblegaría ante Satanás. Allí, en el desierto y más tarde en el huerto de Getsemaní, Cristo asestó a Satanás un golpe tras otro, prefigurando el golpe final y fatal en el Calvario y el destierro definitivo del enemigo al final de los tiempos.

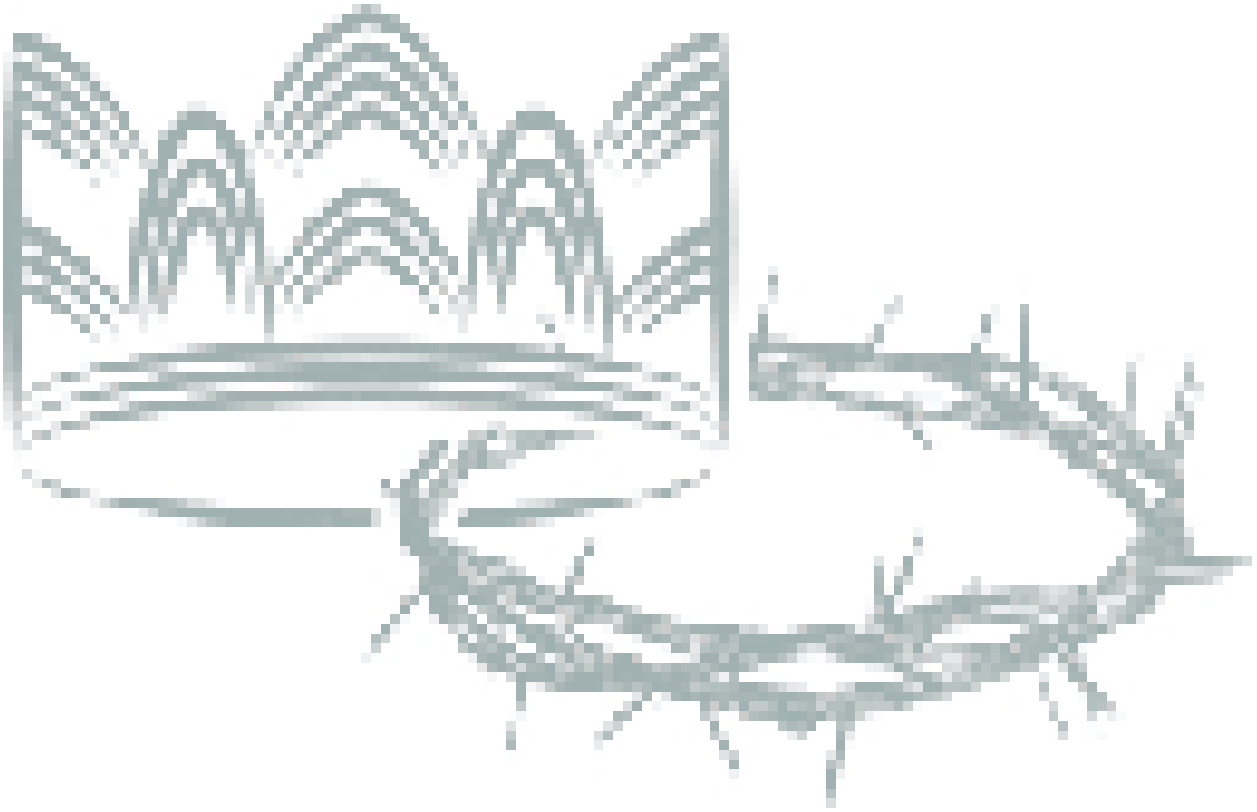
Debido a que Jesús venció la tentación, nosotros podemos vencerla. Y debido a su victoria sobre el tentador, un día seremos libres del tentador y de toda tentación para siempre.

¿En qué áreas de tu vida te sientes más tentado a intentar luchar la batalla solo en lugar de recurrir a Jesús en busca de ayuda?

¿En cuál de los recursos disponibles para usted (y para Jesús) podría aprender a confiar más profundamente y a utilizar más a menudo en su batalla contra el pecado?

Padre, Tú conoces las batallas que enfrento contra mi pecado y mi carne. Sabes dónde tengo dificultades y dónde fallo. Cuánto necesito Tu ayuda, y cuán reconfortante y vigorizante es saber que siempre estás aquí para ofrecérmela, para apoyarme, para fortalecerme, para mantener unida mi pequeña embarcación. ¡Vengo a Ti hoy por Tu gracia, aferrándome a la verdad de Tu Palabra, confiando en Ti para la victoria!

AMÉN.



Día 10

Dios en carne

La deidad de Cristo

Toda la plenitud de la naturaleza de Dios habita corporalmente en Cristo.

—COLOSENSES 2:9

La exitosa novela de Dan Brown, El código Da Vinci, ha vendido más de ochenta millones de copias desde su lanzamiento en 2003, lo que la convierte en una de las obras de ficción más populares de la historia editorial.[11] Y es ficción, tanto en el sentido narrativo como en algunas de las falsedades que propaga. Una de ellas es que la doctrina de la deidad de Jesús fue ideada por los líderes de la iglesia trescientos años después de su muerte para reforzar su autoridad religiosa. "Hasta ese momento de la historia", escribe Brown, hablando con la voz de uno de sus personajes, "Jesús era visto por sus seguidores como un profeta mortal… un hombre grande y poderoso, pero un hombre al fin y al cabo".[12]

Lo cual es un problema si alguien acepta esta ficción como un hecho.

Y muchos hacen precisamente eso.

A la mayoría de las personas no les molesta que Jesús sea una realidad histórica, incluso un momento histórico destacado, siempre que siga siendo sólo un ser humano. Piensan que se puede mantener a Jesús como hombre a una distancia segura. Se lo puede apreciar por la manera en que sus enseñanzas y su ejemplo inspiran e iluminan. Jesús como hombre es tolerable, manejable, citable y medible.

Sin embargo, Jesús como Dios es diferente. Si Jesús es Dios, entonces lo que creemos acerca de Él no es sólo una cuestión de relevancia cultural, sino de importancia eterna.

Jesús como Dios nos hace responsables. Jesús como Dios determina el curso de nuestras vidas.

La convicción de que Jesús es Dios se remonta a mucho antes del siglo IV d. C., incluso a antes de la vida de Jesús en la tierra.

El profeta Isaías, por ejemplo, escribiendo setecientos años antes de su nacimiento, escribió que "la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel" (Isaías 7:14), que significa "Dios con nosotros" (Mateo 1:23).

Isaías continuó hablando más sobre este niño que "nacería por nosotros", sobre cuyos hombros descansaría todo el poder y el mando del gobierno divino (Isaías

9:6). Los nombres que se le dieron a este niño que vendría (además de Emanuel) dejan en claro su divinidad:

Maravilloso Consejero, Dios Poderoso,

Padre eterno, Príncipe de paz. (v. 6)

Pero si las palabras de la profecía del Antiguo Testamento suenan demasiado oscuras para algunos, demasiado misteriosas para ser consideradas como evidencia, las palabras sencillas de Jesús mismo deberían ser suficientes. Contradicen cualquier afirmación de que no se lo consideró divino durante su vida. Porque Jesús afirmó directamente su divinidad, al afirmar que "Yo y el Padre uno somos" (Juan 10:30) y que "el que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14:9). De hecho, es sobre esta base que el apóstol Pablo, en los años inmediatamente posteriores a la resurrección de Cristo, lo declaró "la imagen del Dios invisible" (Col. 1:15) y afirmó que:

A Dios le agradó tener

En él habite toda su plenitud. (Col. 1:19)

En su único Hijo. En Jesús el hombre, el Hijo de Dios.

No es simplemente un hijo de Dios, como afirman algunas religiones.

No es una creación de Dios, como otros creen.

Jesús es Dios mismo. Esa es la verdad; de lo contrario, el cristianismo es falso. Esta realidad tiene muchas implicaciones importantes. A continuación, se presentan solo tres de ellas:

1. Porque Jesús es Dios, es posible que conozcamos a Dios a través de Cristo.

Desde los tiempos más remotos, ni siquiera a alguien de la estatura espiritual de Moisés se le permitió el privilegio de ver realmente al Dios "invisible" (Hebreos 11:27). La gente oía ocasionalmente su voz; podían escribir lo que decía. Y en Éxodo 33:19-23, a Moisés se le permitió vislumbrar brevemente la "gloria" de Dios desde atrás. Pero nadie había "visto realmente a Dios" en Su plenitud hasta que vio a Jesús. "El Hijo unigénito, que es Dios y está en el seno del Padre, él lo ha revelado" (Juan 1:18).

Detengámonos de nuevo para analizar la redacción de ese versículo. Al mirar al Hijo, vemos al Padre, no sólo porque es el representante humano de Dios, su embajador en esta tierra, sino porque Jesús "es Dios mismo". Él es "el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza" (Hebreos 1:3).

Jesús no nos ha dejado con la duda de cómo es el Padre. Nuestro Padre es como lo vemos en Su Hijo. Jesucristo es la manera en que lo conocemos y también la manera en que nos acercamos a Él.

2. Porque Jesús es Dios, Él nos ha provisto el único camino al Padre.

El mundo piensa que Jesús es un camino entre muchos para llegar a Dios. La idea es que somos libres de elegir lo que nos parezca mejor, pero no podemos afirmar que nuestro camino es el único camino. Y, honestamente, se podría defender esa postura con argumentos sólidos. El cristianismo podría ser simplemente otra alternativa en un universo religiosamente pluralista, si Jesús no fuera Dios.

Pero si es verdad que el pecado ha dejado una mancha indeleble en cada alma humana y que nadie puede presentarse ante un Dios santo basándose en los

méritos de su propia justicia, necesitamos una justicia que venga de algún otro lugar, de Alguien tan justo como Dios. Necesitamos un Dios que pueda salvarnos, no un sistema religioso al que podamos adherirnos.

La razón por la que "en ningún otro hay salvación", en "ningún otro nombre" sino en el nombre de Jesús (Hechos 4:12), es que las buenas obras de nadie pueden hacer lo que sólo Dios puede hacer, a través de lo que Jesús ha hecho. Por quién es Jesús. Porque Jesús es Dios.

3. Porque Jesús es Dios, debemos adorarle, confiar en Él y obedecerlo como Dios.

¿Qué derecho tiene Él a exigir nuestra adoración y lealtad totales si es sólo un hombre? Pero si Él es Dios —o, mejor dicho, porque es Dios— ¿cómo podemos adorar legítimamente a alguien o a algo más?

El fundador del cristianismo, Jesucristo mismo, afirma ser Dios. Nadie más tuvo que afirmarlo. Él lo hizo por sí mismo y nos ha salvado como si fuéramos suyos.

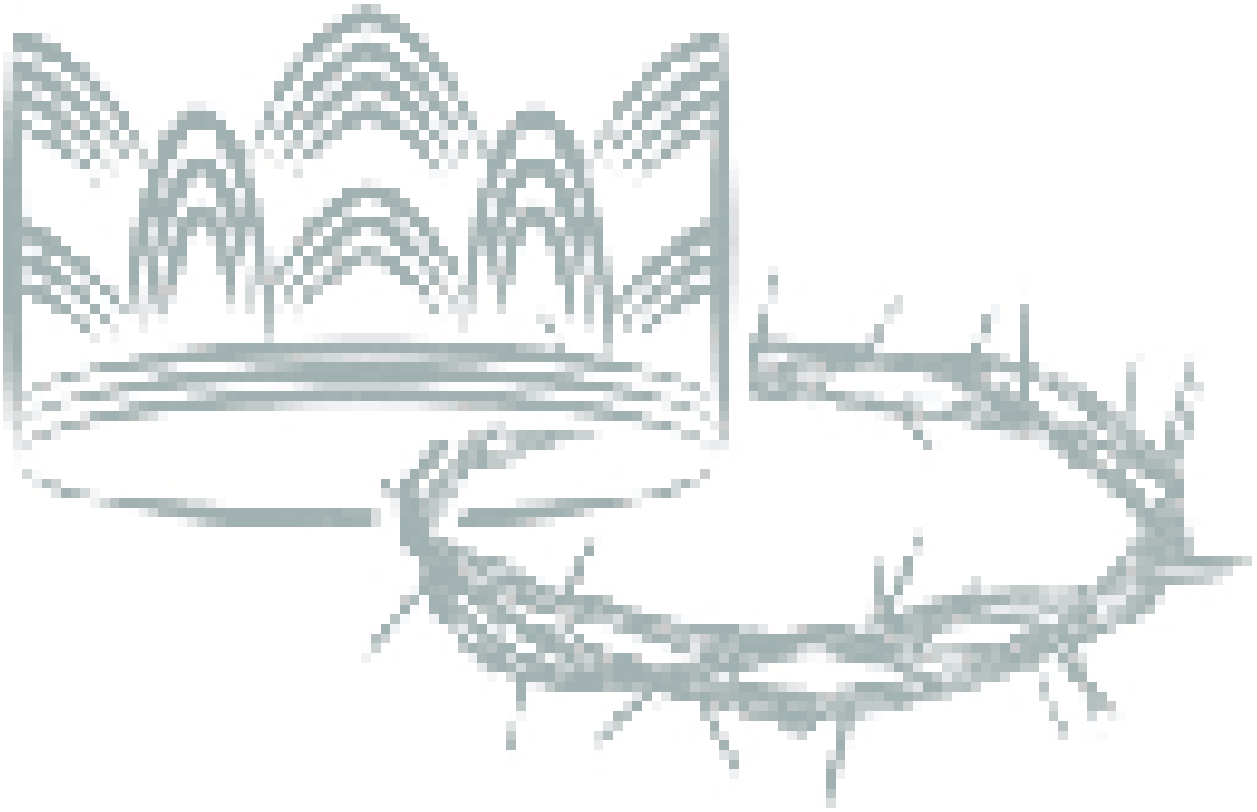
Por eso, ninguno de nosotros debe desesperarse pensando que debe encontrar a Dios por sí solo.

Aunque Jesús ciertamente se hizo humano, ¿qué podemos perder al enfatizar demasiado su humanidad a expensas de su divinidad?

¿Qué diferencia hace en tu relación con Jesús saber que Él es completamente Dios?

Me inclino ante Ti, "nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tito 2:13). Ayúdame a identificar y destronar a todos los ídolos, todos los dioses falsos que he permitido que ocupen Tu lugar en mi corazón. Mi adoración, amor y obediencia te pertenecen a Ti y solo a Ti. Te debo mi vida a Ti, a Tu gracia divina y a Tu poder salvador.

AMÉN.



Día 11

Hecho como nosotros

La humanidad de Cristo

Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús hombre.

—1 TIMOTEO 2:5

El ganado muge, el bebé se despierta.

Pero el Pequeño Señor Jesús, no llora.

Es una canción preciosa, una de las canciones de cuna favoritas de Navidad. Me alegra que podamos escucharla y cantarla todos los años. Pero estoy bastante segura de que el niño Jesús, en ese pesebre, hizo pleno uso de sus pulmones de recién nacido y lloró mucho. Nos hemos vuelto tan condicionados por las obras de arte con halos y las representaciones excesivamente sentimentales de Jesús como bebé, niño y hombre que creo que tal vez hayamos perdido la imagen real.

Jesús era un ser humano.

Sí, ya hemos hecho referencia a eso cuando analizamos el significado de la encarnación, pero creo que vale la pena volver a analizarlo para considerar más a fondo las implicaciones de que Jesús viviera como ser humano en la Tierra.

Se parecía a nosotros. Inhalaba y exhalaba como nosotros. Tenía un cuerpo físico igual que el nuestro.

Sus experiencias en la tierra diferían de las nuestras solamente en que Él era Dios (nosotros no somos Dios) y no tenía pecado (nosotros, por supuesto, tenemos más pecados de los que deseamos contar). Pero en todo lo demás Jesús era como nosotros. Cuando la gente lo veía en la ciudad, no sospechaban que Él venía de otra especie. Cuando se sentaba a comer, comía como todos los demás en su parte del mundo. Cuando viajaba de un lugar a otro, no volaba como Superman. Necesitaba diez minutos para dar un paseo de diez minutos.

Era humano. Su cuerpo podía sentir dolor. Su piel se lastimaba cuando lo golpeaban. Sus venas sangraban cuando lo cortaban. Además, experimentaba limitaciones y debilidades físicas. Sabía lo que era estar cansado, hambriento y sediento.

Y Jesús no sólo tenía un cuerpo físico, como nosotros. También experimentó emociones humanas. Tenía un alma humana junto con su cuerpo humano, una constitución humana completa.

Nuevamente, las pinturas lo representan, en su mayor parte, sin mucha animación o expresión, luciendo apacible hasta el punto de ser místico. Pero Jesús no era un robot sin lágrimas, sin alegría e insensible. Él "se maravilló", por ejemplo, de la fe de un centurión romano (Mateo 8:10 NVI). "Sintió compasión" por los "afligidos y abatidos" (Mateo 9:36). Estaba "alegre" por aquellos a quienes amaba que estaban creciendo en su fe (Juan 11:15). Pero también podía estar "conmovido en su espíritu" (Juan 13:21), a veces expresando sus oraciones con "fuerte clamor y lágrimas" (Hebreos 5:7). En la tumba de su buen amigo, Lázaro, la primera reacción de Jesús fue llorar (Juan 11:35).

Todo esto quiere decir que en Jesús vemos la gloria del diseño original de Dios para nosotros los humanos: un hombre que verdaderamente lleva la imagen, la naturaleza y la semejanza del Padre. El tipo de persona que tú y yo fuimos creados para ser y que habríamos sido si nuestros cuerpos y nuestras almas no hubieran estado manchados por el pecado.

Hay quienes caen en la trampa de suponer que la parte física de nosotros es mala. Somos susceptibles de sentir vergüenza o desagrado por nuestra apariencia: las partes que no nos gustan, las áreas problemáticas con las que tan a menudo luchamos. Sin embargo, el cuerpo claramente era de gran valor e importancia para Jesús. No olvidemos que Él mantuvo un cuerpo humano después de Su muerte y resurrección. "Miren mis manos y mis pies", dijo a Sus discípulos cuando se les apareció en ese primer Día de Resurrección. "Soy Yo mismo; tóquenme y vean" (Lucas 24:39).

Lo mismo se aplica a las emociones. Es posible que hayas crecido pensando que los sentimientos son peligrosos o indecorosos y que se deben reprimir en lugar de expresarlos, ya sea en público o en privado. Pero Jesús, una vez más, mostró una amplia gama de emociones humanas. Por lo tanto, tener sentimientos (o incluso manifestarlos honestamente) obviamente no está mal. El problema es cuando nuestras emociones están motivadas por el pecado o son el resultado de deseos pecaminosos. O cuando expresamos esos sentimientos en el momento o lugar equivocados o dejamos que nos lleven a pensamientos o conductas pecaminosas.

Como hombre, Jesús demostró la manera apropiada de mostrar las emociones humanas. Se sentía perfectamente libre de expresarlas, pero de una manera equilibrada, sana y piadosa. Su corazón se conmovía por las cosas que conmueven el corazón de Dios. Sus emociones estaban en sintonía con la verdad. Reflejaban los valores del reino, no mezquinos gustos, rencores y preferencias personales.

Jesús vivió toda esta experiencia humana en un mundo y una cultura caídos, codeándose con hombres y mujeres caídos, lo que significa que tuvo que afrontar los mismos desafíos que nosotros atravesamos. Por supuesto, todavía encarnaba la perfección, pero tuvo que mantenerla en medio de las imperfecciones de la tierra.

Y eso es lo que hace que su venida aquí como ser humano sea tan notable. Eso es lo que debería llenarnos de admiración y adoración. Jesús sabía exactamente lo que enfrentaría cuando viniera a este mundo, pero de todos modos se sometió a sus condiciones.

existiendo en la forma de Dios,

[Él] no consideró el ser igual a Dios

como algo para ser explotado. (Fil. 2:6)

Él no se aprovechó de sus derechos como Dios ni los esgrimió como una carta de exención para no tener que rebajarse a ser como nosotros.

En cambio,

Se vació a sí mismo

asumiendo la forma de un sirviente,

tomando semejanza de humanidad. (v. 7)

El teólogo del siglo XX A. W. Pink lo expresó de esta manera: “Él puso un velo sobre Su gloria para poder quitar nuestro oprobio”. [13] Fue una acción tan incomparablemente humilde que elimina cualquier excusa que pudiéramos poner para tener una actitud orgullosa, actuar con derecho o exigir nuestros propios derechos.

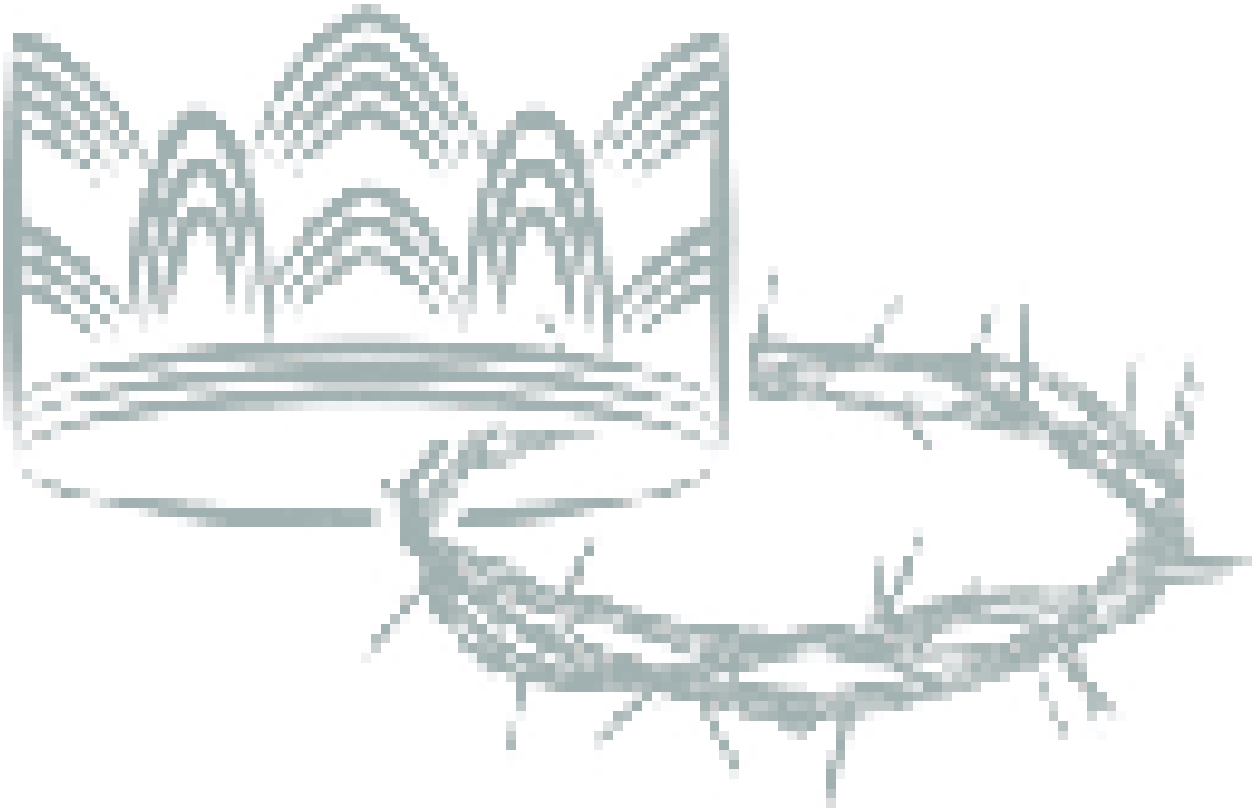
Jesús se puso en nuestra piel y nos mostró lo que la humanidad, creada a imagen de Dios, debía ser: completamente humana, totalmente obediente a Dios, viviendo en la alegría y la plenitud de la relación con Él.

¿Cómo la humanidad de Jesús hace una diferencia en tu perspectiva sobre tu propia humanidad?

¿Qué ves en Jesús que te ayuda a entender mejor para qué nos creó Dios como seres humanos?

Señor Jesús, hay muchas razones para amarte. ¿Cómo no puedo amarte más por esto? Por humillarte. Por tomar voluntariamente la forma humana y considerarnos dignos del precio. Cuando me sienta irrespetado o aprovechado, ayúdame a elegir el camino de la humildad como lo hiciste Tú. Dejaste a un lado Tu gloria por mí. Que yo viva para darte la gloria que mereces.

AMÉN.



Día 12

El coraje bajo control

La hombría de Cristo

"¡He aquí el hombre!"

—JUAN 19:5 NVI

Como prueba de lo profundamente que nuestro mundo y sus hipersensibilidades han penetrado en nuestras cabezas, observe si percibe un tufillo a controversia cuando hago la siguiente declaración (obviamente precisa): Jesús no era solo un humano; Jesús era un hombre. Un varón.

Ayer analizamos la humanidad de Jesús, algo que compartía con hombres y mujeres. Al obedecer al Padre y resistir la tentación, demostró cualidades que deberían ser propias de todos los creyentes, tanto hombres como mujeres.

Pero Él exhibió esa obediencia como hombre, no como mujer o algún ser andrógino. Y Su masculinidad no fue un aspecto arbitrario de Su encarnación. Dios no lanzó una moneda al aire para decidir si Jesús debía nacer como hombre o mujer. La masculinidad de Jesús era necesaria y significativa en el plan redentor de Dios. La mayoría de los profetas del Antiguo Testamento eran hombres. Todos los sacerdotes y reyes eran hombres. Y Cristo cumple con los tipos de profeta, sacerdote y rey del Antiguo Testamento. Por estas (y otras) razones, Él tenía que ser un hombre.

Jesús también vivió su humanidad de maneras claramente masculinas. No sólo fue el ser humano perfecto, sino también el hombre perfecto. Como tal, es el modelo perfecto para todos los hombres.

En los Evangelios vemos su amable masculinidad en su trato con las mujeres. A diferencia de muchos en su cultura, Él era respetuoso con ellas. Las consideraba dignas de que se reconociera su personalidad, se protegiera su dignidad y se escucharan sus voces. No era distante ni incómodo con ellas, ni manipulador ni controlador en su trato con ellas. A cualquiera que haya sido herido, abandonado o traicionado por una figura masculina, a cualquiera que haya lamentado la masculinidad rota y tóxica en nuestra cultura, prepárese para encontrar en Jesús la fidelidad perfecta, la comprensión perfecta, el honor perfecto, el amor perfecto. La hombría perfecta.

Pero, ¿qué significa eso exactamente? Después de todo, el concepto de hombría ideal que tiene la gente ha fluctuado a lo largo de la historia y en las distintas culturas. ¿Debe un hombre ser incansable, activo, decidido, poderoso? ¿Tierno, gentil, compasivo, tranquilo? ¿Un buen protector? ¿Un buen oyente?

Sí. Y Jesús era todas esas cosas en perfecto equilibrio.

Podía ser directo, incluso directo, en la conversación, pero también era paciente y accesible. A juzgar por la forma en que volcó las mesas de los mercaderes en el templo (Juan 2:13-17), podía ser confrontativo; ciertamente no tenía miedo de transmitir su mensaje. Pero también era amable y mesurado. "No discutirá ni gritará", dijo de Sí mismo, citando al profeta Isaías:

y nadie oirá su voz en las calles.

No quebrará la caña cascada,

y no apagará la mecha que humea. (Mateo 12:19-20)

Jesús sabía cuándo susurrar, así como también cuándo alzar la voz. Sabía cuándo brindar misericordia y cuándo exigir juicio. La gente sabía que hablaba en serio, pero también sabían, sin lugar a dudas, que hablaba en serio. Él estaba "lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:14). Él era (y es) todo en un solo paquete: un Hombre verdadero.

Él vivió impecablemente el desafío que Pablo le dio más adelante en el Nuevo Testamento, de "portarse varonilmente, ser fuertes" (1 Cor. 16:13 NVI), o, como se traduce en la NVI: "Sé valiente, sé fuerte". Esto nos recuerda la exhortación de Dios a Josué en el Antiguo Testamento: "Sé fuerte y valiente" (Jos. 1:9).

En verdad, ¿existe un modelo mejor de fortaleza y coraje que Jesús? ¿Cuán fuerte y valiente tuvo que ser para enfrentarse a los fariseos, los líderes religiosos indiscutibles de la comunidad judía? ¿Y qué gran fortaleza y coraje tuvo que tener para decirles a sus discípulos que debía "ir a Jerusalén y padecer mucho de parte de los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas, y ser muerto y resucitar al tercer día" (Mateo 16:21)?

Algunos de ellos, Pedro en particular, protestaron: "¡Oh, no, Señor! ¡A ti nunca te sucederá eso!" (v. 22). Pero Jesús fue más fuerte que aquellos que lo defendieron ingenuamente, más fuerte que aquellos que lo condenaron maliciosamente. En cumplimiento de la antigua profecía, "puso su rostro como pedernal" (Isaías 50:7) y se enfrentó directamente a los fuertes vientos en contra que se oponían a

su propósito. Se mantuvo firme, fijo y constante. Fuerte y valiente en todo momento.

Compárese con Adán. Adán fue creado para ser el hombre perfecto. Fue colocado en un entorno ideal y se le dieron oportunidades listas para dar un paso adelante en su llamado dado por Dios. Sin embargo, en el primer desafío real de su vida —el primero del que se nos habla en las Escrituras, al menos— Adán se ausentó sin permiso. Aunque estuvo físicamente presente con su esposa, Eva, cuando ella fue el blanco de los engaños de la serpiente (Gén. 3:6), aparentemente se mantuvo al margen como un observador pasivo, llamativamente silencioso cuando su sabiduría, iniciativa y liderazgo amoroso más importaban. No la protegió ni intervino. En lugar de liderar, se quedó débilmente rezagado.

¡Qué diferente es Jesús de esa imagen! No sólo en su vida terrenal, sino también hoy, Cristo nos da un modelo de verdadera masculinidad como Salvador, Cabeza y Esposo de su iglesia. Como el segundo Adán, intervino para revertir los efectos del fracaso del primer Adán en proteger y proporcionar liderazgo espiritual a la mujer.

La masculinidad de Jesús se ve en su búsqueda de su esposa, la iglesia, cortejándola y ganándose su corazón y, en su amor extraordinario, desinteresado y sacrificial, entregando su vida por ella. Incluso ahora, Él la guía, la ama y la pastorea y provee fielmente para ella. La rescata del peligro y la libra del mal. Él siempre está trabajando por su bienestar y ha planeado todo lo que se necesita para su gozo eterno.

Este es el tipo de cosas que los hombres de verdad hacen por quienes están bajo su cuidado, y Jesús es el modelo supremo de cómo debe ser eso.

¿Significa esto que sólo los hombres deben inspirarse en su ejemplo? ¿Está mal que las mujeres valoren la fuerza y el coraje? Por supuesto que no. Significa simplemente que tenemos como inspiración al Hombre perfecto. Jesús acertó en lo que se refiere a vivir su masculinidad. Y por medio de su Espíritu dentro de nosotros, Él puede capacitarnos para vivir nuestra masculinidad y feminidad para la gloria de Dios.

Dicho esto, recordemos que Cristo es el único hombre perfecto que ha vivido jamás. No podemos esperar que otros hombres sean lo que sólo Él puede ser. Así pues, siguiendo el ejemplo de la mujer junto al pozo (que reconoció a un hombre

imperfecto cuando lo vio), exhortemos a los demás a “venir a ver a un hombre” (Juan 4:29) que no se parece a ningún otro.

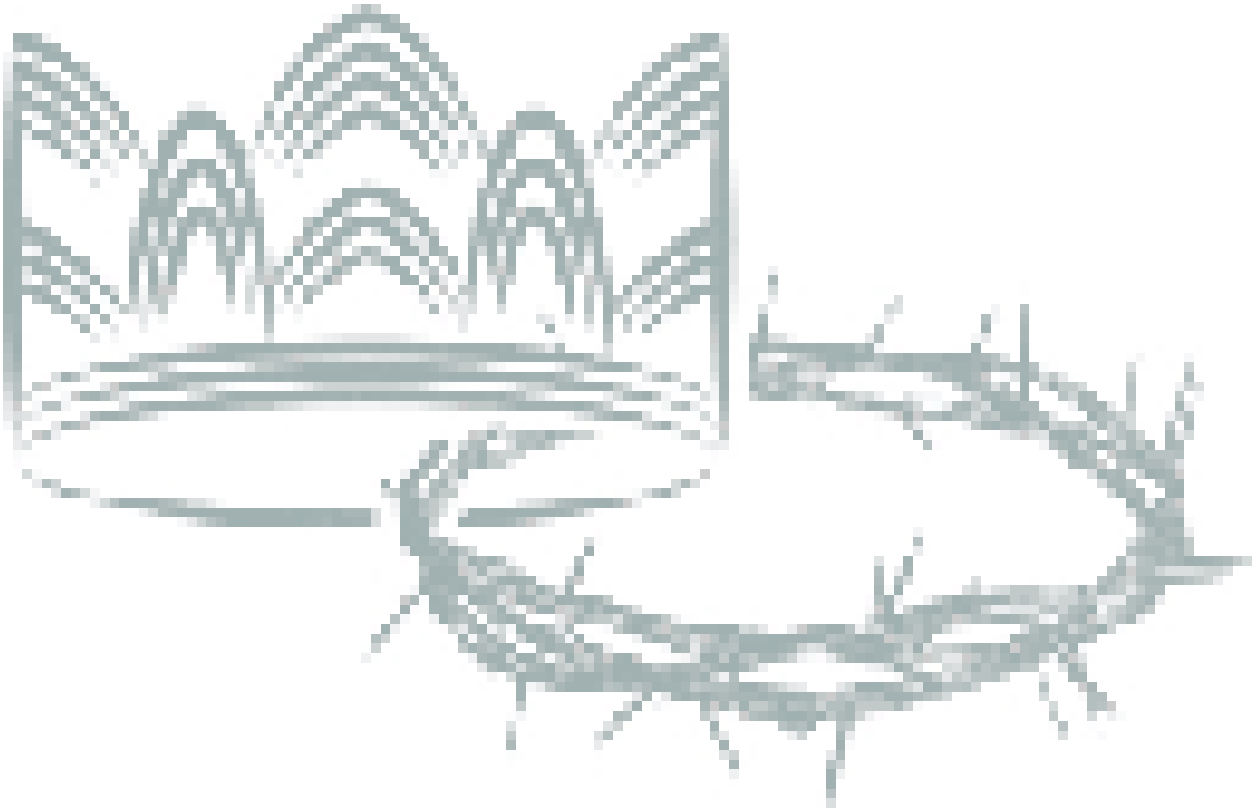
Cuando la gente lo ve en Su deidad, en Su humanidad perfecta y sí, en Su hombría, ¿cómo podrían no sentirse atraídos hacia Él?

¿Cómo la masculinidad de Cristo bendice a su novia, la iglesia?

¿Cómo te anima o te inspira la hombría perfecta de Jesús como hombre/mujer?

Padre nuestro, en un día en que hay tanta confusión y resistencia a Tu buen plan para los hombres y las mujeres, gracias por el don de Tu Hijo, quien modela lo que significa reflejar Tu imagen como hombre y honrar y cuidar a las mujeres, igualmente creadas a Tu imagen.

AMÉN.



Día 13

Reflexionando sobre la paradoja

La doble naturaleza de Cristo

Cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer.

—GÁLATAS 4:4

¿Por qué el pecado sigue teniendo tanta influencia y atractivo para ti y para mí? Podríamos volvernos locos tratando de entenderlo.

Los pecados que más nos tientan han demostrado ser nuestros peores enemigos, causándonos más problemas y daños que cualquier otra cosa en nuestras vidas. Y, sin embargo, en los momentos y las formas equivocados, de alguna manera los encontramos atractivos, sensatos, cómodos, preferibles.

¿Cómo puede ser eso?

Después de muchos años y muchos duros fracasos, he aquí lo que he concluido que es mi mejor respuesta: el pecado se vuelve atractivo en la medida en que aparto mis ojos de Jesús.

Y lo opuesto también es cierto. Cuanto más lo veo, cuanto más lo conozco y aprendo a amarlo, menos atractivas se vuelven las tentaciones del pecado. Mis batallas se sienten menos abrumadoras a medida que me cautiva más la grandeza y la belleza de quién es Él.

Así que, cuando tú y yo reflexionamos sobre las verdades fundamentales de la naturaleza y la obra de Cristo, como lo hacemos en estas reflexiones, no lo hacemos para respirar el aire enrarecido de las reflexiones académicas. Tampoco deberíamos desanimarnos cuando algunos de esos conceptos parezcan complejos y difíciles o concluyamos que en realidad no son útiles ni prácticos para nuestra vida diaria.

La verdad es que estas realidades cósmicas tienen una gran importancia en la vida diaria. Cuando tratamos de comprenderlas, incluso en su misterio, provocan adoración y admiración en nosotros, en nuestros corazones sin aliento y cansados por las cargas que llevamos. Nos hacen desear más de Aquel que nos ama y menos de esas cosas —de hecho, ninguna de esas cosas— que se proponen ayudarnos pero que solo nos dañan.

Tomemos, por ejemplo, la perplejidad que puede surgir cuando asociamos la divinidad de Cristo con su humanidad. A lo largo de los primeros siglos de nuestra era, se debatió intensamente cómo sintetizar estas afirmaciones aparentemente paradójicas. ¿Cómo podía Jesús ser divino y humano al mismo tiempo? ¿En la misma persona?

Los argumentos resultantes crearon bandos enfrentados entre líderes religiosos y maestros, algunos de los cuales defendían ideas como estas (que luego fueron consideradas herejías):

1. Cristo era un ser sumamente exaltado, pero no completamente Dios.

2. Tenía un cuerpo humano, pero no una mente ni un espíritu humanos.

3. Era dos personas diferentes (una humana y una divina) en un solo cuerpo.

4. Era una mezcla igual de ambos (parcialmente humano, parcialmente divino).

Después de generaciones de disputas similares, resueltas en asambleas de representantes de iglesias de todo el mundo conocido, se convocó un cuarto concilio en el año 451 d. C. en la ciudad de Calcedonia. Y a partir de esta extensa reunión de mentes, mientras se sumergían en las Escrituras para ver lo que el Espíritu de Dios había revelado acerca del Hijo, desarrollaron lo que se conoció como el Credo de Calcedonia, que puede resumirse en las siguientes cuatro declaraciones:

1. Cristo es plena y completamente divino (plenamente Dios).

2. Es plena y completamente humano (plenamente hombre).

3. Sus naturalezas divina y humana son distintas (no mezcladas).

4. Su naturaleza divina y humana están completamente unidas en una sola persona.

Éste es uno de los conceptos más profundos de la teología, que escapa a nuestra capacidad de comprensión plena. Pero ¿deberíamos esperar realmente que Jesús fuera menos? Esto es lo que lo hace incomparable.

Jesús es plenamente divino y plenamente humano. Existió como Dios antes del comienzo del tiempo, pero asumió una naturaleza humana al ser concebido por el Espíritu Santo en el vientre de María, sin disminuir en modo alguno su deidad.

Esto se afirma en la profecía mesiánica de Isaías:

Porque nos ha nacido un niño [la humanidad],

Nos ha sido dado un Hijo (Isaías 9:6 NVI)

En el Nuevo Testamento leemos que "Dios envió a su Hijo, nacido de mujer" (Gal. 4:4). Una misma Persona, pero con dos naturalezas. Plenamente Dios, plenamente hombre.

En los Evangelios vemos ambas naturalezas: Jesús podía asistir a una boda (una actividad humana), pero mientras estaba allí podía convertir el agua en vino (una actividad divina). Podía estar tan cansado que se quedaba dormido en una barca con sus discípulos (una característica humana), pero al despertar podía reprender una tormenta y calmar los mares (una característica divina).

Y esta doble naturaleza no es temporal, sino permanente. Jesús sigue siendo el Dios-hombre y lo será por siempre. Hoy está entronizado en el cielo en su cuerpo resucitado y glorificado, con (como creen muchos estudiantes de la Biblia) las cicatrices de los clavos y la lanza todavía visibles en sus manos y su costado.[14]

¿Te da vueltas la cabeza? No estás solo. Este misterio ha desafiado a los cristianos de todas las épocas. Pero considera esto: si Jesús es algo menos que completamente humano y completamente divino, no es suficiente para nosotros. Esta naturaleza doble de Cristo es absolutamente esencial para que se realice nuestra redención. "La unión de la deidad y la humanidad de Cristo en una

Persona", escribe el autor Matt Perman, "hace que tengamos todo lo que necesitamos en el mismo Salvador". [15]

La humanidad de Cristo significa que Él está dispuesto a salvarnos.

La divinidad de Cristo significa que Él es capaz de salvarnos.

Querer y poder: eso es lo que necesitamos. Y eso es lo que tenemos en Jesús.

Y recordemos que la entrada de este Dios-hombre en el mundo fue por nosotros. "Nos ha nacido un niño" y "nos ha sido dado un hijo". Éramos pecadores, enemigos de Dios, separados de Él. Y Jesús, sin dejar de ser plenamente Dios, sin dejar de lado nada de su divinidad, tomó nuestra naturaleza humana para reconciliarnos con el Padre. ¡Qué maravilla! ¡Qué amor!

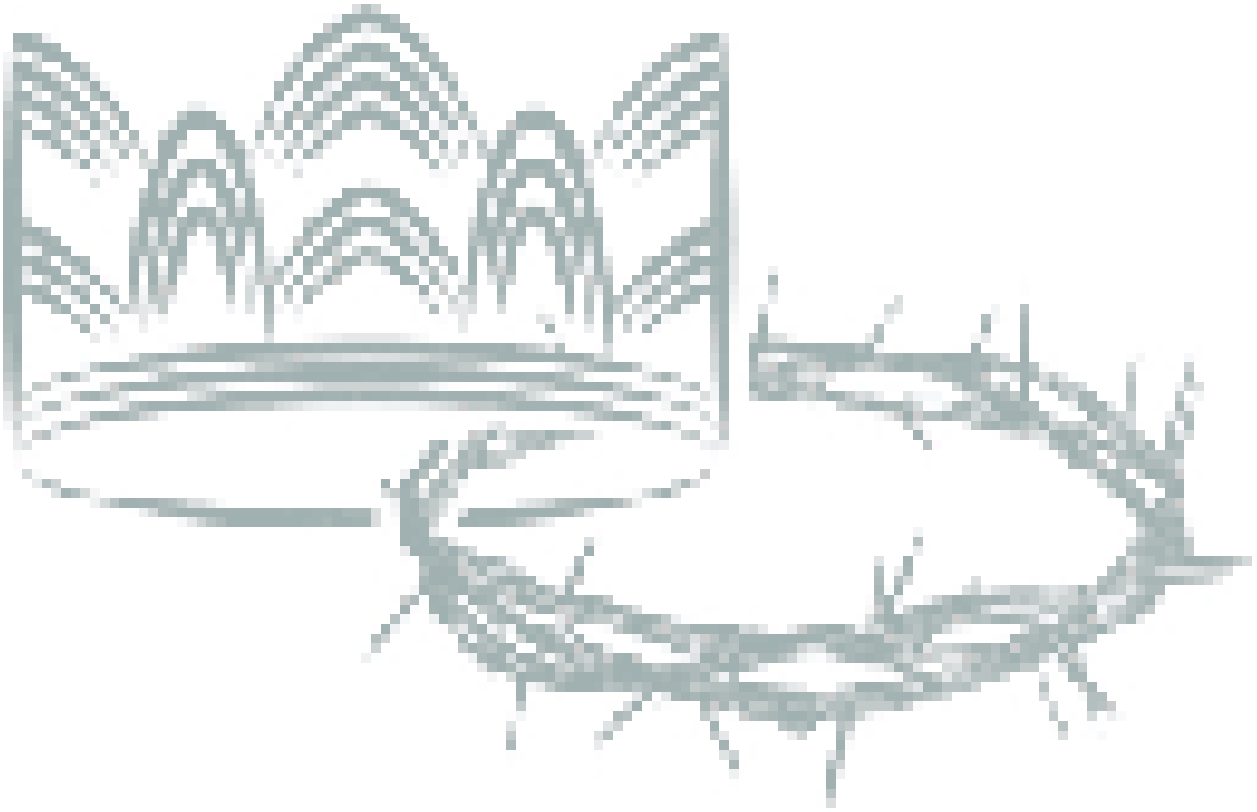
¿Por qué deberíamos sentir la necesidad de buscar plenitud, consuelo, soluciones temporales en nosotros mismos, en nuestros pecados o en cualquier otro lugar, cuando tenemos un Salvador así?

¿Por qué importa que Jesús sea una Persona con dos naturalezas: plenamente Dios y plenamente humano?

¿Cómo podría ser significativa en tu vida la diferencia entre enfrentar la tentación y mirar fijamente a los ojos a tu Salvador?

Padre, te alabo por el misterio y la maravilla de quién es Jesús: completamente Dios, pero completamente humano. Él es todo lo que necesito y más en el tiempo y la eternidad. No sólo estuvo dispuesto a salvarme; también es capaz de salvarme del poder y la práctica de mi pecado. ¿Quién más podría ser tan hermoso y deseable como lo es Él para mí?

AMÉN.



Día 14

Sin mancha

La impecabilidad de Cristo

Él se manifestó para quitar los pecados, y no hay pecado en él.

—1 JUAN 3:5

Jesús nunca pecó.

Si usted ha crecido en la iglesia, como yo, puede pensar que esto es algo que no hace falta decir. Pero las encuestas muestran que muchos estadounidenses contemporáneos no están tan seguros. De hecho, cerca de la mitad de la población no está de acuerdo con esa afirmación. Entre los feligreses adultos, el porcentaje no siempre es mucho mejor.[16]

Tal vez tenga sentido examinar más de cerca esta afirmación sobre Jesús y plantear dos preguntas importantes:

- ¿Es cierto?
- ¿Por qué es importante?

Es difícil ser más claro acerca de la naturaleza sin pecado de Jesús que el apóstol Juan. Después de todo, él había pasado tres años completos con Jesús, observándolo día y noche en situaciones que iban desde las más estresantes hasta las más desprevenidas. Sin embargo, Juan afirmó que "no había pecado en él" (1 Juan 3:5). Lo mismo hizo Simón Pedro, quien declaró: "No cometió pecado" (1 Pedro 2:22).

Jesús mismo afirmó no tener pecado. A quienes pensaban que estaba pecando, es decir, que no se ajustaba a su interpretación errónea de la ley de Dios, les respondió: "El que me envió [Dios mismo] está conmigo, porque siempre hago lo que le agrada" (Juan 8:29). Poco antes de su muerte, repitió la afirmación: "He guardado los mandamientos de mi Padre" (Juan 15:10). Incluso desafió a sus oponentes al preguntarles: "¿Quién de ustedes me puede convencer de pecado?" (Juan 8:46).

Nadie se atrevió a aceptarlo. De hecho, algunos de los enemigos de Jesús e incluso algunos observadores imparciales dieron testimonio de su vida sin pecado.

- Pilato: "No encuentro ningún motivo para acusar a este hombre" (Lucas 23:4).

• Judas: “Yo he pecado entregando sangre inocente” (Mt 27,4).

• El ladrón en la cruz: “Este nada malo ha hecho” (Lucas 23:41).

• Espíritus demoníacos: “Yo sé quién eres: el Santo de Dios” (Lucas 4:34).

Desde un punto de vista bíblico, entonces, la prueba de la impecabilidad de Jesús es indiscutible. Pero ¿qué pasa con la segunda pregunta: ¿por qué es importante?

Importa porque no estamos libres de pecado.

En el instante en que Adán y Eva, los primeros seres humanos, decidieron desobedecer a Dios, el pecado quedó codificado en el ADN humano. “Por la desobediencia de un hombre, los muchos fueron constituidos pecadores” (Rom. 5:19), condenados a transmitir el pecado original de Adán a todos los hijos nacidos de padres humanos. De modo que cada uno de nosotros vino a este mundo con una naturaleza pecaminosa:

• “Yo era pecador cuando mi madre me concibió” (Sal. 51:5).

• “No hay justo, ni siquiera uno” (Rom. 3:10).

• “Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom. 3:23).

Lo cual significa que todos necesitamos un Salvador, un Salvador sin pecado.

Necesitamos a Jesús, quien hizo lo que Adán no pudo hacer, quien obedeció perfectamente la ley de Dios, quien fue "tentado… pero sin pecado" (Hebreos 4:15).

Es difícil para nosotros comprender cómo un hombre, incluso Jesús como hombre, pudo permanecer sin pecado durante toda una vida. Tú y yo no podemos pasar un día sin pecado; Él lo hizo durante más de tres décadas. ¿Cómo era posible que Él no tuviera una naturaleza pecaminosa como la de todos los demás seres humanos que han vivido?

La vida humana comienza en el momento de la concepción, en el que se unen el ADN de un hombre y una mujer. Pero el niño Jesús que nació en Belén no fue el producto de la unión física de un hombre y una mujer. Fue concebido sobrenaturalmente en el vientre de María por el poder del Espíritu Santo (Lucas 1:35), de modo que ni María ni José le transmitieron ningún pecado.

Por eso es tan vital el nacimiento virginal. Es lo que hace posible que Cristo comparta nuestra humanidad (nació de una mujer) sin compartir nuestra naturaleza pecaminosa (fue concebido por el Espíritu Santo). Y eso es sumamente importante porque es parte integral de la misión de Jesús de rescatarnos de la maldición del pecado, ¡la razón misma por la que vino a la tierra!

Verás, como el Hijo de Dios sin pecado, Jesús fue capaz de ofrecerse a sí mismo como sacrificio por nuestro pecado, cumpliendo de manera asombrosa una imagen poderosa que habría sido bien conocida por todo israelita en sus días.

Desde los primeros días del pacto de Dios con su pueblo escogido, los adoradores debían ofrecer animales como sacrificios para expiar sus pecados. Día tras día, año tras año, se mataban corderos "sin defecto" (Éxodo 12:5) y su sangre era derramada delante de Dios. Día tras día, año tras año, miles de inocentes corderos morían la muerte que merecían los pecadores.

Después de siglos de que estos corderos fueran sacrificados en lugar de los pecadores, imaginemos el momento en que Juan, después de estar bautizando a la gente en el río Jordán, levantó la vista y vio a Jesús acercándose, y con asombro y admiración lo señaló a la multitud: "¡Miren el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" (Juan 1:29). ¿Qué habrá pasado por la mente de quienes estaban en esa escena?

Ellos sabían que para quitar el pecado, un cordero tenía que ser perfecto y tenía que morir. Ahora, ante sus ojos, estaba el Cordero de Dios sin pecado que moriría por los pecados del mundo. El Sustituto perfecto.

El Hijo de Dios no tenía pecado que manchara su historial; era completamente inocente, sin mancha. Acusado falsamente, murió una muerte que no merecía, la muerte que nosotros merecíamos por nuestro pecado. Él es el sacrificio perfecto, el único que podía expiar ese pecado. Y, maravilla de maravillas, hemos sido declarados justos debido a Su muerte en nuestro lugar. "Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios" (1 Pedro 3:18).

Esta fue la misión que Él vino a cumplir, y la cumplió a la perfección. Dios "al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Cor. 5:21).

Sí, hasta que Su obra transformadora y santificadora en nosotros esté completa, el pecado que mora en nuestra carne natural seguirá mostrando su fea cabeza, pero aquí está la buena noticia: ya no tenemos que vivir bajo el control del pecado.

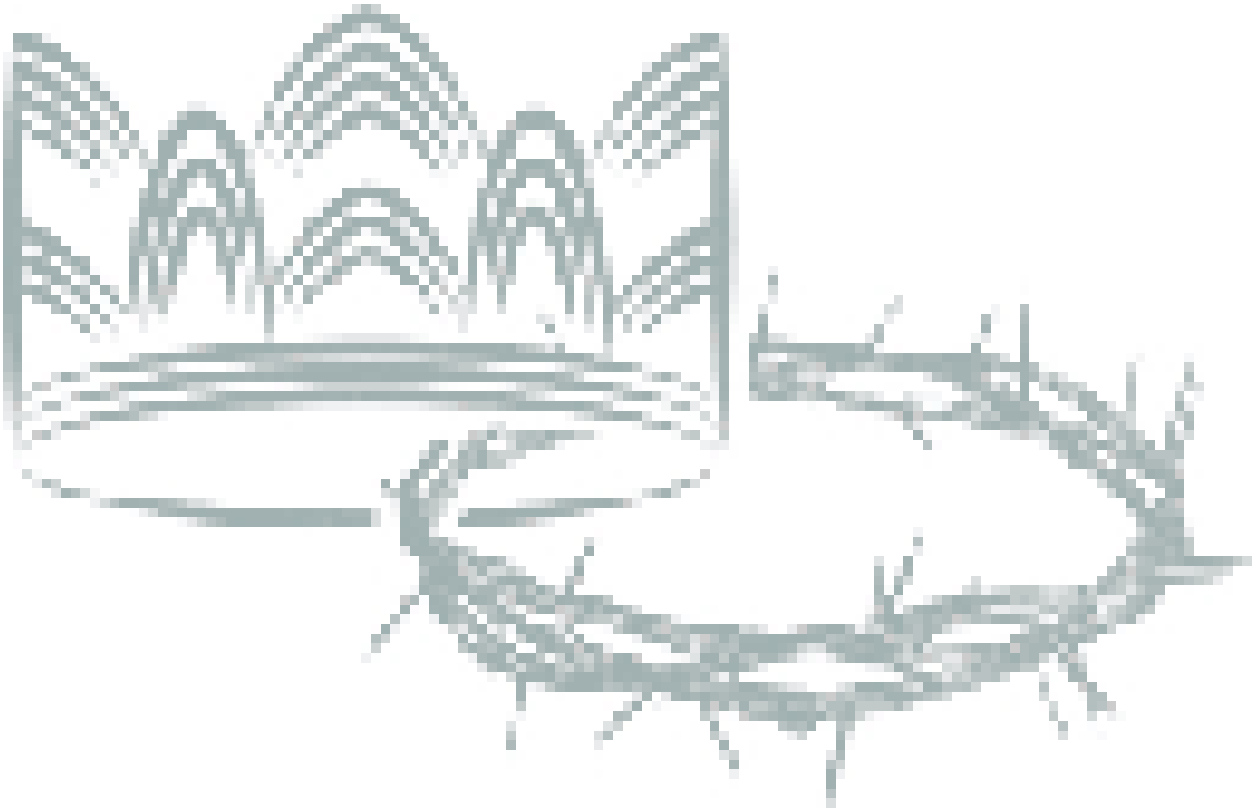
Tenemos una salida, gracias a nuestro Cristo sin pecado.

¿Por qué Jesús tenía que ser sin pecado para ser nuestro Salvador?

¿Qué diferencia hace la impecabilidad de Cristo en nuestra batalla contra el pecado?

Querido Cordero de Dios, cuán agradecido estoy de que Tú, el Sin pecado, murieras por personas pecadoras como yo, para que pudiéramos ser declarados justos a los ojos de Dios. Eres digno de toda mi adoración y amor.

AMÉN.



Día 15

Peso de la gloria

La transfiguración de Cristo

"Quiero que los que me has dado, donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria."

—JUAN 17:24

Jesús pasó todos los días de su vida a la sombra de la cruz. Siempre estaba allí, frente a Él: el rechazo, la humillación, el sufrimiento impensable, la muerte espantosa.

Sus seguidores, por otra parte, vieron sus milagros, su sabiduría, su manera encantadora de tratar a la gente y su clara conexión con su Padre celestial. Y cuanto más se acercaban a reconocer que Él era verdaderamente su Mesías, más desconcertados se volvían ante sus repetidas predicciones de fatalidad y pesimismo: de ser llevados a rastras, golpeados, torturados, asesinados. ¿Cómo podía ser esto posible? La tarea del Mesías era conducirlos a la victoria, vencer a sus opresores, guiar a su pueblo a un nuevo día de libertad, hacer que todo fuera mejor. Su venida debía ser gloriosa, no dolorosa.

Bueno, tenían medio razón.

Una noche, durante un retiro en la cima de una montaña, tres de sus discípulos se despertaron al ver una luz brillante. Jesús, que había estado orando mientras estos tres compañeros dormían (no es algo poco común, como nos enteramos), había comenzado a irradiar como un relámpago. No era como si un foco de luz se hubiera enfocado sobre Él, sino que una luz resplandeciente emanaba de su interior. “Su rostro resplandeció como el sol” (Mateo 17:2), “y sus vestidos se volvieron resplandecientes, tan blancos que ningún lavador en la tierra los puede blanquear” (Marcos 9:3).

¡Gloria! Más gloria de la que jamás pudieron imaginar, una escena de asombro tan sobrecogedor que nunca la olvidarían. “Fuimos testigos oculares de su majestad”, escribiría más tarde uno de ellos al recordar este acontecimiento (2 Pedro 1:16). “Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre”, recordaría otro (Juan 1:14).

Entonces, como si no fuera suficiente ver a Jesús mismo en ese estado glorificado, los discípulos se dieron cuenta de que otros dos hombres estaban de pie junto a Él, “hablando con él” (Mateo 17:3). De alguna manera, identificaron a los recién llegados como dos gigantes espirituales que habían desempeñado papeles únicos en la historia de Israel: Moisés, el gran legislador, cuyo rostro reflejaba la gloria de Dios cuando descendió de estar en la presencia de Dios, y Elías, el profeta, que

no murió sino que fue transportado vivo al cielo en un carro de fuego, prefigurando la ascensión de Jesús al cielo.

Los discípulos estaban desanimados. Pedro, "sin saber lo que decía" (Lucas 9:33), parloteaba sobre construir un albergue en la montaña o algo así, un lugar donde pudieran acomodar a todo el grupo, donde pudieran quedarse todos en la montaña para siempre. No quería bajar nunca.

Sin embargo, a través de toda esta cháchara, como un "¡Calla!" regio, llegó la frase decisiva: "De repente una nube de luz los cubrió, y una voz desde la nube decía: "Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd"" (Mateo 17:5).

Asómbrense conmigo, y con Pedro, Santiago y Juan, ante este glorioso acontecimiento. Esta fue la única ocasión durante la vida terrenal de Jesús en que la plenitud de la Deidad brilló a través del velo de Su humanidad. En ese momento, los discípulos pudieron vislumbrar la gloria que Jesús había disfrutado en el cielo antes de venir a la tierra, la gloria que había dejado de lado temporalmente para asumir la forma humana. Tuvieron una visión anticipada del cuerpo glorificado que sería Suyo después de Su muerte y resurrección, y de la gloria sin nubes que irradiará de Él por toda la eternidad.

Y desde este monte, que de ahora en adelante sería conocido como el Monte de la Transfiguración, Jesús fácilmente podría haber puesto fin a la pesada carga de la cruz que había sido enviado a soportar allí. ¿Qué le impedía regresar en ese mismo momento para estar con el Padre cuya voz todos habían oído, para sentarse y reinar con Él para siempre?

Pero la conversación que los tres discípulos oyeron entre Moisés, Elías y Jesús no era sobre las glorias del cielo que le esperaban a Jesús, sino que "hablaban de su partida" —su muerte— "que iba a cumplir en Jerusalén" (Lucas 9:31). Al parecer, sabían lo que también sabía Jesús:

- Antes de su exaltación debe venir su humillación.
- Sólo después de Su humillación pudo venir Su vindicación.

No habría gloria sin cruz.

Jesús y estos dos héroes del Antiguo Testamento tenían una concentración total en su "partida". La palabra griega que se usa aquí es exodos, que inmediatamente reconocemos como relacionada con nuestra palabra inglesa exodus. Y ese es un tema del que Moisés sabía un par de cosas. Cuando los hijos de Israel se encontraron en esclavitud bajo los crueles capataces egipcios, Dios había levantado a Moisés como un libertador para sacar a su pueblo oprimido de la esclavitud. Pero el éxodo del Antiguo Testamento tenía la intención de señalar hacia un éxodo del Nuevo Testamento, una misión que sería liderada por un Libertador aún mayor. ¿Su propósito? Redimirnos de nuestra esclavitud a un tirano aún más siniestro: el pecado humano.

Así, incluso aquí, en el Monte de la Transfiguración, en medio de estas impresionantes vistas y sonidos de transporte celestial, la cruz siguió siendo el elemento central. Al igual que en todas las demás noches y madrugadas de la vida de Jesús, su futuro sufrimiento en la cruz era lo más importante de su mente. Una vez más, vemos su sumisión y sacrificio en su decisión de no regresar al cielo desde el éxtasis de la cima de la montaña, sino caminar de regreso por esa montaña hasta el valle de abajo, donde enfrentaría una terrible necesidad humana, fuerzas demoníacas, enfermedad, pecado y muerte. Y donde Él mismo pronto sería condenado a muerte.

"Quedémonos aquí", exclamó Pedro, disfrutando de la euforia del momento. (¿Y quién podría culparlo?) Pero el plan de Dios para su Hijo era la cruz. Y en lugar de aferrarse a la indescriptible maravilla de ese monte sagrado, Jesús dijo con alegría que sí a la voluntad de su Padre, sabiendo que la gloria que aún estaba por venir debía ser precedida por su muerte por el pecado.

La misma cruz que lo había bajado del cielo lo bajó obedientemente de la cima de esta montaña.

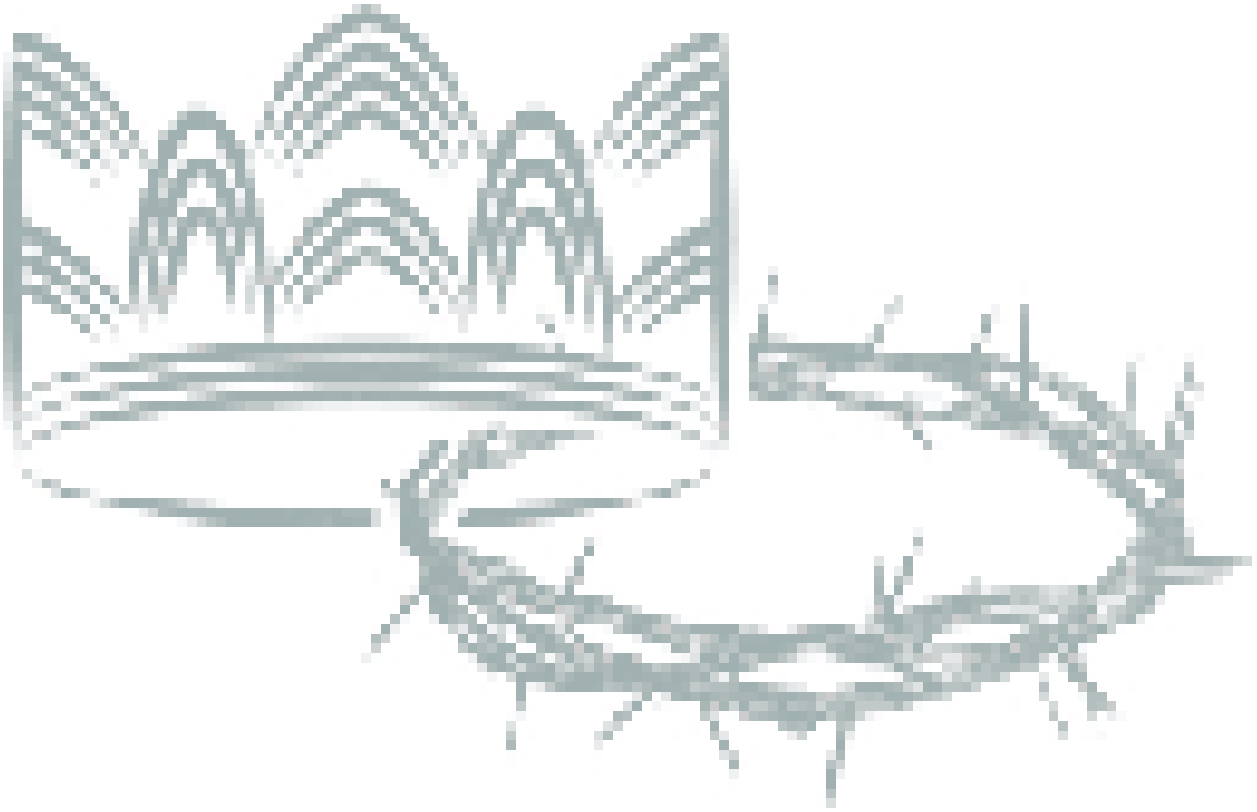
Para que nosotros, por su cruz, pudiéramos gustar su gloria.

¿Cuáles son algunos destellos de gloria que Dios te ha dado gentilmente para animarte en tu viaje aquí en la tierra?

¿De qué manera estás siendo llamado a seguir el ejemplo de Jesús al soportar dificultades aquí en la tierra, esperando una recompensa prometida que aún está por venir?

Dios de gloria, te adoro. Gracias por este vistazo de Jesús revestido de gloria. Y gracias porque Él estuvo dispuesto a dejar de lado sus derechos y humillarse hasta el punto de morir en la cruz. Que yo, al "mirar como en un espejo la gloria del Señor", sea "transformado de gloria en gloria en la misma imagen" (2 Cor. 3:18). Bendición, honor, gloria y alabanza sean para Ti.

AMÉN.



Día 16

Así dice el Señor

El ministerio profético de Cristo

«El Señor tu Dios te levantará un profeta.»

—DEUTERONOMIO 18:15

Sabían que estaban esperando un profeta.

El Profeta.

Moisés, uno de los más grandes profetas del Antiguo Testamento, fue el primero en declararlo.

En Deuteronomio 18, Moisés había instado al pueblo a no ser como las naciones paganas que los rodeaban, que recurrían a adivinos y hechiceros para recibir orientación. En cambio, debían escuchar a Dios. Pero la voz de Dios era comprensiblemente aterradora para un pueblo pecador. De hecho, cuando se dio la ley original en el monte Sinaí, el pueblo de Israel había suplicado: "No sigamos escuchando la voz del Señor nuestro Dios ni veamos más este gran fuego, para que no muramos" (Deuteronomio 18:16).

Temeroso de ser consumido por la presencia y la gloria de Dios, el pueblo quería que Él les hablara a través de un intermediario humano como Moisés, un profeta.

El Señor, al escuchar su petición, declaró su intención de honrarla. Pero luego prometió a Moisés que les levantaría un profeta (v. 18) que sería como Moisés en muchos aspectos: un maestro, un gobernante, un libertador, sólo que mayor. Fue a través de este profeta supremo que Dios se daría a conocer a su pueblo y daría a conocer su voluntad:

"Pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mande" (v. 18 NVI).

Sí, había venido un profeta: Moisés.

Pero el Profeta aún estaba por venir.

A medida que una generación sucedía a otra más allá del éxodo, surgieron nuevos profetas en el escenario de la historia judía, cada uno definido por las mismas cualidades:

• Fueron escogidos y enviados por Dios. No se designaron a sí mismos para el cargo.

• Dios les habló, revelándoles su voluntad, diciéndoles lo que Él quería que Su pueblo supiera en forma de anuncios, instrucciones, palabras de consuelo y advertencias.

• Los profetas escucharon a Dios. Recibieron su revelación.

• Proclamaron el mensaje que habían recibido. No debían decir sus propias palabras o pensamientos, sino lo que Él les indicaba que dijeran a su pueblo. Su mensaje era: "Así dice el Señor".

Y, sin embargo, aun cuando profetas como Elías, Isaías y Jeremías cumplieron su función profética, persistió la creencia, basada en la promesa del Deuteronomio, de que vendría Alguien más grande. De hecho, muchos de los profetas mismos señalaron su venida. Este Profeta sería el Mesías, el que guiaría al pueblo de Dios, lo enseñaría, lo aconsejaría y lo liberaría de maneras aún mayores que las que había hecho Moisés. Cada generación sucesiva esperaba con ansia su llegada.

Después de Malaquías, la palabra profética se oscureció. Pasaron cuatro siglos sin una sola palabra del cielo. La gente necesitaba desesperadamente conocer la

voluntad y el camino de Dios. El anhelo por la venida del Prometido se hizo más fuerte, la expectativa más aguda.

Por eso, cuando llegamos a los días de Juan el Bautista, oímos a los sacerdotes judíos preguntarle específicamente a Juan: "¿Eres tú el profeta?" (Juan 1:21). La respuesta de Juan fue no, pero la gente sabía que debía seguir buscando. Y algunos de los que oyeron las enseñanzas de Jesús y observaron sus milagros y maravillas estaban ansiosos por expresar sus conclusiones: "Verdaderamente este es el profeta" (Juan 7:40), "el que había de venir al mundo" (Juan 6:14).

Cuanto más lo escuchaban las personas, más fácilmente podían darse cuenta de que estaba llevando a cabo las dos prácticas del papel profético:

• predecir: declarar acontecimientos que aún estaban por venir, como sus sufrimientos y muerte, su resurrección, la destrucción de Jerusalén, su segunda venida y el juicio final

• anunciar: dar a conocer el carácter, el corazón y la sabiduría de Dios; explicar la ley y el evangelio; predicar buenas nuevas a los pobres.

No sólo como profeta, como lo han llamado algunas religiones, sino como el Profeta.

Jesús mismo afirmó que el mensaje que trajo había sido recibido de Dios:

"Porque yo no he hablado por mi propia cuenta, sino que el Padre mismo que me envió me dio mandato de que hable todo lo que he dicho." (Juan 12:49)

Jesús fue y es el portavoz final de Dios. Su Palabra es autoritaria y verdadera. Cuando Moisés predijo la llegada de este Profeta, dijo: "A él deben escuchar"

(Deuteronomio 18:15). Y Dios advirtió además: “A cualquiera que no escuche mis palabras que él hable en mi nombre, yo le pediré cuentas” (v. 19).

“Todos los profetas que hablaron —diría más tarde Pedro—, desde Samuel en adelante, anunciaron estos días” (Hechos 3:24), precisamente los días de Jesús y su papel único como Mesías. El autor de Hebreos lo expresó de esta manera: “Dios, habiendo hablado en otro tiempo y de diversas maneras a nuestros antepasados por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo” (Hebreos 1:1-2).

Y aunque han pasado más de dos milenios desde entonces, tú y yo seguimos en esa audiencia. Tenemos la afirmación del Padre de que Jesús es Su Hijo en el Monte de la Transfiguración. Tenemos el ejemplo de Su vida y el cumplimiento registrado de cada palabra que Él habló acerca de Sí mismo en la tierra. Y “tenemos también la palabra profética más firme”, como declaró Pedro, y “hacemos bien en estar atentos a ella como a una lámpara que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (2 Pedro 1:19).

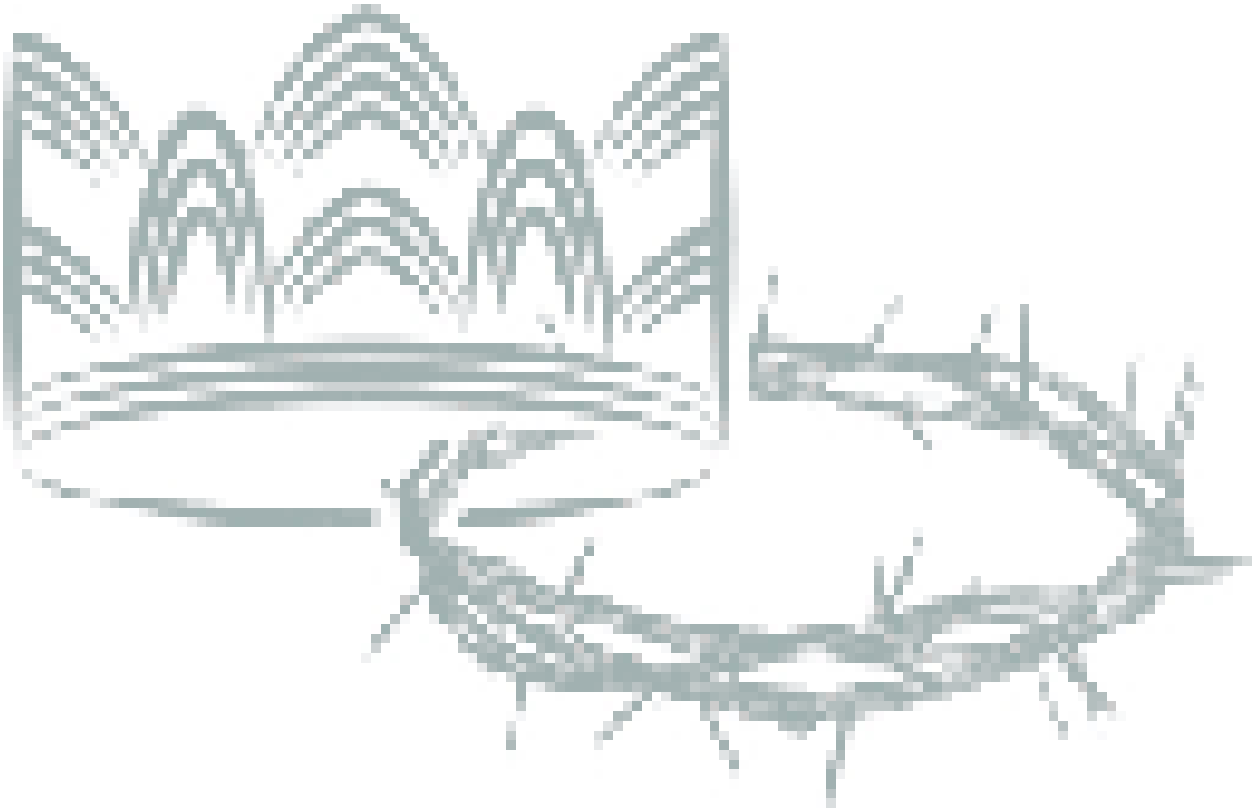
No se nos dice nada más. No es necesario decir nada más. Cristo, el profeta prometido, ungido y enviado por Dios, nos ha mostrado la voluntad, el pensamiento y los propósitos de Dios. Los tenemos en las Escrituras y nos los ha revelado el Espíritu Santo. Ahora nuestra tarea es escucharlo, creer y obedecer su Palabra, y proclamarla a los demás, porque Él dijo a sus seguidores: “Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Juan 20:21).

Incluso las personas que conocieron bien a Jesús durante su vida terrenal a menudo no tomaron en serio su mensaje profético. ¿Cómo puedes cultivar y mantener un corazón que crea y preste mucha atención a su Palabra?

Vivimos en un mundo pluralista que rechaza la verdad absoluta y anima a las personas a encontrar su propia “verdad”. ¿Por qué puedes tener confianza y no tener miedo cuando compartes la Palabra de Cristo con los demás?

Padre, gracias por haberte esforzado tanto para comunicar tu verdad a tu pueblo, a través de las palabras de los profetas de antaño y en estos "últimos días" a través de tu Hijo, Jesús. Ayúdame a escucharlo, a prestarle atención a su Palabra, a creerla y a adorarlo como el Profeta supremo, no sólo como uno entre muchos.

AMÉN.



Día 17

Palabras asombrosas

La enseñanza de Cristo

Se maravillaban de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene autoridad.

—MARCOS 1:22

Yo era uno de esos niños raros a los que les encantaba la escuela. Siempre disfrutaba sentarme y escuchar a mis maestros (bueno, casi siempre) y quería ser maestro cuando fuera grande.

Desde aquellos primeros días, he tenido la oportunidad de estudiar con muchos maestros: algunos cuyas magníficas habilidades de comunicación me mantuvieron al borde del asiento, otros cuyo conocimiento e intelecto me superaban y unos pocos que, para ser honesto, fueron simplemente difíciles de escuchar durante mucho tiempo.

También he tenido la alegría de enseñar la Palabra de Dios durante muchos años, por lo que entiendo el esfuerzo que se requiere para organizar lo que a menudo parecen pensamientos dispersos en algo significativo, algo que comunique claramente Su verdad. Conozco el desafío de conectar con los corazones de los oyentes de una manera que dé vida y los cambie.

Con todo esto en mente, me gustaría considerar con ustedes cómo debe haber sido escuchar a Jesús enseñar.

Después de todo, era un maestro de grandes maestros. De hecho, Maestro es uno de los títulos principales que le dieron sus seguidores. Debe haber sido asombroso escucharlo.

Esa es la palabra —asombrado (junto con su equivalente, estupefacto)— que los escritores de los Evangelios emplearon con más frecuencia para describir cómo se sentía la gente cuando lo escuchaban ministrar en persona. Algunos, por supuesto, se sentían "ofendidos" por Él (Mateo 13:57), ya sea por lo poco convencional que era o por su libertad para decir verdades impopulares que atacaban la hipocresía en los corazones de las personas. Pero incluso aquellos a quienes ofendió no pudieron evitar sentirse asombrados por las cosas que dijo y la forma en que las dijo.

Para quienes conocen profundamente la historia de Jesús, puede resultar difícil comprender cuán diferente y refrescante era su manera de enseñar para sus oyentes, cuánto contrastaba su estilo de enseñanza con lo que estaban acostumbrados a escuchar. Los escribas, rabinos y otros maestros religiosos de la

época pasaban la vida estudiando y diseccionando los detalles minuciosos de la ley mosaica. Jesús lo llamaba "colar mosquitos" (Mateo 23:24). Sin embargo, enseñó sobre temas que realmente importaban: el reino de Dios, el Rey que reina sobre él y la enormidad del propósito, la libertad y la abundancia que las personas podían experimentar de parte de Él.

Jesús tampoco se basó en fuentes prestadas. Esa es otra cosa que asombró a sus oyentes. Estaban acostumbrados a maestros que se apoyaban en gran medida en la tradición y los precedentes, en referencias citadas de lo que otros habían dicho en el pasado. Pero Jesús enseñaba "como quien tiene autoridad, y no como sus escribas" (Mateo 7:29). Él sabía de lo que estaba hablando.

Aunque no tenía una formación académica, aunque había pasado sus años de formación como comerciante, conocía las Escrituras, no sólo las palabras, sino también la sabiduría. (Según mis cálculos, citaba pasajes de nada menos que veinticuatro libros del Antiguo Testamento en sus enseñanzas y conversaciones, tal como se registran en los Evangelios). Y sabía cómo aplicarlas a la vida de sus oyentes. Cuando la verdad que enseñaba llegaba a las manos de personas que realmente querían escuchar, sus palabras adquirían credibilidad instantánea.

También irradiaban otra cualidad: amor genuino. Pensemos en la frecuencia con que los sermones de los escribas se pronunciaban sólo para impresionar, para acumular méritos académicos, para inflar su propio sentido de superioridad con el aire caliente de sus conferencias. Pero la preocupación de Jesús era por sus oyentes: captar su atención, capturar su imaginación, tocar sus corazones con la verdad. En lugar de abrumarlos con su intelecto, les enseñaba con historias e imágenes verbales con las que podían identificarse, manteniéndolo todo tan directo y sencillo que hasta un niño podía seguirlo.

¿Por qué? Porque a Él realmente le importaban las personas que lo escuchaban. Él conocía sus corazones. Sabía lo que necesitaban. Y quería que ellos conocieran el amor del Padre como Él lo conocía.

Así que donde otros maestros divagaban, Jesús fue directo al grano.

Donde otros maestros eran difíciles de seguir, Él era ordenado y sensato.

Donde ellos hablaban con complejidad, Él hablaba con pureza y claridad.

Donde ellos se escondieron detrás de las palabras, Él vivió lo que enseñó.

Su enseñanza es atemporal, nunca se vuelve obsoleta. Es eternamente relevante para cada persona en cada cultura y en cada período de la historia.

Y aunque Jesús atrajo a un gran número de oyentes, no persiguió a un gran número de personas. Incluso en su épico Sermón del Monte, la impresión que nos dan las Escrituras es que comenzó hablando con un pequeño grupo de sus discípulos (Mateo 5:1), que con el tiempo se convirtió en multitudes (Mateo 7:28) a medida que los oyentes interesados se acercaban para escuchar.

De hecho, Jesús pasó la mayor parte de su tiempo no predicando a multitudes, sino interactuando con su pequeño grupo de doce, a menudo un grupo central de sólo tres. En esos entornos íntimos, Jesús entretejió la verdad eterna en momentos cotidianos. Permitió que sus seguidores hicieran preguntas. Convirtió las conversaciones ordinarias en oportunidades para hablar sobre la perspectiva de Dios sobre temas actuales e intemporales.

Y creo que allí es donde también damos nuestra enseñanza más eficaz, porque todos estamos llamados a ser maestros, ya sea que lo hagamos profesionalmente o no. El autor de Hebreos lo expresó de esta manera: “Debiendo ser ya maestros, sin embargo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar los principios básicos de la revelación de Dios” (Hebreos 5:12). No debemos ser simplemente receptores, sino también canales de la enseñanza de Cristo, transmitiendo siempre a los demás lo que hemos aprendido de Él.

Nuestros hogares, nuestras mesas, nuestros grupos pequeños, incluso nuestras interacciones más informales son lugares de enseñanza. Es posible que las personas no llenen sus cuadernos con las cosas que decimos, pero Dios puede hablar de manera cercana a través de personas como nosotros que lo amamos a Él y a Su Palabra y que verdaderamente nos preocupamos por el bienestar espiritual de quienes nos rodean.

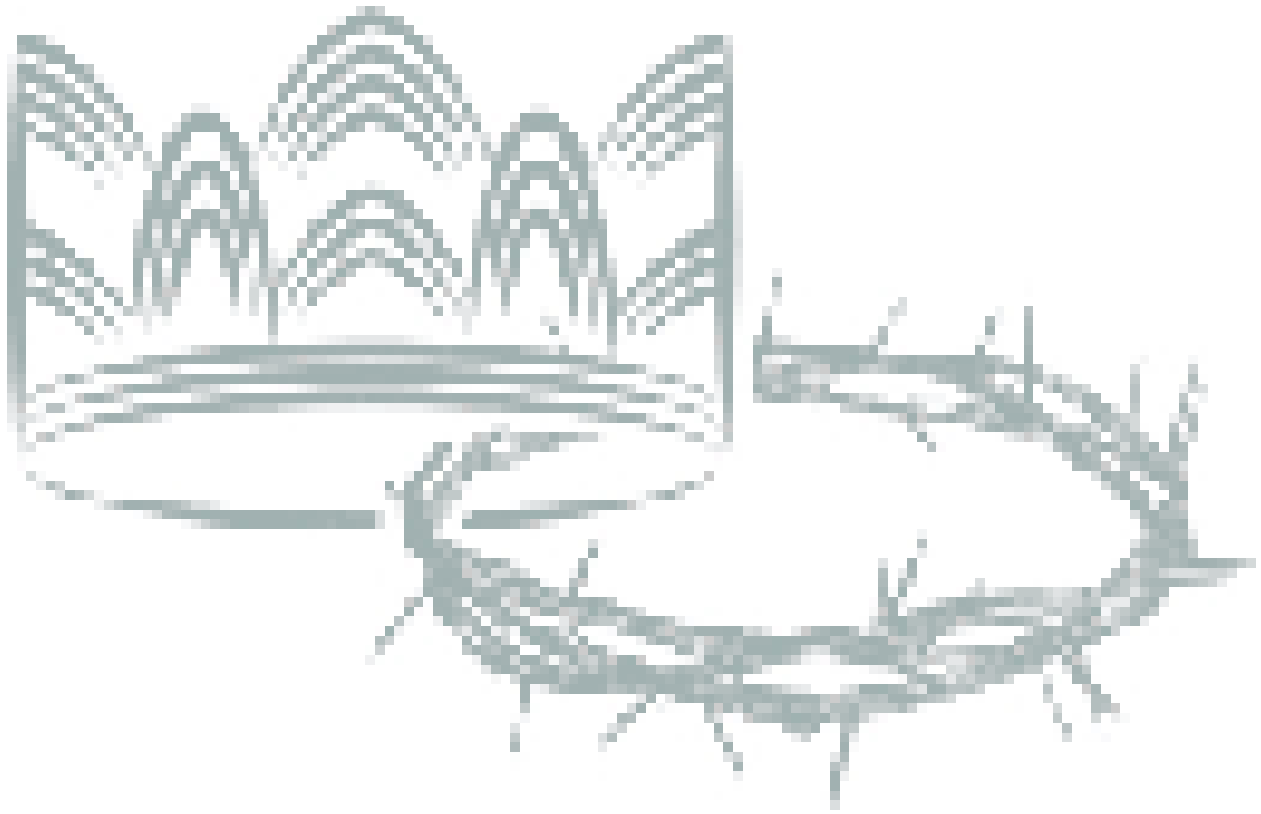
Como lo hizo Jesús. Cuando Jesús enseñaba.

¿Qué tipo de autoridad y peso tiene la enseñanza de Jesús en tu vida? ¿Te quedas asombrado ante Su Palabra, consciente de que cuando Cristo habla, Dios habla?

¿Cuáles son algunos de los lugares en tu vida en los que nunca habías pensado que pudieran ser oportunidades de enseñanza, donde podrías compartir con otros lo que has aprendido de Él?

Padre, gracias por enviar a Jesús para que sea nuestro Maestro. En Él no solo vemos los métodos de enseñanza eficaz, sino también su esencia: Tu esencia. Que nunca deje de ser un estudiante de Jesús y de Tu Palabra, y que esté alerta a las oportunidades de usar lo que Tú me has enseñado para ayudar a enseñar a otros Tu verdad.

AMÉN.



Día 18

La raíz de toda virtud

La humildad de Cristo

"Aprended de mí, que soy humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas."

—MATEO 11:29

Los teólogos, al describir el ser y el carácter de Dios, suelen diferenciar entre lo que llaman sus atributos incomunicables y sus atributos comunicables. Esas grandes palabras simplemente significan que algunas de las cualidades de Dios pertenecen sólo a Él y otras Él nos permite compartirlas con Él, aunque obviamente en un grado menor.

Los rasgos incomunicables son aquellos que nunca podremos tener, como la omnisciencia, la omnipresencia o la perfección sin pecado de Cristo.

Los rasgos comunicables son aquellos a los que podemos y debemos aspirar, como el amor, la misericordia y la compasión.

Y la humildad, que es una de las características que hacen a Jesús verdaderamente incomparable, y que también nos invita a vivir con Él, a participar en ella y a crecer en ella, pareciéndonos cada vez más a Él.

El ideal cristiano de la humildad fue un concepto revolucionario en el mundo antiguo. Los griegos ni siquiera tenían una palabra para ello. Lo más cercano que se le podía ocurrir en su cultura era la idea de ser humilde, pero esa humildad conllevaba un significado más parecido al de ser tímido, débil y cobarde, lo cual no describía en absoluto a Jesús.

Así que, en su enseñanza sobre la humildad —y, más importante aún, en su personificación de la humildad— Jesús estaba defendiendo algo que muchos de los que lo rodeaban nunca habían pensado en apreciar o desear. Él transformó una cualidad humana que ellos consideraban una debilidad o incluso un vicio en una virtud, lo que Andrew Murray una vez llamó "la raíz de toda virtud". 1[7] Porque la verdadera humildad, tal como la ejemplificó Jesús, es lo opuesto al orgullo, que, como sabemos por las Escrituras, es la raíz de todo pecado.

El orgullo de Adán y Eva, su exaltación personal, su sentido de derecho humano, su deseo de no estar limitados por las directivas de Dios, es lo que cortó su relación con Dios en el jardín, y nosotros los humanos hemos estado sufriendo esta cualidad tóxica desde entonces. Rastrea cada falla que hayas experimentado, ya sea en tu propia vida o en la de otros, y dime si su origen no se encuentra en

una elevación del yo, un deseo impío de lo que queremos, una falta de voluntad para esperar en Dios o someterse a Su Palabra.

Sin embargo, si analizamos la vida de Jesús, veremos que la humildad está por todas partes. Él, más que nadie, tenía motivos para sentirse orgulloso, y sin embargo demostró repetidamente lo contrario. Por ejemplo:

1. Jesús dejó la majestad y el esplendor del cielo y vino a esta tierra para tomar carne humana.

Sin pompa ni fanfarria, nació de una adolescente pobre en circunstancias humildes. Dejó de lado sus derechos y privilegios como Dios y el ejercicio independiente de sus atributos divinos, seguramente el acto de humildad más profundo que jamás se haya meditado o puesto en práctica.

2. Jesús no buscó honor ni alabanza de los demás.

Él, por supuesto, era digno de toda gloria, y recibió gloria y afirmación de su Padre. Pero no la buscó ni la buscó en nadie más (Juan 8:50). Sabía que la alabanza y el honor humanos no podían sostenerlo, como tampoco pueden sostenernos a nosotros. Por eso ni siquiera intentó "aceptar la gloria de los hombres" (Juan 5:41).

3. Jesús vivió en total dependencia de su Padre celestial.

Nada de lo que existía en el mundo físico estaba fuera de su poder para controlarlo y utilizarlo personalmente. Y, sin embargo, se obligó a hacer sólo lo que su Padre le decía o le mostraba que hiciera, colocando humildemente los planes de su Padre por encima de los suyos. “El Hijo no puede hacer nada por sí mismo”, insistió, “sino lo que ve hacer al Padre” (Juan 5:19). Como resultado, dijo: “No hago nada por mi propia cuenta” (Juan 8:28) y “no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 5:30).

4. En lugar de buscar su propio beneficio, Jesús puso las necesidades de los demás por encima de las suyas.

A menudo se oía a sus discípulos, entusiasmados por formar parte del círculo íntimo del Mesías, pelearse entre ellos, compitiendo por ver quién de ellos era el más grande. Pero Jesús les recordó con dulzura: “El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor” (Marcos 10:43), un ejemplo que vivió de manera constante, silenciosa y humilde. “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido —dijo—, sino para servir y para dar su vida” (v. 45).

La humildad de Jesús fue evidente cuando se inclinó como el más bajo de los siervos para lavar los pies de los discípulos; cuando entró en Jerusalén montado en un burro común y corriente en cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento (Zac. 9:9); cuando fue calumniado, difamado y acusado falsamente y se negó a tomar represalias o defenderse. Y como máxima expresión de su humildad,

Se humilló haciéndose obediente

hasta el punto de la muerte—

hasta la muerte en la cruz. (Fil 2:8)

¡Asombroso!

Hemos dicho que la humildad es un atributo comunicable. Es algo que Jesús quiere compartir con nosotros para nuestro bien y, especialmente, para la gloria de Dios. ¿Cómo podemos, entonces, cultivar esta maravillosa virtud?

"Aprendan de mí", nos invita, "porque soy… humilde de corazón". Mediten en Él. Contemplen Su humildad, Su servicio, Su amor, hasta dónde se inclinó para rescatarnos. Mediten en la cruz. Porque es aprendiendo de Cristo y eligiendo el camino de la humildad que "hallaremos descanso" (Mt. 11:29).

Libre de la presión de buscar popularidad.

Exento de todo esfuerzo de autopromoción.

Satisfecho con la opinión que Dios tiene de nosotros en Cristo.

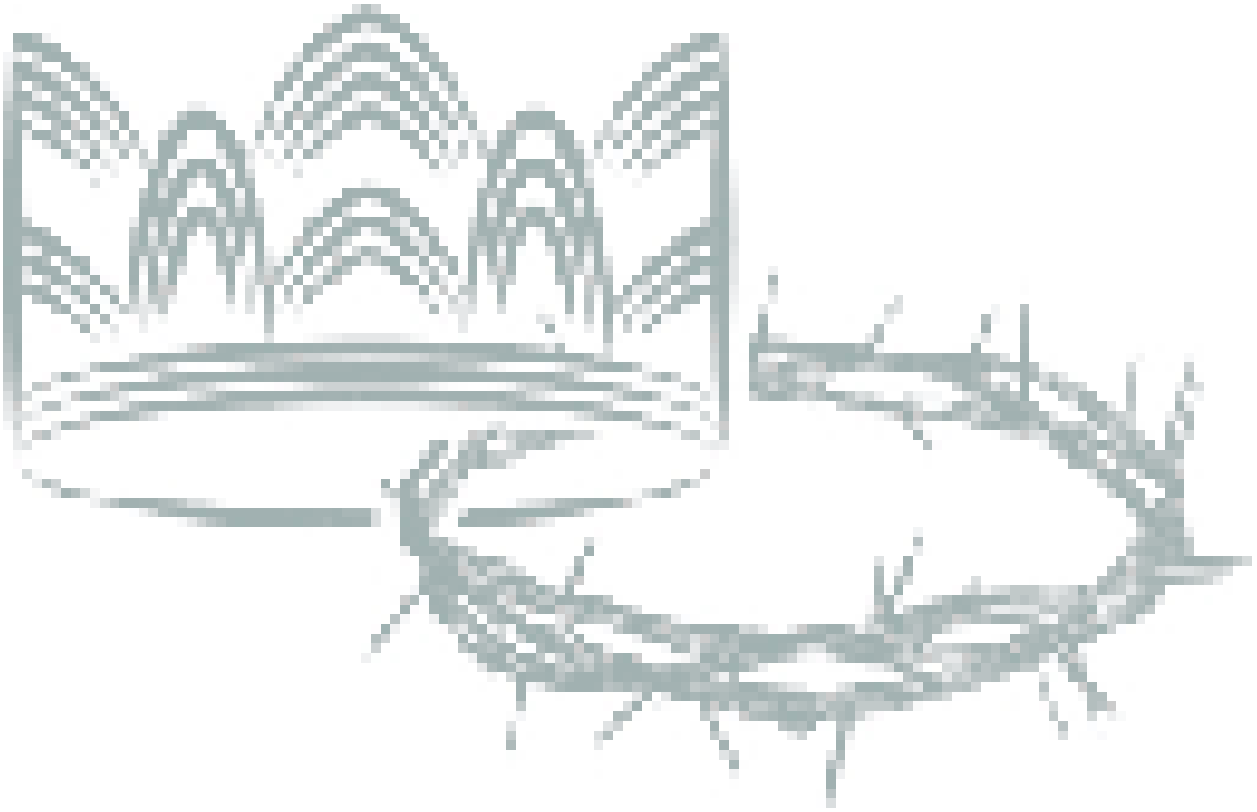
Ver cómo la raíz de la humildad hace crecer algo verdaderamente hermoso en nuestras almas.

¿Por qué nos sentimos atraídos por la humildad que vemos en los demás, pero nos resulta tan difícil humillarnos a nosotros mismos?

¿Cómo te motiva el ejemplo de Jesús a elegir el camino de la humildad?

Padre Santo, tengo mucho que aprender del incomparable ejemplo de humildad de Jesús. Perdóname por las formas en que me exalto y actúo por orgullo, exigiendo que las cosas se hagan a mi manera. Me inclino ante Ti hoy, reconociendo que no tengo nada de qué enorgullecerme. Llena mi corazón con la humildad de Jesús para que puedas recibir toda la gloria.

AMÉN.



Día 19

Canción en la noche

La serenidad de Cristo

Su cántico estará conmigo en la noche: una oración al Dios de mi vida.

—SALMO 42:8

¿Cuándo fue la última vez que escuchaste que alguien fuera descrito como "sereno"? La serenidad no es una palabra que escuchemos a menudo hoy en día. Ciertamente no describe la era en la que vivimos. Estamos más familiarizados con las prisas, el ajetreo demencial, la multitarea las 24 horas del día, los 7 días de la semana, el estrés fuera de serie, los ataques de pánico y los trastornos de ansiedad. Tranquilidad, calma: son cualidades que la gente anhela pero que le resultan esquivas. De ahí el anuncio en Internet que vi una vez de "La píldora de la serenidad". ¡Sí! ¡Denme una de esas! Serenidad en una caja, ¿no?

Tal vez desees poder bajar el ritmo ahora mismo, o liberarte de una preocupación persistente e incontenible, o llevarte tu mente sobrecargada de estrés a una semana de vacaciones a la playa o a la montaña. Cualquier cosa que te ayude a liberarte de la carga que llevas encima o a recuperar una sensación de paz y serenidad perdida hace mucho tiempo. Un pequeño cambio marcaría la diferencia.

Bueno, tal vez.

Es cierto que, a veces, alejarse de todo puede hacernos mucho bien. Sin duda, la observancia del sabbat y el tiempo para desconectarnos con regularidad deberían formar parte de nuestra rutina habitual. El problema es que no siempre es posible escaparse. Y algunas de nuestras preocupaciones y tensiones son más de las que un descanso o unas vacaciones pueden soportar, sobre todo porque solemos llevarnos nuestros problemas con nosotros.

La verdad es que un cambio de circunstancias externas no puede realmente cambiar la temperatura interna de nuestro corazón. Si nuestra sensación de paz está regida por nuestra situación actual o nuestro entorno, tendremos problemas para encontrar la serenidad cuando más la necesitamos. Por eso necesitamos una mejor respuesta para manejar nuestro estrés. Y una vez más podemos recurrir al incomparable Jesús para que nos muestre el camino.

Me vienen a la mente muchas escenas a lo largo de su vida terrena:

• Jesús durmiendo en una barca mientras una tormenta ruge por todos lados, luego despertando y calmando serenamente los temores de sus discípulos.

• Jesús mantiene una compostura perfecta en medio de una multitud de oyentes reunidos en una zona remota sin comida para comer.

• Jesús mantiene la compostura en medio de una agenda agotadora, con gente presionándolo desde todos lados, exigiéndole incesantemente su tiempo y atención.

• Jesús permanece tranquilo (aunque emocionado) cuando recibe la noticia de que su querido amigo Lázaro está en fase terminal y posteriormente muere.

• Jesús responde con dignidad cuando lo burlan, lo injurian y lo acusan falsamente ante una sucesión de gobernantes religiosos y romanos.

Y luego, en el evangelio de Mateo, vemos un atisbo particularmente exquisito de la serenidad del Salvador; tal vez mi favorito. Usted y yo no podríamos imaginar una crisis más difícil que la que Jesús afrontaba la noche en que se reunió con sus discípulos —¡incluido su traidor!— en el aposento alto en vísperas de su crucifixión. Entre quienes celebraban juntos esta cena pascual, sólo Él sabía lo que implicaría el resto de Su velada y el día siguiente. Sabían que algo era diferente, por la forma en que comparó el pan con “mi cuerpo” y la copa con “mi sangre” (Mt. 26:26, 28). Pero, por lo demás, siguió el patrón típico de la cena familiar, incluso hasta el punto de llevar a cabo el cierre tradicional de la celebración:

Después de cantar el himno, salieron hacia el monte de los Olivos. (Mateo 26:30)

Jesús se encaminaba hacia la noche más larga y oscura de su vida. Sabía que pronto sería arrestado, abandonado, torturado, humillado. Era consciente de que los hombres con los que acababa de compartir la cena —aquellos a quienes les había lavado los pies en un acto de notable humildad— lo abandonarían. Si alguien alguna vez pudo haberse sentido con derecho a preocuparse, a entrar en pánico, a querer escapar, sin duda era Jesús en ese momento.

Pero Jesús no hizo nada de eso. En cambio, eligió cantar.

Es muy probable que, según la tradición judía, Jesús y sus amigos cantaran un cántico que muchos de ellos conocían de memoria y que conocían desde niños. El Hallel, o "Alabanza", incorporaba el texto de seis salmos consecutivos: Salmos 113-118. Los dos primeros se cantaban normalmente en medio de la cena, los cuatro últimos al final. En su totalidad, el Hallel es un cántico de la fidelidad de Dios, de su poderosa liberación de su pueblo.

Así que, sabiendo la terrible experiencia que Jesús enfrentaría en las siguientes veinticuatro horas, imagine los sentimientos que debieron invadirlo mientras cantaba palabras como estas:

No a nosotros, Señor, no a nosotros,

pero a tu nombre da gloria

por tu fiel amor, por tu verdad….

Nuestro Dios está en el cielo

y hace todo lo que quiere. (Salmo 115:1–3)

Con estas palabras Jesús expresó un deseo supremo de gloria para Dios y de que Su voluntad se hiciera en la tierra, sin importar el precio que eso pudiera significar para Él. Ahora, pasemos a la última estrofa de este himno de los salmos que Jesús probablemente cantó con Sus discípulos:

Este es el día que hizo el SEÑOR;

Regocijémonos y alegrémonos en ello….

Dad gracias al Señor, porque él es bueno;

Su fiel amor perdura para siempre. (Salmo 118:24, 29)

Jesús no sólo cantaba mientras contemplaba la cruz, sino que también cantaba alabanzas y un canto de adoración. Cantaba acerca de la bondad de Dios y de su amor que cumple su pacto.

¿Cómo pudo hacer eso? ¿Cómo pudo cantar mientras enfrentaba tanto dolor y tanta dificultad? Esto es lo que creo:

- Él podía cantar porque confiaba en su Padre.

- Él podía cantar porque aceptó y abrazó el plan de Su Padre.

- Podía cantar porque amaba a los demás más que a su propia vida.

• Él podía cantar porque sabía que, aunque la cruz estaba justo delante, no sería el final de la historia; la cruz conduciría a la gloria máxima.

¿Qué podemos aprender entonces de su canto? Oswald Sanders sugirió una respuesta parcial:

Podemos convertir nuestros problemas en tesoros y nuestro dolor en canciones. La fe puede cantar su canción en la hora más oscura. El dolor y el canto no son incompatibles.[18]

Jesús lo entendió claramente y, al cantar alabanzas, encontró la serenidad y el coraje para atravesar y entrar en su dolor y sufrimiento más profundos.

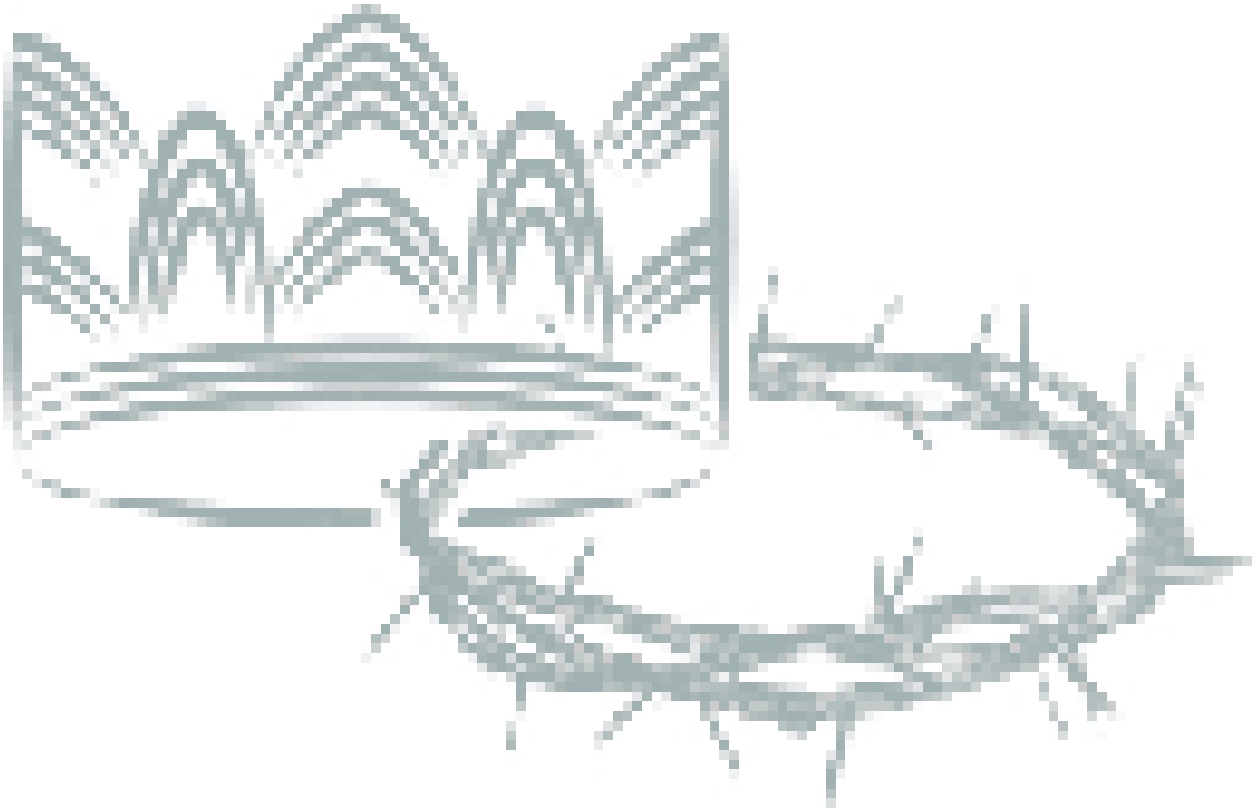
Y nosotros también podemos hacerlo.

¿Qué circunstancias estás enfrentando hoy que amenazan con robarte tu sensación de paz y serenidad?

Suponiendo que lo que sucede a tu alrededor no va a cambiar de inmediato, ¿cómo podrías invitar el don de la serenidad de Dios a tu corazón ahora mismo? (Si te viene a la mente una canción o un himno en particular, ¿por qué no cantarlo en voz alta?)

Padre, qué maravilloso es el ejemplo de tu Hijo bajo intensa presión y estrés, cómo permaneció como un oasis de calma y confianza. Enséñame a representarte de esa manera ante los demás, para que vean la diferencia en alguien que confía en el Señor. Ayúdame a adorarte y cantarte en medio de mis luchas.

AMÉN.



Día 20

Bueno para estar ocupado

Los hábitos de oración de Cristo

Su fama se difundió cada vez más… Sin embargo, él se retiraba a menudo a lugares desiertos y oraba.

—LUCAS 5:15–16

Al recorrer los Evangelios, no podemos dejar de notar que Jesús era un hombre de oración. Para Él, la oración significaba pasar tiempo con alguien a quien conocía íntimamente y amaba profundamente, y cuya compañía apreciaba. Además, en Jesús vemos a un hombre que reconocía rápidamente, día tras día, su dependencia de Dios.

¿Y qué pasa con nosotros? Si entendiéramos verdaderamente lo necesitados que estamos y el privilegio que supone comunicarnos con "nuestro Padre que está en los cielos" (Mateo 6:9), pensaríamos que oraríamos mucho, como lo hizo Jesús.

Entonces, ¿por qué no oramos más de lo que lo hacemos?

Una razón puede ser que imaginamos que simplemente no tenemos tiempo: ¿dónde y cómo se supone que debemos incluir la oración en nuestras ocupadas vidas y días abarrotados?

Es cierto, por supuesto, que la vida trae consigo muchas responsabilidades, y trabajar duro en las tareas que Dios nos ha encomendado es parte de administrar fielmente nuestra vida. Pero aquí es donde el ejemplo de Jesús contradice la idea de que las necesidades de la vida nos impiden tener tiempo para la oración. Como observó James Stalker, un pastor escocés de hace cien años: "Muchos en nuestros días… están abrumados por sus compromisos y apenas pueden encontrar tiempo para comer. Hacemos de esto una razón para no orar; Jesús lo hizo una razón para orar". [19]

Jesús siempre encontró tiempo para orar, y durante sus años de ministerio activo estuvo más ocupado de lo que cualquiera de nosotros podría estarlo jamás. Tomemos un par de capítulos del evangelio de Marcos como una ventana típica a las responsabilidades y preocupaciones incesantes que llenaban sus días.

Al comienzo del capítulo 5, lo vemos navegando con sus discípulos hacia un puerto en el mar de Galilea. Luego se nos dice que "cuando descendió de la barca, un hombre con un espíritu inmundo salió a su encuentro de los sepulcros" (Marcos 5:2). Después de liberar al hombre, Jesús "pasó otra vez en barca a la otra orilla" (v. 21), solo para encontrarse con otra gran multitud, incluido un padre angustiado que le rogaba que fuera a sanar a su pequeña hija, que estaba a

las puertas de la muerte (vv. 22-24). En el camino a la casa del hombre, Jesús se detuvo para sanar a una mujer que había estado "doliendo de flujo de sangre durante doce años" (v. 25).

De allí partió a pie hasta "su pueblo" de Nazaret (Mc 6,1), donde enseñó en la sinagoga antes de "recorrer los pueblos enseñando" (v. 6). Luego organizó a sus discípulos en parejas y los envió en un viaje misionero, pero pronto se encontró con ellos nuevamente, escuchó sus informes, alimentó a cinco mil personas con cinco panes y dos peces (vv. 30-44)…

Jesús era un hombre muy ocupado.

Pero incluso después de ese día completo de hablar a una multitud de miles, crear una comida milagrosa y limpiar después, además de la fatiga residual de largas semanas sin descanso, envió a Sus discípulos a su siguiente ubicación de ministerio mientras Él hacía ¿qué?

"Se fue al monte a orar" (Marcos 6:46).

Vemos este patrón una y otra vez a lo largo de la vida de Jesús. Durante sus períodos más ocupados y de mayor presión, parecía orar más, no menos. Operaba desde una mentalidad que hizo que un amigo mío observara que "Jesús realmente consideraba la oración como su obra más importante". Oraba como si no pudiera hacer su obra sin ella.

• En su bautismo, antes de que se abrieran los cielos, "estaba orando" (Lucas 3:21).

• Antes de llamar a sus doce discípulos, "pasó toda la noche en oración" (Lucas 6:12).

• Con tres discípulos, antes de su transfiguración, "estaba orando" (Lucas 9:29).

Para Jesús, cada ocasión era una ocasión para orar: ningún momento era demasiado importante ni demasiado pequeño, de un día ajetreado al siguiente. Vivía orando y moría orando.

Y si encontrar tiempo para la oración todavía suena imposible en tu caso, dadas todas las tareas que tienes pendientes o los limitados momentos con los que puedes estar solo y en silencio delante de Él, aprendamos otra lección de los hábitos de oración de Jesús: incluso cuando no podía "retirarse a lugares desolados" (Lucas 5:16), cuando estaba rodeado de la compañía de otros, Jesús todavía oraba.

En cierta ocasión, cuando Jesús estaba "orando en un lugar" con sus discípulos (Lucas 11:1), algo que observaron acerca de su intimidad con el Padre los inspiró a pedirle: "Señor, enséñanos a orar" (v. 1). Así que les enseñó lo que hemos llegado a llamar el Padrenuestro.

La oración de calidad no siempre requiere un retiro de oración. Cuando empezamos a ver una oportunidad de oración, como lo hizo Jesús, en cualquier lugar o reunión, dejaremos que el tiempo con el Padre se abra paso a través de nuestra vida ajetreada y la haga mucho más especial y significativa, mucho más que simples marcas en una agenda o una lista de recados. La oración puede convertir todos nuestros lugares ajetreados en espacios sagrados: la mesa de la cena en nuestros hogares, el pasillo con nuestro cónyuge, el pasillo de la iglesia después de los servicios dominicales, el viaje en coche de una cita a la siguiente.

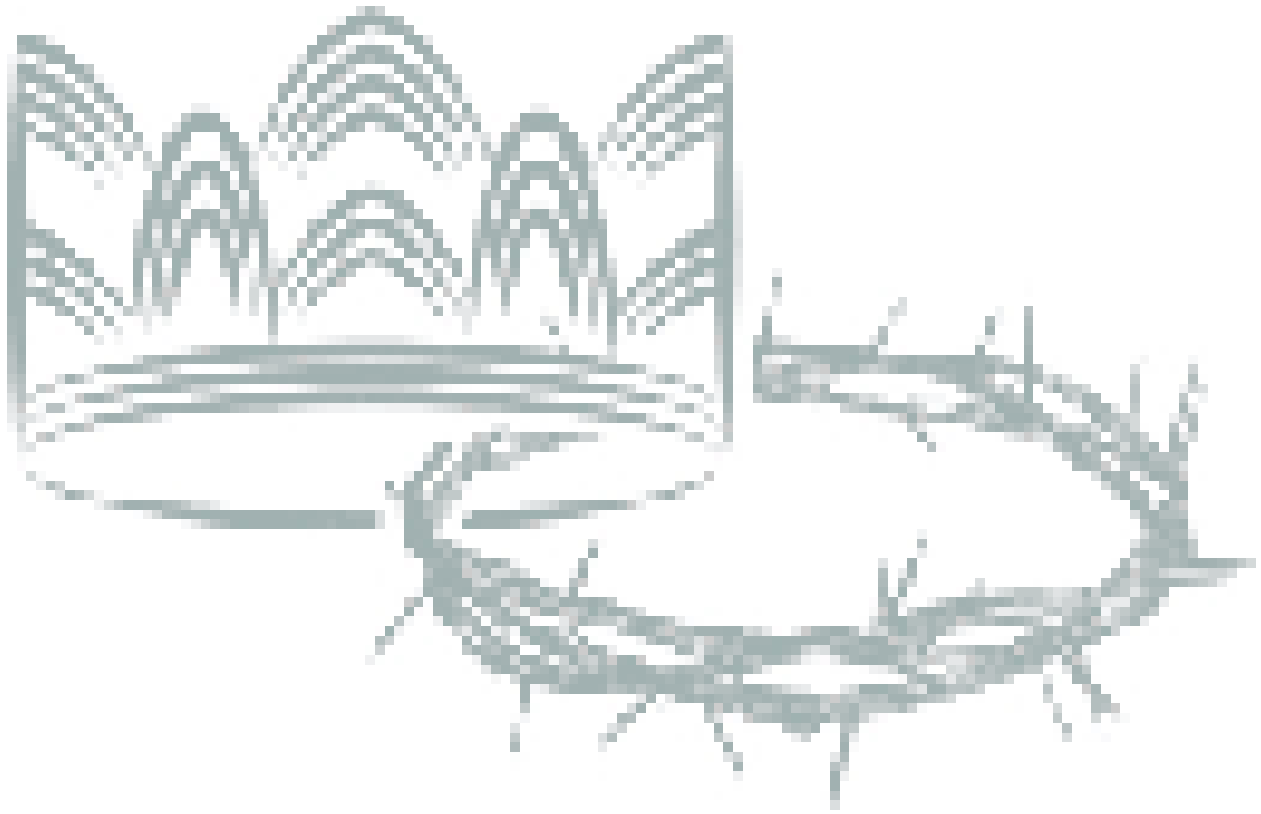
No permitamos que nuestras vidas ocupadas nos impidan comunicarnos regularmente con el Padre. Proponte traerlo a cada tarea que emprendas, cada conversación y desafío relacional, cada problema molesto e interrupción inesperada, cada temporada de dolor y cada ocasión alegre.

¿Cuáles podrían ser las causas más profundas, más allá de las exigencias de su agenda, que le impiden llevar una vida de oración?

Busque una oportunidad para orar con alguien que el Señor ponga en su camino hoy: un familiar, un compañero de trabajo, un amigo o incluso un completo desconocido.

Señor Dios, perdóname por estar tan a menudo demasiado ocupado para clamar a Ti en oración. Ayúdame a aprender del ejemplo de Tu Hijo que la oración habitual no es sólo una obligación o algo que tachar de mi lista. El tiempo que paso contigo es restaurador y vivificante. Recuérdame, incluso en medio del ruido y el clamor de la vida diaria, que "te necesito a cada hora" y que cualquier cosa que me haga necesitarte es una bendición.

AMÉN.



Día 21

Ferviente y lleno de fe

Las actitudes de oración de Cristo

Durante su vida terrena ofreció oraciones y súplicas con fuertes gritos y lágrimas.

—HEBREOS 5:7

Es probable que el nombre Hyman Appelman no te suene a nada, pero a mí me suena mucho.

Appelman nació en 1902 en el seno de una familia judía ortodoxa de Rusia. A los trece años emigró a Estados Unidos, donde acabó trabajando como abogado litigante. En 1925, siendo un adicto al trabajo al borde de una crisis nerviosa, aceptó la fe en Cristo y su familia lo repudió. Ese fue el año en que nació mi padre.

Con el tiempo, Appelman se convirtió en un evangelista internacional. El 13 de octubre de 1950, mi padre asistió a una reunión evangelística tradicional que se celebraba en toda la ciudad en su ciudad natal de Albany, Nueva York, donde Appelman estaba predicando. Esa noche, el joven de veintitantos años se convenció de su necesidad de un Salvador y se convirtió radicalmente.

Mi padre y el Dr. Appelman se hicieron grandes amigos. Tuve el privilegio de escuchar predicar a este venerable evangelista varias veces cuando era niña. Pero lo que más recuerdo fueron las pocas ocasiones en que visitó nuestra casa. Me encantaba sentarme tranquilamente en la habitación y escuchar las conversaciones entre mi padre y este hombre piadoso con un marcado acento ruso. Y, más aún, me encantaba oírlo orar. Había tanta sinceridad y pasión en la forma en que abría su corazón al Señor: rogaba por los que no tenían a Cristo, intercedía por la iglesia y clamaba por un mover del Espíritu aquí en la tierra.

Cuando recuerdo las oraciones sinceras de estos dos hombres, a veces me pregunto por la falta de fervor y afecto en mis propias oraciones. ¿Por qué a menudo parecen tan deslucidas y sin vida en comparación? Tal vez usted haya sentido lo mismo.

¿Cómo podemos revitalizar nuestra vida de oración? No hay mejor manera que sentarnos a los pies de nuestro Salvador que ora, “teniendo la misma actitud que tuvo Cristo Jesús”, como nos exhorta Pablo (Fil. 2:5).

Ya hemos visto la humildad de Cristo que lo llevó a vivir en dependencia de su Padre. Como hombre, sabía que necesitaba a Dios para todo, y su vibrante vida de oración reflejaba esa actitud de humilde dependencia. Y aquí hay otras tres actitudes que animaron las oraciones de Jesús:

1. Jesús realmente creyó que Dios lo escuchaba cuando oraba.

A veces nos preguntamos si nuestras peticiones realmente llegan al cielo, pero Jesús oró con una confianza inquebrantable en que realmente había un Dios que escuchaba sus clamores.

"Padre, te doy gracias porque me has escuchado", dijo ante la tumba de Lázaro (Juan 11:41), sabiendo la enormidad de lo que estaba pidiendo. Su querido amigo estaba muerto y enterrado. Jesús, después de haber quitado la piedra que bloqueaba la entrada, se disponía a llamar a Lázaro de entre los muertos a la vida, algo físicamente imposible. Incluso allí oró con absoluta certeza de ser escuchado.

Y para que no pensemos que sólo su divinidad es lo que legitima a Jesús a orar con tanta seguridad, la Escritura nos confirma a todos "la confianza que tenemos delante de él: Si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye" (1 Juan 5:14-15). Dios está escuchando. Él nos responderá a su manera, en su tiempo. Creer esto verdaderamente, como lo hizo Jesús, alentará y fortalecerá nuestra vida de oración.

2. Jesús oró por cosas que sabía que agradarían y honrarían a su Padre.

A Jesús le importaba más la gloria de su Padre que su propia comodidad o bienestar. "Mi alma está turbada", reconoció mientras pensaba en su crucifixión, pero "¿qué diré? Padre, sácame de esta hora?" (O, como solemos orar, "¿Sácame de esta hora?"). "Pero para eso he llegado a esta hora", concluyó (Juan 12:27): para agradar a Dios, para honrarlo. ¿No deberían nuestras oraciones reflejar una actitud similar, a cualquier precio que nos cueste?

3. Incluso durante su propia Pasión,[20] Jesús oró por los demás.

Su larga oración registrada en Juan 17 —tradicionalmente llamada la oración del Sumo Sacerdote— fue pronunciada con la cruz tan cerca que podía sentirla. Sin embargo, no está marcada por la aprensión por sus propias circunstancias, sino por un profundo amor y preocupación por sus seguidores.

"Protégelos en tu nombre", le pidió al Padre, "para que sean uno, como nosotros somos uno" (v. 11). "Protégelos del maligno", también oró (v. 15), para que no se desanimen ni se amedrenten y renuncien a su fe. Y "santifícalos en la verdad" (v. 17), para que sean bendecidos y purificados al creer lo que Jesús había venido a hacer por ellos… y por nosotros.

¡Sí, Jesús incluso oró por ti y por mí!

"No ruego solamente por éstos", dijo, por los once apóstoles que todavía estaban en la habitación con Él, "sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos" (v. 20 NVI). Esos son ustedes y esos son yo. Esos son sus hijos y sus nietos. "Quiero que los que me has dado", oró, "estén conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria… para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos" (vv. 24, 26).

Jesús oró con fervor y fervor. Jesús agonizó en la oración. Persistió en la oración, incluso cuando su Padre lo abandonó en la cruz, cuando la culpa que llevó por nuestros pecados requirió que nuestro Dios santo apartara su mirada. Y todavía hoy sigue orando, siempre presente "a la diestra de Dios" (Rom. 8:34), viviendo para interceder por aquellos "que por medio de él se acercan a Dios" (Heb. 7:25).

Jesús es la razón por la que las puertas de la oración están abiertas para nosotros. Jesús es la razón por la que podemos acercarnos al trono con necesidades que nos superan y no sentir vergüenza de estar desesperados. Jesús es la razón por la que podemos acercarnos a Dios sin nada más tangible que ofrecer que las semillas más pequeñas de fe agarradas en nuestras manos entrelazadas y aún así tener la seguridad, a pesar de cualquier carencia que sintamos, de que nuestro Padre escucha, nuestro Padre ama y nuestro Padre responde.

Porque Jesús, nuestro incomparable Salvador y Amigo, oró. Porque Jesús creyó. Porque Jesús entregó su voluntad en humilde obediencia a Aquel cuya gloria vivió para magnificar.

Siguiendo su ejemplo, oremos.

Jesús les dijo a sus discípulos: "Sin mí no podéis hacer nada" (Juan 15:5). ¿Cómo podría cambiar tu vida de oración el aceptar esta verdad?

¿Qué ves en las oraciones de Jesús que te inspira a orar con mayor fe y fervor?

Padre, gracias por escuchar mis oraciones. Y gracias por el ejemplo de Jesús, que nos mostró cómo orar: nos animó a ser valientes, nos permitió ser necesitados, nos inspiró a orar desinteresadamente y nos recordó que Tu gloria es el objetivo final de nuestras vidas y oraciones.

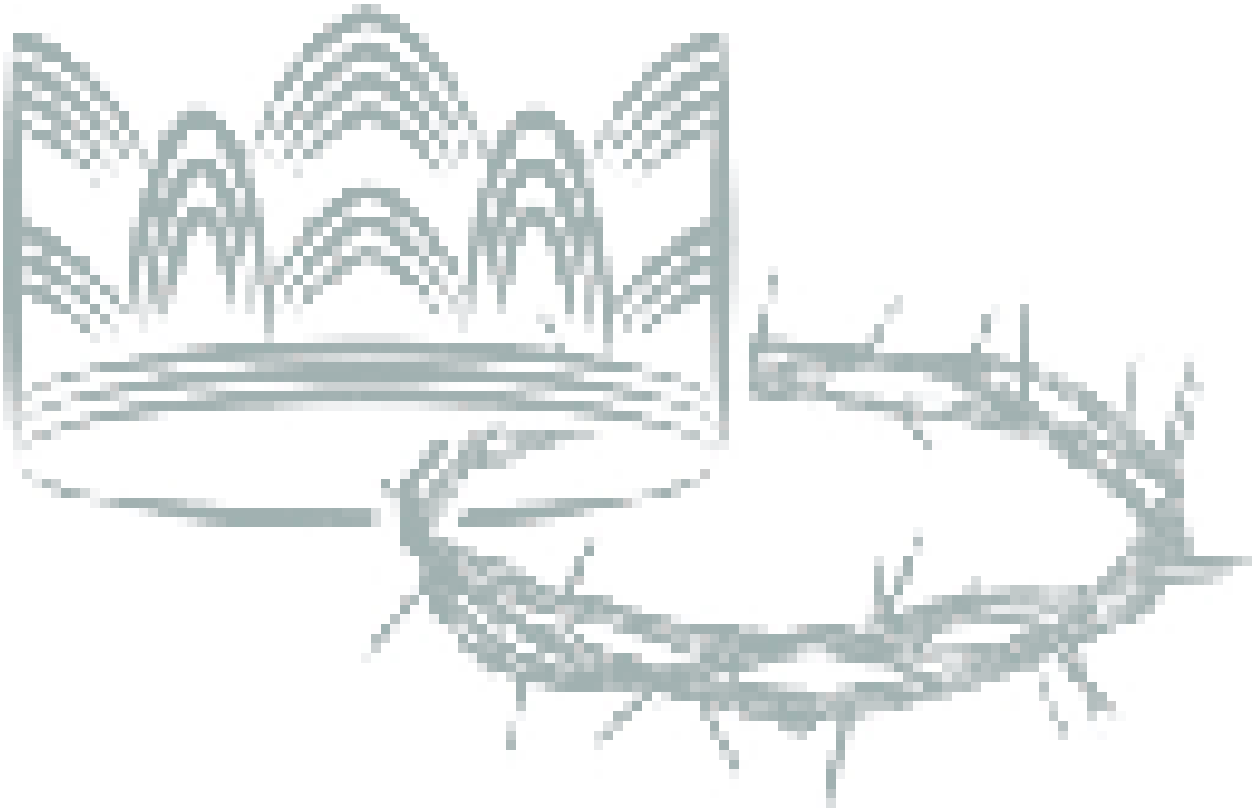
AMÉN.

Segunda parte

LA OBRA SALVADORA DE CRISTO

La vida se desperdicia si no captamos la gloria de la cruz, si no la apreciamos como el tesoro que es y si no nos aferramos a ella como el precio más alto de todo placer y el consuelo más profundo en todo dolor.

—JOHN PIPER[21]



Día 22

Bajo presión

La angustia del alma de Cristo

"Estoy tan profundamente afligido que me muero de dolor."

—MATEO 26:38

Todo lo que Jesús fue, todo lo que Jesús es, todo lo que Jesús hizo, lo condujo hacia la obra que estaba destinado a realizar un último día, comenzando una última noche.

En Getsemaní.

Él y sus discípulos habían terminado su cena de Pascua. Habían salido de la ciudad, atravesando el estrecho valle de Cedrón, antes de refugiarse en este jardín de olivos en las laderas más bajas del Monte de los Olivos, justo al este de Jerusalén.

Getsemaní. La palabra proviene de un término hebreo que significa "prensa de aceite", nombre apropiado porque esa noche, entre los olivos, el Hijo de Dios sería "prensado" más allá de lo que podamos imaginar.

El método tradicional de extraer aceite de las aceitunas maduras es una metáfora adecuada de lo que Él soportaría. Los árboles eran azotados para que las aceitunas cayeran al suelo. Luego, las aceitunas se colocaban en una palangana de piedra redonda para ser trituradas y molidas hasta convertirlas en pulpa mediante la acción de rodar de una gran piedra de molino. La pasta resultante se untaba sobre esteras hechas de un material parecido a la arpillera. Apilando las esteras una sobre otra, los trabajadores colocaban una pesada colección de rocas o vigas encima, aplastando aún más las aceitunas molidas bajo el peso y liberando el aceite en cada célula, hasta que un líquido rojizo comenzó a rezumar de la fruta.

¡Qué imagen de nuestro Señor Jesús en ese jardín!

A veces, al meditar de nuevo sobre esta escena nocturna, me asombra la sensación de lo increíblemente íntima que es: una visión tan profundamente personal de Jesús en un momento de intensa debilidad, angustia y tentación. Casi parece que no se nos debería permitir presenciarla.

Y, sin embargo, las Escrituras nos invitan a mirar, a lidiar con el motivo por el cual Él tuvo que pasar por esta dura prueba de "prensa de aceitunas" y lo que esto significa no solo para nuestra salvación eterna, sino también para nuestras luchas diarias, tan insignificantes en comparación, incluso cuando parecen tan enormes.

No podemos imaginar los horrores que Jesús enfrentó en Getsemaní mientras contemplaba la cruz. Nunca conoceremos un dolor como el que Jesús soportó en ese jardín, un dolor tan insoportable que Su Padre misericordiosamente envió a un ángel para que se acercara a Él, no para liberarlo de la presión, sino para fortalecerlo con la resistencia necesaria para orar con más fervor durante Su indescriptible agonía (Lucas 22:43).

Las Escrituras describen a Jesús en esos momentos como "triste… angustiado… profundamente afligido" (Mateo 26:37-38), "profundamente angustiado" (Marcos 14:33) y, sí, "en agonía", hasta que "su sudor era como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra" (Lucas 22:44).

La palabra griega traducida como "agonía" aquí conlleva la imagen de una intensa competencia o combate; a veces se usa para referirse a la sensación de temor o aprensión que experimenta una persona antes de adentrarse en una pelea o conflicto importante.[22]

Pero ¿por qué experimentó Jesús tal angustia del alma ante su muerte inminente, cuando leemos de otros que han ido tranquilamente a la muerte como mártires, incluso cantando en el camino?

Dejemos en claro que aquellos mártires, aunque pudieron haber sufrido horriblemente por su fe, nunca sufrieron por los pecados de otros ni por los suyos propios. Enfrentaron sus momentos de prueba como personas cuya culpa y condenación por el pecado habían sido eliminadas por el sacrificio de Jesús. Pero Él mismo no recibió tal alivio. Nuestros pecados —tus pecados, mis pecados— lo torturaban, creando una agonía como ninguna otra, tan intensa que clamó: "Padre, si quieres, aparta de mí esta copa" (Lucas 22:42).

Él fue aplastado por nuestro pecado. No sólo el "pecado" como un concepto vago, sino el peso muerto acumulado de los pecados reales: los pecados de todos los que alguna vez vivieron, todos los que aún estaban por vivir. Cada uno de ellos, cada pecado, pesaba con su propio peso de rebelión y culpa. Y juntos cayeron sobre Él, apilados en gran cantidad, oprimiendo. Él estaba doblegado bajo el peso del juicio eterno provocado por todo ese pecado. Y todo eso mientras también soportaba el asalto total de Satanás y sus demonios, haciendo todo lo posible para lograr que Él se negara a llevar a cabo lo que el plan redentor del Padre requería de Él.

Sin embargo, a pesar de la tortura, del peso aplastante de nuestro pecado, de la tentación de echarnos atrás en lo que había venido a hacer, Jesús permaneció en ese lugar, decidido a beber hasta la última gota de esa copa de juicio e ira. Para salvarnos.

Y así, cuando sus fervientes súplicas al Padre no produjeron más que silencio del cielo, Jesús se levantó del suelo, regresó a sus somnolientos discípulos —cuyos propios pecados y somnolencia sólo contribuían a la pesada carga que soportaba— y dijo: «Levantaos, vámonos; mirad que el que me entrega está cerca» (Marcos 14:42). Ahora estaba preparado, aunque ya estaba físicamente debilitado por la batalla, para enfrentarse a ella.

Sí, Él fue presionado bajo el peso de nuestros pecados, pero a pesar de todo, Él fue fortalecido por Su temor reverencial, Su inquebrantable sumisión a la voluntad de Su Padre y Su amor eterno por nosotros, los pecadores.

Cuando te sientas apretado por el poder del tentador, recuerda lo que has visto aquí, cuando Cristo resistió la tentación en nuestro nombre.

Cuando tu carne quiera hacer las cosas a su manera, recuerda lo que has visto aquí, cuando Cristo dijo sí a la voluntad de Dios.

Cuando tu corazón se duele por el pecado (por lo que te está haciendo a ti, por lo que le está haciendo a los demás), recuerda lo que has visto aquí, cuando Cristo bebió la copa llena para que nosotros nunca tengamos que probar su maldición.

Cuando te preguntes si puedes seguir presionando el dolor, recuerda lo que has visto aquí.

Ve a Getsemaní. Reflexiona sobre el sufrimiento que Él sufrió por tus pecados y los míos.

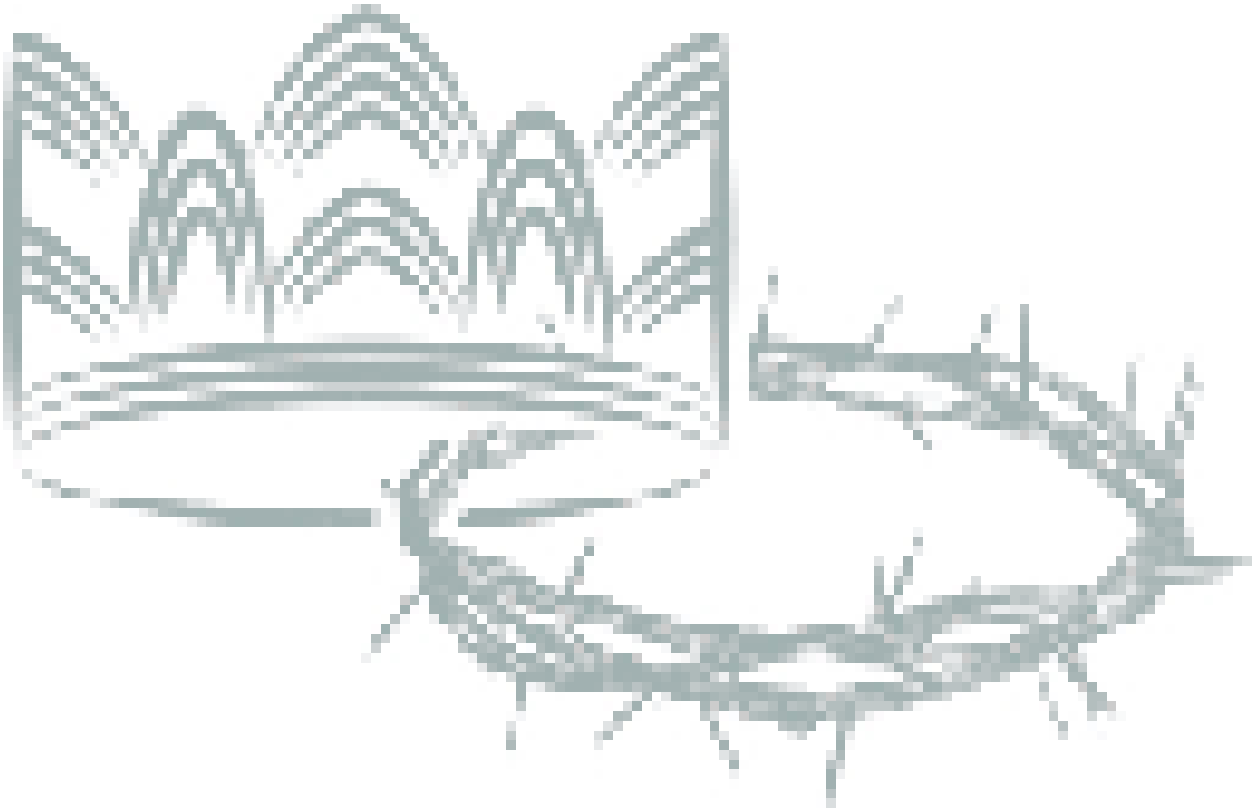
Y sigue adelante.

Habiendo experimentado a veces un sentido del peso de la culpa por tu propio pecado, ¿cómo comenzarías a describir la presión que sintió Jesús al cargar con todos nuestros pecados?

¿A veces tiendes a tomar el pecado demasiado a la ligera? ¿De qué manera los acontecimientos de Getsemaní te inspiran a ver tu pecado desde una perspectiva diferente?

Señor Jesús, me duele verte en el lagar de Getsemaní. Mi parte en añadir a Tu agonía es más de lo que puedo soportar. Nunca podría agradecerte lo suficiente por las profundidades de la misericordia que has mostrado hacia pecadores como yo. Que mi vida dé testimonio del sacrificio que has hecho y del precio que has pagado, para que nunca tengamos que ser aplastados por el pecado como lo fuiste Tú.

AMÉN.



Día 23

Tribunal de Infracciones de la Ley

El proceso religioso de Cristo

«Si tú eres el Cristo, dínoslo.» Pero él les respondió: «Si os lo digo, no creeréis.»

—LUCAS 22:67

Jesús oró.

La sangre se derramó.

El Padre escuchó.

La copa permaneció.

En algún momento de la noche, Judas llegó a Getsemaní, un jardín que había frecuentado con Jesús muchas veces antes (Juan 18:2). Pero esta vez, en lugar de unirse a los otros discípulos que acompañaban al Mesías, llegó como líder de una turba de matones armados con espadas y palos, enviados por los "principales sacerdotes y los ancianos del pueblo" (Mateo 26:47) para arrestar a Jesús y ponerlo bajo control.

Jesús dio un paso adelante.

Sus enemigos se acercaban.

Lo ataron y se lo llevaron.

Sus discípulos huyeron.

Puede sorprenderle saber con qué rapidez se desarrolló la siguiente parte de esta historia. En no más de doce horas, tal vez tan solo nueve (según cómo considere los términos cronológicos de la Biblia), Jesús había pasado por dos juicios separados (cada uno de ellos con tres etapas), había sido declarado culpable y sentenciado a muerte, y estaba colgado en una cruz. Así de apresurado e injustamente se llevó a cabo todo el proceso. Fue a la vez apresurado y rebelde.

Y es bíblicamente ilegal incluso el juicio supervisado por expertos legales judíos.

El sistema jurídico judío, basado en la ley de Moisés, era conocido por su compromiso con la justicia. Deuteronomio 16, por ejemplo, da estas instrucciones al pueblo de Israel:

Nombra jueces y oficiales para tus tribus en todas las ciudades que el Señor tu Dios te da, para que juzguen al pueblo con justicia. No niegues la justicia ni hagas acepción de personas. Busca la justicia, y sólo la justicia. (vv. 18-20)

Y, sin embargo, en el caso del juicio de Jesús por parte de funcionarios judíos, la justicia fue sacrificada en el altar del control y la conveniencia. Fue una burla a la justicia, no cumplió con los estándares mínimos de la ley y la costumbre judías, e introdujo una ilegalidad e irregularidad tras otra:

• El asunto se trató en privado, no en público. Primero lo llevaron para que lo interrogaran ante Anás, el ex sumo sacerdote, que incluso cuando estaba retirado seguía ejerciendo una enorme influencia. Luego lo enviaron ante Caifás, que era el sumo sacerdote en ese momento y yerno de Anás (Juan 18:13), además de haber sido la fuerza impulsora detrás del complot que se estaba gestando para acabar con Jesús (Juan 11:49-53). Su siniestro plan ahora estaba dando sus frutos, completamente oculto a la vista del público.

• Ocurrió en plena noche. Según la ley judía, los juicios debían celebrarse durante el día.

• Ocurrió apresuradamente. Todo el juicio se completó en menos de un día, otra vez en contra de la ley judía que estipulaba que un caso que implicara un delito capital no podía concluirse hasta el día siguiente, para dar oportunidad a que se llamara a testigos. Violaba las leyes del Antiguo Testamento que exigían que se investigara a fondo a la defensa. En cambio, los líderes se apresuraron a juzgar para pronunciar la sentencia lo más rápido posible.

• Los jueces estaban lejos de ser imparciales. Los miembros del consejo del Sanedrín —el cuerpo gobernante judío— eran conocidos enemigos de Jesús. Los funcionarios que se reunieron para la sesión de emergencia que se celebró durante la noche habían llegado a su veredicto antes de que el acusado fuera presentado para ser interrogado; estaban "buscando un falso testimonio contra Jesús para poder condenarlo a muerte" (Mateo 26:59). Por eso, cuando empezaron a sacar a relucir su procesión de testigos falsos, en realidad importó poco que "los testimonios no concordaran" (Marcos 14:56).

Los jueces que presidían el proceso tampoco intentaron ocultar sus propios sentimientos predeterminados. A lo largo del proceso contra Jesús, le escupieron, le dieron bofetadas, le vendaron los ojos y le golpearon, todo ello mientras presumiblemente le concedían su derecho a un juicio en el que prevalecería la "justicia".

Para estas autoridades, Jesús simplemente no podía ser quien decía ser; si lo fuera, seguramente lo sabrían. Si el Mesías estuviera aquí, ellos serían los primeros en reconocerlo. Y el Mesías que habían esperado durante tanto tiempo seguramente no luciría, sonaría ni haría las cosas como el hombre que tenían frente a ellos.

Jesús fue condenado

por su propio pueblo—

proclamado culpable de blasfemia,

merecedor de la muerte—

Todo en manos de infractores de la ley.

Y aunque ellos sabían exactamente lo que estaban haciendo (quebrantar la ley en su prisa por juzgar), Jesús también sabía exactamente lo que estaba haciendo. Estaba ofreciendo Su vida por los quebrantadores de la ley: "el justo por los injustos, para llevarlos a Dios" (1 Pedro 3:18). Y Su sacrificio no fue sólo por aquellos líderes religiosos injustos que lo juzgaron y condenaron injustamente; fue también por todos aquellos que, al quebrantar la ley de Dios, se han opuesto a Aquel que vino a salvarlos.

Como usted.

Como yo.

Me gustan ellos.

Como todos nosotros.

Nosotros éramos los que merecíamos ser juzgados, sentenciados y condenados a muerte. Pero cuando el santo Hijo de Dios fue juzgado ante este tribunal fraudulento, estuvo allí en nuestro lugar, representándonos, cargando con nuestros pecados.

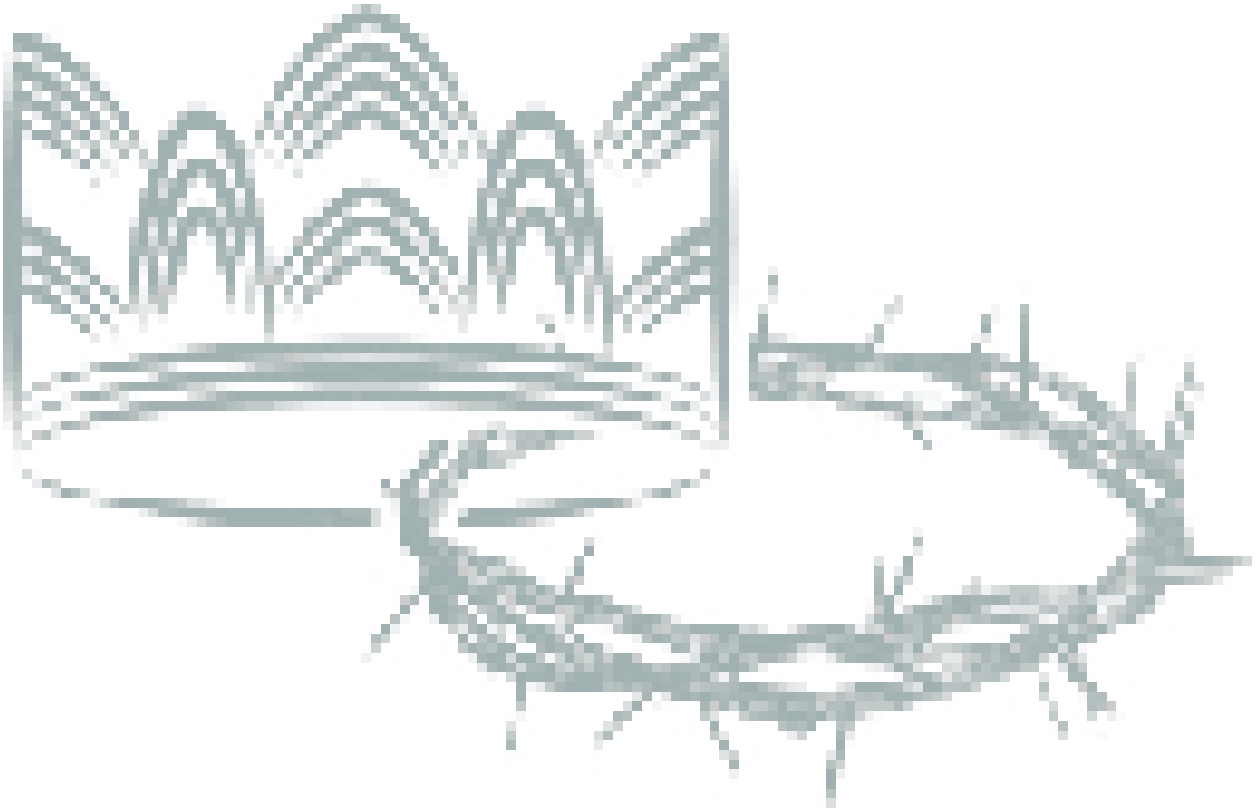
En su primer juicio terrenal, Jesús fue juzgado injustamente a manos de los pecadores. Pero un día la situación cambiará y Él será el Juez supremo que dictará un juicio justo a todo pecador impenitente.

¿En qué sentido las acciones de los acusadores de Jesús representan el trato pecaminoso que toda la raza humana le ha dado, incluso aquellos que estamos a milenios y kilómetros de distancia de su arresto y juicio?

"Considerad a aquel que sufrió tal hostilidad de parte de los pecadores contra sí mismo, para que no os canséis ni os desaniméis" (Hebreos 12:3). ¿Cómo puede ayudaros a perseverar en vuestra batalla contra el pecado el meditar en los sufrimientos de Cristo?

Señor Jesús, mi amor por Ti se profundiza al verte tan injustamente acusado, tan injustamente tratado, con Tu propia ley siendo quebrantada como si fuera quebrantada sobre Tu cabeza. Y, sin embargo, Te sometiste a la injusticia debido a Tu amor por los transgresores de la ley. Que pueda ver cada uno de mis pecados como otro ataque más contra Ti, y que nunca deje de estar agradecido por lo que Tú estuviste dispuesto a soportar por el bien de los pecadores como yo.

AMÉN.



Día 24

Desarrollos planificados

El proceso romano contra Cristo

Volvieron a gritar: «¡Crucifícalo!». Pilato les respondió: «¿Por qué? ¿Qué mal ha hecho?». Pero ellos gritaban aún más.

—MARCOS 15:13–14

Qué manera más dolorosa de empezar el día, debió de pensar Pilato. No eran ni las seis de la mañana y, sin embargo, allí estaban las autoridades religiosas judías en su puerta exigiendo una audiencia, supuestamente por el bien del imperio.

Como comprenderá, el Sanedrín sólo tenía autoridad para tratar cuestiones religiosas partidistas. Como súbditos del gobierno romano, no podían ejecutar una sentencia de muerte pública sin conseguir que los romanos la aprobaran y ejecutaran. Y en ese momento, tales solicitudes debían ser aprobadas por Poncio Pilato, el gobernador designado a cargo de Judea en el primer siglo.

Pero ¿qué interés tenía una denuncia por blasfemia ante un funcionario secular que sólo se preocupaba por mantener la paz en su territorio? Así que los líderes judíos, como una forma de incentivar a Pilato para que actuara en su caso contra Jesús, lo presentaron como un sedicioso, un insurgente, un alborotador que lideraba una rebelión subversiva contra el propio César.

Eso fue suficiente para abrirle los oídos a Pilato. Cualquier amenaza contra César era capaz de hacer que los defensores del emperador se levantaran de la cama por la mañana. Los sacerdotes y consejeros judíos habían acertado en sus cálculos políticos. Sabían lo que hacían.

Sin embargo, esto es lo que necesitamos saber y recordar:

Los reyes de la tierra toman su posición,

y los gobernantes conspiran juntos

contra el Señor y su Ungido. (Sal. 2:2)

Y, sin embargo, como proclamó el profeta Daniel a un rey pagano: "¡El cielo gobierna!" (Dn. 4:26). Nada sucede en ningún lugar de la tierra que Dios no haya

predestinado por sus propias razones sabias, por sus propósitos redentores, para el bien supremo de su pueblo y para la gloria eterna de su Hijo, Cristo Jesús.

¿Podrían los líderes judíos decidir entregarlo a Pilato? Sí, y lo hicieron. "Hemos hallado a este hombre extraviando a la nación", afirmaron, "oponiéndose a pagar impuestos a César, y diciendo que él es el Mesías, un rey" (Lucas 23:2). Pero incluso con esa acusación, Pilato no pudo "hallar ningún motivo para acusar a este hombre" (v. 4). Así que hizo un trato con los líderes judíos.

¿Podrían desafiar a Pilato y aceptar su oferta de liberar a un criminal violento a cambio de Jesús? Sí, y lo hicieron. En su ira, decidieron actuar irracionalmente, incluso a costa de poner en peligro a su comunidad. "¡Suéltanos a Barrabás!", le dijeron a Pilato, aceptando la liberación de un hombre que "había sido echado en la cárcel por rebelión… y por homicidio" (Lucas 23:18-19).

¿Podría Pilato, frustrado, decidir pasar a Jesús a otro tribunal? Sí, y lo hizo. Al descubrir que Jesús era galileo, lo que significa que técnicamente estaba bajo la jurisdicción de Herodes Antipas, quien (por providencia de Dios) "casualmente" estaba en Jerusalén en ese momento (Lucas 23:7), Pilato no perdió tiempo en enviar al prisionero a otro tribunal. Herodes se divirtió con Jesús, le hizo preguntas absurdas y lo vistió con símbolos simulados de la realeza. Pero él también se negó a emitir un juicio.

¿Podría Herodes decidir entonces enviarlo de nuevo a Pilato? Sí, y lo hizo. Pero Pilato, incapaz de calmar a los ruidosos espectadores que habían sido excitados por sus líderes hasta un frenesí vengativo y sanguinario, "tomó agua, se lavó las manos delante de la multitud y dijo: 'Soy inocente de la sangre de este hombre; vean ustedes mismos'" (Mateo 27:24).

Mátenlo si quieren. Esa fue la decisión final de Pilato (o no decisión) de pasarle la responsabilidad a una multitud enfurecida.

Pero sólo Dios —y su Hijo dispuesto— podían usar esta serie de decisiones despreciables para ayudar a cumplir un plan que Él había establecido antes del amanecer de los tiempos. Como Pedro expresaría más tarde en una oración pública:

“Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, se unieron contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, para hacer cuanto tu mano y tu voluntad habían predestinado que sucediera.” (Hechos 4:27-28)

¿Ves la importancia de esto? Ni por un momento ninguno de los protagonistas de esta farsa de justicia fue el impulsor último de la acción.

¿Fueron culpables de rencor y falta de carácter? Sí.

¿Somos tan culpables como ellos por nuestro trato egoísta hacia Jesús? Sí.

Pero, en el fondo, su juicio es otro recordatorio de que los planes de Dios no pueden ser frustrados. Quienes traicionaron, juzgaron y condenaron a muerte a Jesús eran culpables de traición contra el Santo de Dios. Pero estaban cumpliendo un plan que Dios había ordenado misericordiosamente para que ellos y los pecadores traidores de todas las épocas pudieran ser perdonados y declarados inocentes ante Él.

El mundo de hoy se mueve en círculos viciosos de corrupción y caos, pero ningún nivel de maldad puede tener la última palabra, porque el Cielo gobierna. Dios cumplirá sus justos propósitos, aun si los horrores de nuestros tiempos son las herramientas que emplea. Y al final del día, “aun la ira humana lo alabará” (Salmo 76:10).

Esa es la lección clave de todo este espectáculo insultante y exasperante del juicio a Jesús. Las malas acciones llevadas a cabo por hombres maliciosos en realidad se convirtieron en instrumentos del plan de Dios para rescatar y redimir a los pecadores de sus pecados. Para rescatarnos y redimirnos de nuestros pecados. Tal es el poder de Dios para gobernar y anular los planes más atroces de los malvados.

Recordar a Jesús ante Herodes, Pilato y el Sanedrín puede consolarnos cuando quienes tienen autoridad abusan de su poder, mienten sobre nosotros y nos maltratan. El mismo Jesús que soportó ser acusado, incriminado y violado injustamente puede darnos la gracia para soportar un trato injusto.

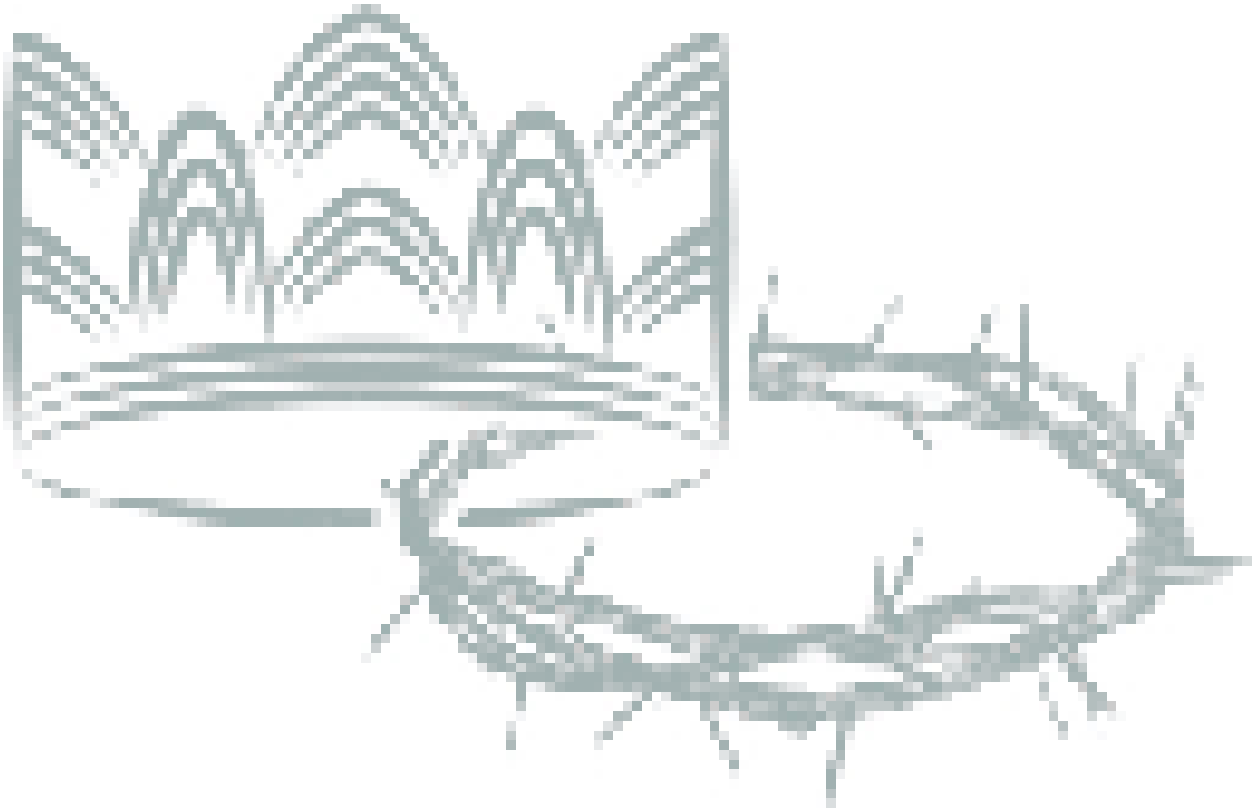
Si lo seguimos fielmente, podemos estar seguros de que siempre nos conducirá al lugar que Él elija, sin importar los obstáculos que se nos presenten en el camino. Nunca, jamás, nos encontraremos en una situación que nuestro Dios no controle.

¿Qué situaciones en tu vida o en el mundo actual desafían más tu confianza en la capacidad de Dios para sacar el bien del mal?

¿Cómo puede el comprender que las acciones o decisiones de nadie anulan Sus planes cambiar su respuesta a estas situaciones?

Padre celestial, cuánto te agradezco por no permitir que el egoísmo y el odio humanos alteren tu plan de buscarnos y redimirnos. ¡Gracias por recordarme que el Cielo gobierna! Que el ejemplo de Jesús me anime y me fortalezca cuando me enfrente a las pruebas. Y que mi corazón se mantenga anclado en Ti en cada lugar difícil por el que tenga que caminar.

AMÉN.



Día 25

Firme como va

El majestuoso silencio de Cristo

Como cordero llevado al matadero, y como oveja muda delante de sus trasquiladores, no abrió su boca.

—ISAÍAS 53:7

De las muchas cualidades incomparables de Jesús, una de las que más me sorprende es su capacidad de permanecer en silencio cuando lo acusan falsamente. Su respuesta difiere muchísimo de mis propias reacciones reflexivas cuando me siento atacado injustamente, y tal vez de las tuyas también. Sometido a una injusticia flagrante, enviado de un juicio intolerable a otro, Jesús se destaca más por lo que no dijo que por lo que dijo.

Notable en su silencio.

Como comprenderá, los "tribunales" en los que Jesús fue juzgado no eran fortalezas de decoro, en las que los interrogatorios y los testimonios se intercambiaban de un lado a otro de forma majestuosa y ordenada. Los juicios en esos entornos descontrolados no se regían por el juego limpio, sino por el clamor y la confusión, por la beligerancia y la interrupción. La mayoría de las personas en la posición de Jesús, lejos de ahogar la voz, la habrían alzado, suplicando que se les escuchara por encima de la cacofonía de las partes en pugna.

Sin embargo, durante todo ese proceso, permaneció en el banquillo de los acusados y dijo poco. Absorbió el veneno y se mantuvo en silencio.

• Con los líderes judíos: "¿No tenéis respuesta a lo que éstos testifican contra vosotros?" Pero él callaba y no respondía nada" (Marcos 14:60-61).

• Con Pilato: "¿No oyes todo lo que testifican contra ti? Pero no le respondió ni una sola vez" (Mt 27, 13-14).

• Con Herodes: "Le hacía preguntas, pero Jesús no le respondió" (Lucas 23:9).

En Getsemaní, cuando la oscura sombra de la cruz se cernía ante Él, había derramado Su corazón al Padre, no sólo una vez, sino "una segunda vez" (Mateo 26:42) y "una tercera vez" (v. 44). Había orado apasionada y repetidamente para que Su Padre "pasara de mí esta copa" si había alguna otra manera, cualquier manera posible, para que Él cumpliera la obra para la que había sido enviado (v. 39).

Pero una vez que salió del jardín, Jesús dejó a un lado sus palabras. Dejó sus oraciones en manos del Gobernante del cielo y, a partir de ese momento, habló escasamente con los demás.

Nuevamente, note el contraste. Con qué frecuencia, en lugar de hablar con nuestro Padre celestial acerca de las pruebas que estamos atravesando, en lugar de esforzarnos por entender Sus propósitos y perspectivas, en lugar de poner nuestro corazón en sintonía con Su voluntad, desahogamos nuestra angustia con los demás. Enviamos mensajes de texto y correos electrónicos acalorados. Nos quejamos con cualquiera que esté dispuesto a escucharnos. Denunciamos los motivos y las transgresiones de los demás mientras nos presentamos a nosotros mismos de la mejor manera posible.

No fue Jesús. Él no arremetió contra él. No intentó refutar las mentiras que se le dirigían. No protestó por la injusticia de los procedimientos ni apeló a un tribunal superior. La mayor parte del tiempo permaneció en silencio. Y las pocas veces que respondió verbalmente, no habló por temor ni por reivindicación propia. Mientras sus acusadores estaban consumidos por la ira, su temperamento nunca se encendió y sus palabras fueron pocas, con un propósito y sin pecado.

¿Acaso se mostraba estoico? Hemos visto a personas hoscas y enojadas en su silencio. Hemos visto a personas que se arman de valor para no darles a sus oponentes la satisfacción de verlos derrumbarse. Pero nada en la conducta de Cristo parece duro o hosco.

Sin duda, el silencio de Jesús desconcertó a quienes lo interrogaban. Su falta de voluntad para responder a sus preguntas planteó un desafío tácito a su autoridad. Sin embargo, en las Escrituras lo vemos no como un estoico, sino como alguien simplemente sometido a su Padre, con una confianza tranquila en su llamado y en la verdad de su identidad.

Observemos que Él nunca negó la verdad con lo que dijo o dejó de decir, pero eligió no devolver las críticas que le lanzaban ni defenderse. ¿Por qué? Porque "se encomendó a aquel que juzga con justicia" (1 Pedro 2:23). Sabía que el único cuya opinión realmente importaba lo vindicaría a su debido tiempo, y estaba dispuesto a esperar a que Dios actuara en lugar de arremeter en un esfuerzo por probar su caso ante un tribunal humano.

Aunque desde una perspectiva humana Él podría haber parecido una víctima, Su silencio dejó en claro que no lo era, que estos eventos eran parte de un plan divino que Él abrazó plenamente. Vemos esto en Getsemaní cuando le dijo a Pedro: "Guarda tu espada; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?" (Juan 18:11). Observe la confianza silenciosa, la declaración clara de propósito. La vida de Jesús estaba en manos de Dios, no en las de Sus acusadores o incluso en las de Sus seguidores. Él no tenía necesidad ni intención de defenderse.

El silencio de Jesús cumplió la profecía mesiánica del Antiguo Testamento que se encuentra en el "cántico del siervo sufriente" de Isaías:

Estaba oprimido y afligido,

pero no abrió su boca. (Isaías 53:7)

Él aceptó mansamente el papel de llevar el veredicto y el juicio de Su Padre contra nuestro pecado:

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas;

cada cual se ha apartado por su camino;

y el SEÑOR ha puesto sobre él

la iniquidad de todos nosotros. (Isaías 53:6 NVI)

Y creo que esta es otra razón más para su silencio: no sólo la confianza en su propia inocencia, sino la aceptación de nuestra culpa. Después de todo, ¿no es el silencio a menudo una admisión de una mala acción? Alguien nos acusa de algo y no respondemos porque hay algo que no queremos que sepa. La razón por la que bajamos la cabeza, la razón por la que evitamos el contacto visual, es que sabemos que somos culpables de lo que se nos acusa y que merecemos el castigo resultante.

Jesús, en ese momento, en su silencio, estaba en nuestro lugar. Todavía no estaba en la cruz, aunque pronto lo estaría. Pero ya llevaba la carga de nuestro pecado, siendo obligado a responder por lo que merecíamos que se nos acusara. La verdad estaba de su lado, pero nuestros pecados estaban sobre sus hombros.

Y nuestra salvación estuvo en Su silencio, la manera tranquila y como un cordero en que soportó el castigo que nos correspondía por nuestros pecados.

Hoy en día, Él permanece en gran parte en silencio frente a quienes lo blasfeman, ateos que lo atacan, críticos que lo acusan falsamente. Pero un día Su voz retumbará fuerte y clara por toda la tierra. Y todos los que han hablado en contra de Él se quedarán sin palabras ante Su majestad, poder y gracia, mientras que aquellos que lo aman y lo adoran cantarán aleluyas eternas al León de Judá.

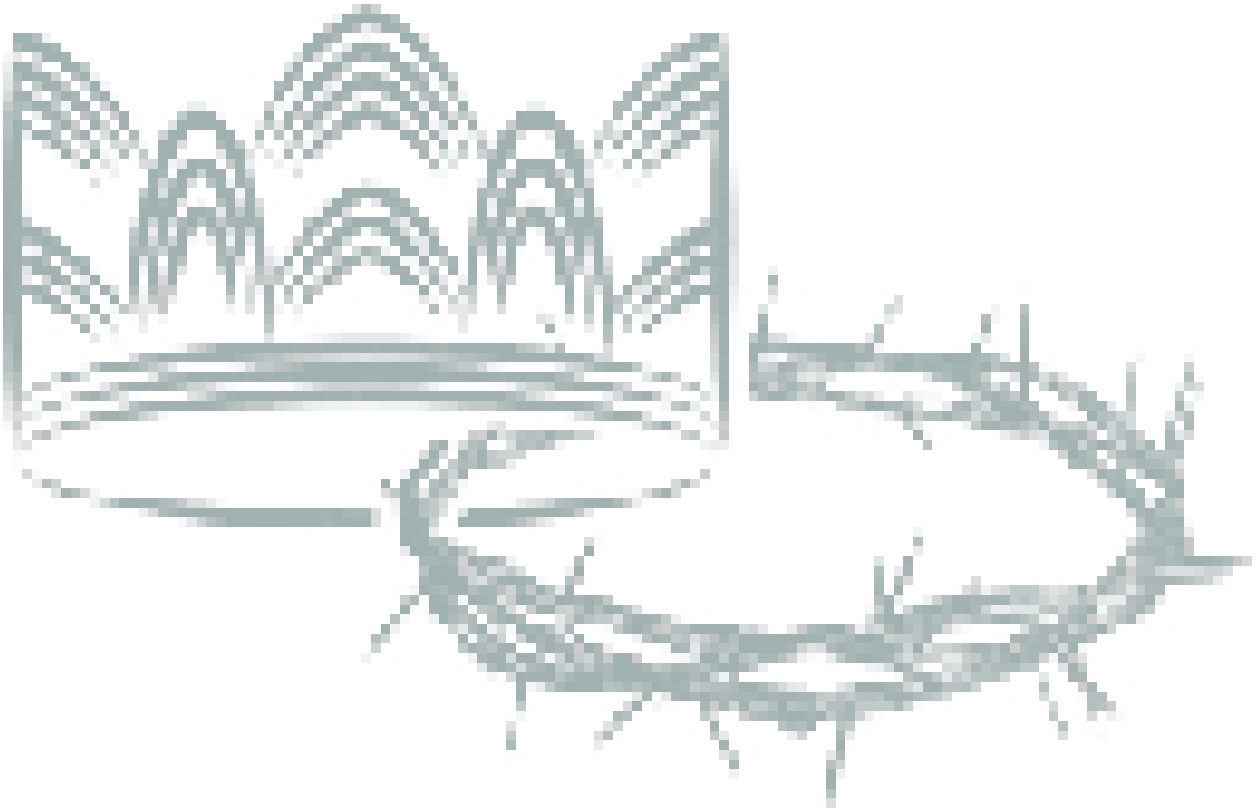
¿Cuál es su primera reacción habitual cuando le acusan falsamente?

¿Cómo sería diferente si tu primera reacción fuera ir delante de Dios y exponer tu corazón ante Él?

Padre, pusiste a tu Hijo en una situación en la que no podía defenderse sin repudiarme. La vergüenza de mi pecado silenció su voz. Pero que las palabras que

eligió no decir en ese momento resuenen en mi testimonio continuo de Ti como mi Dios viviente y de Tu Hijo como mi Salvador viviente, cuyo sacrificio por mí dice mucho a mi corazón agradecido.

AMÉN.



Día 26

Cubriendo el costo

El sacrificio expiatorio de Cristo

Porque la vida de la criatura en la sangre está, y yo os la he dado para que hagáis expiación sobre el altar por vuestras vidas; y la sangre de la vida es la que hace expiación.

—LEVÍTICO 17:11

No es fácil para nosotros, los creyentes del Nuevo Testamento, entender cómo eran los seguidores de Yahvé en el Antiguo Testamento. Ellos vivían con las promesas del pacto hechas a Abraham y a sus descendientes. Vivían con la ley transmitida por medio de Moisés en el monte Sinaí. Vivían con la estructura y la jerarquía sacerdotal que regían sus hábitos de adoración, incluido, por supuesto, el sistema de sacrificios de animales que Dios había establecido como medio para obtener el perdón de los pecados.

Aunque repetitivos y costosos, los rituales regulares revelaban Su deseo de restaurar la comunión con estos reincidentes a quienes Él había llamado para ser Su pueblo. Les proporcionaba una manera de purificarse ante Él.

En paz con Él.

Sus pecados fueron expiados.

Las palabras hebreas traducidas como "expiación" y "hacer expiación" en el Antiguo Testamento conllevan la idea de cubrir, como en el caso de los pecados cubiertos. Este importante grupo de palabras, utilizado unas ciento cincuenta veces en el Antiguo Testamento, está vinculado con el perdón de los pecados y la consiguiente reconciliación con Dios.

Probablemente hayas oído la forma sustantiva kippur, como en Yom Kippur, el tradicional Día de Expiación judío. Esta celebración, establecida en Levítico 16, se prescribía como una ceremonia anual en la que el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo del templo y ofrecía la sangre de un becerro y un carnero, un sacrificio sustitutivo por sus propios pecados y por los del pueblo. "En este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante del Señor" (Levítico 16:30).

Pero al mirar atrás a esos días desde el otro lado de la cruz, ¿no se alegra usted de poder disfrutar como un hecho consumado lo que los creyentes del Antiguo Testamento sólo podían anticipar por fe? Todos esos elementos de su adoración —la sangre, el sacrificio, el templo, el Lugar Santo— eran símbolos y sombras de

una realidad mayor que estaba por venir. Ahora tenemos a Jesús, quien "no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención" (Hebreos 9:12). Ya no se nos exige que vayamos al altar con nuestros sacrificios animales —y que sigamos viniendo, y viniendo, y viniendo, una y otra vez, año tras año— para asegurar la expiación con nuestro Dios.

Nosotros tenemos algo que ellos no tenían.

Y, sin embargo, tal vez tenían algo que nosotros no tenemos, o al menos que olvidamos con demasiada facilidad. Tal vez necesitemos que nos recuerden que el perdón exige sacrificio.

Pensemos nuevamente en aquellos días del sacerdocio del Antiguo Testamento. Al leer esta descripción (una de las muchas similares registradas en el libro de Levítico), subrayemos o hagamos una lista mental de los diferentes componentes y etapas del sistema de sacrificios, comenzando con el acto pecaminoso y el reconocimiento de la culpa:

"Si un hombre del pueblo peca por inadvertencia, quebrantando uno de los mandamientos del Señor, o si hace algo que está prohibido, y se hace culpable, o si alguien le informa acerca del pecado que ha cometido, entonces traerá una cabra sin defecto como ofrenda por el pecado que ha cometido. Pondrá su mano sobre la cabeza de la víctima del sacrificio por el pecado y la degollará en el lugar del holocausto. Luego el sacerdote tomará un poco de la sangre con su dedo y la untará en los cuernos del altar del holocausto. Derramará el resto de la sangre al pie del altar… De esta manera el sacerdote hará expiación por él, y será perdonado" (Levítico 4:27-31).

¡Uf! Qué proceso tan oneroso. Por mi parte, estoy muy feliz de vivir en el lado de la historia "después de Cristo" en lugar de "antes de Cristo". Me alegra saber que no habrá sangre fluyendo del altar en ninguno de los servicios religiosos a los que asista este año, ni en ningún otro año. Sospecho que usted siente lo mismo. Pero tal vez sea útil para usted y para mí, como recordatorio del sacrificio de Cristo por nuestros pecados, imaginarnos esperando nuestro turno en la escena de un sacrificio del Antiguo Testamento.

¿Nos parecería nuestro pecado trivial, nos parecería de costo moderado, si se nos exigiera llevar físicamente un animal al altar como sacrificio para que muriera en nuestro lugar, por nuestro pecado? ¿Cuán vívido parecería el costo de nuestro pecado si perdonarlo implicara poner nuestra mano culpable sobre la cabeza caliente de esa criatura inocente y escuchar su grito de dolor mientras el cuchillo se hundía profundamente, mientras la sangre brotaba, mientras su cuerpo caía inerte al suelo a nuestros pies? ¿Habría alguna duda en nuestra mente sobre si satisfacer la justicia justa de Dios se produjo a costa de un gran sacrificio?

Y sin embargo lo hace. Por cada uno de nuestros pecados.

Guarda en tu mente y en tu corazón cuatro palabras que siempre están implicadas en la expiación: pecado, sacrificio, sustituto, satisfacción. El pecado requiere un sacrificio. Jesucristo, el "Cordero de Dios" sin pecado (Juan 1:29), fue sacrificado como nuestro sustituto. Y la justicia y la ira justa de Dios fueron satisfechas.

¡Aleluya, somos perdonados! ¡Aleluya, nuestros pecados están cubiertos! Pero esta expiación ha tenido un gran costo. Ninguno de nuestros pecados ha sido simplemente encubierto o ignorado. Cada uno de ellos ha sido pagado muy caro. Cada uno lleva la mancha roja de la sangre de Cristo.

La única razón por la que somos perdonados es porque Dios acepta el precio que Jesús pagó por nosotros para expiar nuestros pecados.

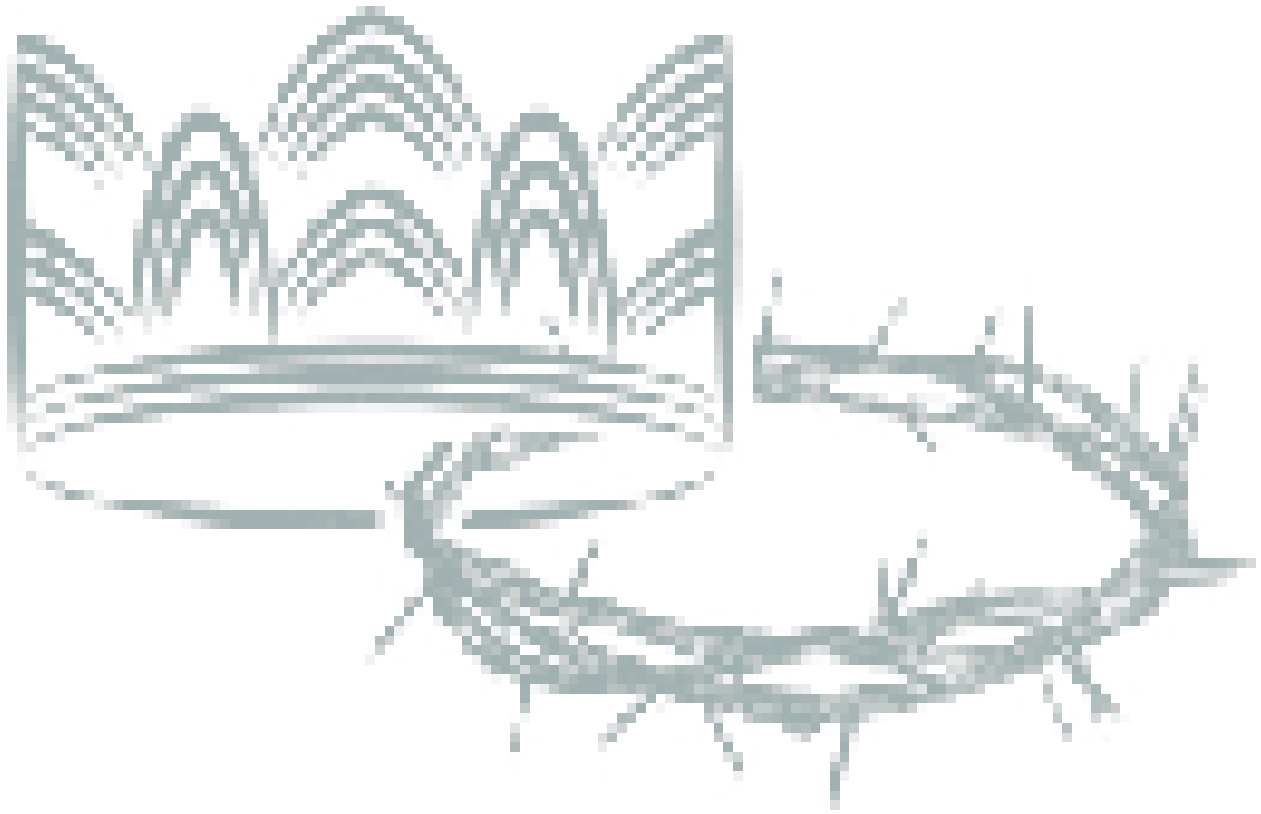
Que nunca, jamás, lo olvidemos.

¿Qué sería diferente de nuestro presente, nuestro futuro y cómo nos relacionamos con Dios si Él no hubiera hecho posible que nuestros pecados fueran expiados?

Al leer hasta aquí, ¿Dios le ha abierto los ojos para que pueda ver su necesidad de un Salvador y el precio que Jesús pagó por su pecado? Si es así, confiésele que es un pecador que necesita perdón. Arrepiéntase de su pecado (apártese de él). Deposite su fe en Cristo y en el sacrificio que hizo para satisfacer la ira de Dios. Agradézcale que nunca experimentará su juicio porque Jesús ha hecho provisión para su salvación.

Padre, tu santidad es tan intensa y pura que nunca podré comprenderla por completo, y mi pecado es más malvado y atroz de lo que puedo comprender. Si no fuera por tu misericordia y el precio pagado con la preciosa sangre de Jesús, estaría completamente aplastado por el peso de mi pecado. Estoy deshecho y te ofrezco mi gratitud y alabanza sin fin.

AMÉN.



Día 27

Gran central

La obra expiatoria de Cristo

Él se apareció una sola vez, al final de los siglos, para quitar los pecados mediante el sacrificio de sí mismo.

—HEBREOS 9:26

¿Cuál diría usted que es la mayor necesidad que toda la humanidad comparte en común?

Algunos podrían sugerir que necesitamos alimentos para comer y agua para beber o, lo que es más importante, aire para respirar. Sin duda, la vida física no puede mantenerse durante mucho tiempo sin estas necesidades básicas.

Otros, conscientes de que somos más que seres físicos, podrían decir que tenemos una necesidad aún mayor de amor. Y, sin duda, no podemos prosperar sin amor, porque fuimos creados por Dios para vivir en una relación amorosa con Él y con los demás.

Sin embargo, la Palabra de Dios revela que debido a que no sólo somos seres físicos con alma, sino también pecadores desde el nacimiento, nuestra necesidad de perdón es tan grande o mayor que cualquier otra necesidad que pudiéramos tener.

Hace algún tiempo, una mujer me escribió contándome una lucha que describe la situación difícil de la raza humana caída: “He pasado por muchas batallas tratando de ser lo suficientemente buena, tratando de ganar la gracia de Dios y caminando sobre cáscaras de huevo, pensando que Dios me iba a arrojar por la borda si hacía algo mal”.

Esta mujer sabe que es una pecadora que necesita perdón, como lo somos todos nosotros. El pecado no sólo nos impone una carga de culpa y arrepentimiento durante nuestros días aquí en la tierra, sino que también nos pone en riesgo de estar siempre alejados de un Dios santo y sujetos a su juicio eterno. Por eso, es muy apropiado que en este punto intermedio de nuestro recorrido por la vida, la obra y el legado de Jesús, lleguemos al mensaje central de la Biblia.

Expiación.

Se podría decir que nuestra necesidad desesperada y la provisión misericordiosa de Dios para nuestra necesidad se encuentran en el centro de Su plan para este mundo, ya que la palabra crux literalmente significa “cruz”. Y debido a que esta obra expiatoria de Cristo en la cruz es de hecho la enseñanza central de toda la

Escritura, no es sorprendente que la Escritura misma, de principio a fin, proclame la grandeza de esta historia con mucha más eficacia de lo que yo podría contarla. Así que, en lugar de que lean más de mis palabras hoy, quiero animarlos a leer y reflexionar sobre una serie de pasajes seleccionados de Su Palabra.

Si está utilizando este libro durante la temporada que precede a la Pascua, en las próximas semanas se unirá a los cristianos de todo el mundo para centrarse en los sufrimientos y el sacrificio de Cristo en favor de los pecadores. Independientemente de cuándo lo esté leyendo, en lugar de pasar por alto o saltarse estos versículos que pueden haberle resultado familiares desde la infancia (como yo mismo me siento tentado a hacer a menudo), tómese el tiempo para leerlos con atención y oración, tal vez incluso en voz alta. Tal vez desee resaltar palabras o frases que describan (1) nuestro problema de pecado y (2) lo que Dios ha hecho para remediar nuestra condición.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad. (Efesios 1:3-5)

Pero hemos pecado, y te has enojado.

¿Cómo podemos ser salvos si permanecemos en nuestros pecados?

Todos nosotros nos hemos vuelto como algo inmundo,

y todos nuestros actos justos son como un vestido inmundo;

Todos nos marchitamos como una hoja,

y nuestras iniquidades nos arrastran como el viento. (Isaías 64:5-6)

“En verdad les digo que todo aquel que comete pecado es esclavo del pecado.” (Juan 8:34)

Porque cualquiera que guarda toda la ley, pero ofende en un punto, se hace culpable de todos los pecados. (Santiago 2:10)

¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo Señor nuestro! (Romanos 7:24-25)

El amor consiste en esto: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. (1 Juan 4:10)

Cristo nos redimió de la maldición de la ley, haciéndose maldición por nosotros (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero). (Gálatas 3:13)

Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia. (1 Pedro 2:24)

Lo que la ley no podía hacer porque estaba debilitada por la carne, Dios lo hizo. Condenó al pecado en la carne al enviar a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado como ofrenda por el pecado. (Rom. 8:3)

Él herido fue por nuestras transgresiones;

Él fue molido por nuestras iniquidades;

Sobre él recayó el castigo que nos trajo la paz,

y por su llaga fuimos nosotros curados. (Isaías 53:5 RVR1960)

Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro. (Rom. 6:23)

Él mismo es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. (1 Juan 2:2)

El que es sabio, preste atención a estas cosas.

y considerad las misericordias del Señor. (Salmos 107:43)

Expiación. La etimología de esta palabra inglesa transmite la idea de unidad y reconciliación, o como quizás hayas oído decir, “unificación”. Dios ha provisto una manera para que los pecadores alejados sean perdonados de nuestros pecados que los esclavizan y se reconcilien con Él, estén en armonía con Él, se vuelvan uno con Él.

Todo por la obra expiatoria de Cristo. ¡Alabado sea su nombre!

¿Por qué necesitamos tú y yo la obra expiatoria de Cristo? ¿Cómo podrías intentar explicarle esto a alguien que nunca ha oído ni comprendido el evangelio?

¿Cuáles son algunas palabras o frases que usarías para describir una respuesta apropiada a la obra expiatoria de Cristo en nuestro favor?

Oh Dios, la enormidad de tu amor redentor me asombra. Tu iniciativa de enviar a Jesús para reconciliar a los pecadores contigo es un regalo demasiado grande para ser tratado a la ligera. Nunca podré comprender por completo por qué me cubriste con tu justicia, pero en Cristo estoy libre de dudar de ello. Acepta, por favor, mi humilde y sincera gratitud por tu asombrosa gracia.

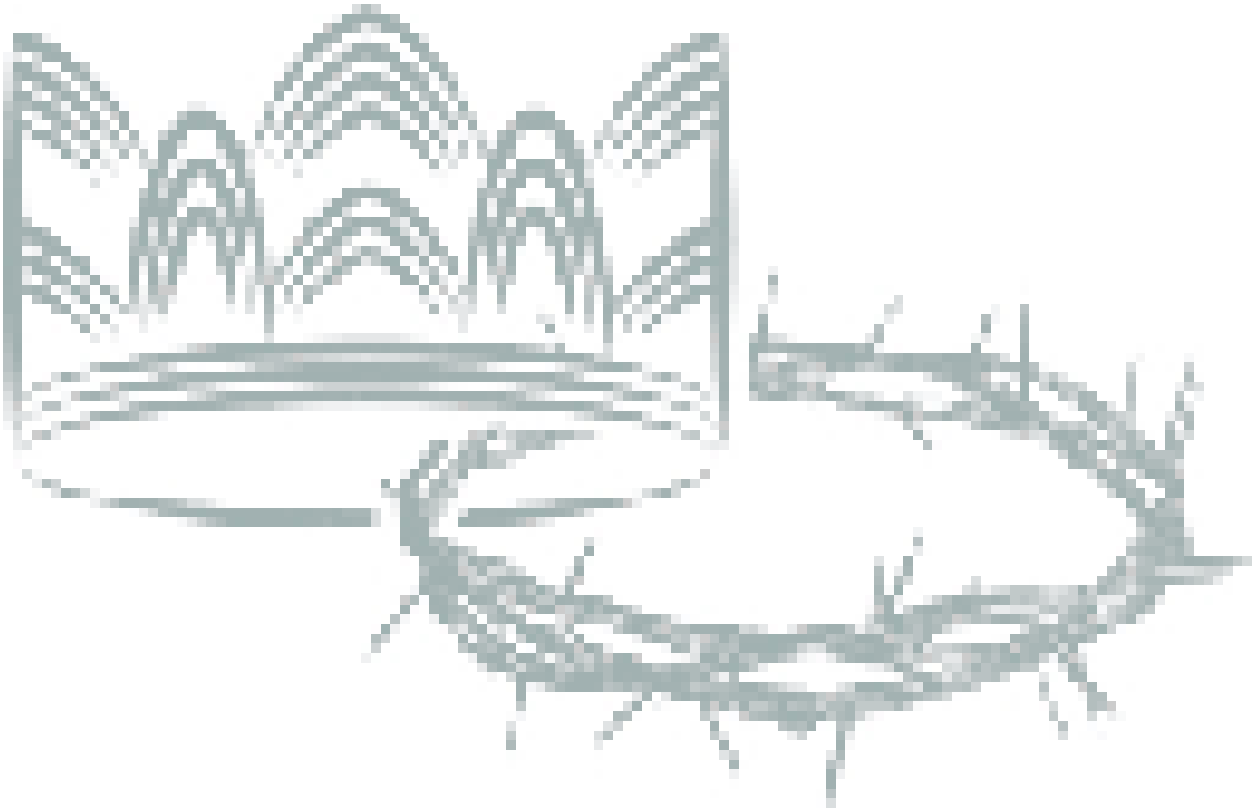
AMÉN.

Tercera parte

LAS SIETE ÚLTIMAS PALABRAS DE CRISTO

Mientras el Salvador cuelga en la cruz en un tormento indescriptible, escuchemos sus últimas palabras... Su corazón todavía está lleno de compasión y piedad. Su voz todavía pronuncia palabras de perdón y amor hacia los pecadores y los desdichados. ¡Oh, qué palabras conmovedoras, consoladoras y benditas salen de los labios del Hijo de Dios antes de inclinar su cabeza en la muerte!

—David Harsha[23]



Día 28

Apertura y cierre de la oración

La Palabra del Perdón, Parte 1

A cambio de mi amor me acusan, pero yo sigo rezando.

—SALMO 109:4

Las últimas palabras tienen un significado especial. Incluso los más callados de nosotros pronunciamos muchas palabras a lo largo de nuestra vida, muchas de las cuales no transmiten gran cosa. Pero quienes tienen la oportunidad de decir algo durante sus últimas horas no suelen comentar el tiempo o el alarmante aumento de los precios de la gasolina. Hablan de lo que más les importa. Dicen cosas que quieren que sus seres queridos recuerden de ellos. Expresan lo que sienten en el corazón.

Vemos en ese momento quiénes son realmente, sin filtros ni pretensiones.

Las Sagradas Escrituras registran siete declaraciones que Jesús hizo desde la cruz durante esas últimas seis horas de sufrimiento: sus "últimas palabras" antes de su muerte y posterior resurrección. Cada una de estas declaraciones nos permite comprender la riqueza y la realidad del evangelio, y nos permite contemplar íntimamente las profundidades de su amor por el Padre y por los pecadores necesitados que vino a redimir.

Matthew Henry, uno de mis comentaristas bíblicos favoritos de la antigüedad, hace una observación interesante acerca de estas últimas palabras. Se pregunta si quizás "una de las razones por las que [Jesús] murió la muerte en la cruz fue para tener libertad de expresión hasta el final, y así poder glorificar a su Padre y edificar a quienes lo rodeaban". [24] Sé que mi vida nunca ha dejado de ser calentada, bendecida y consolada —verdaderamente edificada— por estas palabras escogidas de los labios de nuestro Salvador, especialmente porque vinieron mientras Él soportaba una forma de agonía más profunda e intensa que cualquier otra persona haya conocido jamás.

Jesús habló… hasta el final. Y nosotros debemos escuchar.

Su primera declaración, pronunciada poco después de ser clavado en la cruz (o tal vez mientras lo clavaban) no fue una simple declaración. Observe la construcción de esta oración:

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34)

¿Ves que esto es una oración? Jesús estaba hablando con su Padre.

Recordarán que Jesús comenzó su ministerio público orando. Oró de pie en las aguas de su bautismo, y "el cielo se abrió" sobre Él (Lucas 3:21), trayendo consigo la voz del Padre que afirmaba Su amor por el Hijo.

Por supuesto, la oración siguió siendo el modelo de vida de Cristo a partir de entonces. Oraba por la mañana y por la noche. Oraba en secreto y en público. Oraba a su Padre incesantemente.

Por lo tanto, es natural –si es que algo fue natural en la crucifixión de Jesús– que aquí, al final de su ministerio terrenal, Él continuara esta conversación de por vida (de hecho, eterna) con el Padre. Él ya no estaba en posición de sanar, enseñar o poner sus manos sobre los hombros cansados de los que sufrían y estaban afligidos. Pero Él podía orar. Nada –¡nada!– podía detener Su oración.

Podían hacerle caminar el largo camino hacia ese lugar llamado "La Calavera" —Calvario en latín, Gólgota en hebreo— aun cuando el dolor de cada paso vacilante se disparaba hacia arriba como dagas a través de sus piernas palpitantes.

Podían clavar su cuerpo sangrante en un pesado instrumento de madera, que era una tortura, clavando los clavos en la tierna carne y el cartílago de sus pies y manos. Podían poner su cruz en posición vertical junto a las de dos criminales, "uno a la derecha y otro a la izquierda" (Lucas 23:33).

Pero no pudieron impedirle orar.

Los historiadores nos dicen que la muerte por crucifixión era una de las formas más crueles de ejecución. No sólo era el modo de castigo que el Padre eligió para Jesús, sino que venía seguido de una serie brutal de palizas y azotes, con cañas que se golpeaban como varas de fuego contra su cuerpo y una corona de espinas tejida que se hundía en su cuero cabelludo. Además de eso, venían las burlas, el ridículo, el escarnio furioso. ¿Quién podría haber culpado a Jesús si se hubiera unido a las filas de las víctimas de la crucifixión que eran conocidas por gritar maldiciones a sus verdugos romanos, a veces cortándoles la lengua para callarlos?

Sin embargo, Jesús no maldijo.

Pero Él, en cambio, oró.

Pienso en personas que he conocido que han llegado a un punto en el que ya no pueden ser tan activas como antes. Pueden estar confinadas en sus casas, incluso en sus camas, restringidas por limitaciones físicas o incomodidad para hacer cosas que para ellas tienen un propósito y son productivas. Ya no pueden involucrarse en muchas tareas del ministerio. Su resistencia no les durará lo suficiente para servir de maneras que consideren que brindan ayuda y aliento reales a los demás.

Pero pueden orar, y lo hacen. En la economía de Dios, sus oraciones pueden ser el ministerio más importante de sus vidas.

Mañana consideraremos lo que nuestro Salvador oró en ese momento santo. Pero mientras contemplamos hoy esta primera palabra pronunciada desde la cruz, maravíllese de que al final de su vida terrenal Jesús oró a su Padre, suplicándole en favor de los pecadores indignos. Y vea en sus propias oraciones un ministerio que atrae el oído del Padre y da como resultado que se envíe misericordia del cielo a la tierra. Nunca se permita preguntarse si la oración tiene algún impacto o si puede conectar a las personas con las bendiciones derramadas de Dios.

La primera palabra de Cristo desde la cruz nos recuerda que nuestras oraciones pueden hacer una diferencia eterna, sin importar dónde y cuándo las ofrezcamos.

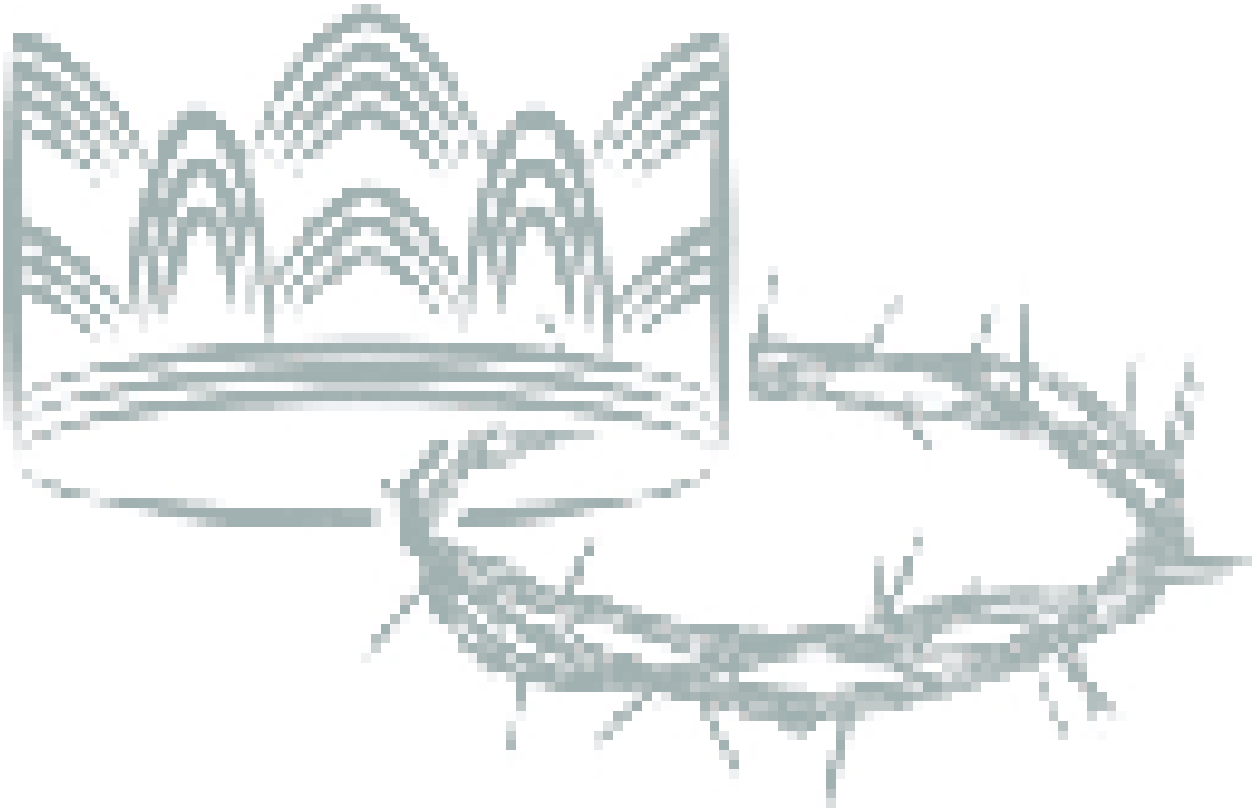
¿Cuáles son los mayores obstáculos que enfrenta usted al desarrollar y mantener un estilo de vida de oración?

Piense en cómo la gente maltrataba física y verbalmente a Jesús mientras lo crucificaban. Y, sin embargo, su primera palabra fue para su Padre, no para sus torturadores. ¿Está atravesando alguna situación que le exija seguir su ejemplo?

Padre nuestro, gracias por abrirnos el portal de la oración, por desear una comunión continua con nosotros, por el privilegio de invocarte y bendecir a otros a través de la oración. Ayúdame a cultivar este estilo de vida de oración incluso en

mis circunstancias más difíciles y limitadas, intercediendo por los demás como Tu Hijo intercedió por nosotros.

AMÉN.



Día 29

Intercediendo por los transgresores

La Palabra del Perdón, Parte 2

Él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes.

—ISAÍAS 53:12

En tiempos más sencillos, antes de que la cruz estuviera en la mente de alguien más que Jesús, cuando un día con Él podía incluir sentarse en un pedazo de tierra soleado en algún lugar, asombrados por la frescura y riqueza de Su enseñanza, Él había dicho algo asombroso:

"Ustedes han oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen" (Mateo 5:43-44).

Algunos oyentes debieron pensar que la idea era profunda en teoría, pero contraria a la intuición de la vida real. Otros tal vez consideraron que la idea era demasiado radical o simplemente imposible de llevar a la práctica, incluso cuando provenía de alguien tan excepcionalmente impresionante como Jesús.

"Ama a tus enemigos". ¿Jesús solo estaba diciendo eso? ¿O estaba dispuesto a hacerlo?

Su primera palabra desde la cruz es toda la respuesta que necesitamos.

"Padre, perdónalos..." (Lucas 23:34)

Entre ellos se encontraba un destacamento de soldados romanos que, obedientemente y tal vez con deleite, habían abusado de Jesús con armas que laceraban la carne y otros objetos afilados. Entre ellos se encontraban funcionarios como Poncio Pilato y Herodes Antipas, que se habían negado irresponsablemente a proteger a un hombre inocente. Entre ellos se encontraban miembros de una turba salvaje, voluble y febril que cantaba pidiendo Su sangre.

Incluso entre ellos se encontraban discípulos que Él había elegido y con los que se había hecho amigo, con quienes había viajado y en quienes había derramado Su vida, que ahora habían escapado y se habían escondido.

Y, por supuesto, "perdónalos" te incluye a ti y a mí. En respuesta a la inquietante pregunta del eterno espiritual "¿Estabas allí cuando crucificaron a mi Señor?", sí, sí, estábamos allí. Estábamos allí con todos los perseguidores hostiles y los fugitivos sin carácter que no hicieron nada para evitar el asesinato de Jesús; quienes, de hecho, hicieron todo lo posible para empujarlo allí.

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (v. 34).

Pero Él lo hizo. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Jesús siempre estuvo muy consciente de que sus acciones cumplían las profecías del Antiguo Testamento. Y sabía que el profeta Isaías había predicho que el Mesías intercedería "por los rebeldes" (Isaías 53:12), "por los transgresores". Puesto que Él era en verdad el Mesías, interceder por los transgresores y rebeldes era parte de su ministerio divinamente designado. Y en ningún otro lugar de su vida se manifestaron más la transgresión y la rebelión humanas que aquí, en el Gólgota, en esta encrucijada histórica de un día del calendario.

Jesús también sabía que estaba allí para participar con su Padre en la respuesta a su propia oración. Si alguna vez te encuentras hablando con alguien que ha reducido a Jesús a ser simplemente un buen maestro, un modelo admirable a seguir, manso y apacible y nada más, considera llevarlo a este lugar, en este día, donde pronunció estas impresionantes palabras de perdón. Porque cuando oró: "Padre, perdónalos", en esencia estaba diciendo: "Padre, castígame por sus pecados".

Perdónalos. Abandóname.

Déjame ser el sacrificio. Déjalos libres. Sumerge todos sus pecados en las profundidades del mar.

Eso no es suavidad ni dulzura, es valentía y heroísmo. Ese es el corazón de Aquel cuyo deseo de que seamos perdonados lo impulsó a dar Su vida por nosotros.

Para muchos, por supuesto, sus palabras serán sólo palabras. Todavía no saben lo que hacen, como nos pasó a nosotros en el pasado. Sin embargo, la ignorancia no es inocencia. La ceguera espiritual es resultado de la incredulidad y la rebelión, por lo que es sólo una prueba más de nuestra culpa y depravación.

Hasta que Dios nos abra los ojos, no nos damos cuenta (no podemos darnos cuenta) de la naturaleza atroz de nuestro pecado, de cómo lo ve Dios, de lo que le hizo a Jesús, porque "el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos" (2 Cor. 4:4).

Sin embargo, a pesar de nuestro pecado y nuestra ceguera hacia él, el corazón de Cristo hacia ti y hacia mí es de perdón. Mucho antes de que supiéramos quién era Él o la enormidad aplastante y traicionera de nuestra rebelión, Él oró por nuestro perdón. También pagó el precio que hizo posible que un Dios santo y justo perdonara a los pecadores y los liberara de su deuda. Derramó Su sangre, como nuestro Sustituto, para que pudiéramos ser perdonados. Y hasta el día de hoy, Jesús es el Abogado del pecador, defendiendo nuestro caso ante el Padre y ofreciendo Su sangre derramada para satisfacer la ira y el juicio justos del Padre contra nuestro pecado.

Sin duda, esto exige fe, arrepentimiento, asombro y gratitud eternos de nuestra parte. Y exige aún más. Verá, la cruz de Cristo no sólo nos otorga perdón por nuestras ofensas contra un Dios santo, sino que también nos mueve y nos permite orar por aquellos que han pecado contra nosotros y perdonarlos, y amar a nuestros enemigos como Él nos amó cuando éramos Sus enemigos.

Sé que es mucho pedir. Perdonar es algo difícil de hacer. Tal vez dirías que es más de lo que puedes hacer. Pero ninguno de nosotros, al escuchar las palabras de perdón de Cristo, puede decir que Él no comprende cuán profunda, grave y personalmente nos han hecho daño. Y ninguno de los que afirmamos seguirlo puede ignorar Su llamado a perdonar a quienes nos han hecho daño.

Jesús oró para que los más viles y depravados de sus enemigos fueran perdonados. Eso significa que no hay nadie que esté fuera del alcance de su amor y su misericordia: ni tú ni nadie que te haya hecho daño. Nadie ha pecado tan gravemente que Él no quiera que sea perdonado.

Recuerde, nuestro pecado también era imperdonable, ¡hasta que Jesús oró lo que oró e hizo lo que hizo en la cruz para hacer posible ese perdón!

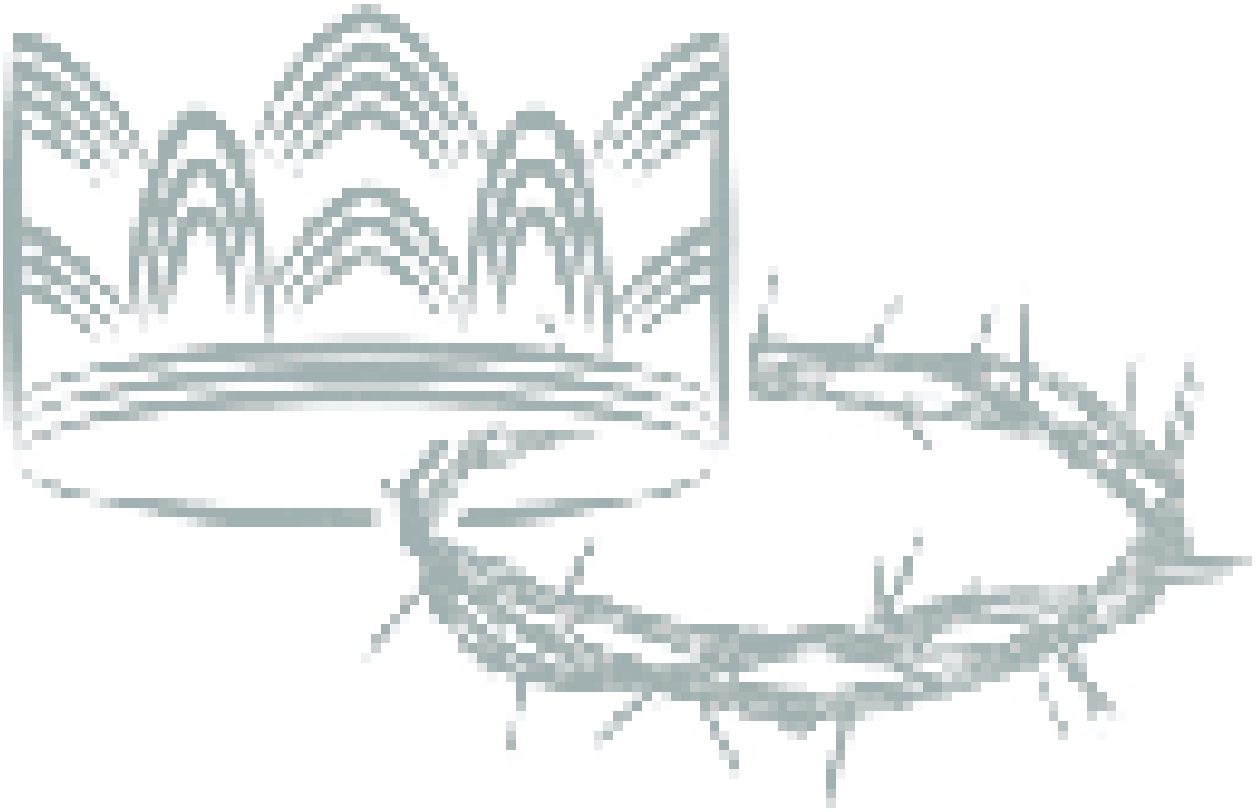
Amando y perdonando a sus enemigos, tal como Él nos enseñó a hacerlo.

¿Cómo puede la oración de Jesús para que sus enemigos sean perdonados ayudarte cuando te sientes agobiado por el peso de tus pecados?

¿Hay alguien que ha pecado contra ti y necesita el perdón de Dios? ¿Te detendrías en este momento y harías tu oración la de Jesús?

Padre, gracias por un Salvador que se preocupó más por mi perdón que por su propia vida y que eligió satisfacer mi necesidad aun cuando yo no sabía que la tenía. Dame la gracia de extender a los demás el perdón que he recibido de Ti, para que puedan llegar a conocerte y ser completamente perdonados a través del sacrificio de Cristo en su nombre.

AMÉN.



Día 30

El don de la fe

La Palabra de Seguridad, Parte 1

También se llevaron a otros dos, criminales, para ser ejecutados junto con él.

—LUCAS 23:32

¿De donde viene la fe?

En cierto sentido, es un misterio. La fe es algo que Dios hace, algo que Dios da, más que algo que nosotros hacemos, lo que significa que la fe salvadora es una obra soberana, un don de Dios. “Nadie puede venir a mí”, dijo Jesús, “si el Padre que me envió no lo trajere… Nadie puede venir a mí si no se lo concede el Padre” (Juan 6:44, 65).

Al mismo tiempo, la fe es profundamente íntima y personal. Dios no realiza esta obra desde una distancia mística y desapegada, sino que se involucra activamente en la vida de una persona. De alguna manera imprime su presencia a su alrededor de tal manera que despierta a Él, lo toma en cuenta y abre su corazón a lo que Él está dando a conocer acerca de Sí mismo y de ellos.

En otras palabras, la fe es compleja y difícil de entender, pero también es sencilla y difícil de pasar por alto una vez que Dios abre los ojos de los ciegos y les imparte este don a los corazones incrédulos. Y ese don milagroso y transformador de la fe está aquí, a la vista, en la cruz de Cristo.

Para su ejecución, la Biblia nos dice que Jesús fue colocado directamente entre dos ladrones. No sabemos los crímenes específicos que había cometido cada uno de ellos; de hecho, no sabemos nada sobre sus antecedentes. Solo sabemos que ambos sentían desprecio por Jesús, que “de la misma manera” que los espectadores casuales y los conspiradores que se regodeaban en el suelo, “aún los malhechores que estaban crucificados con él lo insultaban” (Mateo 27:44). En sus últimas horas se burlaban del Único que podía darles vida.

Pero entonces sucedió algo, algo completamente inexplicable sin la intervención de la gracia de Dios.

Uno de estos dos criminales tuvo un repentino cambio de opinión.

¿Qué pudo haber desencadenado un cambio de actitud tan abrupto? Tal vez tuvo algo que ver con el letrero burlón que los verdugos habían escrito con rudeza por orden de Pilato y clavado sobre la cabeza de Jesús: “Éste es Jesús, el Rey de los judíos” (Mateo 27:37). O tal vez fue el hecho de que Jesús no se enfureció con sus torturadores, sino que más bien oró por ellos —¡por su perdón!— mientras su cuerpo gritaba de dolor por encima de la multitud enojada y burlona.

O tal vez, irónicamente, fueron los gritos de los mismos alborotadores, que gritaban: "¡A otros salvó, pero a sí mismo no se puede salvar!" (Marcos 15:31). ¿Qué quiere decir con que "salvó a otros"? ¿Puede salvar a la gente? ¿Podría salvarme a mí? ¿Quién es esta persona a la que llaman Jesús?

Lo único que sabemos con certeza es que uno de estos violentos criminales, que momentos antes había estado menospreciando y blasfemando al Hombre moribundo a su lado, redirigió su atención al ladrón que estaba dos cruces más allá y soltó un duro reproche, saliendo en dura defensa de Jesús:

"¿Ni siquiera temen ustedes a Dios, ya que sufren el mismo castigo? Nosotros somos castigados con justicia, porque recibimos lo que merecemos por las cosas que hicimos, pero éste nada malo ha hecho". Y añadió: "Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino". (Lucas 23:40-42)

No mires ahora, pero creo que acabamos de escuchar el evangelio.

Ahora bien, no tenemos motivos para creer que este criminal condenado hubiera sido jamás un estudiante de teología o que estuviera siquiera remotamente familiarizado con conceptos religiosos. Y, sin embargo, me atrevo a decir que sus palabras servirán de predicador.

• Se dio cuenta de que había que temer a Dios y que existía un enorme abismo entre lo creado y el Creador.

• Se dio cuenta de que era culpable, que había pecado contra este Dios ante quien todos somos responsables y que merecía ser condenado a muerte.

• Se dio cuenta de que Jesús era inocente y que estaba muriendo una muerte que no merecía.

• Se dio cuenta de que Jesús era un Rey con un reino y que su única esperanza para la próxima vida era apelar a este Rey para pedirle misericordia y perdón real.

No tengo ninguna explicación de cómo un criminal empedernido podría saber cualquiera de estas cosas, excepto que Dios es capaz de penetrar los corazones más duros y darles el don del arrepentimiento y la fe. De hecho, ninguno de nosotros que ha recibido a Cristo ha llegado a Él de otra manera. Todo lo que este ladrón convicto dijo de sí mismo es cierto en lo que respecta a ti y a mí.

• Hemos pecado.

• Merecemos estar eternamente separados de Dios en el infierno.

• Somos incapaces de salvarnos.

•Necesitamos un Salvador.

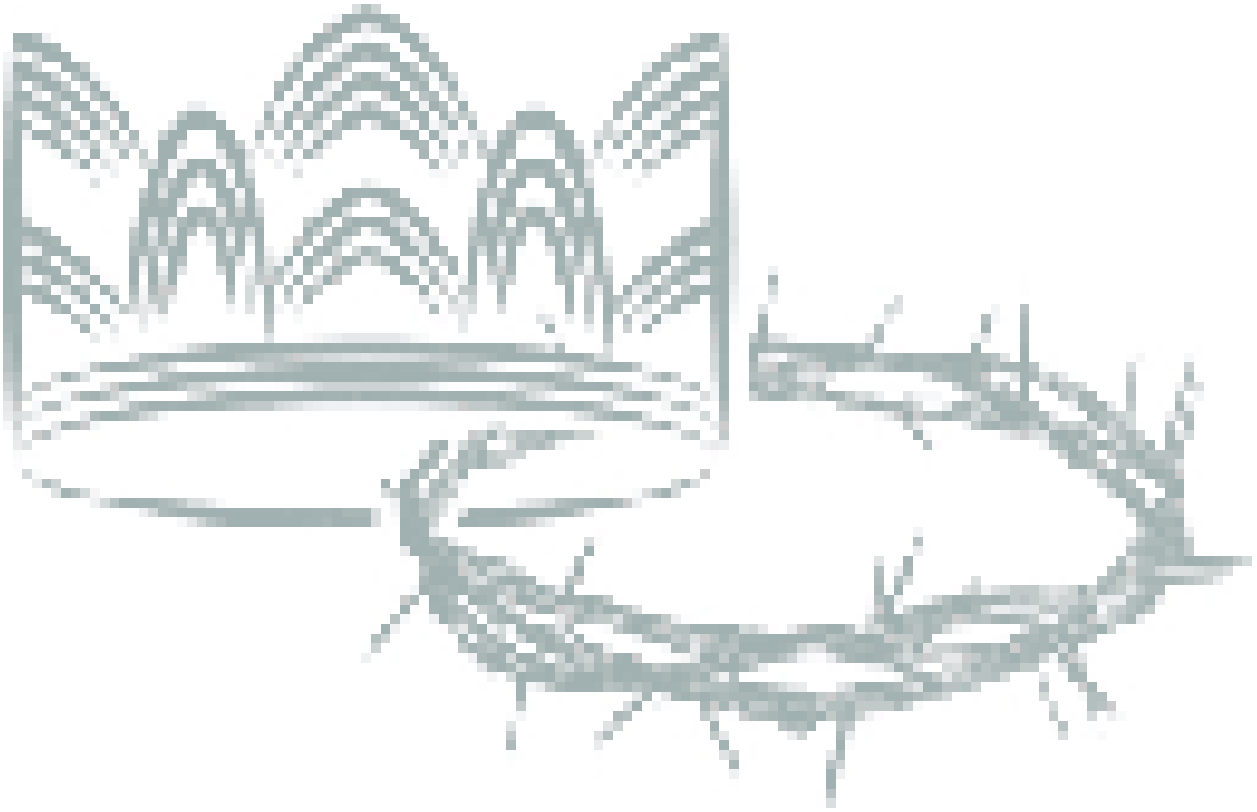
¿Qué podían hacer estos criminales para cambiar su vida ahora que estaban condenados a muerte y a punto de ser ejecutados? No había forma de deshacer ni de enmendar lo que habían hecho. Pero donde Dios está obrando, siempre hay un camino. Cualquiera en cualquier lugar puede recibir el don de la fe y, de repente, sin importar cuán inesperadamente, puede ver "la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" (2 Corintios 4:6).

Basándose en las Escrituras, ¿cómo describiría su vida y la condición de su corazón antes de llegar a la fe en Jesucristo? ¿Qué tenía en común con el ladrón en la cruz?

¿Cuál es tu "historia de fe"? Ya sea que fueras un niño o más grande en la vida, ¿qué recuerdas acerca de cómo Dios se te dio a conocer, te mostró tu necesidad espiritual y te dio fe para creer en el evangelio y recurrir a Cristo para la salvación? ¿Quién podría ser bendecido o ayudado al escucharte compartir esa historia?

Oh Padre, gracias por este asombroso testimonio de cómo Tú le otorgaste la fe de manera sobrenatural al criminal condenado que colgaba junto a Tu Hijo en la cruz. Cuán agradecido estoy por Tu don de la fe. Gracias por buscarme, encontrarme y guiarme a Tu hogar. Usa mi vida, Señor, mis palabras y mis encuentros, como un medio a través del cual puedas brindar fe salvadora a quienes pongas en mi camino.

AMÉN.



Día 31

No hay duda

La palabra de seguridad, parte 2

“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.”

—LUCAS 23:43

Hace algún tiempo hablé con una mujer cuyo padre había fallecido recientemente. Sus padres habían sido creyentes en Cristo durante mucho tiempo. Pero ahora su madre, afligida por el dolor, estaba plagada de dudas persistentes y preguntaba una y otra vez: "¿De verdad crees que está en el cielo?".

Tal vez usted se encuentre entre los muchos que a veces luchan con dudas o temores sobre lo que nos sucederá a nosotros y a los demás después de la muerte. ¿He sido [ellos] lo suficientemente bueno… lo suficientemente fiel… para entrar al cielo? ¿Cómo puedo estar seguro?

La primera palabra que Jesús pronunció desde la cruz fue una oración pidiendo perdón para sus enemigos. Su segunda declaración fue una palabra de seguridad dirigida a un hombre moribundo que no tenía motivos humanos para esperar que algún día sería bienvenido en el cielo. Esta palabra puede disipar todas las dudas de todo pecador que ha acudido a Cristo en busca de misericordia.

Las Escrituras afirman que está en el corazón de Dios salvar a los pecadores en lugar de condenarlos. Vemos ese corazón en Su mensaje al profeta Ezequiel: "¿Acaso me complazco en la muerte del impío? […] ¿No me complazco en cambio en que se aparte de su mal camino y viva?" (Ezequiel 18:23).

Pero ¿qué pasa con todos los pecados que hemos cometido? ¿Qué pasa con nuestras faltas y defectos? ¿Nuestra devoción a medias a Jesús? ¿Cómo podemos esperar que Él nos dé la bienvenida cuando estemos ante Él al otro lado?

Cuando el ladrón arrepentido volvió su rostro hacia Jesús y le pidió que se "acordara de mí", piense en todas las cosas que Jesús, siendo Dios, podía "recordar" sobre cómo este hombre había elegido vivir su vida. El criminal convicto tenía razón: estaba siendo "castigado con justicia" (Lucas 23:41). La muerte era un castigo apropiado por los muchos males que había cometido. Y, sin embargo, Jesús le dijo:

"De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso."

Sorprendente. Vean cuán pronto es Él para decir palabras de seguridad a quienes acuden a Él con un corazón humilde y contrito. Este hombre que no merecía nada más que rechazo y juicio no recibió nada más que misericordia y gracia.

Hay algo más que me parece asombroso en esta declaración de Jesús. Es la misma promesa que Jesús había hecho la noche anterior a sus amigos más cercanos, los hombres que habían compartido la vida con Él durante casi todo su ministerio terrenal. Durante su última cena juntos, les había hablado de la "casa de su Padre" y sus "muchas moradas" y de cómo iba a "preparar un lugar para" ellos. Luego agregó: "Vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Juan 14:2-3).

¡Qué magnífica generosidad de parte de Jesús! Sin embargo, ¿quién más en su vida, si no estos discípulos, sería más lógico que lo invitaran? ¡Qué gloriosa recompensa compartir con amigos que habían demostrado, aunque de manera imperfecta, su amor y devoción hacia Él!

Pero, sin duda, el ladrón en la cruz era un asunto diferente. ¿Qué podría hacer que la casa del Padre fuera un hogar adecuado para un hombre al que Jesús nunca había visto antes del día de su muerte, un hombre que posiblemente nunca había hecho nada santo en toda su vida, un hombre que minutos antes se había burlado y ridiculizado a Él?

Sólo hay una respuesta a esa pregunta: los brazos abiertos de Jesús al corazón arrepentido.

"El que a mí viene, no pasará hambre jamás… Al que a mí viene, no le echo fuera… Ésta es la voluntad de mi Padre: que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final" (Juan 6:35, 37, 40).

En otras palabras, nunca pienses que Él (o el Padre) rechazará tu corazón arrepentido o que tu fe no será recompensada. Nunca imagines que Él esconde su perdón detrás de una serie de obstáculos que debes superar o una lista de quince tareas que debes cumplir como prueba de que Él debe tomarte en serio.

Jesús es rápido para salvar. Está ansioso por perdonar. No murió para elevar el nivel de su misericordia, sino para rebajarlo hasta el menos probable de los pecadores que vienen a Él en busca de esperanza y vida.

Esta “palabra de seguridad” de Cristo es una verdad fundamental sobre la cual se puede construir una confianza y una esperanza inquebrantables. No sólo cambió la vida de un hombre y todo su futuro eterno; también cambiará la manera en que tú y yo nos acercamos al Padre a través del Hijo. Significa que somos bienvenidos. Significa que somos queridos. Significa que Él nos escucha y nos responde cuando lo miramos como nuestra única fuente de ayuda y salvación.

También debería cambiar para siempre la manera en que vemos la muerte, tanto la nuestra como la de nuestros amigos, familiares y seres queridos. Quienes mueren en el Señor pueden esperar el “paraíso”, una eternidad de paz y felicidad con Él, prometida a quienes abandonan la inútil búsqueda de ganar su propia justicia y por fe aceptan la justicia de Cristo como propia. Para decirlo con las palabras de Pablo, “estar ausente del cuerpo” es “estar presente con el Señor” (2 Corintios 5:8).

Al final del día, nuestro destino eterno se basa en la simple confianza: “Jesús, acuérdate de mí” y en su misericordia y gracia: “Hoy estarás conmigo en el paraíso”.

No por lo mucho que sabemos, por lo mucho que nos hemos esforzado, o por lo mucho bueno que hemos hecho por Él, sino porque hemos creído y recibido lo que Él ha hecho por nosotros.

El salmista nos recuerda que

El sacrificio agradable a Dios es un espíritu quebrantado.

No despreciará al corazón quebrantado y humillado. (Salmo 51:17)

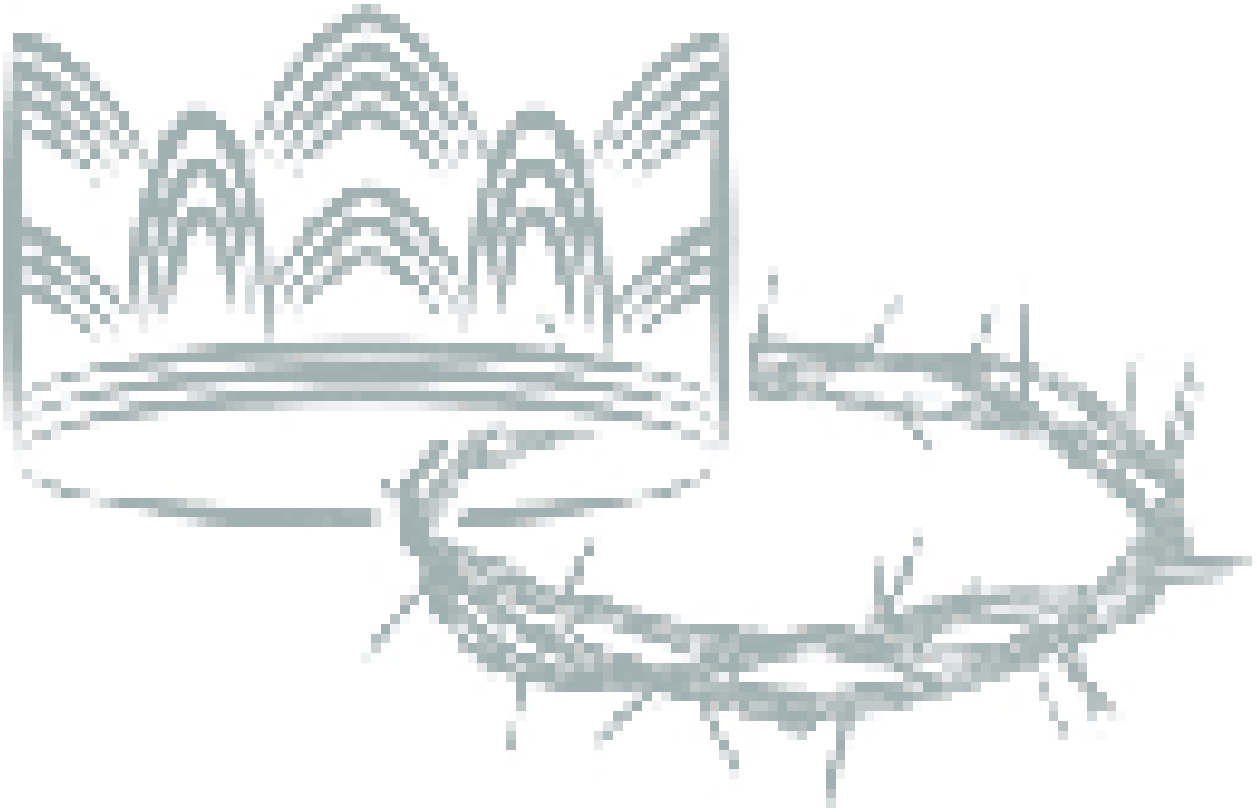
Todo lo que tenemos que hacer es arrepentirnos, creer y, durante el resto de nuestra vida, repetir lo que sea necesario, ofreciéndole perpetuamente el sacrificio de un corazón humilde. Cristo murió para que podamos estar con Él en el paraíso. Experimentemos la paz de esa promesa en este momento, hoy.

¿Qué suposiciones erróneas acerca de Dios están en el centro de las dudas sobre su misericordia y perdón?

¿A quién deberías animar con el conocimiento de que quienes recurren a Jesús para salvación nunca serán alejados del cielo?

Gracias, Señor, por salvar al ladrón en la cruz y por incluir este incidente en las Escrituras como un estímulo, recordándonos que nadie está a más de un suspiro de recibir Tu perdón y experimentar la vida contigo para siempre. Gracias por la seguridad de que Tú te deleitas en salvar a todos aquellos que acuden a Ti en busca de misericordia.

AMÉN.



Día 32

Cobertura integral

La Palabra de Devoción, Parte 1

Echa sobre el Señor tu carga, y él te sustentará.

—SALMO 55:22

Las primeras tres palabras que Jesús pronunció desde la cruz revelan el deseo de su corazón por los demás.

Primero, recuerda que Él oró a Su Padre, pidiendo perdón por Sus torturadores.

En segundo lugar, le aseguró al ladrón arrepentido: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43).

Luego, en tercer lugar, habló con su mamá.

Por supuesto, María nos resulta más familiar por los acontecimientos que rodearon el nacimiento de Jesús. Con cuánta frecuencia nos hemos maravillado ante su humilde, entregada y adoradora respuesta al anuncio del ángel de que llevaría en su vientre al Hijo de Dios. Y recordamos cómo más tarde, después de que los pastores visitaran al niño Jesús en el pesebre, María “guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (Lucas 2:19). Aunque los acontecimientos del nacimiento de Jesús fueron ciertamente difíciles, nuestra impresión general de ella a partir de la historia de Navidad es de belleza y paz, de consuelo y alegría.

Pero entonces llegaron esas palabras inquietantes y perturbadoras dirigidas a María cuando ella y José llevaron a Jesús para ser consagrado en el templo. Cuando el anciano Simeón tomó al niño en sus brazos ese día, había profetizado sobre María: “Una espada te traspasará el alma” (Lucas 2:35). Y ahora, décadas después, al pie de la cruz de su amado Hijo, esa dolorosa “espada” debe haberse hundido profundamente, casi cortándole el corazón en dos.

Allí estaba ella. Eso es todo lo que la Biblia dice sobre su presencia, que estaba “junto a la cruz de Jesús” (Juan 19:25). A su alrededor, allí a sus pies donde todos podían ver y oír, los soldados que habían llevado a cabo su crucifixión jugaban ruidosamente entre ellos por su ropa. Sin embargo, Jesús, sufriendo no solo la indignidad de la desnudez pública sino la intensidad de un dolor desgarrador, usó algunas de las pocas palabras que le quedaban para expresar su cuidado y preocupación por su madre.

Cuando tú y yo contemplamos la cruz, tendemos a centrarnos, como deberíamos, en sus implicaciones espirituales: la oración de Jesús para que los demás sean perdonados, su promesa de paraíso al criminal moribundo, el sacrificio que Él

pagó por nosotros, el sustituto en el que voluntariamente se convirtió por nosotros.

Pero su palabra a María desde la cruz nos dice que su cuidado y preocupación por los suyos alcanza a cada esfera de nuestra vida, no sólo la espiritual. Jesús murió no sólo para absorber el castigo de nuestro pecado y salvar nuestras almas de la ira de Dios, sino también para redimir todo lo que está roto, aislado e incompleto en nuestro mundo fracturado y disfuncional.

Tenemos un Salvador que se preocupa por todo lo que nos concierne.

Vemos esto con mucha claridad en ese momento en la cruz. Allí estaba Jesús, centrado en la realización de la obra más importante jamás realizada en la historia del mundo. Tenía sólo seis horas para asegurar nuestra salvación. Seis horas de todas las horas acumuladas a lo largo de los milenios de la existencia humana. Sin embargo, ¿a qué y a quién destinó una parte de ese pequeño puñado de horas?

"Jesús vio a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí presente" (Juan 19:26).

Imaginemos los temores que debieron apoderarse del corazón de María en esas horas. Leyendo entre líneas las Escrituras, parece probable que su esposo, José, hubiera muerto años antes, en cuyo caso la responsabilidad de proveer y cuidar de ella habría recaído sobre Jesús como hijo primogénito. Sabemos que ella tenía hijos más pequeños que todavía no creían en las afirmaciones de Jesús sobre sí mismo. Es de suponer que también tenía conocidos, tanto judíos como romanos, que sabían de su lealtad hacia aquel a quien despreciaban y habían juzgado como un criminal. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que su valor maternal al estar allí junto a la cruz de Jesús la sometiera a un escrutinio aún más cruel?

¿Estaría a salvo? ¿Recibiría cuidados? ¿Cómo se satisfarían sus necesidades cotidianas y prácticas? ¿Cómo sería la vida cotidiana de María una vez que Jesús se fuera?

Jesús estaba atento a esas preguntas. Le importaba lo que ella enfrentaría en los días venideros. Se preocupaba por ella. Y mostró su cuidado de una manera práctica, al hacer provisión amorosa y adecuada para ella a través de Juan, el discípulo amado, que estaba de pie con María en la cruz.[25]

Él le dijo a su madre:

«Mujer, aquí está tu hijo».

Luego dijo al discípulo:

“Aquí está tu madre” (Juan 19:26-27)

En medio de la realización de la obra más importante de la historia del mundo, Jesús no pasó por alto lo que otros podrían haber considerado una tarea relativamente insignificante: atender las necesidades futuras de su madre. Y se esforzó por confiarla al cuidado de alguien aún más cercano que un hijo natural. Alguien que Él conocía y que compartiría su fe y su amor por Él. Que amaría y honraría a quien lo había amado y honrado durante toda su vida terrenal. Que la protegería, proveería para ella y satisfaría sus necesidades cuando Él ya no estuviera físicamente presente con ella.

“No os dejaré huérfanos”, había prometido Jesús a sus amigos más cercanos cuando se acercaba el momento de su muerte y su partida de esta tierra (Juan 14:18). Ahora, como hijo amoroso, le dijo lo mismo a su madre. Y te dice lo mismo a ti.

Cuando te alejas de las fuentes de provisión con las que has contado, de las comodidades que has anhelado, puedes estar seguro de que Jesús siempre, siempre proveerá lo que necesitas para cada etapa de tu vida.

Todo lo que te falta, todo lo que necesitas, todo lo que anhelas, Él lo sabe y se preocupa por ello. Él cuidará de ti.

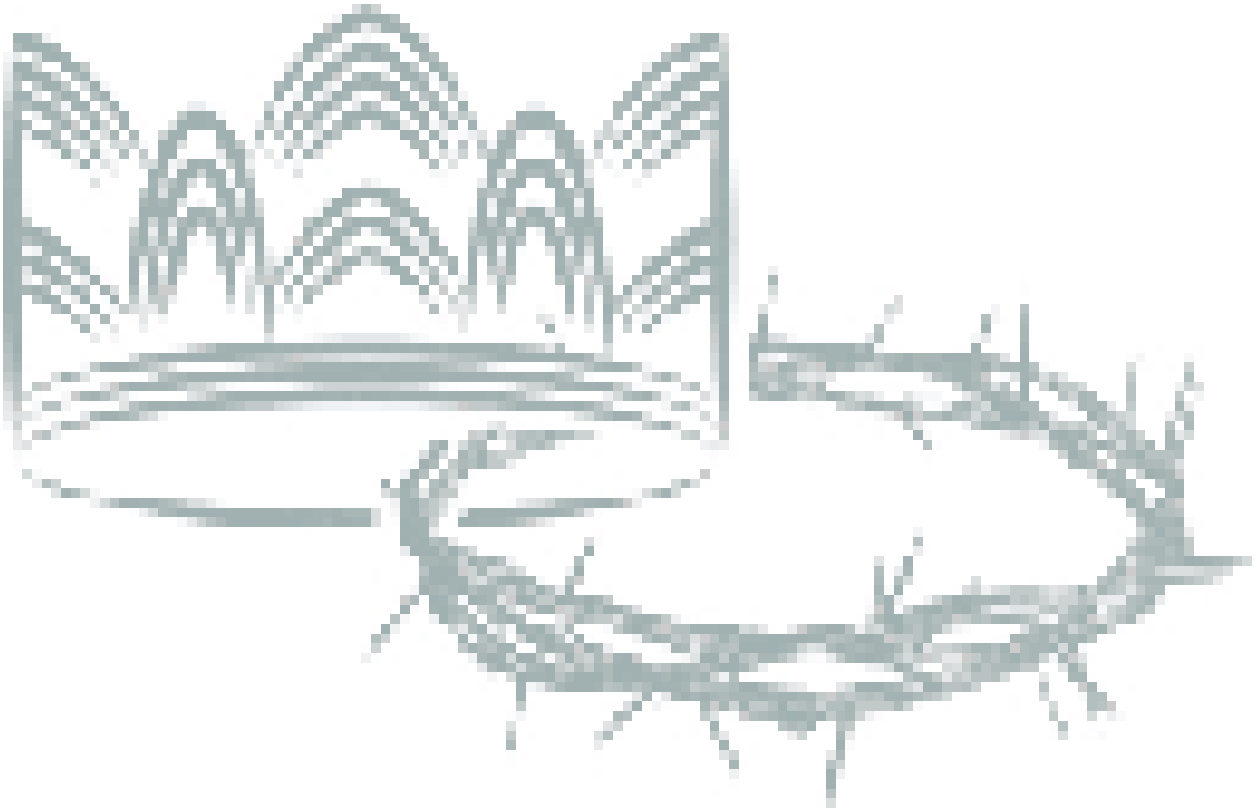
Desde la cruz, hasta donde estás tú.

¿En qué áreas o épocas de tu vida te has sentido a veces apartado del cuidado y la atención de Cristo? ¿De qué manera la devoción de Jesús a su madre reconforta y tranquiliza tu corazón?

¿De qué manera el atender las necesidades prácticas de los miembros de la familia que Él ha confiado a su cuidado glorifica a Dios y hace que el evangelio sea creíble?

Jesús, me asombra tu tierno y atento cuidado por quienes amas. Gracias por asumir la responsabilidad de cada área de nuestras vidas, por la manera en que organizas y atiendes las necesidades y los detalles más pequeños, y por la seguridad de que nunca habrá un momento en que no se nos provea lo necesario. Que no descuide ni me resienta el cuidar de aquellos por quienes soy responsable.

AMÉN.



Día 33

Conexiones familiares

La Palabra de Devoción, Parte 2

"El que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre."

—MATEO 12:50

Agrupados alrededor de la cruz ese día oscuro, en marcado contraste con la multitud furiosa e inquieta, se encontraba un puñado de espectadores cuyos corazones estaban destrozados y cuyos ojos estaban fijos en el Hombre suspendido en el medio, muriendo entre dos criminales convictos.

Allí estaba María, la madre de Jesús. Su hermana también estaba presente. La mayoría de los comentaristas, que han recopilado los distintos relatos de los Evangelios, creen que el nombre de esta mujer era Salomé, la esposa de Zebedeo y madre de dos de los discípulos de Cristo, Santiago y Juan.

Las Escrituras mencionan a otras dos mujeres presentes ese día, ambas llamadas María. María, la esposa de Cleofás, era quizás la madre de otro apóstol. Y luego estaba María Magdalena, a quien Jesús había liberado de una maraña de "siete demonios" (Lucas 8:2) y que se había convertido en una de sus fieles seguidoras de largo tiempo. Completando el grupo estaba Juan, "el discípulo a quien Jesús amaba" (Juan 19:26), quien al principio había huido por miedo con los otros miembros del círculo íntimo de Cristo, pero se había atrevido a regresar y permanecer en vigilia con los demás.

Jesús tenía una familia a su alrededor, pero más que una familia. Incluso aquellos que no tenían parentesco de sangre estaban conectados por algo más poderoso, más magnético, que la mera biología y los linajes. El único factor que mantenía a este grupo tan unido era el Hombre cuya sangre goteaba ahora de Sus manos, pies y costado, filtrándose por la cruz y manchando el suelo debajo de ellos.

Su amor, fe y creencia en Jesús fue lo que hizo que estos testigos fueran verdaderamente uno.

Verdaderamente familia.

Éste era el cuerpo unido —la familia compartida de creyentes— que Jesús estaba creando dando su vida. Esta nueva familia creada en la cruz no excluye los lazos de parentesco de las familias biológicas ni nos da permiso para ignorar sus necesidades. Más bien, multiplica y transforma nuestras relaciones familiares naturales, ampliándolas hasta convertirlas en una hermandad que evita que alguien sea abandonado o desatendido, huérfano o viudo, privado o invisible.

La distancia puede ser un obstáculo, la muerte puede intervenir, las decisiones egoístas pueden interrumpir, las circunstancias difíciles pueden causar inconvenientes. Pero dondequiera que estén los que pertenecen a Jesús, afectados por cualquier situación de la vida, hay otros miembros de su familia extendida que pueden abrazarlos, atender sus necesidades y brindarles la compañía de un corazón, una pasión y un propósito comunes.

Así, cuando Jesús bajó la mirada y vio los rostros familiares que lo miraban, la familia fue el lente a través del cual vio sus expresiones angustiadas. Luego hizo explícita la conexión:

A su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo».

A Juan, su discípulo amado: «Ahí tienes a tu madre» (Juan 19:26-27)

"Mujer". Para nuestros oídos modernos, esta manera de dirigirse a su madre puede sonar fría, pero Jesús ciertamente no le transmitió falta de respeto ni de amor a la mujer que lo había dado a luz. Tal vez evitó dirigirse a ella con el más familiar "Madre" para evitar que nos sintiéramos tentados a exaltar a María más allá de lo apropiado. Pero el lenguaje menos sentimental también insinúa nuevas líneas familiares que estaba trazando, y estaba atrayendo a todo Su pueblo dentro de esas líneas.

Jesús estaba deliberadamente estableciendo en sus mentes (y dejando instrucciones claras para nosotros también) que ahora existía en su reino un nuevo conjunto de relaciones primarias, más fuertes que los lazos de sangre. Dentro de la interconexión de su familia espiritual, cada uno de nosotros —quienquiera que sea— tiene más en común con aquellas personas cuya fe en Cristo se cruza con la nuestra.

En otras palabras, nuestros vínculos más valiosos en la vida se forjan en la cruz, se forman en torno a nuestra relación mutua con Jesús y están literalmente construidos para durar para siempre. Las responsabilidades que tenemos con nuestras familias físicas en amor y obediencia a Cristo se extienden también más allá de estas personas. Nosotros, como creyentes, tenemos un llamado aún más amplio a cuidar y ministrar a nuestros hermanos y hermanas en Cristo y a vivir con la confianza agradecida de que ellos también cuidarán de nosotros.

Estamos juntos en Él. Somos uno. Somos familia.

Así pues, aunque Juan no era hijo natural de María, recogió la directiva divina de Jesús al morir: "Desde aquella hora", informa el evangelio, "el discípulo la recibió en su casa" (Juan 19:27).

Cuán agradecida estoy por mis hermanos y hermanas espirituales, por mis madres y padres, por mis familias, que me han acogido bajo sus alas y me han llevado a sus corazones y hogares a lo largo de los años, particularmente en las décadas que pasé como mujer soltera, brindándome amistad, aliento, consejos prácticos y ayuda. ¡Y qué alegría ha sido abrir mi corazón y mi hogar a otras personas, cuidarlas, asegurarles Su amor y estar a su lado en momentos de desánimo o necesidad!

Cristo nos llama a ser su familia aquí en la tierra. Y todo esto surgió, todo surge, del cuidado y la devoción considerados que Cristo inició en medio del dolor y el peligro de la cruz. El vínculo familiar que Él desea para nosotros y que el mundo vea en nosotros es demasiado grande y amplio como para limitarse a un puñado de personas con las que compartimos un nombre y algo de ADN. Hemos sido reunidos y adoptados en una familia mundial y multigeneracional que solo el poder y la sangre de Cristo pudieron crear.

Nuestro trabajo es amar a nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

Nuestro privilegio es ser amados por ellos.

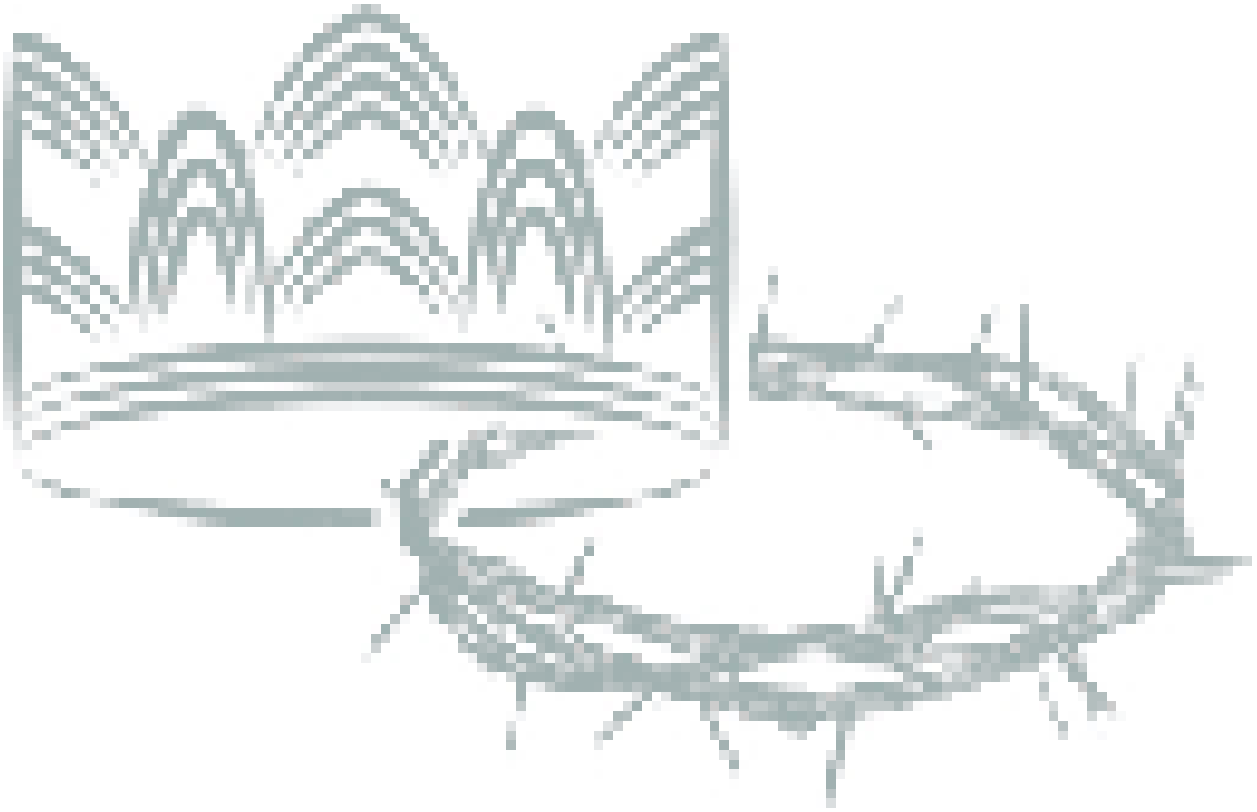
Si usted duda en acercarse a otras personas del pueblo de Dios para pedir ayuda práctica, oración y orientación, ¿qué podría estar impidiéndole hacerlo?

¿A quién podría el Espíritu de Dios abrirle los ojos para que lo note: alguien que necesita el cuidado de su conexión familiar compartida en Cristo?

Padre nuestro, qué maravilla es esto. Has formado a tu pueblo en una familia y me has invitado a ser parte de ella. Ayúdame a amar y ser devoto de tus hijos de la misma manera que Cristo se ha dedicado a nosotros y nos ha instruido para que

cuidemos de los demás. Gracias por estos hermanos y hermanas que me has dado. Que podamos honrarte a ti y a tu Hijo amándonos bien unos a otros.

AMÉN.



Día 34

¿Por qué?

La palabra del abandono, parte 1

¿Por qué estás tan lejos de salvarme, de las palabras de mi gemido?

—SALMO 22:1 NVI

Nueve am[26]

Durante las tres primeras horas que estuvo colgado en la cruz, rompió el silencio tres veces, oró pidiendo perdón para sus enemigos, aseguró al ladrón arrepentido que estaría con él en el paraíso y se ocupó del cuidado de su madre.

Las doce del mediodía.

De repente, justo cuando el sol estaba en su punto más alto en el cielo, una oscuridad total descendió sobre la tierra, representando dramática y visiblemente el juicio divino que cayó sobre Jesús durante esta fase tan dolorosa y difícil de su obra redentora.

Jesús ya había sufrido cruelmente a manos de los hombres. Ahora, durante las tres largas horas que precedieron a su último suspiro, la Luz del Mundo se sumió en una oscuridad profunda e insondable del cuerpo y del alma.

Las tres de la tarde

Durante la semana de la Pascua, los sacerdotes del templo habían estado hundiendo cuchillos en quizás cientos de miles de corderos pascuales para el sacrificio, y la sangre fluía desde el altar, bajaba por un barranco empinado y se escurría por un canal hasta el valle de Cedrón.[27] Y ahora, en la colina cercana del Gólgota, el Cordero pascual de Dios (1 Cor. 5:7) estaba muriendo por los pecados del mundo. La marea creciente de su agonía y sufrimiento había llegado a su punto máximo. Como predijo el profeta Joel, el sol se había oscurecido y Cristo Jesús ahora moriría.

rugido de Sión

y hará oír su voz desde Jerusalén. (Joel 3:15-16)

Durante esas horas antes del mediodía, Jesús había clamado por las almas y las necesidades de quienes lo rodeaban. Ahora, oculto a la vista tras el velo negro de una oscuridad insoportable, Jesús clamaba a Dios por su propia angustia del alma.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46 NVI)

No hay manera de que podamos comprender completamente la profundidad y el significado contenidos en estas palabras.

Ya ves, Jesús nunca, jamás, había estado separado de su Padre. Imagínatelo. Siempre había hecho la voluntad de Dios. La culpa y la vergüenza nunca le habían impedido ser bienvenido en la presencia del Padre. La cruz que había llevado durante gran parte de su vida (ser injuriado, rechazado, abandonado e incomprendido por otros) había sido más degradante y devastadora de lo que cualquiera de nosotros haya conocido jamás. Y, sin embargo, siempre había sabido (lo había sabido perfectamente) que el Padre era su refugio confiable y que nunca, jamás, lo alejaría.

Hasta ahora.

Hasta este asombroso momento de alienación y abandono.

Elizabeth Barrett Browning se refirió poéticamente a este llamado sin aliento de Cristo como "el grito huérfano de Emanuel". [28]

A menudo nos centramos en los aspectos fisiológicos y psicológicos de lo que Jesús sufrió, pero tengamos en cuenta que la crucifixión, aunque terriblemente cruel y arcaica para nuestros sentidos, era en realidad bastante común en la época romana. Miles y miles de personas fueron condenadas a muerte mediante esta horrenda forma de pena capital. Así que, si bien no se puede descontar el horrendo dolor que soportó Jesús al ser clavado en una cruz de madera, no fue la única persona que experimentó tal agonía. Lo que no debemos perder de vista es el hecho de que este sufrimiento físico fue minúsculo comparado con su sufrimiento espiritual: la separación de su Padre, la ruptura de su comunión.

Jesús había sido abandonado por sus semejantes. Incluso por sus discípulos. Pero nunca antes su Padre había estado lejos de Él, ni le había hecho oídos sordos o, peor aún, le había causado dolor activamente.

Quizás hayas oído decir que Dios, en el cielo, apartó su rostro de su Hijo en la cruz. Esto podría hacernos imaginar que Dios solo intervino pasivamente en el juicio de Cristo por nuestro pecado. Pero tengamos cuidado de no suavizar nuestra versión de los hechos para que suene más aceptable o menos severa de lo que realmente fue.

Por difícil que nos parezca esta realidad, la Escritura nos dice que "el Señor quiso quebrantarlo" (Isaías 53:10). El Padre puso sobre Jesús la maldición que nosotros merecíamos por nuestro pecado (véase Gálatas 3:10-13). Dios participó de manera activa, intencional y directa en imputar nuestro pecado a Su Hijo (véase 2 Corintios 5:21).

El Padre hizo esto.

El Padre de Jesús hizo esto.

Así que escuchemos nuevamente ahora el grito de Cristo en todo su horror y angustia:

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

"La palabra de abandono", así llamó Oswald Sanders a esta dolorosa sentencia. El grito del abandono total del Hijo por parte de su Padre al tomar sobre sí todos nuestros pecados.

Aunque fueron sus manos las que llevaron a cabo el horrible crimen, en última instancia no fueron ni los judíos ni los romanos quienes dieron muerte a Jesús. El Padre dio muerte a Su propio Hijo. Dios dirigió toda Su ira contra Jesús, haciendo llover una condenación que duraría toda la eternidad sobre Aquel que fue hecho "pecado por nosotros" (2 Cor. 5:21).

Sobre este Cordero sagrado y sacrificial.

Sí, al Señor le "agradó" hacer esto, es decir, cumplió su propósito de llevar a cabo la justicia divina de esta manera. Y, sin embargo, al mismo tiempo, no podría haber estado más complacido con su Hijo. Salvarnos de nuestro pecado es lo que Jesús había venido a hacer a la tierra, y eso fue precisamente lo que hizo. Se mantuvo fiel a su misión. Incluso al ser atacado por su Padre, al enfrentarse a la prueba máxima de fe, respondió con la máxima expresión de confianza y obediencia. Hizo exactamente lo que su Padre lo había enviado a hacer.

El sufrimiento de Jesús en la cruz no fue un "abuso divino infantil", como lo han calificado algunos detractores. Él soportó voluntariamente la ira de Dios por amor al Padre y por amor a nosotros, sabiendo lo que su sacrificio en nuestro lugar lograría por nosotros y también por Él. Así que "por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza" (Hebreos 12:2). Pero eso no cambia la devastadora realidad de lo que soportó por nosotros.

Resistiendo la retirada de su Padre.

No sólo sentirse abandonado, sino ser abandonado.

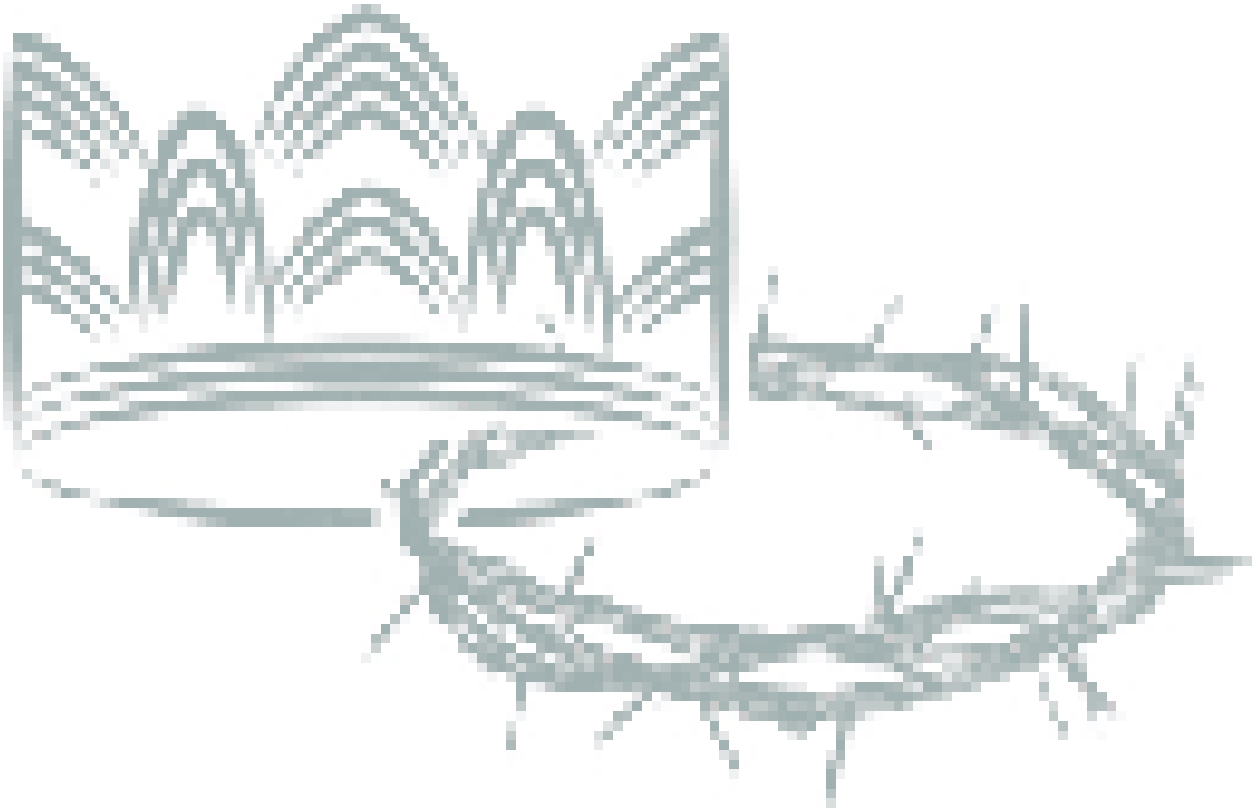
Tomando nuestro lugar, cueste lo que cueste.

¿Qué nos dice el abandono de Jesús en la cruz acerca de la naturaleza del pecado y de sus sufrimientos?

Si Jesús no hubiera sido abandonado, nosotros estaríamos abandonados para siempre. ¿Cómo debería afectar esto nuestra actitud hacia el pecado y hacia el Salvador?

Señor Jesús, ¿cómo puedo agradecerte lo suficiente por estar dispuesto a ser abandonado por tu Padre por mi causa, para que yo pudiera ser perdonado y recibido por Él? No soy digno de tal amor. Te adoro.

AMÉN.



Día 35

Orando Su Palabra

La palabra del abandono, parte 2

Dios mío, de día clamo, y no respondes; de noche, y no tengo reposo.

—SALMO 22:2

A lo largo de mis décadas de ministerio, innumerables personas han compartido conmigo historias dolorosas de su pasado. Entre las más desgarradoras se encuentran los relatos de personas heridas, maltratadas o abandonadas por uno o ambos padres. La mayoría de las veces, estos acontecimientos y las consecuencias resultantes hacen que a estos hijos adultos les resulte difícil confiar en Dios como Padre.

Para consolar a estos amigos y ayudarlos a encontrar sanación y esperanza, a veces los llevo a pasajes de las Escrituras como éste:

Aunque mi padre y mi madre me abandonen,

El Señor cuida de mí. (Salmo 27:10)

He aprendido que la Palabra de Dios, la verdad de Dios, puede mantenernos unidos cuando sentimos que nos desmoronamos.

La experiencia de Cristo en la cruz ilustra este principio, mostrando cómo la Palabra puede galvanizar nuestra fe, asegurándola en el fundamento de lo que Dios nos ha dicho, incluso cuando todo a nuestro alrededor nos dice algo diferente.

El grito de abandono de Jesús desde la cruz es particularmente elocuente en este sentido:

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Jesús no sacó estas palabras de la nada ni las soltó de su propio fluir de conciencia. Ya las conocía bien porque a lo largo de su vida terrenal las había estudiado y meditado en las Escrituras del Antiguo Testamento. No es de extrañar, entonces, que en su hora de mayor necesidad recurriera a la Palabra de su Padre en busca de palabras para orar. Y su desolación encontró una voz en este grito familiar de los Salmos:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, de las palabras de mi gemido? (Salmo 22:1 NVI)

"Dios mío, Dios mío…" Estas antiguas palabras de las Escrituras, pronunciadas siglos después por nuestro sufriente Salvador, resuenan no sólo como un grito desesperado, sino también como una expresión de fe sincera e inquebrantable. El salmista comienza su oración mirando hacia arriba, dirigiéndose a un Dios aparentemente ausente en quien confía que todavía está allí.

Jesús, en su agonía, también clamó a Dios. El rostro del Padre había quedado eclipsado, pero Jesús confiaba en que Él estaba allí y que era "mi Dios". Aun cuando clamaba con dolor y pena, abandonado temporalmente por Dios, no dudaba de la realidad y el carácter de su Padre. Como escribió Charles Spurgeon en su comentario sobre los Salmos: "¡Oh, si pudiéramos imitar esta adhesión a un Dios que nos aflige!".[29]

Muchos comentaristas creen que, mientras Jesús colgaba de la cruz, luchando por respirar, preparándose para soportar el dolor que atravesaba su cuerpo, pudo haber recitado mentalmente no sólo el primer versículo, sino todo el Salmo 22 (y quizás también los siguientes). No podemos estar seguros, por supuesto, pero la progresión de este antiguo himno judío ciertamente encaja con lo que estaba atravesando Jesús.

Por ejemplo, después de haber mirado primero a Dios, el salmista mira ahora a su alrededor, evaluando honestamente a los feroces enemigos que lo rodean:

Soy un gusano y no un hombre,

despreciado por la humanidad y despreciado por el pueblo.

Todo el que me ve se burla de mí;

se burlan y mueven la cabeza….

Los perros me han rodeado;

Una banda de malhechores me ha cercado;

Me horadaron las manos y los pies. (vv. 6–7, 16)

Estos versículos (y otros similares) son claramente proféticos de la experiencia de Jesús en la cruz.

Pero el salmista no sólo mira hacia arriba y alrededor; también mira hacia atrás, recordando a Dios sus misericordias hacia los santos de generaciones anteriores:

En ti confiaron nuestros antepasados;

Ellos confiaron, y tú los rescataste.

Clamaron a ti y fueron liberados;

Confiaron en ti y no quedaron avergonzados. (vv. 4-5)

Así también, cuando Jesús sufrió el alejamiento de su Padre en la cruz, seguramente estaba consciente de la historia de los tratos de Dios con su pueblo que confió en Él para salvarlos.

Pero el salmista no se centra en el pasado ni en el presente. Animado por la fidelidad de Dios en el pasado, mira hacia el futuro con la seguridad de que Dios también será fiel en el futuro:

Todos los confines de la tierra lo recordarán

y volveos al Señor.

Todas las familias de las naciones

se inclinará ante ti. (v. 27)

Sus descendientes le servirán;

A la próxima generación se le contará acerca del Señor.

Vendrán y declararán su justicia;

A un pueblo que aún no ha nacido

Ellos contarán lo que él ha hecho. (vv. 30–31)

Sabemos que Jesús también tenía puesta la vista en el resultado de sus sufrimientos —"el gozo que le esperaba" (Hebreos 12:2)—, como se afirma en este salmo que parece haber alimentado sus oraciones y cimentado su fe durante esas horas finales en la cruz. Las palabras del salmista, escritas siglos antes, encontraron claramente su cumplimiento máximo en la hora del sufrimiento y la muerte de Jesús.

En su proceso de morir, Jesús experimentaría algo que ninguno de nosotros, gracias a Dios, jamás experimentará. Por el bien de nuestra salvación, Él fue abandonado por Su Padre. Pero nosotros, que nunca seremos abandonados por Dios, podemos beber del mismo pozo bíblico que Él. Cuando nos encontramos en

una crisis, tentados a dudar, cuando nuestras emociones se sienten tensas hasta el punto de ruptura, Su Palabra escondida en nuestros corazones nos asegura que nuestra Roca se mantendrá firme, porque

Él mismo ha dicho: Nunca te dejaré ni te abandonaré.

Por lo tanto, podemos decir con valentía:

El Señor es mi ayudador;

No tendré miedo

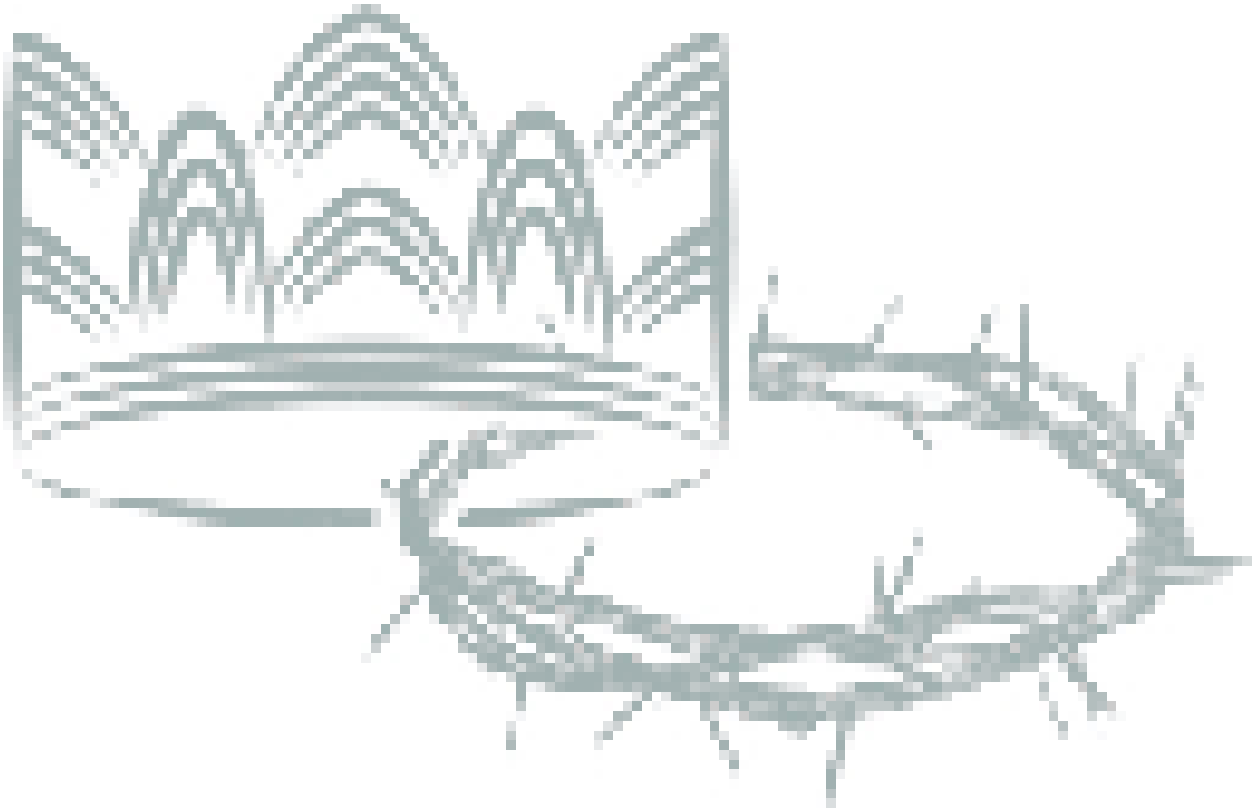
¿Qué me puede hacer el hombre? (Hebreos 13:5-6)

¿Qué medidas prácticas podría tomar para tener la Palabra de Dios más accesible y presente en su mente cuando enfrenta pruebas?

Cuando estás angustiado y te sientes abandonado, ¿cómo puede el repasar las Escrituras y orarlas a Dios encender la fe y fortalecer tu corazón?

Padre celestial, tu Palabra nos asegura que nunca nos dejarás, nunca nos abandonarás. Nos asegura que eres fiel a mil generaciones de quienes te aman e invocan tu nombre. Ayúdame a confiar en ti y en tus promesas sin importar lo que otros me hagan.

AMÉN.



Día 36

Medios para un fin

La Palabra de Agonía, Parte 1

Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura.

—JUAN 19:24

“Tengo sed.”

Es la más breve de las siete declaraciones que Jesús hizo desde la cruz. También está entre las últimas, una de las últimas cuatro “palabras” aparentemente pronunciadas muy juntas justo cuando Su vida se acercaba al final. Solo le quedaban por beber las últimas gotas de la copa del sufrimiento.

Su “palabra de abandono” (“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”) había abordado el aspecto espiritual de su sufrimiento, con mucho la parte más significativa y severa de su terrible experiencia en la crucifixión. Las declaraciones anteriores abordaron sus relaciones terrenales. Sólo ahora, cuando se acercaba al final de su batalla de seis horas contra un dolor insoportable, dijo una sola palabra registrada sobre el aspecto físico de su sufrimiento. Pero esta dimensión no era en absoluto insignificante. Uno de los efectos de la crucifixión fue la deshidratación intensa, y la sed extrema fue una de las peores formas de angustia física.

¡Qué paradójico era que el Creador de los océanos, los ríos y la lluvia, el que envió un diluvio para cubrir la tierra, el que hizo que el agua brotara de una roca para los hijos de Israel en el desierto, ahora sufriera sed! Era una evidencia de su humanidad. Dios como Espíritu no tiene sed, pero Dios en carne humana, Jesús, sí la tenía. Él experimentó plenamente todas las debilidades de nuestra humanidad aparte del pecado.

Y así como su grito de dolor espiritual estaba ligado a la Escritura, ahora también lo estaba su expresión jadeante de dolor físico:

Sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed» (Juan 19:28 NVI).

“¿Para que se cumpliera la Escritura”? Sí. Numerosas profecías del Antiguo Testamento se habían cumplido a lo largo de toda Su vida y ministerio, desde Su nacimiento de una madre virgen en Belén hasta Su entrada triunfal en Jerusalén y las treinta piezas de plata por las que Judas lo traicionó. E incluso aquí, en este último día, aquí en la cruz, los acontecimientos no estaban sucediendo al azar. El clavado de Sus pies y manos, el juego de Su ropa, todo se estaba dando de acuerdo con el plan de Dios. Cada palabra dicha de Su vida terrenal en las Escrituras se había cumplido.

Todo excepto aquello que ahora estaba experimentando:

Mi fuerza se ha secado como el barro cocido;

Mi lengua se pega al paladar.

Me pusiste en el polvo de la muerte. (Salmo 22:15)

Estoy cansado de llorar;

Tengo la garganta reseca. (Salmo 69:3)

Me dieron hiel por comida,

y para mi sed

Me dieron a beber vinagre. (Salmo 69:21)

Hasta el final, la vida (y la muerte) de Jesús estuvo marcada por su profundo respeto y reverencia por la Palabra de Dios. Se preocupó mucho no sólo de obedecerla, sino también de cumplirla. Así, cuando se acercaba su muerte, avivó las últimas brasas de su fuerza. Levantó su cuerpo, empujando hacia abajo el tejido violentamente inflamado de sus pies y tobillos desgarrados, y convocó el aliento justo para que su voz fuera audible. Y pronunció las palabras "Tengo sed", cumpliendo así esta profecía mesiánica restante.

Esto me lleva a preguntarme: ¿A usted y a mí nos importan tanto las Escrituras? ¿Amamos la Palabra de Dios tan profundamente? Cuando sufrimos físicamente (o de cualquier otra manera, en realidad), ¿nos concentramos en reflejarlo bien? ¿Honramos Su Palabra en nuestras respuestas?

Por ejemplo, en 1 Pedro 5:7 se nos dice que debemos "echar sobre él toda vuestra ansiedad, porque él tiene cuidado de vosotros". Cuando estamos bajo presión, cuando nos enfrentamos a más de lo que creemos que podemos manejar, ¿demostramos a quienes nos rodean cómo es confiarle a Dios nuestras preocupaciones? ¿Les damos la oportunidad de ver cuán maravillosamente Él se ocupa de nuestros problemas?

Y luego está el tema de la gratitud. 1 Tesalonicenses 5:18 nos exhorta a "dar gracias en todo". Cuando nos sentimos superados por las dificultades, cuando pensamos que nos están tratando y hablando injustamente, ¿estamos dispuestos a cumplir con esta Escritura? ¿Mostramos la gratitud poco común que la Palabra de Dios dice que es posible para Sus hijos?

Lo confieso: cada vez que soy yo quien habla de tener sed, hambre o cansancio, tiendo a decirlo con un tono quejoso. Pienso sobre todo en mí y en cómo me siento, en cómo mi vida en ese momento no me está dando lo que quiero. No lo digo como lo dijo Jesús, con la intención de manifestar a los demás la fiabilidad de la Palabra de Dios.

"Tengo sed."

Dijo estas palabras, y apareció una esponja mojada en el "vinagre" (Juan 19:29) que estaba allí para que bebieran los soldados. Alguien empapó una esponja en el avinagrado, pinchó el bollo sucio con el extremo afilado de una rama de hisopo y lo acercó a la boca de Jesús. ¿Quién sabe por qué la persona se sintió impresionada de hacerlo? Era la única cosa parecida a la bondad que alguien había hecho por Él durante esta odisea de seis horas. Lo que ese individuo no sabía es que estaba involucrado en el cumplimiento de una profecía de mil años de antigüedad de la Palabra de Dios todopoderoso.

Pero Jesús lo sabía. Por eso lo dijo. Y a medida que nos volvemos más y más como Él, desearemos que la Palabra de Dios se cumpla en nosotros y a través de nosotros.

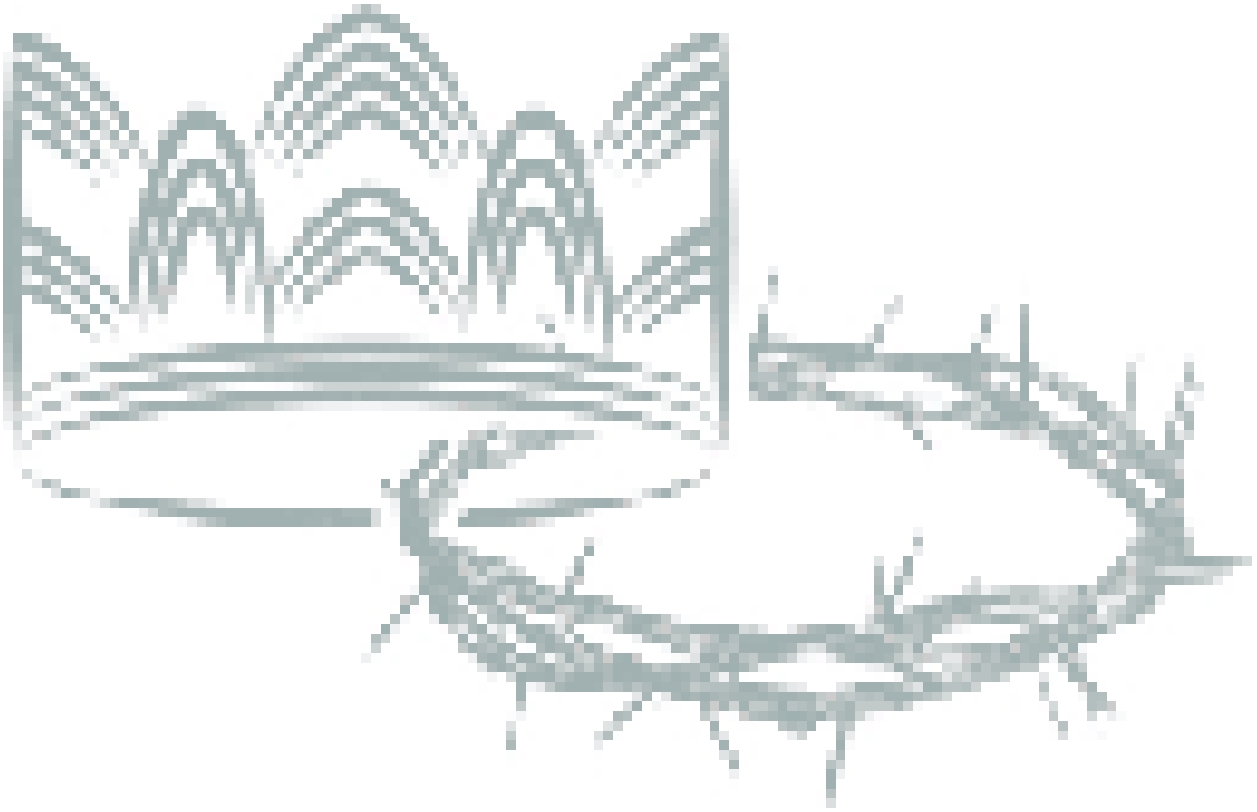
En todo tiempo. Para su gloria.

¿Qué circunstancias actuales te están causando dificultades? ¿Cómo reaccionarías de manera diferente si tu deseo fuera comprobar que la Palabra de Dios es verdadera en medio de ellas?

¿Cómo ha visto a otros vivir el corazón de las Escrituras cuando están en apuros, y cómo le ha afectado esto a usted?

Señor, gracias por darme Tu Palabra, para hablarme, guiarme, instruirme e inspirarme. Que nunca descarte ni desestime su mensaje, pensando que es poco práctico, inaplicable o imposible de implementar. Más bien, ayúdame a ver cada circunstancia que permites en mi vida como una oportunidad para comunicar Tu verdad a quienes me rodean, como lo hizo Jesús.

AMÉN.



Día 37

Sed que muere, agua viva

La Palabra de Agonía, Parte 2

«Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.»

—JUAN 7:37

Jesús había estado sediento durante mucho tiempo antes de su grito de sed agonizante cerca del final de su terrible experiencia. En un período de veinticuatro horas (a través de los acontecimientos en Getsemaní, su juicio y su crucifixión), había perdido muchos fluidos corporales, tanto sudor como sangre. Y, sin embargo, también había rechazado al menos un intento de aliviar su malestar.

Quizás recuerdes ese momento, más temprano ese día, cuando los soldados encargados de la ejecución "querían darle vino mezclado con mirra" (Marcos 15:23), o "mezclado con hiel", como dice otro evangelio (Mateo 27:34). Pero a pesar de su sed, Jesús se había negado a beber el brebaje.

¿Por qué?

El contenido mezclado de esta bebida tenía como finalidad actuar como sedante, para aliviar el dolor paralizante que sufrían todas las víctimas de la crucifixión. Sospecho que se les ofrecía a los prisioneros principalmente para que dejaran de gritar de forma irritante, pero, independientemente de la motivación, ofrecía cierto alivio.

Si yo estuviera en el lugar de Jesús, soportando una agonía física tan intensa, sospecho que aceptaría cualquier cosa que alguien me ofreciera para aliviar la incomodidad vertiginosa. ¿No lo haría usted? Pero Jesús no estaba interesado en aliviar su sufrimiento, sino sólo en cumplir su misión: amar y obedecer al Padre y sacrificar su vida por nosotros. Por eso había rechazado la poción para calmar el dolor. Quería estar en plena posesión de sus sentidos (para experimentar la copa llena del sufrimiento y pagar completamente el precio de nuestro pecado) y mantener su mente clara (para meditar en las Escrituras y orar).

Sólo ahora, cuando sus sufrimientos estaban a punto de terminar y la copa de la ira de Dios casi se había vaciado, clamó por su sed. Sólo entonces aceptó una medida de alivio: una esponja mojada en vino agrio (probablemente vino barato que usaban la gente común y los soldados, muy diluido con agua) humedeció eficazmente sus labios resecos y le permitió dar un último grito triunfal antes de morir.

En realidad, es una demostración asombrosa de autocontrol que sólo una vez durante esas seis horas insoportables en la cruz, Él clamó por su sufrimiento

físico. No había tenido comida, ni agua, ni analgésicos, ni alivio para sus apetitos y necesidades humanas, todo mientras estaba separado de la comunión con el Padre. Y lo hizo por nosotros, que tendemos a estar tan preocupados por satisfacer nuestras necesidades y satisfacer nuestros antojos que nos resulta difícil negarnos a nosotros mismos, incluso por un breve tiempo.

La sed física de Jesús, por supuesto, reflejaba la sed que experimentaba su alma. En su súplica desde la cruz, casi podemos oír el grito lastimero del Salmo 42:

Como el ciervo anhela las corrientes de agua,

Así que te anhelo, Dios.

Tengo sed de Dios, del Dios vivo.

¿Cuándo podré venir y presentarme ante Dios? (vv. 1–2)

Había caminado por esta tierra durante treinta y tres años. Había soportado la censura y el desprecio que acompañaban a su llamado divino. Lo había hecho a la perfección, con mucho dolor, y finalmente estaba a centímetros y minutos de la meta. Así que anhelaba volver a casa. Anhelaba a Dios.

Sufriendo aquí en carne humana, abandonado por Dios, Jesús estaba muriendo para ser restaurado a la comunión con Su Padre. Ningún sabor terrenal ni ningún tranquilizante podían ofrecerle lo que sólo los tesoros del cielo podían proporcionar. Y si tú y yo esperamos sentir alguna vez ese tipo de satisfacción interior, debemos recibir esa misma realidad también a través de nuestras mentes. Nada, nada, satisface como Él satisface. Así que Jesús, el hombre, tenía sed de Dios.

Mientras Jesús sufría, soportó los tormentos del infierno, uno de los cuales es la sed insaciable. Me sorprende el contraste entre la admisión de Jesús de tener sed desde la cruz y la de otro hombre en las Escrituras que se quejó de tener sed desde el más allá. Jesús una vez contó la historia de un hombre rico que festejaba "cada día abundantemente" (Lucas 16:19), pero murió una muerte incrédula y se

encontró “en tormento en el Hades” (v. 23). Atrapado allí en eterna angustia, clamó a través de la división: “¡Ten misericordia de mí y envía a Lázaro [el “pobre” de la parábola] para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy en agonía en esta llama!” (v. 24).

Allí estaríamos tú y yo, muriendo de sed por toda la eternidad, si Jesús no hubiera soportado estas horas de separación de Dios por nosotros. Su grito de sed reflejó la angustia de Su alma mientras probaba el fuego del juicio de Dios para toda la humanidad. Tenía sed por nosotros.

Jesús soportó una intensa sed física en la cruz para que nuestra sed espiritual pudiera ser aliviada y satisfecha. Él nos ha dado “agua viva” para beber, uno de los dones del evangelio, otorgado a los corazones sedientos y creyentes.

“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de lo más profundo de su ser correrán ríos de agua viva” (Juan 7:37-38).

La sed de nuestro corazón jamás será saciada por nadie ni por nada que no sea Jesús. Así que “el que tenga sed, venga” (Apocalipsis 22:17), porque Jesús ya tuvo sed por nosotros. “El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (v. 17), porque Jesús es el agua de vida que satisface de manera plena, profunda y eterna nuestras almas anhelantes.

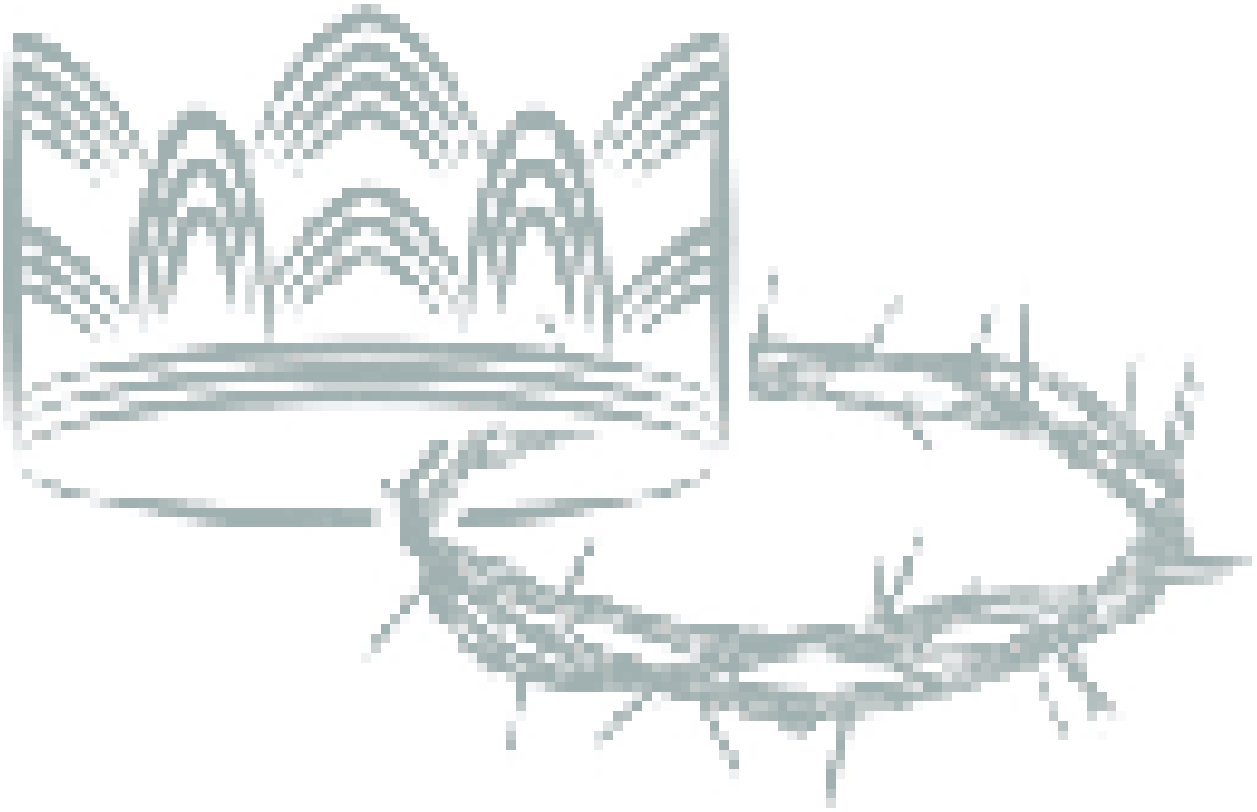
¿De qué manera has encontrado que el alivio y los recursos de este mundo son insatisfactorios e insuficientes para saciar la sed de tu alma?

¿Cómo has experimentado la capacidad de Jesús para satisfacer los anhelos de tu corazón con Su “agua viva”?

Te doy gracias, Señor Jesús, por todo lo que soportaste por nosotros. No soy digno. Yo debería haber sido el que tenía sed en la cruz. Pero Tú soportaste la sed en Tu cuerpo, así como la separación de Tu Padre y el tormento insaciable del infierno,

para que yo pudiera ser lleno de agua viva. Te alabo, Señor, por este don inefable. Tengo sed solo de Ti.

AMÉN.



Día 38

Dando el toque final

La Palabra de Triunfo, Parte 1

"Yo te he glorificado en la tierra. He acabado la obra que me diste que hiciera."

—JUAN 17:4 NVI

Se cuenta la historia de un magnate de negocios y político del siglo XIX que gritó en su lecho de muerte: "¡Tan poco hecho, tanto por hacer!".

Cuán sorprendentemente diferente fue el sentimiento expresado por nuestro Salvador en oración mientras se acercaba el momento de morir, afirmando que había completado la obra que su Padre le había dado para hacer en la tierra (Juan 17:4).

Si pudiera decir eso al final de mi vida terrena, seguramente podría cerrar los ojos en paz.

No importa cuánto tiempo me quede en la tierra, no será suficiente para completar todo lo que quiero hacer: todos los planes, sueños y proyectos que han llenado mis listas de cosas por hacer desde que tengo memoria. Y seguramente nunca podré terminar todas las cosas que otras personas me han dicho o pensado que debería hacer. Probablemente te sientas identificado. Pero ¿no te gustaría decir conmigo (no nos encantaría a todos decir con el Señor Jesús) que completamos todo el trabajo que nuestro Padre nos dio para hacer durante nuestro tiempo en esta tierra?

Hay una palabra para ese sentimiento: tetelestai!

Y Jesús, en los últimos momentos de su vida, fue capaz de rugir en triunfo.

¡Tetelestai! Ese verbo griego, tal como aparece en el evangelio de Juan (19:30), puede ser verdaderamente la palabra más grandiosa jamás pronunciada en la historia de la humanidad. La mayoría de nuestras Biblias en inglés lo traducen con tres palabras:

"Está terminado."

Algunos incluso lo subrayan con un signo de exclamación, y con razón. Los relatos paralelos de Mateo y Marcos, aunque ninguno de ellos incluye esta palabra

exacta, describen a Jesús clamando “a gran voz” (Mateo 27:50), lanzando “un fuerte grito” (Marcos 15:37).

¡Está terminado! De todas las tareas que se han llevado a cabo en todos los siglos de la civilización humana, ninguna fue más imposible de lograr, y sin embargo más perfectamente realizada, que la vida que llevó Jesús. Él vino a la tierra con una misión y la cumplió exactamente como estaba planeado.

Ahora bien, dependiendo de cómo se lea e interprete, esta traducción al inglés podría entenderse de maneras completamente diferentes:

• “Se acabó” podría sonar como alivio: “¡Uf! ¡Por fin!”, dijo con un gran suspiro. “¡Estoy tan feliz de que haya terminado!”.

• “Consumado es” podría sonar como desesperación, dicha más bien con un gemido, dando la impresión de estar completamente deshecho por todo este asunto.

• “Consumado es” podría sonar como una derrota, dicha como una concesión al fracaso, como si Él hubiera intentado hacer lo mejor que pudo, pero al final, bueno, simplemente había sacado lo mejor de Él.

Pero ¿es eso lo que se supone que debemos oír en su voz? ¿Alivio? ¿Desesperación? ¿Derrota?

¡De nada!

Tetelestai es una forma del verbo griego teleō, que significa “poner fin, completar, lograr”.[31] *Significa “terminar… llevar a cabo una cosa hasta el final”.*[32]

Intenta situarte en ese momento antes de que Jesús dé su último suspiro en la cruz. El cielo está negro en pleno mediodía. Tal vez el viento se esté levantando. Hay una intensidad cargada en el aire. De repente, la "voz fuerte" de Jesús resuena por encima del estruendo murmurante de los soldados que se arremolinan, por encima de los sollozos apagados de las pocas personas que están al alcance del oído y que lamentan su trato cruel e inmerecido.

"Está terminado."

¡Terminado! ¡Es un grito de júbilo! ¡El grito de un vencedor! F. W. Krummacher capturó su poder en su maravilloso libro, El Salvador sufriente:

Estas son las palabras más grandes y trascendentales que se hayan pronunciado jamás sobre la tierra, desde el principio del mundo… Es un grito de triunfo que anuncia al reino de las tinieblas su completa destrucción y al reino de los cielos sobre la tierra su establecimiento eterno… Escuchen, y les parecerá como si en las palabras "¡Consumado es!" oyeran que se rompen los grilletes y caen los muros de las prisiones. Al oír estas palabras, barreras tan altas como el cielo son derribadas, y puertas que habían estado cerradas por miles de años vuelven a girar sobre sus goznes.[33]

Jesús siempre se había tomado en serio el propósito por el cual había sido enviado a la tierra. Lo escuchamos en sus primeras palabras registradas cuando estaba en el templo a la edad de doce años, hablando con sus preocupados padres: "¿No sabían que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?" (Lucas 2:49 NVI).

Se había concentrado en ese asunto durante toda su vida terrenal. Y ahora, unos veinte años después de esa visita al templo, Jesús daba testimonio de que había

cumplido con cada una de las tareas que Dios le había encomendado. Había sanado a todas las personas que debía sanar, había entregado todos los mensajes que debía dar, había cumplido todas las profecías relacionadas con su ministerio terrenal. Y lo más importante, había ofrecido su vida como sacrificio por los pecadores.

Tetelestai es una palabra que un siervo del primer siglo podría haber usado cuando había completado la tarea que le había asignado su empleador. Ahora Jesús la usó para informar que la obra de su vida en la tierra había terminado. En su grito de "Consumado es", podemos escuchar la alegría de una misión cumplida. No había llevado a cabo todas las tareas que otros podrían haber deseado de Él, pero había tenido éxito en todo el propósito para el cual su Padre lo había enviado a la tierra.

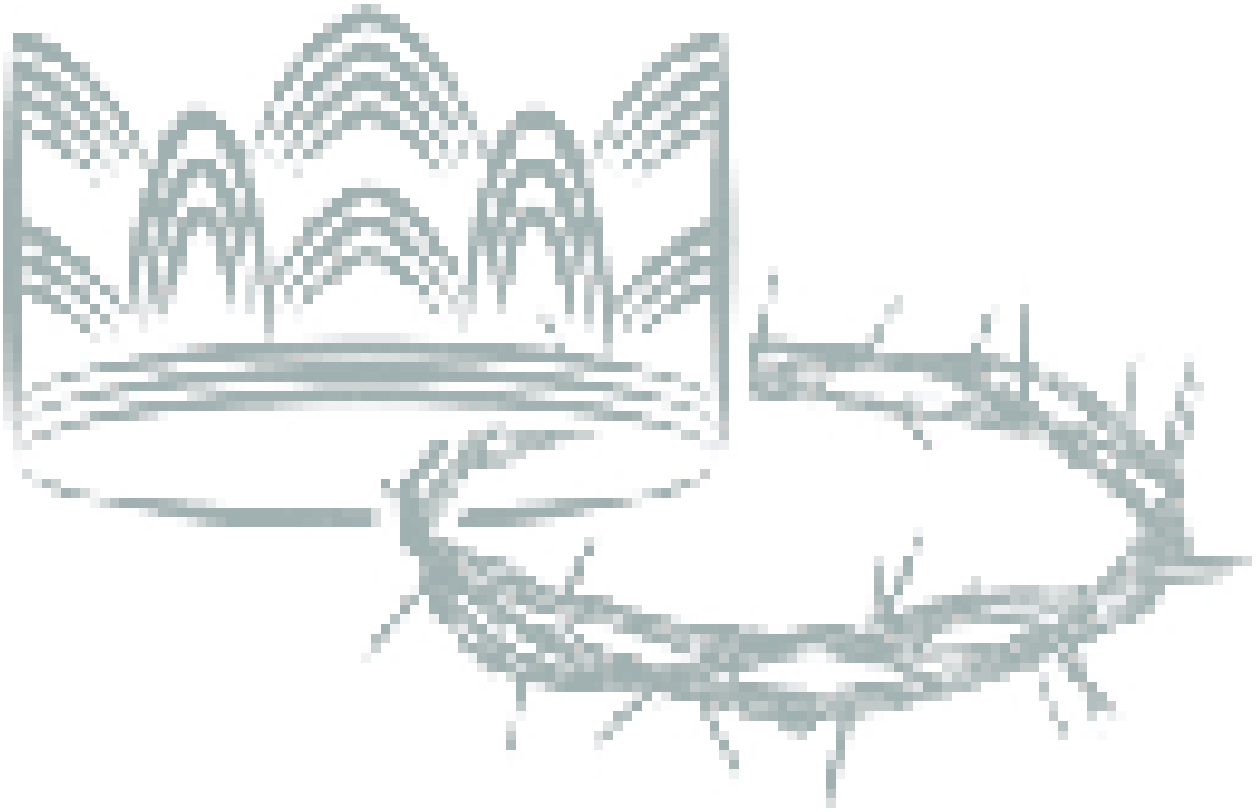
¿Qué significa eso para nosotros? Para empezar, significa que no tenemos que hacer todo lo que nos sentimos presionados a hacer durante nuestro breve período en este planeta. Nuestra tarea es completar lo que Él nos da para hacer. Y nuestro Salvador resucitado vive dentro de nosotros para hacer posible que sepamos, cuando lleguemos al final de nuestro viaje terrenal, que lo hemos glorificado al hacer precisamente eso.

¿De qué manera tiende usted a medir el éxito en la vida según sus propios estándares o los de otra persona?

¿Cómo podría afectar su forma de pensar, sus decisiones y su vida diaria el concentrarse en completar el trabajo que Dios le ha encomendado?

Padre, cuán agradecido estoy por la fidelidad y obediencia a tu llamado que Jesús demostró a lo largo de toda su vida. Ayúdame a discernir y llevar a cabo tus tareas durante el tiempo que me hayas puesto en esta tierra. Que seas glorificado a través de mi vida.

AMÉN.



Día 39

Una actuación completa

La Palabra de Triunfo, Parte 2

Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.

—ROMANOS 8:1 NVI

“Consumado es” (tetelestai) es, en realidad, un mundo de palabras. El gran predicador del siglo XIX Charles Spurgeon, sin exagerar en lo más mínimo, dijo: “Se necesitarían todas las palabras que alguna vez se dijeron, o que alguna vez se puedan decir, para explicar esta única palabra”. [34]

Para entender mejor la riqueza de tetelestai, las múltiples facetas de “Todo está terminado”, tomemos un momento para considerar lo que estaba terminado. En la lectura de ayer vimos que Jesús había terminado la obra que Dios lo envió a hacer en la tierra, de manera muy similar a como un sirviente o empleado le informa a su amo al completar una tarea: “¡Todo está terminado!”.

Sin embargo, a pesar de la importancia de este logro de toda una vida, esto todavía no explica la totalidad ni la enormidad de tetelestai. A continuación se presentan varios ejemplos de lo que abarcó Su obra terminada y lo que significa para nosotros:

1. “¡Todo está cumplido!” significaba que el sufrimiento de Jesús había terminado. Esto nos asegura que nuestro sufrimiento terrenal algún día también terminará.

Desde el momento en que dejó la gloria del cielo para venir a esta tierra, Jesús no fue ajeno al sufrimiento. El Creador del mundo se convirtió en un niño necesitado nacido en un establo. De niño fue perseguido por Herodes y obligado a huir a Egipto con sus padres. De adulto, experimentó a menudo agotamiento, soledad, necesidad física y amenazas personales. Sus enemigos lo confrontaron, ridiculizaron y marginaron, sus amigos lo traicionaron y lo abandonaron. Finalmente, en la cruz, apuró toda la copa del sufrimiento hasta que no quedó ni una gota. Se lo había terminado todo.

¡Qué consuelo debería ser esto para nosotros! Un día, debido al sufrimiento que Él soportó por nosotros, podremos decir también a nuestro sufrimiento: “Está consumado”. No más lágrimas, no más dolor, no más enfermedades, no más

relaciones rotas, no más muerte. El dolor, la tristeza y las ansiedades de esta vida, aunque graves y perturbadoras en el presente, serán menos que un recuerdo borroso. Al asignar una fecha de vencimiento a todo sufrimiento, Jesús nos ha garantizado una eternidad gozosa y sin dolor.

2. "¡Consumado es!" significaba que el precio del pecado había sido pagado en su totalidad. Como resultado, ya no se requiere ningún pago más por nuestro pecado.

"La paga del pecado es muerte" (Rom. 6:23). Ese es el precio que merecíamos pagar. Pero la buena noticia del evangelio es que Jesús lo pagó todo. Dios quedó completamente satisfecho con el precio de la sangre de Jesús. Si nosotros tratáramos de añadir algo de nuestro propio esfuerzo a esta obra, sería como si un amigo generoso pagara nuestra hipoteca, pero luego volviera al banco mes tras mes para intentar hacer otro pago. No, tu deuda por el pecado ha sido pagada en su totalidad. Está terminada.

3. "¡Consumado es!" significaba que el plan eterno de redención ya estaba completo. No tenemos nada más que hacer para ser rescatados de la ira de Dios.

Dios no espera que hagamos nada más para ganarnos un lugar en su mesa. Jesús ya lo ha reclamado por nosotros. En Él se ha cumplido la obra de salvación. Se ha cumplido cada exigencia de la justa ley de Dios. La tormenta de la ira de Dios hacia nosotros se ha disipado, Su justicia está plenamente satisfecha. La puerta al paraíso está abierta sin obstáculos ni barreras que nos impidan disfrutar de una comunión plena con Él como Sus hijos e hijas. Puesto que "está consumado", nuestra redención es un hecho consumado. Todo lo que podemos hacer es recibirla humildemente en arrepentimiento y fe.

4. “¡Consumado es!” significaba que el antiguo pacto había terminado. Por lo tanto, ya no necesitamos cumplir con esas pesadas normas y rituales.

Los adoradores del Antiguo Testamento estaban muy familiarizados con las interminables ordenanzas que se requerían para lidiar con su pecado y su culpa: presentarse ante el sacerdote, realizar lavamientos ceremoniales, matar animales, derramar sangre, ofrecer sacrificios. Una y otra vez. Pero como explicó el autor de Hebreos, estos rituales eran “símbolos del tiempo presente” (Hebreos 9:9), destinados a señalar la obra de Cristo en la cruz. Nuestro incomparable Jesús, el Cordero de Dios, el Sacrificio aceptable, nuestro gran Sumo Sacerdote, reemplazó esos símbolos y sombras con la realidad de la redención. Así que ya no tenemos necesidad de interminables y elaborados rituales para encargarnos de nuestro pecado.

5. “Consumado es” significaba que la batalla contra Satanás y el pecado había sido ganada. Nuestro peor enemigo ahora es un adversario derrotado.

Imaginemos la victoria que Satanás creyó haber obtenido cuando vio a Jesús clavado en la cruz. Cómo debió regodearse: «¿Consumado es? ¡Ja! ¡Consumado en verdad!». Pero Satanás se equivocó por completo, porque él era el que estaba acabado.

Sí, el diablo todavía acecha, “ronda como león rugiente, buscando a quién devorar” (1 Pedro 5:8). Pero Cristo se hizo hombre “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo, y librar a todos los que durante toda la vida estaban sujetos a servidumbre por el temor de la muerte” (Hebreos 2:14-15). El que tenía el imperio de la muerte fue derrotado

por Aquel que lo despojó de su poder al morir. Y el enemigo perdió su ventaja sobre nosotros para siempre.

El fin del sufrimiento. El pago total de nuestra deuda de pecado. La culminación del plan redentor de Dios. El fin de los símbolos del antiguo pacto. La victoria sobre Satanás. Tetelestai significa estas cosas y mucho más. En las palabras del clásico himno de Pascua,

La obra redentora del amor está hecha, ¡Aleluya!

Peleé la pelea, gané la batalla, ¡Aleluya![35]

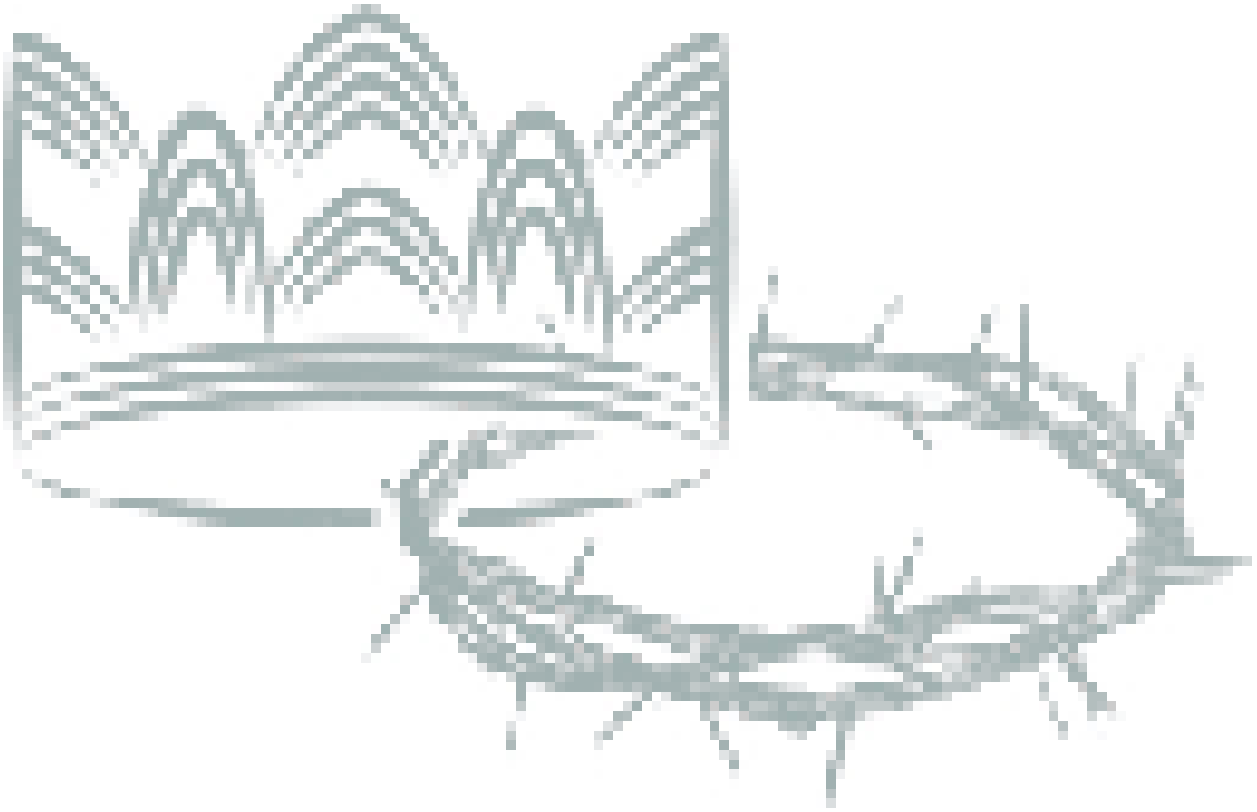
"Todo está consumado", en verdad. ¡Aleluya! Amén.

¿Hay algún aspecto de tu vida en el que a veces te encuentras intentando hacer algo que Jesús ya ha terminado por ti? Por fe, agradece a Dios por la obra terminada de Cristo en ese aspecto.

¿Cuándo eres más susceptible a dudar de que Dios te acepte? ¿Cómo animarías a otro creyente que se sintiera así?

Padre, gracias porque en Cristo todo se ha completado para garantizar que podamos tener una relación eterna y justa contigo. Ayúdame a recibir tu provisión y a no perder mi paz cediendo a la duda o al miedo o tratando de llevar a cabo la obra que Jesús ya ha terminado.

AMÉN.



Día 40

En sus manos

La Palabra de Confianza, Parte 1

Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

—LUCAS 23:46 NVI

Regresemos conmigo a Getsemaní, menos de veinticuatro horas antes de los momentos finales de Jesús en la cruz.

Jesús está orando. Sus discípulos duermen. Gotas de sangre se forman en su frente mientras los pasos de Judas se acercan, rodeado por un destacamento de la policía del templo. Con un suspiro decidido, Jesús despierta a sus discípulos soñolientos: "¿Todavía estáis durmiendo y descansando? Mirad, el tiempo está cerca. El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de pecadores" (Mt 26,45).

¡Y oh, lo que las manos de esos pecadores le harán!

Agáchalo y tortúralo.

Crea símbolos burdos de la realeza y úsalos como burla.

Clava clavos en su carne desnuda.

Organizar su ejecución pública y sin fundamento.

Y aunque Jesús podría fácilmente convocar "más de doce legiones de ángeles" (Mateo 26:53) para desarmar a sus oponentes, Él se somete voluntariamente a esas personas.

A esos planes.

A esas manos.

Hace poco le pregunté a una amiga sobre unas cicatrices que tenía visibles en sus brazos y piernas. Su respuesta me dejó profundamente triste y conmocionada. Las marcas contaban la historia de heridas infligidas por las manos de un abusador tras otro, a lo largo de los años. "Un hombre usó mi espalda como cenicero humano", me confesó.

Aunque los detalles pueden diferir, sin duda usted también ha sufrido pérdidas e injusticias a manos de otros. Todos las hemos sufrido. Esas personas y sus planes perversos nos han causado un dolor significativo. Y nuestra respuesta reflexiva es centrar nuestra ira y resentimiento en quienes nos han herido, para construir un

caso de cómo han arruinado las trayectorias de nuestras vidas, causándonos daño y miseria, robándonos oportunidades que podrían haber sido nuestras si no fuera por lo que nos hicieron. Por motivos y acciones tan egoístas.

Pero Jesús sabía, y nosotros podemos saberlo, que nuestras vidas no pertenecen a nadie más que a Dios. Ahora y para siempre, descansan en las manos seguras, protegidas y protectoras del Padre.

Así, en sus últimos momentos, después de gritar «Dios mío, Dios mío» con una pasión tan agonizante, Jesús volvió a dirigir su atención hacia el cielo. Ya no apelaba a «Dios», como si lo hiciera desde lejos, sino que se dirigía a su «Padre», cuya sonrisa y presencia eran de nuevo palpables para él:

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."

Las duras condiciones climáticas que desde el mediodía habían envuelto la cruz en oscuridad no cesaban. La agonía de la cruz —el dolor abrasador de los tendones lacerados en sus muñecas y pies, la tensión en sus pulmones por tratar de respirar mientras estaba colgado allí— no era menos aguda, no era más soportable. Pero, como sus respiraciones restantes se reducían ahora a un solo dígito, Jesús supo que su calvario estaba llegando a su fin.

"El tiempo está cerca", había dicho a sus discípulos en Getsemaní cuando Judas se acercó a Él en el jardín con traición en su corazón y en su saludo.

Ahora, en la colina del Gólgota, por fin había llegado el momento, por gracia de Dios. El momento de que las mismas manos de Dios que habían herido a Su Hijo en la cruz se abrieran en un abrazo acogedor.

Esas manos lo sostuvieron.

Las manos de Dios nos sostienen.

Ahora retrocedamos conmigo a un momento más brillante en el calendario del reino, a un día soleado antes de que Jesús sintiera el látigo y las espinas: una

hermosa página con letras rojas en nuestras Biblias que habla de un buen Pastor que ha venido para darnos vida abundante.

Jesús está en Jerusalén, caminando libremente por el templo, no lejos del lugar donde finalmente será erigida su cruz. Los miembros de la clase dirigente judía se acercan y le preguntan sarcásticamente si Él es el Mesías: "No nos dejes en suspenso".

Jesús no pica el anzuelo. "Ya os lo he dicho", responde, refiriéndose a "las obras que yo hago en nombre de mi Padre". Y añade: "Vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas" (Juan 10:26). Pero los que creen, los que son sus ovejas (como nosotros), pueden descansar en la siguiente promesa: "Mis ovejas oyen mi voz, yo las conozco y me siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano" (vv. 27-28).

De la mano de Jesús. De la mano del Hijo.

Estamos eternamente seguros en sus manos. Él está por siempre en las manos del Padre:

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."

Y como el Hijo está con el Padre, también estamos seguros en las manos del Padre. Como Jesús continuó diciendo durante aquel día de Juan 10: "Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre" (v. 29).

Piénsalo: nuestras vidas están en manos del Hijo, lo que significa que están en manos del Padre. Las manos en las que Jesús se entregó después de que otros le hicieran lo peor.

Así que no escuchemos más las voces que insisten en que nuestras vidas han sido arruinadas por las manos crueles e interferidoras de otros.

Alza tu mirada, como Él alzó su mirada cansada, por encima de las personas y circunstancias que te han causado un dolor tan real y duradero. Y entrégate por

fe en las manos de tu Padre, donde tienes la seguridad de que siempre serás recibido con amor y tratado con cuidado.

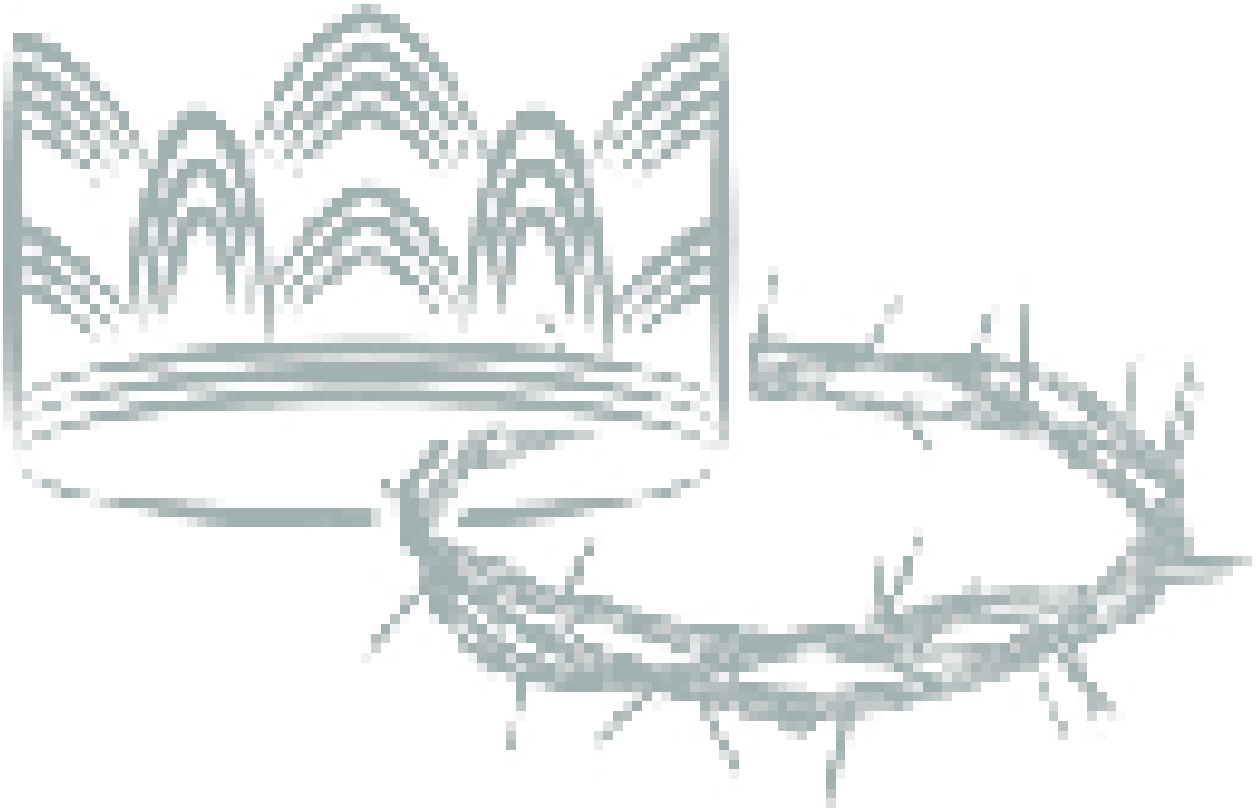
Las manos de tu Padre, que te sostienen y nunca te dejarán ir.

Dadas tus propias circunstancias, ¿qué aspecto tendría y qué significaría encomendarte a las manos del Padre?

¿Qué situaciones o aspectos de tu vida te cuesta poner en manos de Dios? Por fe, dale gracias ahora porque tu vida está en sus manos y puedes confiar en Él para que te cuide y te lleve hasta el cielo.

Padre, gracias porque mi vida no está en manos del destino ni de la casualidad, de las circunstancias ni de personas difíciles, sino en tus manos amorosas y capaces. No hay lugar más seguro en el que pueda estar. Gracias por ser absolutamente digno de confianza, plenamente poderoso y eternamente fiel. Hazme un testimonio de tu gracia y gloria.

AMÉN.



Día 41 | Viernes Santo

Una cuestión de vida o muerte

La Palabra de Confianza, Parte 2

Inclinando la cabeza, entregó su espíritu.

—JUAN 19:30

Jesús murió como había vivido: orando, perdonando, amando, sacrificándose, meditando las Escrituras y encomendándose a su Padre. Esto nos plantea a cada uno de nosotros esta pregunta: Si muero como he vivido, ¿cómo moriré? Si tú y yo esperamos tener estos recursos a nuestra disposición cuando lleguemos al final de nuestra vida terrenal, debemos familiarizarnos con ellos ahora.

Nuestro Salvador había sufrido en total oscuridad durante tres largas horas. Había soportado una eternidad de sufrimiento en ese lapso. Ahora era el momento (el momento de Dios) de que exhalara su último suspiro.

Jesús había asegurado a sus discípulos que "nadie" podía quitarle la vida, que Él la entregaba por su propia voluntad (Juan 10:18). Y su esencia no se desvaneció, ni se apagó después de una inútil lucha por sobrevivir. La mayoría de las víctimas de la crucifixión sobrevivieron mucho más tiempo que Él, a veces retorciéndose durante días antes de que la muerte finalmente las venciera. Pero Jesús no fue vencido por la muerte. En cambio, por su muerte Él venció a la muerte.

Por supuesto, eso no significa que no vayamos a morir. "El polvo vuelve a la tierra, como antes era" (Ecl. 12:7), y no podemos hacer nada para impedirlo. Sin embargo, gracias a Jesús, la muerte no tiene por qué ser el fin para nosotros.

Esta es la realidad expresada por Jesús en su séptima y última palabra desde la cruz:

Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lucas 23:46 NVI)

Jesús entregó su alma al cuidado de su Padre, a quien regresaría pronto.

FB Meyer explica esto hermosamente en su libro Love to the Uttermost (Amor hasta el extremo), sugiriendo que la penúltima declaración de Jesús: "Consumado es", sirvió como Su "despedida del mundo que estaba dejando", pero que Su

palabra final: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, sirvió como Su “saludo” al mundo al que estaba a punto de entrar.

Parece como si el Espíritu de Cristo se estuviese preparando antes de partir hacia el Padre, y no viese ante sí ningún abismo lúgubre, ningún golfo de oscuridad, ningún caos sin pies, sino manos, sí, las manos del Padre, y a ellas se encomendó.[36]

Esta imagen de Cristo, en el umbral, mirando hacia delante con confianza y amor, me conmueve profundamente cuando pienso en mi propia muerte inevitable. Él no mostró ningún temor paralizante ante la perspectiva de dejar esta tierra. La perspectiva de morir tampoco tiene por qué aterrorizar a quienes estamos en Él.

Sin duda, no se nos promete que nuestra muerte será fácil. El cuerpo de Jesús quedó destrozado, destrozado por el dolor en la cruz. Nuestras últimas horas también pueden estar marcadas por el dolor o el trauma. Sin embargo, sus últimas palabras nos aseguran que nuestro espíritu lo seguirá sano y salvo hasta la presencia de Dios, donde viviremos con Él y con nuestro Padre para siempre. Él murió con resurrección, tanto la suya como la nuestra, ya ante sus ojos.

Hemos visto que Jesús tenía la Escritura en su corazón mientras sufría en la cruz, cuando pronunció con angustia las palabras del Salmo 22: “Dios mío… ¿por qué me has abandonado?”. Ahora, en esos momentos finales de su vida terrenal, pronunció una oración extraída de otro salmo que tenía en mente: “En tu mano encomiendo mi espíritu” (Sal 31,5). Y luego, nos dice el evangelio de Lucas, “exhaló su último suspiro” (23,46).

El evangelio de Mateo deja claro que Jesús no murió como una víctima indefensa ni siquiera como un mártir pasivo. Más bien, se nos dice que “entregó el espíritu” (27:50). Murió como un acto voluntario de su voluntad, en obediencia al Padre. Puso su vida en el altar, entregándola voluntaria y conscientemente como sacrificio. A pesar del maltrato violento y tortuoso que había soportado, Jesús murió en paz y confianza, sabiendo que su vida estaba segura en las manos del Padre.

Y la misma confianza puede ser nuestra cuando nos acercamos a las puertas de la muerte.

Por supuesto, eso no es cierto para todos. Aquellos que no han creído en Cristo y entregado sus vidas en manos de Dios para su protección, un día serán entregados a Sus manos para ser juzgados. Y la Escritura advierte que "horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo" (Hebreos 10:31).

Pero para nosotros que hemos confiado en Cristo para salvación, que hemos encomendado nuestras almas en sus manos, el temor a la muerte puede ser superado por la anticipación de pasar la eternidad en su presencia.

Con esto en mente, echemos un vistazo a las palabras del Salmo 31 que formaron la oración final de Jesús antes de ser llevado al abrazo del Padre:

En ti, oh Jehová, me refugio;

que nunca quede yo en vergüenza;

¡en tu justicia líbrame!…

En tu mano encomiendo mi espíritu;

Tú me has redimido, oh Jehová, Dios fiel. (Sal. 31:1, 5 NVI)

También tú y yo podemos hacer de estas palabras nuestra oración, confiando en que al entregar nuestras vidas en las manos del Padre, Él nos llevará a través de la muerte hasta la vida eterna.

¿Cómo puede la manera en que murió Jesús calmar nuestros temores y dudas naturales acerca de enfrentar nuestra propia muerte?

El apóstol Pablo afirmó: “Yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día” (2 Tim. 1:12). ¿Cómo puede esta perspectiva brindarte confianza al contemplar el final de tu vida aquí en la tierra?

Señor, gracias por la paz y la seguridad que me brindan saber que mi vida y mi momento, incluida mi muerte, están bajo tu cuidado. Ayúdame a encomendarme a mí mismo y a todas mis preocupaciones, pasadas, presentes y futuras, a tu cuidado sabio, amoroso y misericordioso.

AMÉN.

Cuarta parte

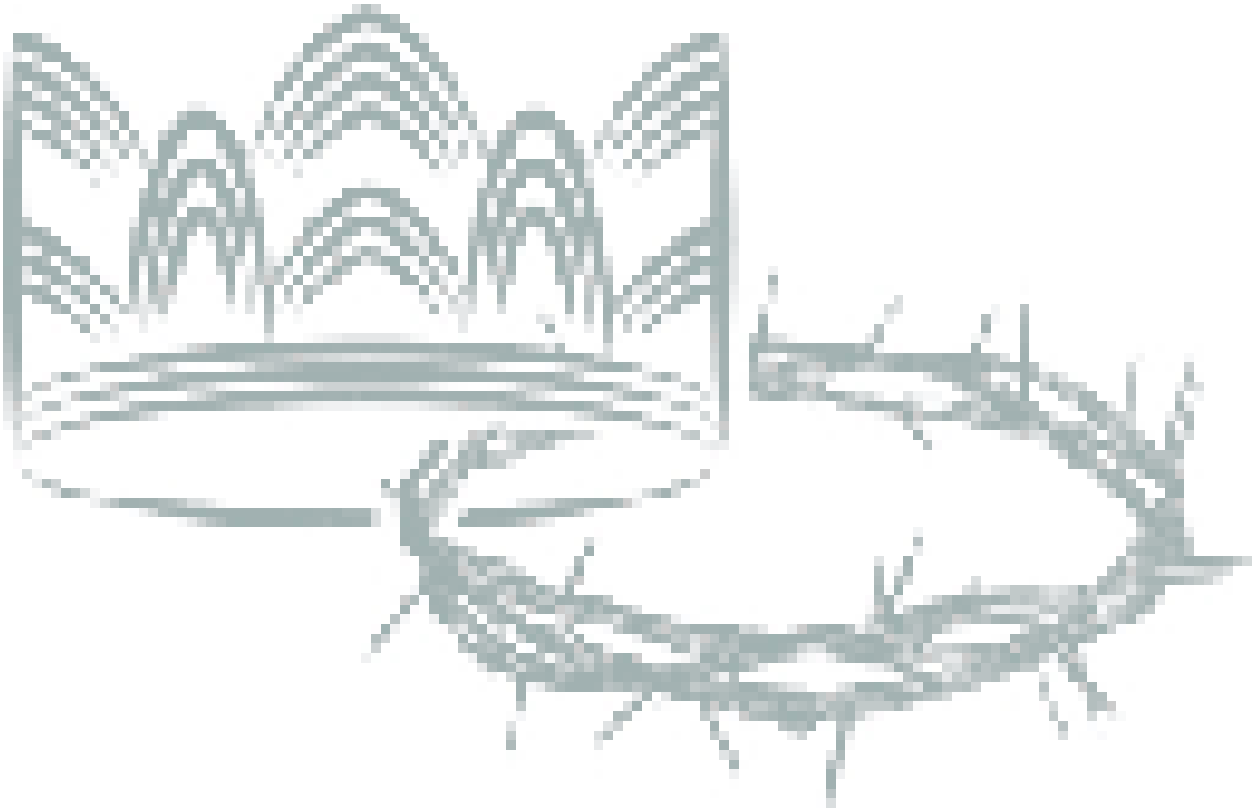
AHORA Y SIEMPRE CON CRISTO

La obra redentora del amor está hecha;
peleó la pelea, ganó la batalla:
He aquí que el eclipse de nuestro Sol ha terminado,
He aquí que ya no se posa más en la sangre.

Vana la piedra, el reloj, el sello;
Cristo ha roto las puertas del infierno;
la muerte en vano le prohíbe levantarse;
Cristo ha abierto el paraíso….

Volemos ahora hacia donde Cristo nos ha guiado,
siguiendo a nuestra exaltada Cabeza;
Hechos como él, como él resucitamos;
Nuestra es la cruz, el sepulcro, los cielos.

—Charles Wesley[37]



Día 42

Detrás de la cortina

Los milagros del Calvario, parte 1

Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.

—MARCOS 15:38

La cruz es nuestro momento decisivo, el acontecimiento decisivo de la historia. Es el lugar al que siempre condujo todo lo que alguna vez importó, donde todavía se mide todo lo que hoy importa. Y para demostrarnos que la muerte de Cristo en la cruz fue ese tipo de acontecimiento, un acontecimiento como ningún otro, Dios se aseguró de que su efecto no se limitara a una colina aislada en las afueras de Jerusalén.

Lo hizo rodeando el momento de milagros.

Por supuesto, estos no fueron los primeros milagros asociados con la vida de Jesús. Los cuatro Evangelios en conjunto relatan más de tres docenas de milagros que ya había realizado antes de este momento. Estas obras sobrenaturales no solo habían transformado las vidas de las personas con las que se encontró, sino que también habían servido como señales de que Él era en verdad el Mesías, declarando el reino de los cielos a todos los que lo recibieran. Por lo tanto, ciertamente tenía sentido que hubiera milagros adicionales acompañando el triunfo de la crucifixión y resurrección de Jesús.

Entre estos "milagros del Calvario" se encontraban la misteriosa oscuridad diurna que precedió a la muerte de Jesús (Mateo 27:45) y el repentino temblor que se produjo inmediatamente después (vv. 51, 54), lo que dio como resultado la apertura de tumbas de piedra y la aparición de santos que habían muerto previamente. (En un par de días analizaremos este milagro con más detalle).

Por notable que fuera todo esto, el milagro más espectacular desde el punto de vista simbólico ocurrió en el templo. En el preciso momento en que Jesús "entregó el espíritu" (v. 50), la inmensa cortina, intrincadamente bordada, que separaba el "lugar santo" del "lugar santísimo" (a menudo llamado el "lugar santísimo") se partió en dos, rasgada por la mitad "de arriba abajo".

Una breve explicación de lo que todo esto significaba. Detrás de esta gran cortina se encontraba el arca del pacto, coronada por el "propiciatorio" donde Dios se había reunido con su pueblo (Éxodo 25:22) desde tiempos antiguos. Pero según la ley ceremonial del Antiguo Testamento, a este lugar santísimo solo se podía entrar una vez al año, en el Día de la Expiación. Y entonces, solo podía entrar el sumo sacerdote, quien ofrecería un sacrificio de sangre por los pecados del pueblo así como por los suyos propios, ya que ni siquiera este representante

designado estaba por encima de la necesidad de que sus pecados fueran perdonados.

Esta cortina era, entonces, un letrero elaborado y ornamentado que indicaba "Prohibido el paso", y que separaba la presencia y la gloria del Dios todopoderoso de su pueblo pecador. No se permitía el paso, no sin sangre, y aun así, solo en raras ocasiones.

Pero la muerte de Jesús lo cambió todo.

Murió a las tres de la tarde. Para los judíos que se habían reunido en Jerusalén para la semana de la Pascua, era la hora del sacrificio vespertino. Así que imagínese que usted era uno de los sacerdotes que oficiaban en el templo ese día, sirviendo fuera de la cortina, por supuesto, ayudando a los adoradores reunidos que se habían puesto en fila para presentar sus ofrendas.

El altar ardía con fuego y la sangre del sacrificio fluía abundantemente. De repente, se oyó un fuerte ruido de desgarro. ¡La cortina!

Esta cortina no era simplemente un trozo de tela fina que se podía usar para cubrir una ventana. Las instrucciones originales para su creación, que databan de la época del templo de Salomón, exigían que se hiciera con hilo azul, púrpura y carmesí con la imagen de querubines angelicales entretejidos en ella (2 Crón. 3:14). Tenía nueve metros de ancho y veinte de alto. Basándose en fuentes de la época del templo, el historiador y erudito bíblico del siglo XIX Alfred Edersheim nos dice que el velo tenía "el grosor de la palma de una mano" y era tan pesado que se necesitaban trescientos sacerdotes para manipularlo.[38]

Sin embargo, en la hora de la muerte de Cristo, este enorme tejido se rasgó por la mitad como una hoja de papel y se desplomó en el suelo, cortado por una mano invisible. Y de repente, un espacio sagrado que estaba fuera del alcance de todos, al que solo una persona tenía el privilegio de entrar una vez al año, quedó completamente descubierto.

Imagínese la conmoción: las expresiones de asombro, las bocas abiertas, la incapacidad de los que estaban en el templo de apartar la mirada, junto con el reflejo natural de protegerse los ojos para no ver demasiado. ¿Quién podría soportar estar expuesto, desprotegido, ante la santa presencia de Dios?

Respuesta: cualquiera… ahora que Dios había recibido la muerte de Su Hijo, la muerte del Cordero, como sacrificio final por el pecado.

El rasgamiento del velo del templo significó dramáticamente el fin del sistema del antiguo pacto. Jesús había "entrado una vez para siempre en el Lugar Santísimo, no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, habiendo obtenido eterna redención" (Hebreos 9:12). El abismo infinito que existía entre Dios y la humanidad había sido salvado. El velo que una vez decía "No entres" ahora proclamaba, por su notable ausencia, "Entra". Ven con valentía. Acércate. Eres bienvenido aquí, bienvenido en la misma presencia de Dios.

Esa invitación sigue vigente para ti, para mí, para todos los que creen. Y sigue siendo nada menos que milagrosa.

La carne de Cristo había sido desgarrada en el Calvario. Su espíritu había sido arrancado de su carne en el momento de su muerte. Y las reverberaciones cósmicas de todo este desgarro se habían abierto paso a través de la tierra, hacia la ciudad, hacia el templo y hasta el lugar santísimo, destrozando todo lo que pudiera impedirnos encontrarnos con Dios en ese propiciatorio.

La miseria de la crucifixión se había convertido en el milagro del acceso en cualquier momento.

Y todavía no podemos separarnos de ello.

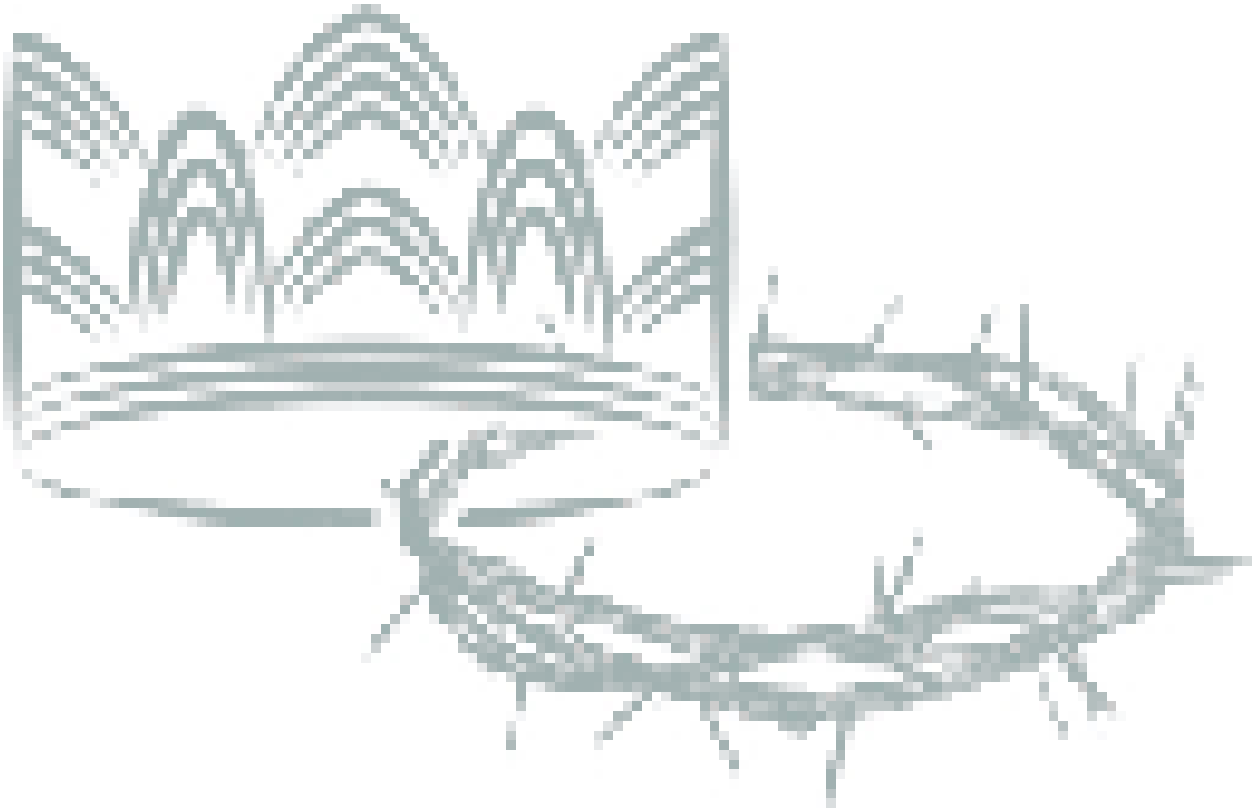
¿Qué pasaría si el acceso libre y abierto a la presencia de Dios fuera algo tan sorprendentemente nuevo para nosotros hoy como lo fue para aquellos primeros observadores? ¿Cómo lo abordaríamos de manera diferente?

Siempre que Dios parece tranquilo y distante, ¿qué puede hacer tu comprensión de la cortina rasgada para fortalecer y solidificar tu fe?

Padre Celestial, qué misericordia es ser recibido en Tu santa presencia. No puedo imaginarme quedarme afuera sin poder hablar contigo, ni escucharte, ni acercarme a Ti. Gracias, Señor Jesús, por ofrecerte como sacrificio en nuestro lugar para que la

barrera entre nosotros y el Padre pudiera ser derribada. Gracias a Ti, podemos acercarnos a Él con valentía y nunca más estar separados de Él.

AMÉN.



Día 43 | Domingo de Resurrección

Pascua todos los días

La resurrección de Cristo

«No está aquí, pues ha resucitado, tal como dijo».

—MATEO 28:6

¡Feliz día de resurrección! Si has estado leyendo este libro en conjunción con la temporada de Cuaresma, entonces hoy debería ser en realidad Domingo de Pascua. Pero incluso si has estado siguiendo un plan diferente (o ninguno), este alegre sentimiento sigue siendo apropiado. Porque para quienes seguimos a Cristo, cada día es en cierto sentido una celebración de este magnífico y milagroso acontecimiento.

Como hemos visto, la cruz de Cristo ocupa un lugar central en la historia del Evangelio. Fue el acto supremo de amor sacrificial en la historia de la humanidad. Pero la resurrección de Jesús completa esa historia con triunfo. Convirtió la desesperación y la aparente derrota en esperanza y victoria eternas. Juntos, estos dos acontecimientos forman el eje de la historia humana. Son lo que hace que Jesús sea verdaderamente incomparable y lo que distingue a la fe cristiana de todas las demás religiones.

Aunque nadie ha vivido como Jesús, otras personas sí lo han hecho.

Y aunque nadie murió como Jesús, otras personas han muerto.

Pero nadie, ¡nadie!, ha resucitado jamás de entre los muertos para no morir nunca más, como lo hizo Jesús.

Así que la resurrección marca toda la diferencia. Al leer el Nuevo Testamento, te das cuenta de que es de suma importancia. Sin la resurrección de Jesús, tú y yo no tenemos esperanza de vida eterna (ver 1 Pedro 1:3). La cruz sin la tumba vacía simplemente no es suficiente. Pero Jesús, nuestro Jesús sin igual, siempre es suficiente.

Así que, en este día trascendental, pasemos unos minutos más juntos de lo habitual para meditar sobre siete implicaciones de la resurrección. ¿Qué diferencia supone la tumba vacía para quienes han puesto su fe en Cristo, no sólo hoy, sino la semana que viene y la siguiente? ¿Qué diferencia supone cuando nos enfrentamos al dolor, a las lágrimas, al fracaso o a los temores?

1. La resurrección significa que hay esperanza en las circunstancias más desesperadas.

Significa que Dios es todopoderoso y puede abrir una salida donde parece no haberla. Significa que un día todas las lágrimas serán enjugadas y toda la tristeza se convertirá en alegría.

La Pascua nos recuerda que Dios ha vencido a la muerte al caminar a través de ella y que, por más enemigos que intenten derribarlo, Él nunca más podrá morir. Por eso, cuando atravesamos desastres naturales o relacionales, el colapso de nuestra salud o de la economía, podemos respirar profundamente y saber que Él está vivo y sentado en su trono, a cargo, sin importar cuán oscuro se ponga el panorama.

Ninguna situación, por desesperada que sea, escapa a la capacidad de Dios para controlar su resultado. El Dios que aquel día transformó la muerte en vida es el que cada día "hace que de las tinieblas salga el alba" (Amós 4:13).

Así que, no importa lo que te depare el día, la esperanza no está muerta.

En Cristo, la esperanza está siempre viva.

2. La resurrección significa que Dios siempre cumple sus promesas.

La resurrección fue una sorpresa solamente porque la gente no creyó lo que se le dijo. ¿Cuántas profecías habían explicado lo que sucedería cuando viniera el Mesías? ¿Y cuántas veces Jesús había alertado a sus discípulos sobre el hecho de que Él "sufriría", "sería rechazado", "sería asesinado" y "resucitaría" (Lucas 9:22)? Lo dijo una y otra vez, pero ellos simplemente no lo escucharon ni lo creyeron. Y el resultado fue estrés, ansiedad y miedo innecesarios.

¿Qué diferente sería nuestra vida si realmente nos aferráramos a las promesas de Dios, si creyéramos que Él habla en serio? La resurrección es el rotundo amén a cada promesa que Dios ha hecho.

3. La resurrección significa que ya no hay que temer a la muerte.

Nadie espera con ansias la muerte, y nadie se alegra cuando la muerte nos separa de quienes amamos. Pero, como Jesús le aseguró con compasión a un amigo afligido: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá" (Juan 11:25-26). Así que, aunque la muerte en esta tierra es inevitable y dolorosa, no tiene por qué aterrorizarnos, porque la resurrección nos recuerda que la muerte no es el fin, que nuestras separaciones y pérdidas son temporales.

Es posible que usted o un ser querido se esté enfrentando a una enfermedad terminal. Pregúntese: Si Jesús es la Resurrección y la Vida, ¿qué debo temer? ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Es la muerte? ¡La resurrección de Jesús nos asegura que la muerte ha sido condenada a muerte!

4. La resurrección nos asegura nuestra propia resurrección corporal.

El pastor del siglo XIX Phillips Brooks escribió una vez: "No digamos simplemente: 'Cristo ha resucitado', sino: 'Resucitaré'". [39] Usted y yo somos participantes activos en la historia de la resurrección. El apóstol Pablo escribió: "Dios, que resucitó al Señor, también a nosotros nos resucitará con su poder" (1 Corintios 6:14). La resurrección física de Cristo es una garantía de nuestra propia resurrección futura, cuando Dios "transformará el cuerpo de la humillación nuestra en un cuerpo glorioso como el suyo" (Filipenses 3:21).

5. La resurrección significa que Dios, al aceptar la obra de Cristo, nos acepta también a nosotros.

"Consumado es", ¿recuerdas? La resurrección fue la prueba de que Dios había aceptado el pago que Cristo hizo por el pecado en la cruz, que su justa ira contra los pecadores había sido completamente satisfecha y que Él aprobaba plenamente la muerte de Cristo. Puesto que hemos sido unidos a Cristo en su muerte (Rom. 6:3) y puesto que Dios "nos resucitó y nos hizo sentar con él en los cielos" (Efesios 2:6), tenemos la seguridad de que ahora somos completamente aceptables para Él. Nuestra culpa ha sido completamente eliminada, la justicia de Jesús ha sido acreditada a nuestra cuenta y Dios nos acepta y aprueba como aprueba a Cristo.

6. La resurrección significa que el poder del pecado ha sido vencido.

¿Le cuesta liberarse de los hábitos y patrones pecaminosos? La vida como personas caídas significa que todavía somos capaces de pecar. Pero la vida vivida por la fe en el Cristo resucitado significa que no tenemos que pecar. Como dice Romanos 6: "Así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida" (v. 4). Nosotros que hemos sido unidos a Jesús en su muerte también hemos sido unidos a Él "en la semejanza de su resurrección" (v. 5). Esto significa que debemos "considerarnos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús" (v. 11). Significa que ya no tenemos que ceder al pecado, que podemos decir no a los deseos pecaminosos (ver v. 12).

En otras palabras, el pecado ya no nos gobierna. La resurrección cambió todas esas reglas.

7. La resurrección significa que el poder de resurrección está disponible para nosotros.

Este año no celebremos la Pascua de la misma manera. De hecho, no celebremos este año de la misma manera. No nos limitemos a recordar un día que todavía aparece en el calendario cada primavera. Jesús salió de esa tumba para cambiar nuestra forma de vivir todos los días. El mismo poder que Dios usó para resucitarlo de entre los muertos está a nuestra disposición (Efesios 1:18-21): poder para obedecer, para vencer la tentación, para amar y perdonar, y para enfrentar cada desafío con gracia, seguridad y paz.

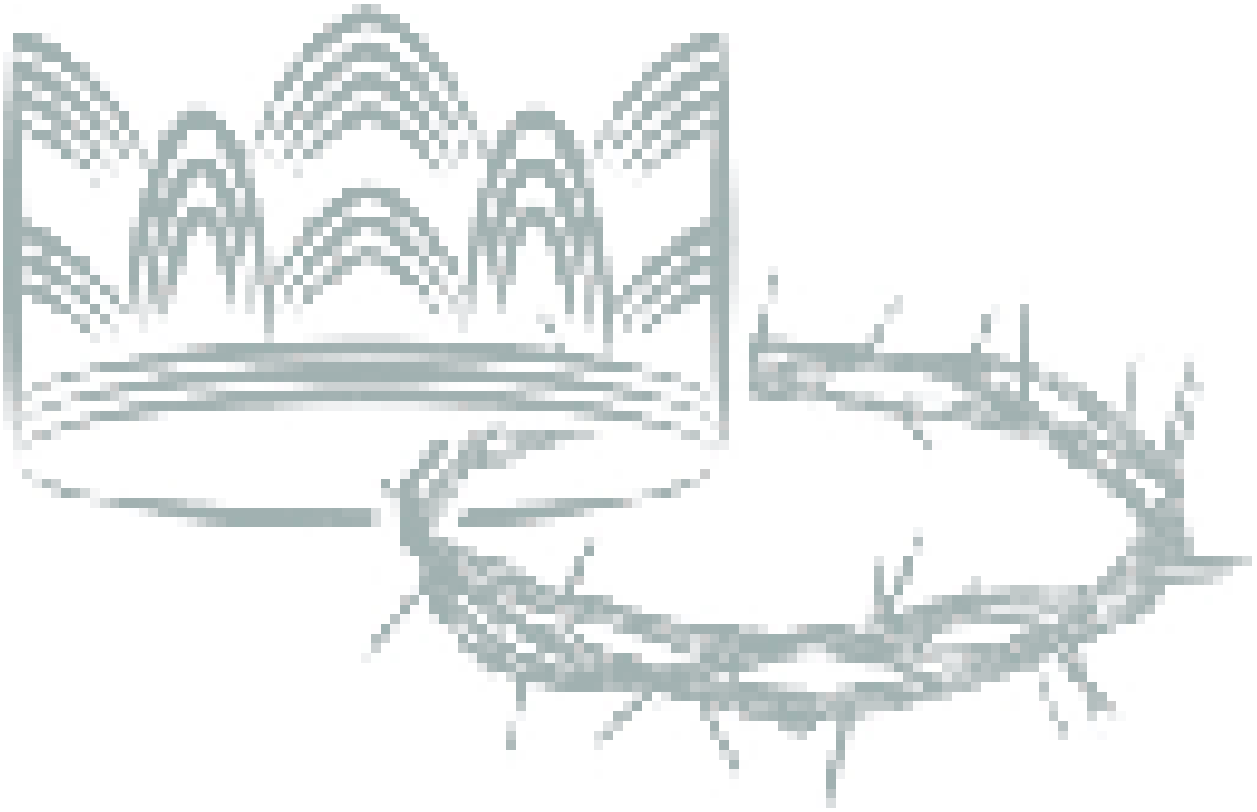
Poder para vivir esta vida de resurrección, de modo que cada día sea el día de Pascua.

¿Cómo podría el tener presente cada día la resurrección de Cristo cambiar la manera en que usted piensa acerca de toda la vida?

¿Hay algún desafío que enfrentes que sea mayor que el poder de Su resurrección? ¿Qué significaría en tu vida andar en el poder de Su resurrección?

Te alabo, Padre, por la resurrección. Todo lo cambia. No sólo nos has redimido en Cristo, sino que también nos has resucitado con Él. Que yo pueda vivir cada día por tu poder, andando en la plenitud de la vida de resurrección de Jesús.

AMÉN.



Día 44

La resurrección revisitada

Los milagros del Calvario, parte 2

También se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos que habían dormido resucitaron.

—MATEO 27:52

¿A veces desearías saber más sobre ciertos acontecimientos bíblicos de lo que nos revelan las Escrituras? Mateo 27:52 registra un incidente que despierta mi curiosidad.

Este breve versículo nos dice que las personas cuyas tumbas se habían abierto tras los temblores subterráneos posteriores a la crucifixión de Cristo de repente comenzaron a aparecer en la ciudad. En persona. Vivas.

No puedo evitar preguntarme por qué esta notable historia recibe tan poca atención en la narración. Todo lo que tenemos es un pequeño fragmento de información escueta: "Y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de Jesús, entraron en la santa ciudad y se aparecieron a muchos" (Mateo 27:53).

¿Muertos desenterrados y paseando por la ciudad? ¡Sin duda, un momento tan milagroso requiere un poco más de explicación!

Pero vayamos simplemente a donde nos lleva el relato bíblico. Estos eran "santos", dice la Biblia, literalmente "los santos", probablemente creyentes del Antiguo Testamento que habían muerto esperando y confiando en la obra redentora de Jesús el Mesías. Después de salir de sus tumbas, "se aparecieron" físicamente a la gente, muy probablemente a otros creyentes, tal como lo hizo Jesús después de su propia resurrección (1 Cor. 15:4-7). Así que hay poder en acción aquí. El poder de Dios. Los terremotos que abrieron estas tumbas no fueron simplemente temblores aleatorios. Coincidieron claramente con las convulsiones espirituales de la crucifixión.

Pero más allá de esta extraordinaria evidencia del poder de Dios, vemos también señales de su provisión. Al multiplicar la prueba de lo que representa la resurrección, Él dio a los seguidores de Cristo exactamente lo que Él sabía que necesitarían en los días venideros, demostrando así su amor y cuidado por ellos.

Intente ponerse en el lugar de aquellos primeros creyentes en los días posteriores a la resurrección. Se habían aliado con un carpintero crucificado que ahora estaba increíblemente vivo. Se habían colocado fuera de la corriente principal religiosa judía. Su fe en Jesús pronto sería puesta a prueba, y el sufrimiento que tendrían que soportar por Él sería desde feroz hasta fatal.

Imaginemos cómo la visión de estos santos resucitados debe haber servido para reforzar su fe, darles esperanza y recordarles que

• La muerte de Cristo había dado verdaderamente muerte a la muerte.

• Cristo fue (y es) verdaderamente la resurrección y la vida.

• Cristo fue (es) las "primicias de los que durmieron" (1 Cor. 15:20).

• Toda persona que muere en Él será resucitada en Él, regresada de entre los muertos para vivir con Él para siempre.

La comunidad de los primeros creyentes necesitaba este estímulo visible y tangible de codearse con los santos resucitados como preparación para los desafíos de fe que les aguardaban. En cualquier momento futuro, cuando sus reservas espirituales se estuvieran agotando, podrían mirar atrás y recordar sus interacciones con los verdaderamente muertos que ahora estaban verdaderamente vivos.

Lo necesitaban. Dios sabía que lo necesitaban y Dios les dio lo que necesitaban.

Dios sigue proveyendo siempre lo que Su pueblo necesita, y nos dará a usted y a mí exactamente lo que Él sabe que necesitamos, en preparación para cada prueba que nuestra fe tenga por delante.

Permítame sugerir otra lección importante para nuestro ánimo a partir de este relato registrado en el evangelio de Mateo: la perspectiva.

Los soldados que presenciaron el terremoto y las demás maravillas que rodearon la crucifixión "quedaron llenos de temor" (Mateo 27:54). Sin duda, lo mismo se aplicaba a quienes se encontraron con estos santos recién resucitados. Todo esto era muy novedoso y asombroso para los participantes de estos acontecimientos que cambiaron el mundo.

Sin embargo, me sorprende lo fácil que es para nosotros perder la capacidad de asombro ante lo que ocurrió ese fin de semana histórico. ¿Es posible que sus grandes obras redentoras y vivificantes se hayan vuelto demasiado familiares y demasiado distantes a la vez a nuestros ojos y corazones? ¿Hemos perdido la confianza en lo que Él puede hacer, en lo que sigue haciendo hoy?

El poder de Dios para mover cielo y tierra, para despertar a los que están espiritualmente muertos, traerlos a la vida, conceder perdón y cambiar toda la trayectoria de la vida de las personas, no es menos milagroso que el temblor de la tierra y todos esos santos saliendo de sus tumbas en anticipación de la resurrección de Jesús de entre los muertos.

Charles Spurgeon lo dijo así:

Estos primeros milagros realizados en conexión con la muerte de Cristo fueron típicos de las maravillas espirituales que continuarán hasta que Él venga nuevamente: los corazones pétreos se desgarran, las tumbas del pecado se abren, los que han estado muertos en delitos y pecados y enterrados en sepulcros de lujuria y maldad son vivificados y salen de entre los muertos.[40]

Alabado sea Dios, la historia de la resurrección no se limita a un momento histórico determinado. La historia milagrosa de Dios todavía se está escribiendo hoy en nosotros y en las vidas de otras personas que nos rodean y que están cobrando vida por el poder del Cristo resucitado. Abrir nuestros ojos y nuestros corazones a esa realidad puede energizar nuestra fe y renovar nuestra alegría.

Y aquí hay una última enseñanza de este interesante fragmento de las Escrituras: no sólo nos recuerda el poder de Dios, su provisión y su don de una perspectiva nueva; también nos ofrece la promesa de milagros de resurrección que aún están

por venir. Al pensar en amigos y seres queridos que han muerto en el Señor, encuentro gran alegría al saber que sus almas están ahora en Su presencia. Y que un día, el gran Día de la Resurrección, sus cuerpos físicos serán resucitados y glorificados. En ese día, usted y yo también seremos resucitados para vivir para siempre con nuestro Cristo resucitado.

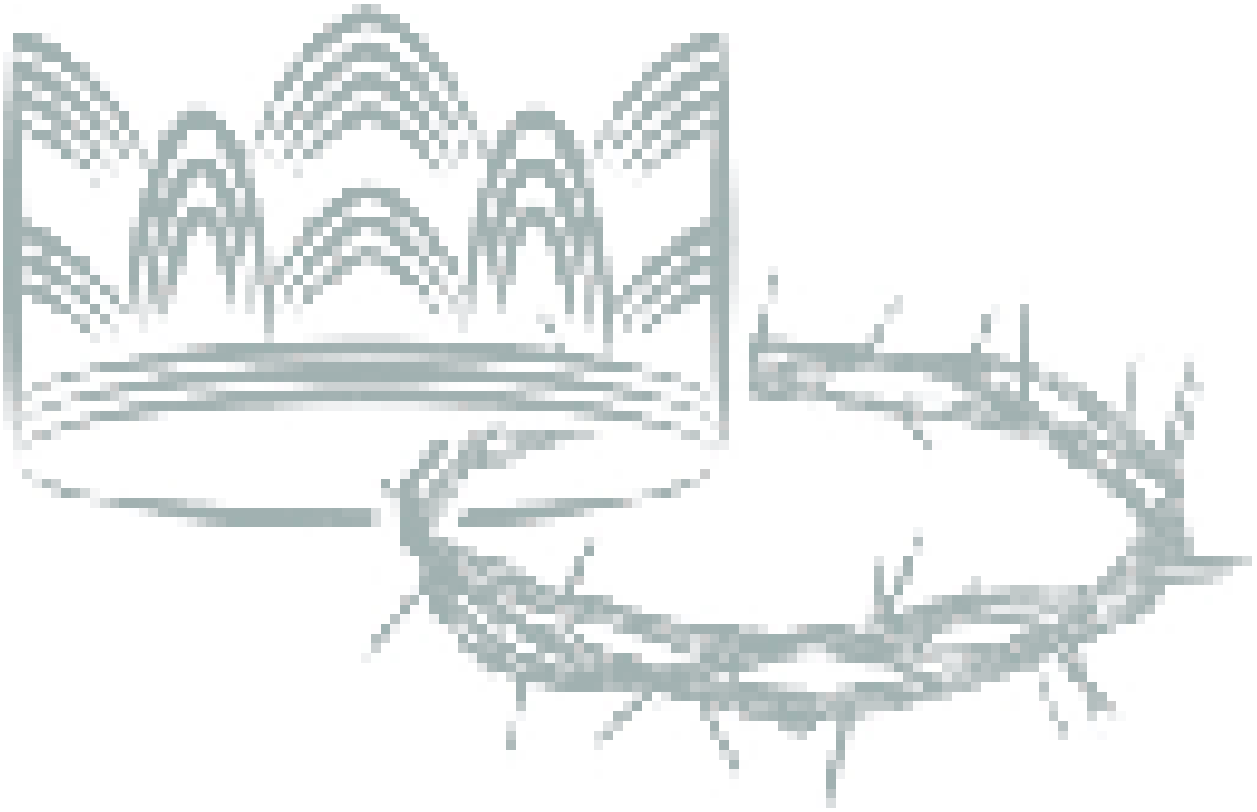
¡Qué maravilla! ¡Y qué triunfo será!

¿Cómo el relato de los santos resucitados de entre los muertos después de la resurrección de Cristo fortalece y alienta su fe?

¿Cómo has experimentado la realidad de que "Él nos da lo que necesitamos"? ¿Te ha sorprendido alguna vez la forma en que Él satisface tus necesidades?

Padre celestial, gracias por saber lo que necesitamos y por suplirlo. Gracias porque todavía estás trayendo almas muertas a la vida. Gracias por la promesa de que un día mi cuerpo muerto será resucitado en gloria, para nunca más morir. Y mientras tanto, gracias por el don de la esperanza diaria a través de la vida de resurrección de Jesús dentro de mí.

AMÉN.



Día 45

¿Por qué esperar?

El Ministerio de los Cuarenta Días

También se les presentó vivo con muchas pruebas convincentes,
apareciéndoseles durante cuarenta días.

—Hechos 1:3

Treinta y tres años es mucho tiempo para estar lejos de casa.

Imaginemos con cuánta ilusión Jesús deseaba volver al cielo del que había venido, con el Padre que lo amaba. Su obra en la tierra ya estaba hecha: una vida perfecta, una muerte profética, una resurrección de entre los muertos sin precedentes. ¿Qué le quedaba por hacer? ¿Por qué tenía que esperar en este mundo miserable ni siquiera un momento más?

Pero Jesús esperó.

Él retrasó su partida de la tierra no sólo el tiempo suficiente para despedirse, sino por un interludio extendido de cuarenta días. Casi seis semanas, lo que puede parecer una eternidad cuando uno anhela algo que ya lleva años esperándose.

Esto es parte de lo que hace incomparable a nuestro Jesús, y es por eso que quise que compartiéramos estos días más juntos, más allá de cuando muchas personas terminan su celebración de Pascua. Porque esta asombrosa historia del Verbo hecho carne continúa más allá de la cruz y la resurrección.

Cuarenta días. Ya hemos oído eso antes en la historia bíblica. Pensemos en el diluvio de Noé. Pensemos en la estancia de Moisés en el Monte Sinaí y en la tentación de Jesús en el desierto. La repetición de este período de tiempo nos dice que es significativo. Que el retraso en el regreso de Jesús no fue solo un cambio inesperado de último momento en los planes de viaje, sino una parte del itinerario divinamente programado de Jesús.

Pero, repito, ¿por qué? ¿Por qué no resucitar y subir al cielo?

Bueno, obviamente, Jesús se quedó porque el Padre así lo quería. El Hijo siempre hace lo que el Padre dice. Pero Jesús no se quedó de brazos cruzados durante esos cuarenta días. Su actividad en ese lapso de tiempo no solo alentó a los seguidores del primer siglo, sino que continúa bendiciéndonos hoy.

Tenga en cuenta que los discípulos probablemente estaban confundidos, experimentando un fuerte impacto emocional con la muerte y el entierro de su líder y su más querido amigo, primero, y con los informes de su resurrección

después. Los primeros versículos del libro de los Hechos revelan que Jesús utilizó este breve período para reorientar y cuidar de sus seguidores en al menos dos formas.

1. Jesús proporcionó "muchas pruebas convincentes" de su resurrección (Hechos 1:3).

Pronto los dejaría, y todo el futuro de su misión dependería de que sus seguidores tuvieran confianza en que él había vencido a la tumba. Si querían convencer a otros, ¡ellos mismos necesitaban estar seguros! Así que les presentó evidencia que no podían refutar, mediante múltiples apariciones físicas destinadas a fortalecer su fe. Vieron su cuerpo glorificado. Lo tocaron. Comieron y hablaron con él. La evidencia era indiscutible y convincente: nunca más podrían dudar.

El relato de Lucas en Hechos nos dice que Jesús se les manifestó "después de haber padecido" (v. 3), un recordatorio de que el sufrimiento y la muerte no son el fin. Ellos también sufrirían, porque Él los había llamado a tomar su cruz y seguirlo (Mateo 16:24). Pero lo peor que les podía pasar era la muerte, y Jesús estaba de pie ante ellos como evidencia de que hay vida después de la muerte.

Es importante señalar que las pruebas que Jesús proporcionó no fueron sólo para los discípulos de la primera generación, sino también para las generaciones futuras de escépticos y creyentes. Incluso hoy, los relatos de testigos presenciales de la resurrección siguen siendo convincentes.

2. Jesús preparó a sus seguidores para lo que les esperaba después de su partida.

Lo hizo, en primer lugar, enseñándoles. Hechos 1 nos dice que dio "instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido… hablándoles acerca del reino de Dios" (vv. 1, 3). Eran temas de los que probablemente ya había hablado extensamente antes, pero que ellos no habían comprendido ni asimilado por completo. El hecho de que el Señor resucitado les enseñara sin duda ayudó a su comprensión esta vez.

Observemos que Jesús, a propósito, dirigió a sus seguidores hacia las Escrituras para que aprendieran lo que necesitaban saber. Cuando se encontró con dos de ellos en el camino a Emaús, "comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó en todas las Escrituras lo que decían de él" (Lucas 24:27). Más tarde, ese mismo día, cuando se apareció a un grupo de discípulos, "les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras" (v. 45).

Tú y yo no podemos ver a Jesús en carne y hueso, pero qué gran don es tener esa misma Palabra a nuestra disposición y el mismo Espíritu Santo para iluminar nuestro entendimiento y enseñarnos lo que necesitamos saber.

Jesús también preparó a sus seguidores al confirmar y aclarar su llamado y misión. No debían simplemente sentarse a rememorar los buenos tiempos pasados y disfrutar de las bendiciones de su relación con Él después de su partida. No, Él tenía una tarea para ellos: "Como me envió el Padre, así también yo os envío" (Juan 20:21): "hacer discípulos a todas las naciones" (Mateo 28:19). Como "testigos" (Lucas 24:48) de Su vida, muerte y resurrección, debían proclamar el mensaje de "arrepentimiento para perdón de pecados" en todo el mundo" (v. 47).

Jesús nos ha dejado la misma misión y el mismo mensaje. Él regresará, como lo prometió, y nos pedirá cuentas por lo bien que hayamos cumplido nuestro mandato en su ausencia.

Finalmente, durante esos cuarenta días después de la resurrección, Jesús preparó a sus discípulos para el futuro asegurándoles su provisión. El gobierno romano era grande y poderoso. ¿Cómo iban a cumplir con esta misión de proclamar su reino?

En las últimas horas antes de su crucifixión, Jesús había prometido a sus discípulos que el Padre les enviaría un "Consolador" después de que Él regresara al cielo (Juan 14:26). Ahora les recordó esa promesa: "Recibirán poder, cuando haya venido sobre ustedes el Espíritu Santo, y serán mis testigos" (Hechos 1:8).

La venida del Espíritu, su Guía fortalecedor y alentador, significó que Jesús siempre estaría con ellos, como está con nosotros. Cristo nos ha dado todos los recursos que necesitamos para cumplir su misión en este mundo a través de su Espíritu Santo y su presencia en nosotros y entre nosotros. ¿Qué más podríamos pedir?

Jesús podría haber ido a su Padre y haber dejado a sus seguidores para que resolvieran todo por sí solos, pero se preocupaba más por ellos (y por nosotros) que por sí mismo. Se preocupaba más por prepararlos para lo que estaba por venir que por regresar al cielo. Se preocupaba más por completar la agenda de su Padre que por apresurarse a volver a casa para celebrar su victoria.

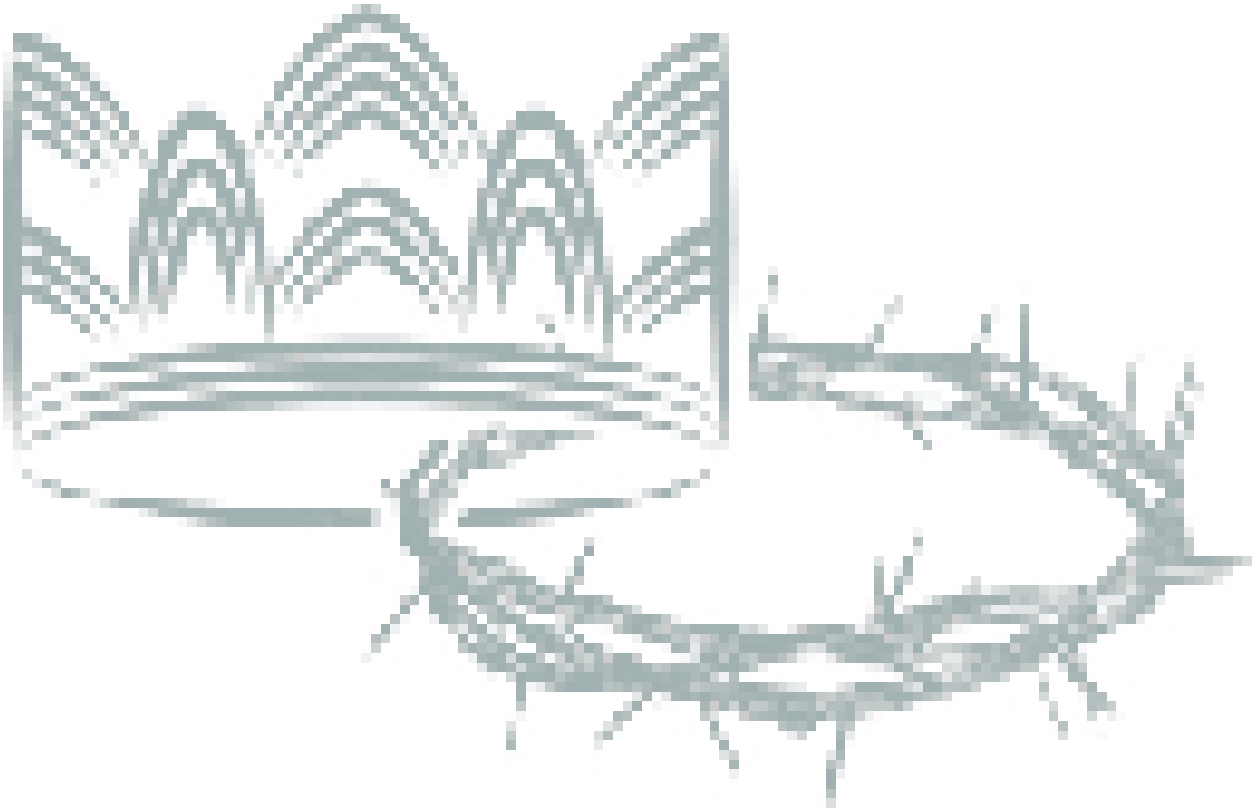
Así que Él esperó, y cuán agradecidos debemos estar de que lo haya hecho.

¿Cuáles son una o dos bendiciones de los últimos cuarenta días de Jesús en la tierra por las que usted está especialmente agradecido?

¿A veces te sientes impaciente por disfrutar de la gloria que te espera en el cielo? ¿Cómo puede el ejemplo de Jesús animarte mientras esperas?

Padre, gracias porque Jesús esperó aquí en la tierra esos últimos cuarenta días para animar, equipar y preparar a sus discípulos, incluidos nosotros, para llevar el evangelio al mundo. Que seamos fieles a nuestra misión, como Él lo fue a la suya, hasta que llegue el momento de llevarnos a casa.

AMÉN.



Día 46

Todo el camino a casa

La Ascensión de Cristo

"¿Qué pasaría si vieran al Hijo del Hombre subir a donde estaba primero?"

—JUAN 6:62

Una nota a pie de página. Un epílogo. Una pequeña e interesante posdata de la historia principal. Así es como mucha gente piensa sobre la ascensión de Jesús al cielo.

Pero así como había predicho claramente su muerte y resurrección, Jesús también había dejado en claro lo que vendría después. "Sólo por un poco de tiempo estaré con ustedes", les había dicho a sus discípulos. Pronto se iría, y no sólo se iría, sino que volvería a casa: "Salí del Padre y he venido al mundo. Otra vez dejo el mundo y voy al Padre" (Juan 16:28).

En otras palabras, la ascensión era parte del plan. No se trataba de una especie de artificio teatral, una solución ingeniosa al problema de sacarlo del escenario. Tampoco fue un pequeño detalle en el calendario de la salvación. Fue un acontecimiento vital, esencial para la fe cristiana, con implicaciones trascendentales para nuestra vida como creyentes.

Piense en la alternativa. ¿Qué habría pasado si Jesús simplemente hubiera desaparecido? ¿Qué habría pasado si sus discípulos hubieran ido a buscarlo un día y no lo hubieran encontrado por ningún lado? ¿Qué habría hecho eso con la confianza que tanto se había esforzado por infundir en sus seguidores si lo único que pudieran decir de manera concluyente acerca de su Señor resucitado fuera que había desaparecido?

No, la ascensión tenía que ocurrir exactamente de la manera en que ocurrió.

En primer lugar, tenía que ser visible. "Mientras ellos lo veían, Jesús fue alzado", nos dice Hechos 1:9. Hubo testigos oculares que lo vieron ser elevado corporalmente a los cielos. El acontecimiento fue impresionante, sí, e inesperado, pero inolvidable. Los discípulos siempre recordarían el día en que "los llevó hasta las cercanías de Betania", un pequeño pueblo a las afueras de Jerusalén, y "los dejó" (Lucas 24:50-51).

Además, la salida de Jesús de este mundo tenía que ser física. Había venido a la tierra en forma humana. Ahora, abandonaba la tierra en forma humana. El ministerio que había llevado a cabo mientras caminaba físicamente por este planeta se había completado, y la ascensión marcó su partida de manera dramática. Las personas que lo vieron partir vieron al Jesús que siempre habían conocido.

Y aquí hay un hecho importante que a menudo se pasa por alto: Jesús no se disolvió ni desapareció cuando ascendió al cielo. No se despojó de su cuerpo físico ni dejó de ser hombre. No, permaneció encarnado. Continuaría su ministerio eterno desde el cielo mientras conservaba su cuerpo humano, un cuerpo glorificado, pero aún reconocible y humano.

En vísperas de su crucifixión, Jesús había orado a su Padre: "Yo te he glorificado en la tierra, y he acabado la obra que me diste que hiciera. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Juan 17:4-5). Y la manera en que se fue mostró que su oración había sido respondida.

En Hechos 1:9 se nos dice que mientras ascendía, "una nube lo ocultó de sus ojos". Este es un detalle significativo porque las nubes en las Escrituras simbolizan la presencia y la gloria de Dios. ¿Recuerdas la nube que se posó sobre el Monte Sinaí cuando se dieron los Diez Mandamientos (Éxodo 19:16)? ¿Recuerdas la "columna de nube" que guió a los israelitas en sus viajes (Éxodo 13:21), los protegió de los soldados egipcios en el Mar Rojo (Éxodo 14:19) y se cernió sobre el tabernáculo donde adoraron en el desierto (Números 9:15)? La nube que ondeó alrededor del Hijo en Su ascensión indicó que Él estaba siendo transportado a la presencia de Su Padre, no a un portal desconocido, para nunca más ser visto.

De hecho, dos hombres —dos ángeles— aparecieron de repente junto al grupo de seguidores de Cristo que lo observaban ascender y les recordaron que había más en la historia:

"¿Por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto ir al cielo." (Hechos 1:11)

Esa palabra es también para nosotros, mientras contemplamos lo que sucedió ese día. La gloriosa ascensión corporal de Jesús a su Padre en el cielo viene con la promesa de que Él regresará un día, visible y corporalmente, para reclamarnos para que podamos seguirlo a donde Él se fue: a un cielo físico y a un Dios personal. Tenemos la garantía por Su gracia de que nos presentaremos en Su presencia en cuerpos nuevos y glorificados. El camino redentor que nos lleva allí

fue pavimentado no solo por Su muerte y resurrección, sino también por Su regreso al cielo.

La ascensión de Cristo tiene como fin darnos confianza y valor. Descuidarla como un componente clave de nuestra fe es no poder experimentar el propósito y la promesa plenos (y las bendiciones) de su encarnación.

El relato de la ascensión registrado en el evangelio de Lucas incluye un detalle más que no quiero que se pierdan. Leemos que cuando llegaron al lugar donde se marcharía de ellos, Jesús levantó las manos y "los bendijo. Y mientras los bendecía, los dejó y fue llevado al cielo" (Lucas 24:50-51). Jesús había bendecido a sus seguidores mientras estuvo aquí en la tierra. Ahora, cuando se iba, los bendijo una vez más. (En la próxima devoción veremos cómo sigue bendiciéndolos a ellos —¡y a nosotros!— hoy en el cielo).

El evangelio de Lucas termina diciéndonos que los discípulos "volvieron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios" (vv. 52-53). La última bendición terrenal de Jesús rompió con el dolor que habían sentido ante la perspectiva de la partida de su Amigo. Los llenó de alegría, y no pudieron dejar de bendecirlo a cambio.

En verdad, la ascensión está acompañada de bendiciones que abundan eternamente: desde nuestro Salvador resucitado hacia nosotros y desde nuestros corazones hacia Él.

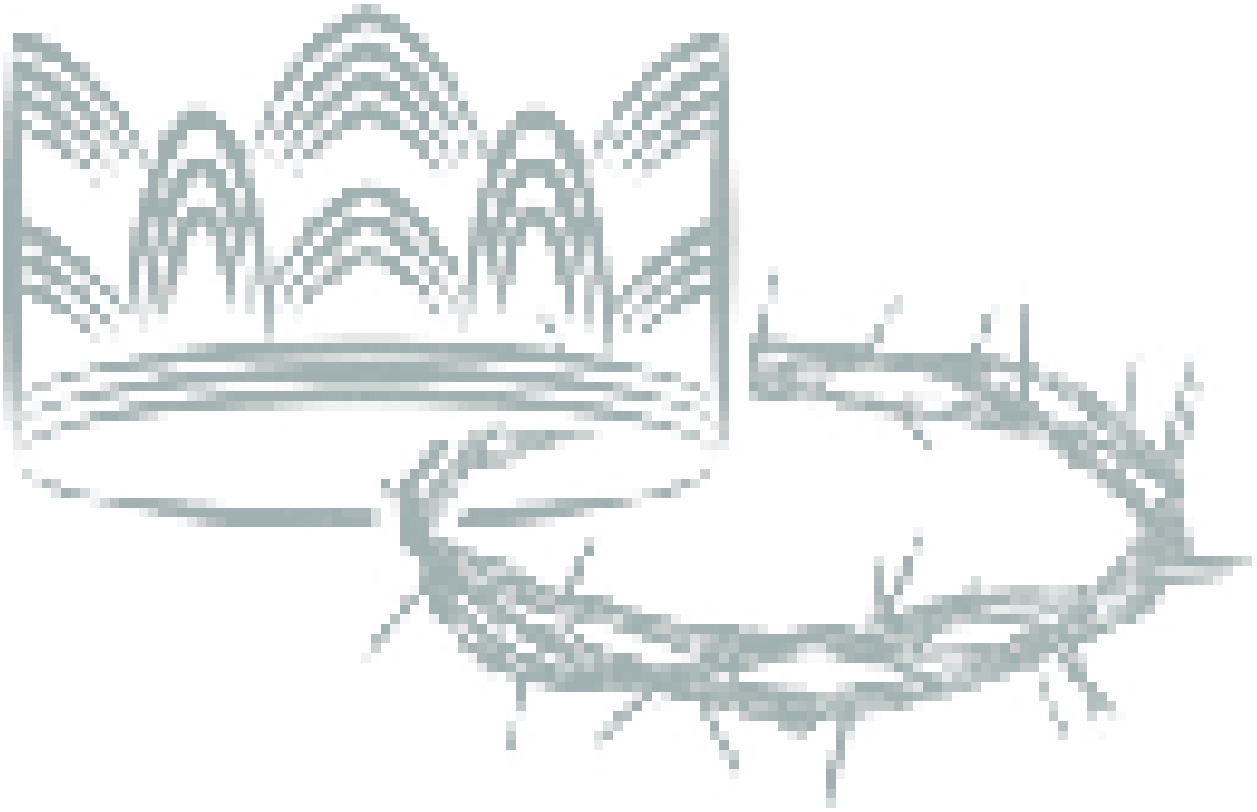
¿Qué te dice acerca de Jesús el hecho de que en el cielo conserve un cuerpo humano como el nuestro? ¿Qué te dice acerca de tu cuerpo físico?

¿Cómo la ascensión de Jesús al cielo te da esperanza y seguridad acerca de tu futuro?

Padre, Tú ves que todas las cosas llegan a su término. No dejas nada sin hacer. Tu gran obra de redención no es una fase temporal de la vida de Tu Hijo, sino una línea ininterrumpida que se extiende hacia la eternidad. Que la maravilla de la ascensión

llene nuestros corazones de esperanza y alegría mientras esperamos Su regreso a la tierra para llevar a quienes te pertenecen a vivir contigo en el cielo para siempre.

AMÉN.



Día 47

Sentado con él

La exaltación de Cristo

Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre que está sobre todo nombre.

—FILIPENSES 2:8–9

Al examinar el pintoresco lenguaje de estos dos versículos de Filipenses, se nos ofrece una perspectiva ligeramente diferente del momento en que Jesús trasladó su teatro de operaciones de la tierra al cielo. La ascensión marca una línea divisoria perfecta en este pasaje. En algún lugar entre las nubes sobre esa ladera de Judea, la humillación que experimentó el Hijo de Dios al elegir caminar entre nosotros en la tierra y morir en una cruz dio paso a la exaltación suprema que experimenta ahora y por toda la eternidad.

Pero, ¿qué sucedió después de que Él desapareció entre las nubes, fuera de la vista de los discípulos que se quedaron de pie en la ladera? Si juntamos otros pasajes de las Escrituras, usted y yo podemos disfrutar de breves atisbos de algunos de los acontecimientos que siguieron a Su llegada al cielo como el Cristo exaltado que regresaba.

En primer lugar, la Escritura nos dice que Él "se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas" (Hebreos 1:3). Esta es la postura de un héroe conquistador, descansando seguro en la obra que había realizado. Ahora bien, ¡no confundamos estar sentado con ser sedentario! Jesús permaneció (y permanece) muy activo en ese trono. Pero la integridad y certeza de su reinado real, aunque espera su plenitud al final de los tiempos, le ha dado el derecho de tomar Su asiento al lado del Padre, donde vive y sirve hoy.

No se trata de un simple dato teológico interesante. Es de enorme importancia para tu vida y la mía aquí en la tierra. La Escritura nos llama a identificarnos con Jesús en cada momento de su obra redentora.

En cuanto a su crucifixión, por ejemplo: "Hemos sido plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte… Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él" (Rom. 6:5-6). Pero no sólo hemos sido crucificados con él. También estamos "plantados juntamente con él… en la semejanza de su resurrección" (vv. 5-6). Podemos "considerarnos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús" (v. 11). Crucificados con él, vivificados con él.

Además de eso, también estamos unidos a Él en Su lugar exaltado a la diestra del Padre. Efesios 2 nos dice que Dios "nos hizo sentar con Él en los cielos con Cristo Jesús" (v. 6). Piense en eso. En términos de posición, usted y yo estamos sentados

allí con Jesús ahora mismo. Así que, cuando comenzamos cada día, enfrentando cualquier tentación y desafío que pueda surgir, no luchamos desde un punto de derrota y deficiencia. Cuando la vida aquí en la tierra se sienta abrumadora, recordemos dónde estamos sentados. Con Cristo. En el cielo. Victoriosos debido a la victoria que Él ya ha ganado.

Así que el Cristo crucificado y resucitado está sentado junto al Padre en el cielo. Por la fe, nosotros estamos sentados allí con Él. Y eso no es todo. Veamos lo que sucedió después de que Jesús ascendió y tomó Su asiento en el trono. Recibió gloria, honor y autoridad. "Ángeles, autoridades y potestades" fueron todos "sometidos a él" (1 Pedro 3:22). De hecho, el Padre "lo designó como cabeza sobre todas las cosas para la iglesia" (Efesios 1:22). ¡Todas! Y Jesús gentilmente nos permite participar también en este aspecto de Su reinado.

El hecho de que estemos "en Cristo" significa que Él nos ha dado el derecho como creyentes de "sentarnos conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono" (Apocalipsis 3:21). Como sus representantes aquí en la tierra, compartimos la autoridad que le ha sido dada. Participamos en la guerra espiritual desde esa posición. Y en la era venidera, compartiremos esa posición aún más plenamente al reinar y gobernar con Él sobre su creación, sobre los ángeles y sobre las naciones. Reinaremos con Aquel que reina por siempre.

Y como si eso no fuera suficiente, ¡aún hay más! Para ayudarnos a vivir ese elevado estatus, el Cristo ascendido nos ha dado el don del Espíritu Santo. Como Pedro explicó a las multitudes desconcertadas en Pentecostés: "Porque habiendo sido exaltado a la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado lo que vosotros veis y oís" (Hechos 2:33). ¡Esto no habría sucedido si Jesús no hubiera ascendido! Si Él no hubiera sido exaltado en gloria, no experimentaríamos Su vida, Su corazón y Su poder que moran en nosotros.

Cuando Jesús dejó la tierra, dice la Biblia, "tomó cautivos a los cautivos" (Efesios 4:8). En la cruz, venció a sus enemigos: Satanás, los demonios, la muerte y todas las fuerzas espirituales del mal. Luego, como un comandante militar que regresa triunfante con el botín de la guerra, "dio dones" (v. 8) a su pueblo, los pecadores que había rescatado del control de Satanás.

Esos dones tienen como finalidad equipar a Su iglesia para llevar a cabo Su misión redentora continua en el mundo. Entre ellos se incluyen el don personal de Su Espíritu para animarnos y aconsejarnos, los abundantes dones de Su

Espíritu para que los empleemos en Su servicio, y líderes dotados para servir a la iglesia (véase Efesios 4:11).

Como resultado, todo en nuestra vida en la tierra es diferente ahora. Todo es mejor porque Jesús ha regresado a casa para ser exaltado por el Padre. En virtud de nuestra unión con Él, somos resucitados y nos sentamos con Él, sirviendo con Él para cumplir los propósitos de Su reino en nuestro mundo, mediante la habilitación de Su Espíritu Santo, quien está obrando poderosamente en nosotros y a través de nosotros.

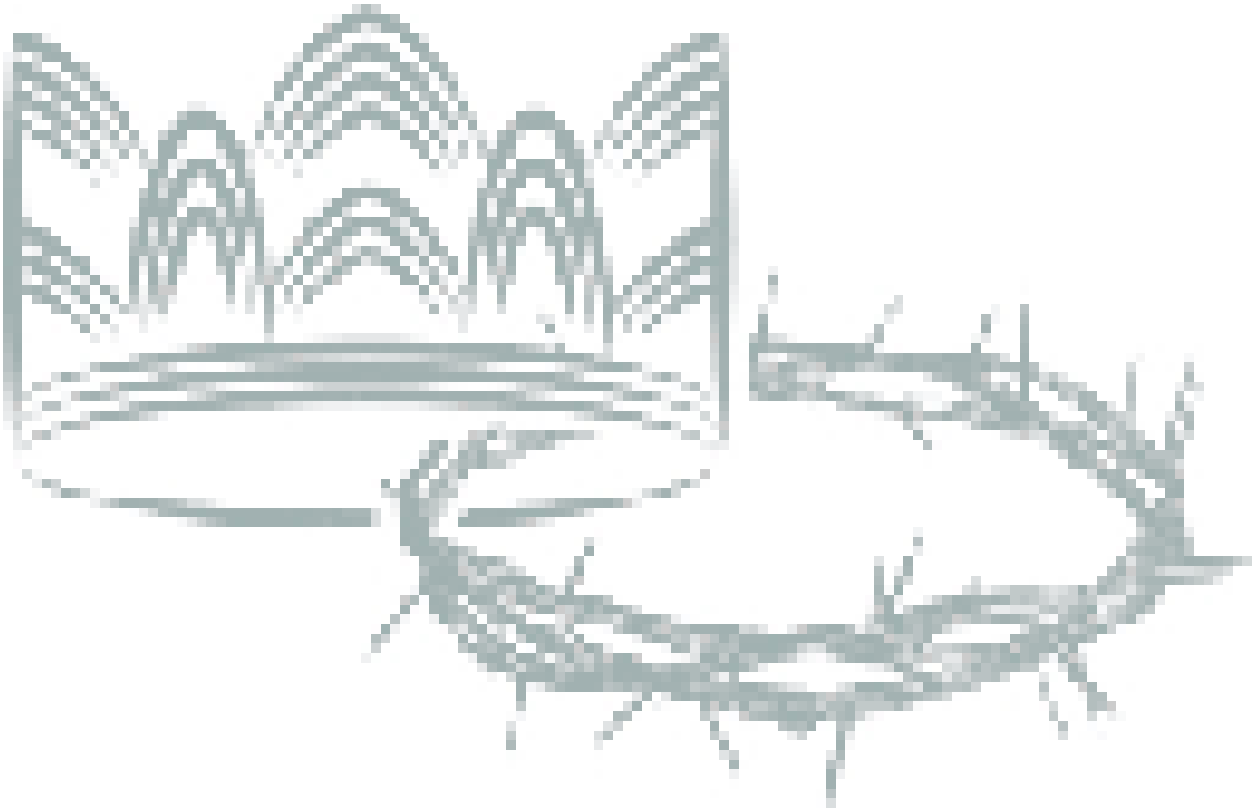
Alabado sea nuestro Cristo resucitado y ascendido, de quien fluyen todas las bendiciones.

¿Qué significa para usted, como seguidor de Cristo, saber que ha resucitado y está sentado con Él en el cielo?

¿Cómo la posición exaltada de Cristo en el cielo lo equipa y lo capacita para servirle a Él y a otros en este mundo?

Señor Jesús, Tú viniste aquí para salvarnos, pero te has ido para bendecirnos y recibir la adoración que te corresponde como el Rey eterno de la gloria. Qué maravilla que hayas asegurado mi redención, que esté sentado contigo en el cielo y que me hayas dado todo lo que necesito para servirte aquí en la tierra hasta que la fe se convierta en visión y me una a Ti, en cuerpo, alma y espíritu, en ese lugar santo. Te exalto y bendigo tu nombre hoy y por siempre.

AMÉN.



Día 48

Un sacerdocio inmutable

La obra continua de Cristo, parte 1

Porque permanece para siempre, tiene su sacerdocio permanente.

—HEBREOS 7:24

Seamos sinceros: el cambio es algo que ocurre en nuestras vidas. Y a la mayoría de nosotros, si somos sinceros, no nos gustan los cambios, especialmente si no los elegimos. Si hoy estuviéramos sentados uno frente al otro, probablemente no tendríamos problemas en recordar los cambios drásticos que nuestro mundo ha sufrido en los últimos años y lo difícil que ha sido afrontarlos. También podríamos hablar de cambios no deseados en áreas más personales de nuestra vida: nuestra salud, nuestro trabajo, nuestras finanzas y nuestra familia.

Nuestro Padre sabe todo esto. Él conoce la carga de estrés que llevamos debido a la incertidumbre que nunca deja de girar a nuestro alrededor, confundiéndonos, abrumándonos y perturbándonos. Y en Su misericordia y amor, Él ha decidido quitarnos esta carga de encima, no eliminando el cambio de nuestras vidas, sino dándonos a Jesús como nuestra constante inmutable: "el mismo ayer, hoy y por los siglos" (Hebreos 13:8).

Jesús es nuestro ancla fija en un mundo en constante cambio. Pero podemos pensar en esto principalmente en términos de Su presencia cuando estuvo aquí en la tierra: sabemos que murió en la cruz, resucitó de la tumba y ascendió al cielo. También sabemos que prometió regresar un día en el futuro y llevarnos a estar con Él. Pero, ¿qué está haciendo mientras tanto? ¿Cómo es una presencia y una ayuda constantes en nuestras vidas en este momento?

Lamentablemente, muchos cristianos viven sin reconocer conscientemente a un Salvador vivo y activo, ni depender de él. Eso significa que se están perdiendo un recurso increíble. En esta lectura y en la próxima, quiero invitarlos a meditar conmigo sobre cómo Jesús nos sirve y nos bendice hoy y todos los días en su papel como nuestro fiel y eterno Sumo Sacerdote.

A lo largo del Antiguo Testamento, el sumo sacerdote desempeñaba dos funciones vitales en nombre de los creyentes: el servicio a Dios y el servicio que recibía de Dios. Al llevar la sangre sacrificial de un animal al Lugar Santísimo —el lugar más sagrado del templo, donde habitaba la presencia de Yahvé—, el sumo sacerdote representaba al pueblo ante Dios, buscando la expiación de sus pecados. Luego, al salir de ese santuario, una vez que el sacrificio había sido aceptado, representaba a Dios ante el pueblo, ofreciéndole perdón divino, paz y bendición.

Pero por poderoso y santo que fuera este servicio, el ministerio del sumo sacerdote era inherentemente limitado. Aunque cargaba con los pecados del pueblo, también cargaba con la culpa de sus propios pecados. Además, sólo podía servir durante un número finito de años, dependiendo de cuánto tiempo viviera. Al igual que aquellos a quienes servía, envejecía y finalmente moría. Incluso cumpliendo fielmente con sus deberes, al final representaba un cambio no deseado más en la vida de las personas.

Pero no Jesús. Jamás Jesús. Él resolvió cada uno de los inevitables defectos y debilidades del sistema sacerdotal entrando "en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros ante Dios" (Hebreos 9:24). Y como nos asegura Hebreos 7:26-28:

Así es como necesitamos un sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y exaltado por encima de los cielos. No tiene que ofrecer sacrificios todos los días, como hacen los sumos sacerdotes, primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo. Esto lo hizo una vez para siempre, al ofrecerse a sí mismo. Porque la ley pone como sumos sacerdotes a hombres débiles, pero la promesa del juramento, que vino después de la ley, pone a un Hijo, que ha sido perfecto para siempre.

Así que Jesús no sólo murió por nosotros, convirtiéndose en el sacrificio suficiente por nuestros pecados, sino que en su ascensión también llevó esa ofrenda al verdadero Lugar Santísimo en el cielo (Hebreos 9:24). Presentó al Padre su vida pura y perfecta y la sangre que derramó por nuestros pecados en el Calvario, poniendo fin a la necesidad de que alguien más realizara este servicio por su pueblo para siempre.

No lo hizo para ofrecerse muchas veces, como entra cada año el sumo sacerdote en el santuario con la sangre de otro. De otra manera, le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo. Pero ahora se ha presentado una sola vez, en la consumación de los siglos, para quitar los pecados mediante el sacrificio de sí mismo. (Hebreos 9:25-26)

Permanentemente. Inmutablemente.

Está hecho. Está terminado.

Así pues, que el mundo nos siga sorprendiendo cada mañana con oscilaciones bruscas en el mercado de valores, con aumentos impredecibles de infecciones contagiosas, con nuevos temas políticos y electorales polémicos, con avances tecnológicos que, a pesar de sus beneficios, también pueden hacer que nuestras vidas sean más difíciles de entender y de manejar. La constancia del cambio es una realidad inevitable con la que todos tenemos que vivir. Pero podemos encontrar consuelo y estabilidad en el hecho de que

Tenemos un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios… Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo como nosotros, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro. (Hebreos 4:14-16)

En tiempos de grandes preocupaciones y cambios disruptivos, nuestro gran Sumo Sacerdote no se va a ninguna parte. Y hoy, en el cielo, Él continúa sirviéndonos, representándonos ante el Padre cuando confesamos nuestros pecados, y representándonos al Padre ante nosotros al concedernos la misericordia y la gracia que necesitamos, todo mediante el sacrificio suficiente que Él hizo por nosotros en la cruz, de una vez por todas.

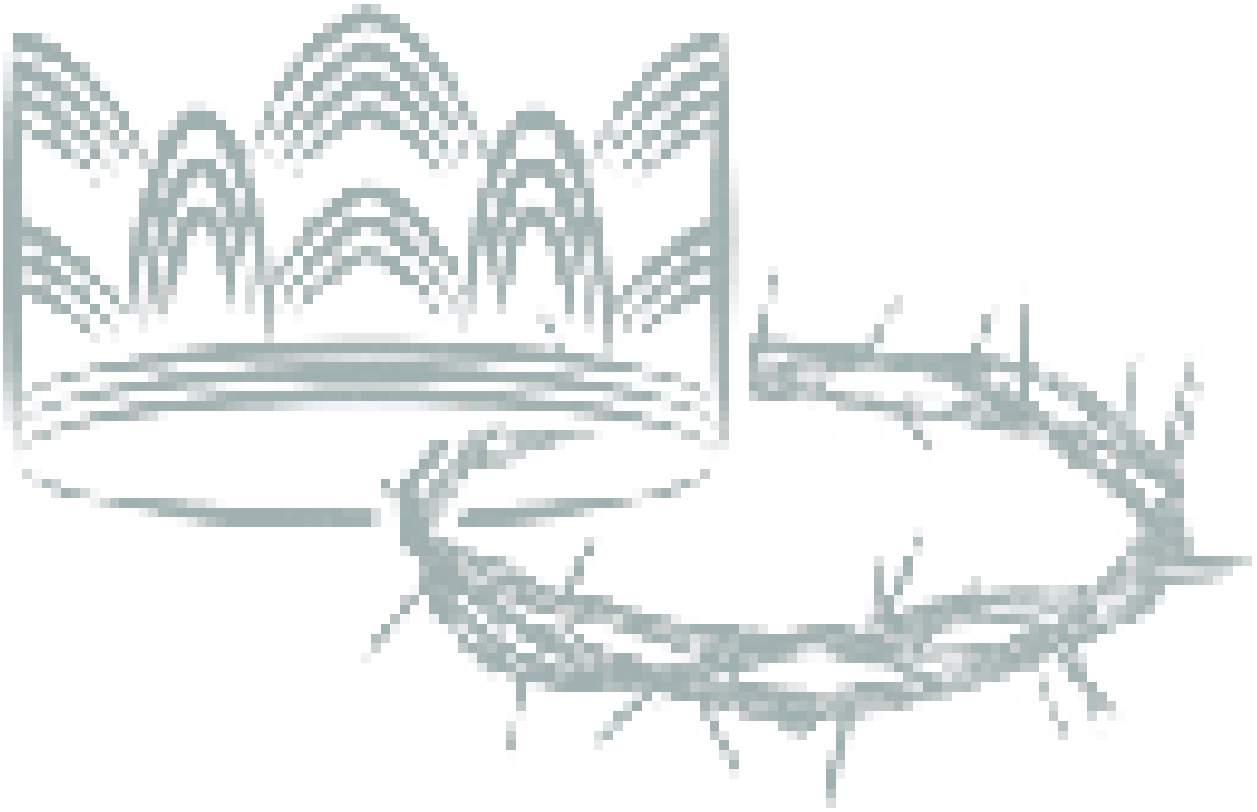
¿Cómo puede la conciencia de la constancia de Cristo ayudarle a responder a los cambios no deseados en nuestro mundo y en su vida?

¿Qué diferencia hace el ministerio sacerdotal continuo de Cristo en tu vida?

Padre, gracias porque en Cristo tengo un Sumo Sacerdote inmutable y sin pecado en el cielo. Gracias por aceptar Su sacrificio por mis pecados. Y gracias porque me ha

sido concedido acceso permanente a Tu presencia a través de Su ministerio sacerdotal continuo en mi nombre. ¡Aleluya!

AMÉN.



Día 49

El que necesitamos hoy

La obra continua de Cristo, parte 2

Cristo ha aparecido como sumo sacerdote de los bienes venideros.

—HEBREOS 9:11

¿Alguna vez te sientes estancado y estancado en tu vida espiritual? Sin duda, todos experimentamos esto en algún momento. Y una de las razones por las que sucede, creo, es que perdemos de vista lo que Jesús está haciendo por nosotros, ahora mismo, hoy, desde su exaltado asiento en el cielo.

Sabemos, por ejemplo, que

• Él está preparando un lugar para nosotros. No sabemos exactamente cómo será ese "lugar", pero si Jesús es quien lo está preparando (como lo promete en Juan 14:2), debe ser maravilloso más allá de toda descripción.

• Él disfruta de una comunión íntima y amorosa con su Padre. Y nosotros los creyentes, de quienes la Biblia dice que estamos "escondidos con Cristo en Dios" (Col. 3:3), estamos incluidos místicamente con Él en este círculo eterno de relación.

• Él está dirigiendo a su iglesia. Como la "cabeza del cuerpo" reinante (Col. 1:18), Él está caminando "entre los candeleros" (Ap. 1:13) con pleno poder y autoridad, protegiendo y purificando a su pueblo mientras lo representamos y lo servimos aquí en la tierra.

Es importante recordar que Jesús no es un gobernante distante que nos mira periódicamente desde el cielo sin ninguna conexión real con lo que estamos experimentando aquí en la tierra. Él está activo y comprometido: observa, guía, provee y provee. Y en su papel de sumo sacerdote, que llevó a cabo de manera perfecta y permanente mediante su sacrificio por nuestros pecados, continúa

sirviéndonos todos los días y satisfaciendo las necesidades más profundas de nuestro corazón.

¿Cómo lo hace? Para empezar, Jesús es nuestro Mediador ante el Padre. Un mediador es alguien que interviene entre dos partes en disputa. Y no nos engañemos, entramos en esta vida en medio de una disputa irreconciliable con Dios. Como pecadores, de hecho, éramos sus "enemigos" (Rom. 5:10).

Pero hay una esperanza, y sólo una esperanza: "Un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre" (1 Tim. 2:5). Sólo Jesús puede resolver la disputa que existe entre nosotros y el Padre. Él, que "se dio a sí mismo en rescate por todos" (v. 6), está excepcionalmente calificado, como Dios y como hombre, para ser el Mediador que tan desesperadamente necesitamos.

Pero Él no sólo mediaba por nosotros al tender un puente sobre esa división imposible entre nosotros y el Padre. Él continúa mediando por nosotros hoy cuando, incluso como creyentes, elegimos distanciarnos de Dios en lugar de la paz con Él. Jesús sigue siendo nuestra justicia, nuestro único Mediador, la fuente de nuestra salvación y el único camino para que seamos restaurados a una comunión ininterrumpida con Dios.

Jesús es también nuestro Abogado ante el Padre. Nuestra vergüenza y culpa pueden ser acusadores implacables, incitados por el mismo Satanás,

el acusador de nuestros hermanos y hermanas,

¿Quién los acusa?

delante de nuestro Dios día y noche. (Apocalipsis 12:10)

Por supuesto, si no tuviéramos pecado, si no hubiera nada que él o nosotros pudiéramos presentar como evidencia para sustentar tales acusaciones, podríamos restarles importancia como si no tuvieran mérito. Pero hemos pecado, y pecamos, a pesar de que las Escrituras nos muestran el camino y el Espíritu nos capacita diariamente para evitar el pecado. Sin embargo, la Palabra de Dios nos

asegura que “si alguno peca, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1), quien continuamente sirve como nuestro abogado defensor, argumentando nuestro caso ante el Padre. Su apelación no es por clemencia, pidiendo a Dios que retenga el castigo justo contra los pecados que merecen juicio. La defensa de Cristo por nosotros es una apelación por la justicia basada en el hecho de que “Él es la propiciación por nuestros pecados” (v. 2). Sí, debemos morir por nuestros pecados, pero Jesús ya murió por nuestros pecados. Nuestra pena está pagada. Nuestro historial es limpio. Y nuestro Abogado nunca dejará de ganar este caso por nosotros.

Más allá de todo esto, Jesús intercede por nosotros ante el Padre. Pienso en Él mediando; pienso en Él abogando. Y cuánto lo necesitamos para estas cosas. Sin embargo, ¿qué podría ser más precioso y personal para ti y para mí que pensar en Jesús en el cielo orando por nosotros, suplicando por nosotros, intercediendo por nosotros?

“¿Quién es el que condenará? Cristo Jesús es el que murió, pero más aún, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios y el que intercede por nosotros” (Rom. 8:34); de hecho, “vive para interceder” por nosotros (Heb. 7:25). Cuando fallamos, cuando luchamos, cuando dudamos, cuando estamos en necesidad, nuestro Sumo Sacerdote mismo, que ofreció su vida por nuestros pecados, siempre está orando por nosotros. Y como vive para interceder por nosotros, nunca nos encontraremos con un día que no podamos soportar.

Como escribió Oswald Sanders:

No hay problema personal para el cual Él no tenga solución, ningún enemigo del cual Él no pueda rescatar, ningún pecado del cual Él no pueda librar, porque Él vive siempre para interceder por nosotros.[41]

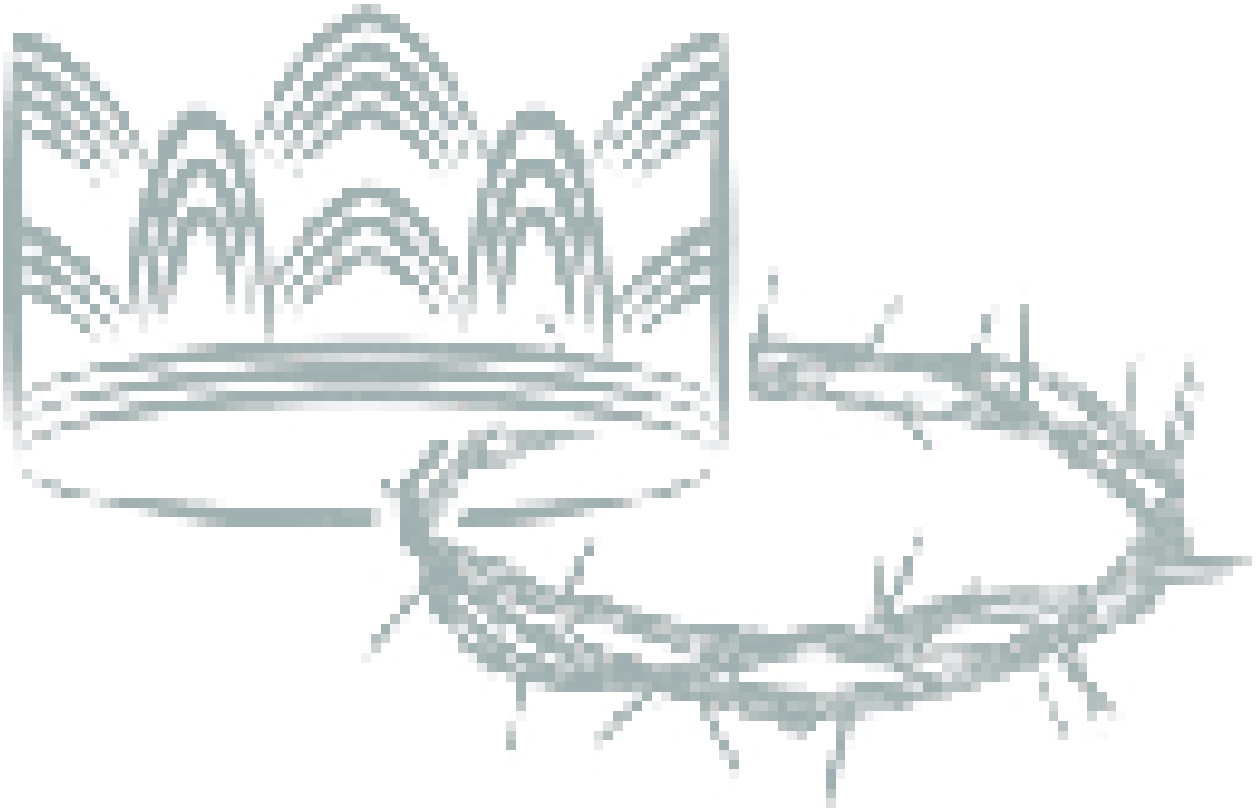
El nuestro no es un Salvador en tiempo pasado. Él no nos ha dejado aquí para que languidezcamos hasta que finalmente decida rescatarnos de este caos terrenal y llevarnos al cielo. Jesús está trabajando ahora. Está trabajando en este momento. Trabaja por ti, trabaja por mí. Hace lo que necesitamos, lo que nadie más podría hacer por nosotros.

¿Cómo serían diferentes nuestras vidas si Jesús estuviera desconectado, no disponible y desatento a nuestras necesidades?

¿En qué áreas dependes más de su intercesión y defensa hoy? ¿Cómo te ayuda y te anima saber que Él te defiende y ora activamente por ti?

Gracias, Señor, porque en este momento en el cielo tengo un Mediador. En este momento tengo un Abogado. En este momento me estoy beneficiando de un ministerio de intercesión conducido por Aquel que está intercediendo y luchando por mí con más fervor y eficacia de lo que yo jamás podría hacerlo. Gracias, Señor Jesús, por nunca darte por vencido, por nunca dejar de trabajar en mi favor. Te necesito y te amo.

AMÉN.



Día 50

Hasta que Él venga

La segunda venida de Cristo

"Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, vendrá de la misma manera como le habéis visto ir al cielo."

—Hechos 1:11

Hemos llegado al final de nuestras reflexiones sobre el incomparable Jesús. Mi esperanza es que hayas llegado a conocerlo más personalmente, a confiar más profundamente en Él, a adorarlo con más sinceridad y a amarlo con más fervor. Y al llegar a esta última lectura, ruego que te sientas impulsado a esperar con más ansia todo lo que Él todavía tiene reservado para nosotros.

Lo hemos visto preexistente. Lo hemos visto encarnado. Lo hemos visto como niño y como hombre. Lo hemos visto vivir... y morir... y vivir de nuevo. Y lo hemos visto llevado a vivir para siempre con el Padre en el cielo, donde aboga e intercede por nosotros. Nuestro retrato de Jesús está casi completo, pero no del todo. La piedra angular, el punto culminante de la vida de Cristo todavía está en el futuro.

Su segunda venida.

Cuando el general Douglas MacArthur se vio obligado a abandonar Filipinas a principios de la Segunda Guerra Mundial para escapar de la ofensiva japonesa, pronunció un breve discurso que finalizó con la frase por la que es más conocido: "Volveré". Más de dos años después, el general MacArthur cumplió su promesa y regresó a Filipinas victorioso.

Hace dos mil años, el Señor Jesús, el gran General de nuestra fe, dejó este mundo en medio de una batalla muy reñida. Cuando se fue, también prometió: "Volveré". Esta esperanza de un "segundo advenimiento"[42] sostuvo a aquellos creyentes del primer siglo a través de intensas amenazas y persecuciones, y generaciones de seguidores de Cristo desde entonces han encontrado valor y consuelo en la promesa de Cristo de que "vengo pronto" (Apocalipsis 20:22), incluso (¡especialmente!) cuando parecía que el enemigo estaba logrando grandes avances.

No sabemos exactamente cuándo regresará nuestro Salvador (Mateo 24:36), pero sabemos que ese día llegará y ¡sabemos que será glorioso!

Al concluir nuestro tiempo juntos, consideremos en qué se diferenciará el segundo advenimiento de Jesús del primero:

• Llegó a la tierra la primera vez como un infante, nacido en el tiempo y el espacio, pequeño y débil. Regresará como el Rey eterno, poderoso en fuerza y gloria.

• Cuando vino la primera vez, envolvió y ocultó Su gloria. Cuando venga la segunda vez, Su gloria brillará con fuerza.

• Su primera venida fue oscura, presenciada únicamente por sus padres terrenales, algunos animales de granja y unos pocos pastores pobres, y casi nadie reconoció quién era Él. En su segunda venida, todo el mundo lo verá y sabrá exactamente quién es.

• En su primera venida fue juzgado y condenado a muerte por los pecadores. Cuando regrese, vendrá como Juez para ejecutar justicia y juicio sobre todas las personas que se han negado a arrepentirse de sus pecados.

• Vino la primera vez como Varón de Dolores. Regresará la segunda vez como Dios Todopoderoso.

• En su primera venida, Jesús entró en Jerusalén montado en un humilde burro. Cuando regrese, lo hará montado en un majestuoso caballo blanco.

• Cuando Él vino la primera vez, sólo unas cuantas personas se arrodillaron para rendirle homenaje. Cuando Él regrese, toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Él es el Señor.

• La primera vez vino a morir. La segunda vez vendrá a reinar.

• La primera vez vino como un humilde siervo. La segunda vez vendrá como Comandante en Jefe de los ejércitos del cielo.

• La primera vez vino con una corona de espinas. Cuando regrese será coronado con muchas coronas.

• Vino la primera vez para hacer la paz entre Dios y el hombre. Cuando regrese, hará la guerra contra aquellos que se han rebelado contra Él.

• Él vino la primera vez como nuestro Salvador sufriente. Él regresará como nuestro Señor soberano y gobernante.

¡Oh, qué día será aquel! ¡Cuánto anhela mi corazón su regreso! ¿Y el tuyo no? Pero ¿cómo viviremos mientras tanto, cuando su regreso parece tan lejano que fácilmente podemos perderlo de vista por completo?

La Palabra de Dios nos da claras órdenes de marcha mientras esperamos el cumplimiento de su promesa. Se nos insta a...

• estar alerta y vigilantes, esperando ansiosamente su regreso, que podría ocurrir en cualquier momento (2 Pedro 3:12-13)

• mantener nuestros corazones separados de este mundo (2 Tim. 4:8)

• hacer todo lo posible para vivir una vida santa (1 Juan 3:3)

• servirle con celo y fidelidad hasta que Él regrese (Lucas 12:43)

La “bienaventurada esperanza” del regreso de Cristo (Tito 2:13) nos fortalecerá y nos llevará a ti y a mí a través de cada día agotador de esta vida, porque “ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos” (Romanos 13:11).

Mientras tanto, “según su promesa”, esperemos con paciencia “un cielo nuevo y una tierra nueva, en la que habite la justicia” (2 Pedro 3:13). Entonces veremos su rostro, y allí lo adoraremos y serviremos por siempre.

Nuestro Jesús.

Nuestro incomparable Jesús.

Lee Apocalipsis 11:15 y medita en sus triunfantes palabras. ¿Qué esperas especialmente de ese día cuando el “reino del mundo” se convierta en el reino “de nuestro Señor y de su Cristo”?

La Biblia nos insta a “animarnos unos a otros” recordándonos que Cristo va a regresar (1 Tes. 4:18). ¿A quién podrías bendecir hoy al compartir esta maravillosa promesa?

Señor, Tú eres verdaderamente incomparable. Nos bendices de principio a fin, amándonos y proveyendo para nosotros en todos los sentidos. Nos aseguras con Tu misericordia, así como nos asombras con Tu poder. Gracias por venir a nosotros y darte a conocer. Te ruego que uses mi vida para que otros también puedan ver, creer y adorar Tu grandeza.

AMÉN.

Gratitud sincera

Como siempre, muchos amigos y colegas me han acompañado en la redacción del libro que tienes en tus manos. Y, como siempre, el camino ha sido más largo y más exigente de lo que la mayoría de nosotros originalmente esperábamos, pero ha habido muchas alegrías a lo largo del camino. Mi corazón está lleno de gratitud por cada uno de los que han hecho posible que pases estos "cincuenta días con Jesús". Entre ellos…

LAWRENCE KIMBROUGH organizó y redactó hábilmente el contenido de mis enseñanzas sobre este tema y ANNE CHRISTIAN BUCHANAN trabajó pacientemente conmigo en una ronda tras otra (¡y otra más!) de ediciones minuciosas. Estos dos son el equipo de ensueño de un autor. Son siervos humildes y talentosos que conocen y aman bien las Escrituras y cuyas huellas digitales están en cada página de este libro. Merecen mucho más reconocimiento y aplausos de los que recibirán de este lado del cielo. Pero Aquel que lleva un registro de estas cosas lo sabe, y los recompensará. No podría estar más agradecido por sus incansables y alegres labores.

El Dr. Chris Cowan revisó amablemente docenas de preguntas específicas para garantizar su solidez bíblica y teológica. Su aporte reflexivo y cuidadoso ha sido invaluable.

Si no me equivoco, este es el vigésimo tercer libro en el que el equipo de MOODY PUBLISHERS y yo hemos trabajado juntos en muchos años. ¡Qué bendición he tenido de servir junto a estos amigos! Cuando nos aventuramos por primera vez juntos, no podíamos imaginar todos los frutos que Él produciría a través de esta asociación ministerial.

Los esfuerzos silenciosos y tras bambalinas de mi agente, ERIK WOLGEMUTH, nos han permitido a todos avanzar en la misma dirección y nos han ayudado a llegar juntos al destino. Eres un gran regalo, Erik.

Mi querido esposo, ROBERT WOLGEMUTH… ¿qué puedo decir? Tu aliento, tu sabiduría, tu amor y tus oraciones significan mucho más de lo que te imaginas. Te amo muchísimo.

Finalmente, a mi incomparable SEÑOR JESÚS:

Eres más hermoso que los hijos de los hombres;

La gracia se derrama en tus labios;

Por eso Dios te ha bendecido para siempre.

Ciñe tu espada sobre tu muslo, oh Poderoso,

Con tu gloria y tu majestad.

Y en tu majestad cabalga prósperamente

por causa de la verdad, la humildad y la justicia.

(Salmo 45:2-4 NVI)

Mi amado es… El primero entre diez mil….

Su boca es dulcísima,

Sí, él es completamente encantador.

Este es mi amado,

Y este es mi amigo.

(Cantar de los Cantares 5:10, 16 NVI)

Otros libros de Nancy DeMoss Wolgemuth y Moody Publishers

Un paseo de 30 días con Dios en los Salmos

Un lugar de descanso tranquilo: Cultivando la intimidad con Dios a través de una vida devocional diaria

Adornadas: Viviendo juntos la belleza del Evangelio

Nacido niño y, sin embargo, rey: El evangelio en los villancicos: Devocional de Adviento de 31 días

Quebrantamiento, santidad y rendición: una trilogía de Revivamos nuestros corazones

Elegir el perdón: pasar del dolor a la esperanza

Elegir la gratitud: tu viaje hacia la alegría

El cielo manda: ten valor, ten consuelo. Nuestro Dios tiene el control.

Mentiras que las mujeres creen: y la verdad que las libera

Mentiras que las jóvenes creen: y la verdad que las hace libres (Dannah Gresh, coautora)

En busca de Él: Experimentando el gozo del avivamiento personal (Tim Grissom, coautor)

Los primeros cantos de Navidad: meditaciones sobre Lucas 1 y 2: un devocional de Adviento de 31 días

El lugar tranquilo: lecturas devocionales diarias

La maravilla de su nombre: 32 nombres de Jesús que cambiaron la vida

Mujer verdadera 101: Diseño divino (Mary Kassian, coautora)

Mujer verdadera 201: Diseño de interiores (Mary Kassian, coautora)

Puedes confiar en que Dios escribirá tu historia: aceptando los misterios de la Providencia (Robert Wolgemuth, coautor)

Voces del Movimiento de la Mujer Verdadera: Un llamado a la contrarrevolución

Notas

1. Samuel Stennett, “La dulzura majestuosa se sienta en el trono”, 1787, www.hymnal.net/en/hymn/h/177.

2. Isaac Ambrose, Mirando a Jesús: Una visión del Evangelio eterno; o, La mirada del alma hacia Jesús, mientras continúa la gran obra de la salvación del hombre, de principio a fin (Glasgow: John Knox, 1758), vi.

3. John Stott, El discípulo radical: algunos aspectos desatendidos de nuestro llamado (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2010), 20.

4. Publicado por primera vez en 1925, el libro todavía se imprime como una edición de Moody Classics: Oswald Sanders, The Incomparable Christ, Moody Classics (Chicago: Moody Publishers, 2009).

5. SM Lockridge (1913–2000), “That's My King”, de un sermón pronunciado muchas veces, en muchos lugares y en muchas versiones. Este sermón de 1976 se cita en el blog de Justin Taylor, “Well, I Wonder If You Know Him”, The Gospel Coalition, 9 de abril de 2009, https://www.thegospelcoalition.org/blogs/justin-taylor/well-i-wonder-if-you-know-him/.

6. John Flavel, “Cristo, todo codiciable”, SermonIndex.net, www.sermonindex.net/modules/articles/index.php?view=article&aid=2927.

7. Wayne Grudem, Teología sistemática: una introducción a la doctrina bíblica, 2.ª ed. (Grand Rapids, MI: Zondervan Academic, 2020), 700.

8. El Evangelio de la infancia de Tomás, en The Apocryphal New Testament: A Collection of Apocryphal Christian Literature in an English Translation based on MR James, ed. JK Elliott (Nueva York: Oxford University Press, 1993), 68–83. Puedes leer la traducción de MR James de 1924 en www.gnosis.org/library/inftoma.htm.

9. G. Campbell Morgan, El Evangelio según Lucas, G. Campbell Morgan Reprint Series (Eugene, OR: Wipf and Stock, 1931, 2010), 46 (Lucas 2:40–52).

10. J. Oswald Sanders, El Cristo incomparable, Moody Classics (Chicago: Moody Publishers, 2009), 70.

11. Matthew Vanatta, “Libros que han vendido más de 50 millones de copias”, Stacker, 1 de agosto de 2019, https://stacker.com/stories/204/books-have-sold-over-50-million-copies.

12. Dan Brown, El código Da Vinci (Nueva York: Doubleday, 2003), 233.

13. Arthur W. Pink, Pasajes de la divinidad (Chicago: Moody Press, 1975), 149.

14. David Mathis, “Sus cicatrices nunca se desvanecerán: Las heridas que Cristo llevó al cielo”, Desiring God, 18 de mayo de 2019, https://www.desiringgod.org/articles/his-scars-will-never-fade. Véase también Randy Alcorn, “¿Por qué Jesús tiene cicatrices en su cuerpo de resurrección? ¿Serán permanentes?”, Eternal Perspective Ministries, 18 de junio de 2020, www.epm.org/resources/2020/Jun/18/Jesus-scars-resurrection.

15. Matt Perman, “¿Cómo puede Jesús ser Dios y hombre?”, Desiring God, 5 de octubre de 2006, www.desiringgod.org/articles/how-can-jesus-be-god-and-man.

16. Centro de Investigación Cultural, “Inventario de cosmovisión estadounidense 2020: de un vistazo”, Arizona Christian University, 21 de abril de 2020, https://www.arizonachristian.edu/wp-content/uploads/2020/04/CRC-AWVI-2020-Release-03_Perceptions-of-God.pdf.

17. Andrew Murray, Humildad: La belleza de la santidad (Londres: James Nisbet & Co., 1896), 12.

18. Sanders, Cristo incomparable, 186.

19. James Stalker, Leyendas del púlpito: Estudios sobre la persona de Cristo (Chattanooga, TN: AMG Publishers, 1995), 194–95.

20. Pasión es un término utilizado tradicionalmente para referirse al sufrimiento y muerte de nuestro Salvador.

21. John Piper, No desperdicies tu vida (Wheaton, IL: Crossway, 2003), 40.

22. Spiros Zodhiates, El estudio completo de la Palabra: Nuevo Testamento (Chattanooga, TN: AMG Publishers, 1991), 868.

23. David Harsha, The Star of Bethlehem: A Guide to the Savior (Argyle, NY: 1863), capítulo 6, “La Crucifixión”, consultado en Grace Gems, www.gracegems.org/BOOKS/star06.htm.

24. Matthew Henry, Comentario de Matthew Henry sobre toda la Biblia, vol. 5, de Mateo a Juan (Old Tappan, NJ: Revell, sin fecha, publicado originalmente en 1896), 826.

25. El discípulo "amado por Jesús" es mencionado cinco veces en el evangelio de Juan (y sólo en ese evangelio): 13:23, 19:26, 20:2, 21:7, 21:20. Aunque las Escrituras nunca identifican a este discípulo por su nombre, desde la tradición eclesiástica más antigua se ha creído constantemente que era el apóstol Juan, hijo de Zebedeo, hermano de Santiago y autor del evangelio de Juan y del Apocalipsis.

26. Estos tiempos se basan en los relatos de los evangelios de que Jesús fue crucificado a la "hora tercera", que la oscuridad descendió a la "hora sexta" y que murió alrededor de la "hora nona" (Marcos 15:25-34; Mateo 27:45; Lucas 23:44). Estos tiempos corresponden aproximadamente a las nueve de la mañana, las doce del mediodía y las tres de la tarde. Pero tenga en cuenta que las referencias de tiempo en los Evangelios no son necesariamente precisas. (¡La gente no usaba relojes en ese entonces!) La "hora tercera" probablemente se refiere al cuarto de día alrededor de las nueve de la mañana, en otras palabras, a media mañana, y los otros eventos descritos sucedieron alrededor del mediodía y a media tarde. Para más información sobre esto, véase Andres J. Köstenberger y Justin Taylor, The Final Days of Jesus: The Most Important Person Who Ever Lived (Wheaton, IL: Crossway, 2014), 142-43.

27. William Barclay, Barclay's Daily Study Bible, cap. 18, comentario sobre Juan 18:1–11, StudyLight, https://www.studylight.org/commentaries/eng/dsb/john-18.html.

28. Elizabeth Barrett Browning, "La tumba de Cowper", en Los serafines y otros poemas (Londres: Saunders y Otley, 1838), 352.

29. Charles H. Spurgeon, "Salmo 22", en El tesoro de David, Archivo Spurgeon, https://archive.spurgeon.org/treasury/ps022.php.

30. El hombre que supuestamente hizo esta declaración fue Cecil Rhodes, un "financiero, estadista y constructor del imperio de la Sudáfrica británica". El estado sudafricano de Rhodesia (actualmente los países de Zimbabwe y Zambia) recibió su nombre, al igual que la beca Rhodes. (Véase "Cecil Rhodes Summary", Encyclopedia Britannica, www.britannica.com/summary/Cecil-Rhodes.) La cita es de Lewis Michell, Life of Rhodes (1910), vol. 2, cap. 39, citado en Oxford Essential Quotations, ed. Susan Ratcliffe, 5.ª ed. (2017), Referencia de Oxford,

www.oxfordreference.com/display/10.1093/acref/9780191843730.001.0001/q-oro-ed5-00008802;jsessionid=43E9C7BB23A1E3076567F28A4E8B64BA.

31. Ray Pritchard, “El significado de Tetelestai: 'Consumado es'”, Christianity.com, 17 de enero de 2022, https://www.christianity.com/jesus/death-and-resurrection/last-words/what-was-finished.html.

32. Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento de Vine, sv “Strong's G5055 teleo”, Blue Letter Bible, www.blueletterbible.org/search/dictionary/viewtopic.cfm?topic=VT0000021.

33. Frederick W. Krummacher, The Suffering Saviour; or, A Series of Devotional Meditations, trad. Samuel Jackson (Boston: Gould and Lincoln, 1856), pp. 428-429. Recomiendo la edición reimpresa publicada por Banner of Truth Trust (2004).

34. Charles H. Spurgeon, “La última palabra de Cristo para su iglesia”, sermón pronunciado el 3 de noviembre de 1889, Metropolitan Tabernacle Pulpit, volumen 40, Spurgeon Center for Biblical Preaching at Midwestern Seminary, www.spurgeon.org/resource-library/sermons/christs-dying-word-for-his-church/#flipbook.

35. Charles Wesley, “Cristo el Señor ha resucitado hoy”, 1739, Hymnary.org, https://hymnary.org/text/christ_the_lord_is_risen_today_wesley.

36. FB Meyer, Amor hasta el extremo, citado en Sanders, Incomparable Cristo, 295.

37. Charles Wesley, “La obra redentora del amor está hecha”, Hymnary.org, https://hymnary.org/text/loves_redeeming_work_is_done_fought.

38. Alfred Edersheim, La vida y los tiempos de Jesús el Mesías, vol. 2 (Londres: Longman's, Green, and Co., 1883), 609, https://books.google.com/books?id=VJUHAAAAQAAJ.

39. Phillips Brooks, “Immortality”, sermón 9 en The Spiritual Man and Other Sermons, 3.ª ed. (Londres: RD Dickson, 1895), 152, énfasis añadido.

40. Charles H. Spurgeon, Comentario sobre Mateo: El Evangelio del Reino, Mateo 27:50, Spurgeon Gems, www.spurgeongems.org/chs_matthew.pdf. Nota: Este

comentario se publicó originalmente en 1893 (poco después de la muerte de Spurgeon) con el título El Evangelio del Reino.

41. Sanders, Cristo incomparable, 345.

42. La palabra inglesa adviento significa simplemente “llegada” o “venida”. Muchos cristianos usan la palabra para referirse a las cuatro semanas antes de Navidad, que tradicionalmente se centran no solo en la primera llegada de Jesús a la tierra como un bebé, sino también en su segunda venida.